ARDIENDO DE AMOR

DIANA A. HICKS

Ardiendo de Amor Por Ti

DIANA A. HICKS

TRADUCIDO POR

ELIZABETH GARAY

HMG, INC.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares, es pura coincidencia.

Ardiendo de amor por ti

COPYRIGHT © 2019 por Diana A. Hicks

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede usarse o reproducirse de ninguna manera sin el permiso por escrito de la autora o de HMG, Inc., excepto en el caso de citas breves incorporadas en artículos de crítica o reseña.

Historial de publicación

Edición Especial Impresa ISBN 978-1-949760-22-4

ISBN edición impresa 979-8-860456-24-2

ISBN edición digital 978-1-949760-21-7

Diseño de portada: The Author Buddy

Editor: Tera Cuskaden

Traducción: Elizabeth Garay garayliz@gmail.com

[*Nota de la Traductora: Es importante aclarar que los nombres propios, aún existiendo el equivalente en español, se han respetado tal como aparecen en la versión en inglés, omitiendo los respectivos acentos y traducciones*]

Índice

Acerca de la autora
Reconocimientos para Diana A. Hicks

1. Que me jodan dos veces
2. Demasiado de lo mismo
3. Sicario
4. La red profunda
5. Matar a Levi
6. Yo decido
7. No es un trabajo
8. Nadie sale de ahí nunca
9. El buen D.O.B. de siempre
10. Por la familia
11. ¿Cómo que esto es volver a la normalidad?
12. ¿Qué hacemos ahora?
13. Me gustaría intentarlo
14. Estamos juntos en este lío
15. Venganza personal
16. Gente como nosotros
17. Él me salvó
18. Déjame decidir lo que es justo
19. Hola, prima
20. Entonces, también te dijeron que no fanfarroneo
21. Perdonar, hogar, amor
22. ¿La reunión a la que nos colaremos es esta noche?
23. Hogar es donde está el corazón
24. Solo whisky y puros
25. Dejen de decir que esto es una elección
26. El vórtice
27. Cara de ángel
28. Pero tengo una mejor idea
29. Sí, el arma estaba cargada
30. Los traidores nunca ganan
31. En realidad, estamos buscando el amanecer
32. La segunda vez

Acerca de la autora

Diana A. Hicks es una galardonada autora de apasionados romances contemporáneos con una buena dosis de suspenso.

Cuando Diana no está escribiendo, disfruta el kickboxing, hot yoga, viajar y se da el gusto de los placeres simples de la vida, como el vino y el chocolate. Vive en Atlanta y le encanta pasar tiempo con sus dos hijos y su esposo.

¡Visita mi librería!

No olvides suscribirte a mi boletín para mantenerte al tanto de mis últimos lanzamientos, contenido gratuito y otras novedades.

Subscribe to my VIP List now!



Reconocimientos para Diana A. Hicks

“La primera entrega de Hicks en su serie Monzón del Desierto es sólida y confiable con una narración intensa, personajes llenos de matices y una dinámica mezcla de romance y suspenso”.

— RESEÑAS EN KIRKUS

“Lo que hace de cualquier novela romántica una gran lectura no es el hecho de que dos personas atractivas se conozcan y se enamoren. Son los episodios que provocan el enamoramiento y los lugares inesperados a los que la experiencia lleva a los personajes, lo que hace que sea una lectura agradable. Diana A. Hicks sabe cómo hacer que esto suceda”.

— READERS' FAVORITE

CAPÍTULO 1

Que me jodan dos veces

EMILIA

La rústica puerta del ‘Roadrunner Bar’ se abrió con un chirrido y una mezcla de humo de motocicleta y aire caliente de Arizona entró en el restaurante. Desde detrás de la barra, agarré un trapo de cocina y limpié el mostrador con movimientos bruscos mientras mantenía mi atención en la figura oscura que atravesaba el umbral.

Otro paso y las luces halógenas tocaron su rostro. El rostro de otro cliente, no el tipo que me había prometido respuestas. *Mierda*. El delincuente me había dejado plantada. Y así, volvía al punto de partida.

Tal vez se acobardó. Tal vez era más inteligente de lo que pensaba.

«Deja eso». Alex, mi jefa de mentira, se acercó a la barra y presionó su palma contra mi mano. «Creo que el mostrador ya está limpio. Vamos, tómate un trago conmigo».

Claro. ¿Una de las ventajas de ser barman? Todos los tragos que pudiéramos aguantar. «Ya tuve suficiente por esta noche».

«Oh, vamos. Es tu última noche. Tenemos que emborracharte como es debido». Puso un vaso frente a mí y sirvió otro Silver Cuervo.

Tenía razón. ¿Qué daño me haría si me despreocupaba por una noche? Bueno, tal vez no toda la noche, pero necesitaba relajarme un poco. Reagruparme y pensar en un nuevo plan porque esta idea descabellada de aceptar un trabajo en el ‘Roadrunner’ para atrapar a un asesino y salvar a mi prima Jess era un fracaso total.

La idea de que ella me había enviado a una búsqueda inútil se agrupaba en mi mente, pero la aparté. Jess era familia y necesitaba mi ayuda. Por mucho que temiera a su marido, realmente creía que estaba lista para hacer lo correcto esta vez. Tomé la bebida que Alex me ofreció y la bebí de un trago.

«¡Sí! De eso estoy hablando». Me dio una palmadita en la espalda. «Mientras estás en eso, ve a ayudar al bombón que acaba de entrar. Parece que está solo».

Solté una carcajada. «No. Gracias. Eso es un montón de problemas que no estoy buscando ahora mismo. O nunca».

«He estado haciendo esto por un tiempo, chica. Nunca olvido una cara, especialmente una que se ve así. Estuvo aquí la semana pasada, la misma sonrisa, la misma mirada azul ardiente. Mierda. Si me mirara así, te arrancaría los ojos para sacarte del camino».

«No es necesario arrancarme nada. Es todo tuyo». Tomé un par de vasos sucios de la encimera, los enjuagué y los puse en el lavavajillas.

«Lo conoces». Maldita sea, era buena. ¿Cómo se dio cuenta de eso? Iba a extrañar tener a alguien con quien hablar sin tener que hablar realmente.

Asentí. «La facultad de derecho. Han pasado un par de años. Obviamente no me recuerda».

«¿Estás segura? La primera vez que estuvo aquí, fue todo un parlanchín con algunos de mis clientes habituales hasta que llegaste para tu turno. No pudo salir de aquí lo suficientemente rápido. Yo diría que te reconoció». Sirvió un par de cervezas, pegó un ticket a uno de los vasos y los colocó en una bandeja para que uno de los meseros los tomara. «¿Por qué crees que ha vuelto? Cada vez que lo miras, se sienta un poco más erguido. Se le pone esa linda arruga en el ojo. Tal vez quiera ser tu amigo». Me guiñó el ojo.

«Eso es exactamente lo que quiero decir. Me odiaba cuando estábamos en la escuela. Si supiera quién soy, ni siquiera estaría aquí. Créeme, *no* quiere ser mi amigo».

Dejó escapar un suspiro. «No me importaría ser su amiga. Vamos, es tu último día. Vive un poco». Me dio un codazo antes de agarrar un nuevo ticket y ponerse a trabajar en el siguiente pedido de bebida.

¿Hablaba en serio? ¿Dom Moretti, el pez gordo de la facultad de derecho, estaba interesado en mí? Imposible. Estuvimos en las mismas clases durante tres años y nunca me miró. Bueno, excepto la única vez que casi me besa. Por accidente, pero aún así. Ese momento era mi fantasía casi todas las noches. Me toqué los labios con un dedo donde su boca había rozado la mía tres años atrás. ¿Realmente había pasado tanto tiempo?

Limpié la encimera de nuevo y le lancé una rápida mirada. Había trabajado como barman durante varios meses, así que era una experta en escanear la habitación en busca de problemas, captando detalles en un parpadeo. Detalles que tenían que ver con mi prima Jess y su marido irresponsable, no con mi inexistente vida amorosa.

Me miró a los ojos. Apreté las piernas y esperé a que la chispa de adrenalina se disipara. ¿Qué pensaría si le dijera que tenía un vibrador con su nombre? No, no podía hacer eso. Dom era una complicación que no necesitaba en ese momento.

La vida de mi prima estaba en juego. Tenía que mantenerme concentrada.

Me acerqué a él cuando hizo un gesto con la mano para llamar mi atención. Cuanto más me miraba, más convencida estaba de que no sabía quién era yo. Todo lo que veía era a una barman con un escote profundo que llevaba pantalones de cuero ajustados. Alex se vestía así por las propinas. Yo lo hacía para que los clientes hablaran conmigo, para que me dieran información que necesitaba urgentemente.

«Hola, cariño. ¿Qué puedo ofrecerte?». Me incliné sobre la barra y él acomodó su peso en el taburete. Sí, bien, Alex tenía razón. Él quería esta versión de mí.

«Silver Cuervo, por favor». Su voz era baja y pecaminosa.

Jesús. ¿Era eso reconocimiento en sus ojos? Tragué saliva y le serví un trago. Contuve la respiración, pero era demasiado tarde. Ya había inhalado una dosis completa del aroma embriagador de Dom, una mezcla de sándalo y menta verde. El mismo aroma de aquel día en que casi me besó.

«¿Quieres tomarte una copa conmigo?». No había cambiado en absoluto. Los mismos ojos azules profundos y llenos de sentimiento, las cejas pobladas y una boca carnosa que hacía todo tipo de promesas cada vez que sonreía.

Necesitaba llegar a casa con *mi* Dom. Dom, seguro y confiable, que funcionaba con pilas. Le di una rápida sonrisa burlona como si pudiera aceptarlo o dejarlo y como si hombres increíblemente sexys me ofrecieran bebidas todo el tiempo.

«Seguro». Tomé otro vaso y lo llené. «No te había visto aquí antes. ¿Qué te trae por aquí? No estamos exactamente en el camino principal».

«Un cliente nuevo quería que investigara algo». Su mirada bajó a la notificación que se

mostraba en la pantalla de su teléfono antes de deslizarla hacia afuera. «¿Estás celebrando algo, muñeca?». Señaló en dirección a Alex, una referencia a nuestra conversación de antes.

«Mi último día de trabajo», dije. Alex había sido muy amable al dejarme atender la barra, curiosear y hacer preguntas, pero solo me dio tres meses. No quería que el cártel y el marido de Jess se hicieran una idea equivocada de su restaurante. Mi tiempo se había acabado.

«Algo más para mejorar, ¿eh?»

«Algo así», dije.

Se puso de pie y lo miré bien. El hombre podía usar traje. Sus bíceps estiraban las mangas de su chaqueta con cada movimiento. Y con cada uno, el calor de su cuerpo me lamía la piel en lugares que me hacían sonrojar. Apuesto a que era todo músculo liso allí abajo. Eché un vistazo al reloj. ¿Ya era hora de salir? Su mirada siguió la mía y su manzana de Adán se movió un poco. ¿Le acabo de dar la impresión de que quería irme de aquí con él?

«Felicitaciones». Me congratuló y tomó el trago.

«Gracias». Levanté mi vaso y bebí.

«¿A qué hora sales?»,

¿Qué? Tragué saliva y tosí al mismo tiempo, lo que hizo que el tequila subiera hasta mi cavidad nasal. Nada había cambiado. Dom Moretti había sido una completa y absoluta mala idea. Jugar a ser la genial barman no era un juego que pudiera seguir por mucho tiempo. Llené un vaso con agua y bebí para aliviar el ardor en mi garganta y senos nasales. Genial. Simplemente genial.

«Lo siento. No quise confundirte». Se frotó la mandíbula con dos dedos. Su barba hacía un ruido rasposo con cada pasada. «Solo pensé que, si estabas libre más tarde, podríamos pasar el rato». Bajó la mirada hacia la solapa de mi top de cuero y frunció las cejas por un segundo. «¿Qué dices? ¿Anna?». *¿Anna?* Claro. Mi etiqueta con mi nombre falso. Definitivamente no me recordaba. Sin embargo, me dolió un poco y eso me dio una oleada de valor.

«Hoy me toca cerrar. ¿Medianoche?». El Cuervo definitivamente estaba poniendo palabras en mi boca.

Apoyó las manos en la barra con su mirada intensa como si tuviera un millón de cosas pasando por su mente. Algo en su discreta sonrisa me indicaba que una de esas cosas era yo desnuda sobre el mostrador. Bueno, tal vez esa era la imagen que pasaba por *mi* cabeza. Empujándose, sacó un par de billetes de veinte de su cartera y los puso debajo de su vaso.

«Te veré en un par de horas». Se dio la vuelta y salió tranquilamente por la puerta.

Santa mierda, tengo una cita para tener sexo con Dom Moretti.

«Tengo que salir de aquí». Limpié el mostrador varias veces, arrojé el trapo en el fregadero y me dirigí hacia la puerta trasera.

«Oh, no, no lo harás». Alex me bloqueó, con los brazos extendidos, las piernas abiertas a la altura de las caderas. Maldita sea. ¿Qué hice? «Finalmente hiciste lo correcto, *por ti*. No te echarás atrás».

«No puedo tener sexo con un completo extraño».

«Ah, pero él no es un extraño. Ustedes fueron juntos a la escuela».

«Lo he visto antes. En clase. Nunca hablamos realmente. No puedo». Di un paso adelante y ella se irguió. No era el momento de decirle que había estado locamente enamorada de Dom cuando estábamos en la escuela. Junto con la mitad de las chicas de nuestra clase. El chico malo de Jersey.

«Ponte a trabajar». Señaló con la cabeza hacia la puerta a los nuevos clientes que entraban. «Tienes dos horas».

¿Qué daño podría hacer? Después de esta noche, no tendría ninguna razón para volver a este

bar y ninguna razón para ver a Dom nunca más. «Oh, Dios mío. Voy a hacer esto».

«Sí, lo harás». Alex recogió el nuevo ticket de bebida y me lo empujó. Tal vez Dom cambiaría de opinión y me dejaría plantada. No sería el primer tipo en hacer eso hoy.

El reloj dio la medianoche y fue como si el cosmos hubiera dado su bendición porque el último cliente salió tambaleándose del bar en el segundo en que la Harley de Dom entró en mi línea de visión en el estacionamiento. Alex mantuvo la puerta abierta, principalmente para poder disfrutar de la delicia para la vista.

Dom se recostó en el asiento por un segundo antes de apagar el motor y quitarse el casco. Sus muslos gruesos abrazaron la moto mientras se pasaba una mano por el cabello. Ya había visto esa exhibición antes. Dom, todo sexy y delicioso, con una chaqueta de cuero negra y unos jeans ajustados. Se había cambiado de ropa para mí.

Una risita se arremolinó en mi pecho. Para variar, me mostré tranquila y no la dejé salir. Alex, por otro lado, no hizo ningún esfuerzo por ocultar el hecho de que estaba mirando con lujuria al chico. Ni siquiera se echó atrás cuando Dom caminó hacia la puerta y la miró a los ojos.

«Hola, cariño». Lanzó una mirada en mi dirección antes de inclinarse hacia él. «Cierra la puerta detrás de mí».

«Gracias por el consejo». Dom se rió entre dientes y entró.

El sonido profundo de su risa hizo que mis rodillas se doblaran como gelatina tibia. Para aplastar el último de mis nervios, Dom dejó que la puerta se cerrara y echó el pestillo.

¿Qué diablos me pasaba? ¿Por qué no podía dejar de pensar en todas las cosas malas que quería hacerle a este tipo? Dom era exactamente el mismo hombre que había conocido en la facultad de derecho. Su conexión con la mafia italiana en Jersey lo convertía en el tipo exacto de hombre del que mamá me advirtió que me alejara. ¿Era esa la razón de esta atracción?

«Estaba seguro de que te acobardarías». Su voz resonó en el bar vacío.

«Esta noche no». Me acerqué al mostrador. El deseo se acumuló entre mis piernas cuando su mirada bajó de mi rostro a mi escote y bajó hasta mis pies. Sí, esa era la mirada que me hacía bajar las bragas.

Jesús. ¿Me desvisto o dejo que él lo haga?

Se quitó la chaqueta y la dejó en el taburete. Uno, dos, tres pasos y se paró a centímetros de mí.

«Dios mío, Emilia, eres más hermosa de lo que recuerdo».

Me agarró por la cintura.

Mis pies quedaron colgando en el aire por un segundo antes de que me dejara caer sobre la barra y su boca aterrizara en mi clavícula. Oh, Dios mío, olía tan bien. Besé la suave piel de su sien, dejando que su aroma adormeciera mis sentidos. Mis dedos se deslizaron debajo de la manga de su camiseta y amasé su hombro y sus abultados bíceps.

El calor se extendió rápidamente desde sus labios calientes en mi pecho a cada centímetro de mi cuerpo. Había dicho algo que no estaba bien, pero ¿qué era? Su boca se movió hacia abajo, suave y exigente, mientras sus manos empujaban mis piernas más separadas para poder posicionarse donde quería.

Espera, ¿qué?

Lo empujé. «¿Qué acabas de decir?», pregunté sin aliento.

Me miró, con los labios ligeramente separados. «Eres más hermosa de lo que recordaba».

Mis ojos se abrieron de par en par. «Antes de eso».

«¿Emilia?».

Que me jodan dos veces. «¿Sabes quién soy?».

«Compartimos clases durante tres años enteros, sí, sé quién eres». Se rió entre dientes, deslizándose de nuevo a su lugar.

Lo empujé y salté del mostrador. «Tienes que irte».

«¿Por qué? Pensé que querías esto».

«Eso era cuando creía que no me recordabas. Oh, Dios mío. Estoy tan avergonzada». Presioné una palma fría en mi frente.

«No hay necesidad de estar avergonzada, muñeca». La diversión en su tono curó cualquier locura que se hubiera apoderado de mí. Parpadeé y la habitación volvió a estar enfocada. Esto era un gran error.

«Tengo una cita que olvidé. Lamento hacerte volver hasta aquí». Las palabras salieron de mi boca como gatitos en una caja, rápido y por todos lados.

Dom arqueó ambas cejas, cruzó los brazos. Su mirada me siguió por la habitación mientras recogía mis cosas a toda prisa.

«Bueno, déjame aclarar esto. Estabas lista para saltar a la cama conmigo cuando pensaste que no te reconocía. ¿Por qué es eso?».

«No es eso. Solo tengo un lugar donde ir. Eso es todo». No podía mirarlo.

«No has cambiado en absoluto, ¿verdad? Sabes, cuando te vi aquí, pensé que finalmente habías decidido relajarte un poco. Pero no, eres la misma. La pequeña señorita apropiada no puede ser vista con alguien como yo. ¿Es así?». Soltó el aire y envolvió sus dedos alrededor de mi muñeca. El calor me picó en el brazo y me detuvo en seco. Cuando volvió a hablar, su tono era bajo y tierno. «Oye, para que conste, no vine aquí para tener sexo. Quería verte. Esta otra cosa salió de la nada. Nunca me habías mirado así antes. Yo...».

«¿Qué?». Me di la vuelta y me encontré cara a cara con él. Su olor hizo que sintiera mariposas en el estómago en todas direcciones.

«¿Escuchaste eso?». Escudriñó la habitación y se puso un dedo sobre los labios.

Antes de que pudiera procesar lo que estaba pasando, puso una mano sobre mi boca y me estrelló contra la pared. Su cuerpo me cubrió como un escudo. Dom hacía de chico malo en la escuela. Todas las chicas, incluida yo, amaban cada parte de su actuación. Excepto que yo sabía que su actuación no era tal. Dom era un tipo real, andaba con la mafia italiana en Jersey. Era uno de ellos, aunque nunca lo imaginé como alguien que usara la fuerza para obtener lo que quería de una mujer.

Lo empujé y luché contra él, pero me congelé cuando encontré su mirada, intensa y amenazante. Oh, mierda. Algo iba mal. Había bajado la guardia, suspirando por un chico atractivo, y en primer lugar me había olvidado de por qué estaba allí.

La ventana se hizo añicos y los cristales rotos salpicaron por todas partes cuando una bala pasó zumbando junto a nosotros. El primer disparo pareció haberse producido en cámara lenta, pero si eso había sido una advertencia, el resto de los disparos no lo fueron. Nos bombardearon como la lluvia que cae sobre un techo de hojalata.

En un solo movimiento, Dom me tenía en el suelo con mi cabeza apoyada en el hueco de su cuello y hombro. Miró hacia arriba, observando la habitación, calculando una salida. Cuando me miró, sacudió la cabeza.

«Tenía planes para ti esta noche». Una media sonrisa se dibujó en sus labios. «Menos las balas, por supuesto. ¿Son amigos tuyos?».

¿Tenía planes para mí? «No. ¿Tuyos?».

«Tal vez. A la mierda mi vida». Recogió las piernas y se sentó en cuclillas. Me quedé plana

sobre las tablas de madera, tratando de recuperar el aliento, mientras él miraba por encima del mostrador. Sonaron más disparos. «¿Hay otra salida?».

«El almacén tiene una puerta que conduce al callejón trasero».

Asintió. «Está bien, vete. Ahora».

«¿Qué? No. No te voy a dejar aquí».

Con el ceño fruncido, me agarró del codo y me atrajo hacia él. «¿Qué te parece? Te importa». Me apretó con más fuerza y se dirigió hacia la puerta que había al lado de los baños en la parte trasera. Más balas se abrieron paso y rompieron el poco vidrio que quedaba en las ventanas.

Dejé que me arrastrara con él. Uno, parecía saber lo que estaba haciendo. Y dos, no tenía idea de cómo sacarnos de esto.

Ahora entendía por qué mi informante no se presentó antes a nuestra cita. Sin duda, se acobardó y decidió advertir a su jefe. O, tal vez, lo descubrieron. *Oh, Dios mío.* El elemento sorpresa era lo único que teníamos a nuestro favor. El esposo de Jess, un capo de la droga, no sabía que la estaba ayudando. Si los hombres de ahí afuera me atrapaban esta noche, la oportunidad de Jess de recuperar su vida se acabaría. Si su marido la encontraba, ella estaría acabada.

Y yo también.

Si él descubría que seguía con vida, haría lo que fuera necesario para terminar el trabajo que había comenzado hace diez años cuando mató a papá y nos dejó a mamá y a mí por muertas.

CAPÍTULO 2

Demasiado de lo mismo

DOM

Cada. Puta. Vez. Empiezo a pensar con mi pene y todo se va al carajo.

Vic tenía razón. Si la futura exmujer de mi nuevo cliente tramaba algo, Vic lo habría descubierto. Debería haberle dejado investigar esta pista solo, especialmente después de que Emilia apareciera en el bar de la nada. De todas las mujeres del mundo, ¿por qué tenía que ser ella?

Después de dos años de intentar olvidarla; intentando y fallando, no podía dejar que volviera a jugar con mi cabeza. Este caso era demasiado importante y la clave para dejar atrás mi antigua vida y Jersey para siempre. Una vida de la que tenía que alejarme porque me convertía en la peor versión de mí. Tenía que mantenerme concentrado.

Mi teléfono volvió a vibrar con una notificación de texto. Eso sumaría cinco mensajes de texto de Vic en las últimas dos horas. Estaba enojado conmigo. A veces, la línea entre ser la mano derecha y la niñera se volvía borrosa con él. En este caso, no se equivocaba. No debería haber regresado. Las relaciones eran una mala idea para mí. ¿No fue por eso que dejé ir a Emilia la primera vez que me di cuenta de que tenía sentimientos por ella?

No quería que se enredara en mi mundo y en todas las tonterías que conlleva. Mickey y su grupo de Jersey habían estado fuera de mi vida desde hacía cinco años. Necesitaba mantenerlo así y no darle ninguna razón para que viniera por mí o pensara que me había ablandado. Había visto de primera mano lo que podía hacerle a alguien que tenía demasiado que perder. Como el amor, la familia y todas esas cosas que la gente normal daba por sentado.

Eché un vistazo por el hueco entre el umbral y la puerta. Solo había dos chicos en el estacionamiento. Hoy era nuestro día de suerte o este espectáculo era simplemente una advertencia. Emilia presionó sus pechos contra mi espalda, estirando el cuello para ver mejor. *Cristo.* Apreté los ojos con fuerza... uno, dos, tres... Tenía que dejar de pensar en lo que casi pasó. Emilia me deseaba tanto como yo a ella.

Después de que se hubiera pasado toda la maldita facultad de derecho mirándome con desprecio, me sorprendió encontrarla en este bar de todos los lugares, fingiendo ser otra persona y mirándome como si fuera algo para comer. Sí, me había sorprendido y me había excitado mucho, pero ahora parecía que Emilia era más de lo que había pensado al principio. No me creí su historia de mierda. Los imbéciles de ahí afuera le disparaban. Por una vez, yo no era el objetivo.

Si esta era la primera vez que alguien le apuntaba con un arma, ciertamente no lo estaba demostrando. La miré de reojo. Su escote subía y bajaba en mi visión periférica, esos ojos oscuros bien abiertos y alertas. Sintió una buena dosis de miedo, pero estaba tranquila y serena.

¿Quién diablos era Emilia Prado?

«Este no es el momento para que mires fijamente mi blusa. ¿Puedes concentrarte en sacarnos de aquí?».

«Te llevará un minuto recuperarte de lo que casi pasó, muñeca. Si no te hubiera reconocido esta noche, ahora mismo tendría mi mano dentro de esa blusa».

Tragó saliva y se le puso la piel de gallina en el pecho. Bien. Todavía estaba interesada.

«Si no me hubieras reconocido, ahora mismo estaríamos muertos». Abrió la puerta de golpe y salió corriendo, mezclándose con las sombras, cada paso silencioso y calculado. La seguí de cerca. Se detuvo al final de la pared lateral y miró a su alrededor durante un segundo. «Parece que se están preparando para hacer un movimiento. ¿Tienes alguna idea?».

«Separémoslos». Tomé una piedra, la arrojé delante de nosotros y presioné mi cuerpo contra el estuco. Cuando el primer tipo se acercó a investigar, lo puse en posición de bloqueo y lo apreté hasta que se desmayó. No soy nuevo en esto. ¿Estaba presumiendo? Tal vez.

«El otro tipo entró». Ella se sentó en cuclillas junto al hombre en el suelo y lo registró. «Esta es nuestra oportunidad». Sacó una navaja del bolsillo trasero de él y la abrió antes de ponerse de pie.

Vaya, joder.

«Coge su arma», dijo sin aliento.

«No uso armas». Ya no me fiaba de mí mismo cuando estaba con ellos.

«Está bien». Agarró el arma, descargó el cargador y lo arrojó en un arbusto seco que había frente a nosotros.

«¿Lista?».

Asentí y corrí hacia mi Harley. Con el corazón palpitando fuerte, la alejé del edificio mientras Emilia cortaba las llantas de la camioneta de esos cabrones. Me senté a horcajadas sobre mi moto y un segundo después el cuerpo de Emilia chocó contra el mío. Una descarga eléctrica estalló entre nosotros. Ella estaba excitada igual que yo.

Con un fuerte rugido, el motor cobró vida y salimos a toda velocidad del estacionamiento del bar. Los brazos de Emilia rodeaban mi cintura y sus piernas me apretaban fuerte mientras su respiración entrecortada rozaba mi nuca.

Mierda, se sentía bien.

Su risa retumbó, provocando aleteos en mi ombligo mientras tomábamos la I-17 Sur y nos dirigíamos hacia Phoenix. Fuera lo que fuera, había que detenerlo, pero llevarla a casa sería un error. Si quien la buscaba la encontraba en el bar, sin duda también tenía su dirección. Sin mencionar que yo tenía algunas preguntas propias. ¿Qué demonios estaba tramando? Según la definición de cualquiera, este no era mi problema, pero no podía dejarla sola después de lo que pasó. Y tampoco quería que dejara de frotarse contra mí.

Deslicé mi mano arriba y abajo por su brazo apoyado en mi estómago y ella se enroscó más fuerte a mi alrededor. No, no estaba listo para que esta noche terminara. Me quedé en la autopista para darnos tiempo a los dos de orientarnos y pensar en un plan real. Tenía muchas preguntas para Emilia. Sin embargo, una cosa era segura. Ella necesitaba ayuda.

«Toma la siguiente salida», gritó en mi oído. Asintiendo, puse la señal y salté a la rampa. Cuando me detuve en el semáforo, sus labios rozaron mi mejilla. «Gira a la izquierda aquí».

Después de girar, la miré por encima del hombro. «¿A dónde vamos?».

«Justo aquí. Detente».

Estábamos en el medio de la nada y estaba oscuro como el infierno. Un escalofrío me recorrió la espalda. Este lugar no era mi idea de una casa segura después de un encuentro con un

par de pistoleros a sueldo.

«¿Qué diablos es este lugar?».

«Tengo hambre. Vamos. Este tipo tiene los mejores hot-dogs». La motocicleta rebotó cuando ella sacó la pierna y se bajó.

«¿La gente te está disparando y tienes hambre?». La seguí por un callejón. Una sola farola marcaba el lugar al final de la calle donde estaba estacionado un carrito de hot-dogs.

Se detuvo en seco y se giró para mirarme. «¿Qué?».

«Déjate de tonterías, muñeca. Sabes que esos imbéciles te perseguían. ¿Qué hiciste?».

«No me llames así. No soy una muñeca. Dios, no has cambiado». Se pasó una mano por sus rizos gruesos y oscuros. Nunca había sabido cómo era su cabello. En la escuela, siempre lo llevaba recogido en una especie de moño como una bailarina.

Me burlé. «No cambies de tema. ¿Qué diablos hiciste?».

«Necesitaba respuestas para un caso en el que estoy trabajando». Se cruzó de brazos y sus tetas se levantaron un poco.

Di un paso hacia ella. «Cuando te vi el mes pasado, pensé que tal vez habías cambiado de carrera». Ella me intrigaba. ¿Qué clase de abogado trabaja de incógnito para un cliente?

«Ya quisieras. Sigues siendo el número dos de nuestra clase. Yo soy la número uno». Me mostró una hilera de dientes blancos.

«No sé si te has dado cuenta, pero la escuela terminó hace un par de años. Ahora cualquiera puede».

Se encogió de hombros, restregándoselo en la cara sin decir nada mientras caminaba pavoneándose hacia el carrito de hot-dogs. Cuanto más se acercaba al círculo de luz que se proyectaba sobre la acera, más perfecta era su vista de culo. El culo que me había torturado durante todo un semestre en la clase de ética cuando se sentaba frente a mí. Cada vez que se inclinaba para sacar algo de su bolso de mensajero, mi pene se contraía.

«Buenas noches».

El vendedor de hot-dogs se puso firme cuando la vio. «Señorita Prado, me alegro de verla. ¿Lo de siempre?».

«Dos, por favor. Traje a… un chico».

«Dom». Le hice un gesto con la mano. Él asintió y se puso a trabajar en nuestra cena.

Emilia se giró para mirar la calle desierta, contemplando la escena. Parecía relajada, pero sus ojos escaneaban cada centímetro frente a ella. Esta versión de Emilia ciertamente no era la Emilia que conocí en la escuela. ¿Era posible que su vida fuera tan jodida como la mía? Vic me había advertido sobre ella. Hasta esta noche, toda su información había sonado muy descabellada. Me acerqué a ella. «Entonces, ¿es cierto lo que dicen de ti?».

«¿Qué dicen?».

«Que eres una princesa del cártel».

Se rió entre dientes y, por una fracción de segundo, miró su mano como si intentara recordar la respuesta correcta. «¿Te parezco una princesa del cártel?».

«¿Cuando estabas en Columbia? No. Eras la típica chica rica, molesta porque papá no pudo hacer que ingresara a Harvard. Caminando por ahí como si fuera mejor que el resto de nosotros. Pero esta noche, me has mostrado un lado diferente. ¿Qué versión de ti es real?».

Se enderezó la espalda, frotando la parte interior de su muñeca. «La gente cambia».

«No tan rápido», le tomé la mano. «Si estás en problemas, puedo ayudarte, pero tienes que confiar en mí. Dime la verdad».

Ella me miró a los ojos y entreabrió los labios. «Espera a que pruebes estas salchichas. Te

volverás adicto». Regresó al carrito y agarró los dos platos de papel. «Aquí hay guacamole, tocino, jalapeños, salsa, frijoles peruanos y crema agria».

«¿Básicamente como para nachos, pero en un hot-dog?».

«Sí, supongo». Frunció el ceño y dio un gran mordisco, disfrutando entre bocados.

Hizo tanto alarde de ello que no tuve más remedio que probarlo. La mezcla de sabores era genial. «Está bien. Sí. Está bastante bueno».

«Te lo dije». Se limpió las manos y la boca con una servilleta de papel y luego se quedó inmóvil. Sus movimientos eran lentos mientras caminaba hacia el bote de basura que estaba a unos metros de distancia. Arrojó su cena en el bote y salió corriendo.

Mierda.

Por razones que no podía comprender, la perseguí. Cuando cruzó la calle, una sombra se movió a lo largo del edificio de ladrillos y se escapó. ¿Era ese el motivo del paseo hasta llegar al carro de *hot-dogs*? Debería irme a casa y dar por terminada la noche. Emilia podía lidiar con su caso sola. ¿Por qué seguía yo aquí? ¿Por curiosidad? ¿O por el hecho de que no quería que Emilia muriera esa noche? Necesitaba ayuda, aunque todavía no se hubiera animado a pedirla. Me trajo hasta aquí cuando accedió a tener una conexión. Ahora estaba atrapada conmigo hasta que resolviéramos esto.

Emilia siguió a su chico por la calle. Yo corrí hacia el callejón trasero para acorralar a quienquiera que fuera que estuviera persiguiendo. Me di la vuelta cuando llegué a la siguiente calle y, efectivamente, Emilia seguía en la persecución en mi dirección. Me detuve, puse ambas manos en mis caderas y esperé. Emilia hizo lo mismo, toda sudorosa y sexy mientras intentaba recuperar el aliento.

El corredor tardó otro minuto en darse cuenta, sin apartar la vista de mí. *Así es, idiota. Estoy con ella.* Se volvió hacia ella, caminó de un lado a otro unas cuantas veces y luego levantó los brazos en el aire. «No sé nada».

«No te he preguntado nada», ella sonrió. «¿Sabes quién soy?».

El tipo asintió, frotándose el costado. «Eres la abogada que ayuda a Jess».

«¿Qué más?».

«Corres jodidamente rápido». Apoyó las manos en las rodillas.

Ella puso los ojos en blanco y dejó escapar un suspiro. Esa mirada la conocía bien. Estaba perdiendo la paciencia con el idiota.

«Eres la abogada estrella de Nueva York, Emilia Prado. Si yo fuera tú, me iría ahora mismo. Los abogados elegantes no pueden soportar el calor de Arizona».

Algo me decía que no se refería al hecho de que hacía cuarenta grados a las dos de la mañana. Emilia relajó los hombros y frunció los labios para ocultar una sonrisa. ¿Cómo era esto una buena noticia?

«Dile a tu jefe que, si tiene algo que decirme, puede llamar a mi oficina y programar una cita». Se pasó los dedos por el pelo y los grandes rizos rebotaron por todas partes. «¡Vete!», le gritó al tipo cuando no se movió.

Con una rápida mirada hacia mí, él corrió por la calle y desapareció en el callejón.

«Por muy entretenido que haya sido todo eso, ¿puedo llevarte a un lugar seguro para pasar la noche?». ¿Por qué tenía la sensación de que mantener viva a Emilia requeriría algo más que una casa segura?

«Tienes razón. No puedo arriesgarme a ir a casa ahora mismo. ¿Puedo quedarme en tu casa?». Parecía agotada. El tipo de cansancio que queda después de una descarga de adrenalina.

«Por supuesto».

«Gracias. Sé que no tenías que quedarte conmigo. Te lo agradezco».

«No podía dejarte colgada. No soy así». Metí las manos en los bolsillos de mi chaqueta. «Vamos. Tenemos un largo viaje. Estoy en el norte».

«Qué lujo». Ella sonrió y se me apretó el pecho. Esta mujer era todo tipo de problemas que no necesitaba en mi vida.

Tomé la autopista y viajamos en silencio el resto del camino. Emilia no me sujetaba tan fuerte como antes, pero me rodeaba con sus brazos, nuestros cuerpos se apretaban perfectamente. Me tomé mi tiempo para llevarnos de vuelta al hotel. El lugar al que había llamado hogar desde principios del verano, cuando mi amigo, Cole, me convenció de mudarme a Arizona para ayudarlo con su divorcio. Ahora ese era un hombre que no tenía miedo de arriesgarlo todo por la mujer que amaba. No todos merecíamos la vida familiar, un hogar.

«¿Te estás quedando en el 'Tapatio Cliffs'?"». Ella se movió detrás de mí cuando entré al resort. «Um. Dormirás en el sofá, ¿verdad?».

Ella también estaba pensando en eso.

«Puedo dormir donde quieras».

«Te quiero en el sofá». Saltó de la moto en el segundo en que me detuve frente al podio del valet.

Con Emilia a varios pies de mí, pude pensar de nuevo. Me tomé mi tiempo con el valet, aunque nuestro intercambio no duró mucho. El tipo tenía prisa por subirse a mi Harley, pero no podía preocuparme por él. Por el amor de Dios, Emilia casi muere, y pensar que había jurado que nunca volvería a ese bar. Durante días, logré mantenerme bajo control, alejado de ella. Esta noche, mi necesidad de volver a verla me venció. Si no hubiera ido a buscarla, Emilia habría tenido que enfrentarse a los tiradores sola. Sí, ella sabía cómo enfrentarlo, pero no sabía lo que era tratar con imbéciles sin alma. ¿O sí?

En el vestíbulo, Emilia me esperaba junto a la plataforma del ascensor. Cuando me vio, presionó el botón de llamada y se metió las manos en los bolsillos traseros de los pantalones, observando la habitación. «Supongo que ahora eres abogado».

«Lo soy. Hace poco trasladé mi práctica a Phoenix».

«¿En serio? ¿Por qué Phoenix?». Entró en el ascensor y relajó los hombros cuando la puerta se cerró. Todas las señales reveladoras de alguien que está huyendo.

«Tengo un amigo que me convenció de mudarme aquí. Necesitaba mi ayuda y Phoenix parecía un buen lugar para empezar de nuevo». Y esa era la verdad. Tan lejos de Nueva York y de todo lo que era Jersey, sentí que podía respirar de nuevo, relajarse. «¿Y tú? ¿Cómo terminaste aquí?».

«Este es mi hogar. Quería volver». Una arruga apareció en su frente cuando fijó su mirada en mí. «¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo saliste?». Se puso una mano sobre la boca. «Lo siento. No quise entrometerme».

Una alarma sonó y me fijó una advertencia en mi cabeza. Después de lo que la vi hacer esa noche, era obvio que lo mejor que podía hacer era mantenerme alejado de ella. El comportamiento de Emilia me resultaba demasiado familiar. Ya había pasado por eso... nunca volvería atrás.

«Aquí es». Salí del ascensor y señalé la gran suite al final del pasillo.

Sus cejas se alzaron por un momento, y de repente quise ser todo lo que ella pensaba que era digno de su elogio. «Debes ser muy bueno».

«Nunca pierdo». Golpeé mi billetera contra la puerta y la abrí. Su sonrisa y la forma en que me miró me alegraron de haber elegido una suite de dos habitaciones. De ninguna manera podría

pasar una noche en la misma habitación que Emilia y realmente dormir. «Hay una habitación libre por ahí. Si necesitas algo, estaré en la otra habitación. Buenas noches».

«Buenas noches». Se mordió el labio, frotando la parte interior de su muñeca. ¿Podría ser posible que estuviera pensando en no dormir esta noche? No era muy probable... lo había dejado en claro antes. No se suponía que fuera más que una aventura de una noche, y estaba de acuerdo con ella. Emilia y yo éramos una mala mezcla. Demasiado de lo mismo.

«Gracias por salvarme la vida. Prometo estar fuera de tu camino a primera hora de la mañana».

«Claro. Por supuesto. Oye, fue bueno verte de nuevo. Espero que no te metas en problemas de ahora en adelante».

Qué despedida más sosa, pero estaba cansado y necesitaba dormir. Emilia no era mi problema. En unas horas, se habría ido y sería como si esta noche nunca hubiera ocurrido. Tenía que dejarla ir.

Se despidió con una señal de la mano desde el umbral de su dormitorio y cerró la puerta.

CAPÍTULO 3

Sicario

EMILIA

Colgué el teléfono y me dejé caer sobre la almohada. Mi declaración de hoy estaba programada para el mediodía. Si me esforzaba mucho, todavía podría dormir una hora. Aunque es poco probable. No con Dom durmiendo en la habitación de al lado. Apuesto a que dormía desnudo.

¿Qué me pasaba? Casi me matan anoche y todo lo que había podido pensar desde que me fui a la cama era en Dom y *todos los planes* que tenía para mí. Lástima que no pudo hacer nada de eso. Un ligero golpe en la puerta me hizo salir de mi locura. Mierda. Se había levantado. Arrojé las sábanas del camino y me puse de pie de un salto, con el corazón palpitando fuerte. Otro golpe. Más fuerte esta vez.

«¿Emilia? ¿Estás despierta?». Su voz retumbó mientras yo estaba desnuda en medio de la habitación. Mi mirada se precipitó de la cama a la silla en la esquina. ¿Qué hice con mi ropa? «¿Emilia? ¿Estás bien? Voy a entrar».

«No», prácticamente chillé. *Jesús.* Este tipo tenía una manera de hacerme perder la cabeza. «Un segundo». Tomé la sábana de la cama y me envolví con ella, juntando el exceso de tela frente a mí como si mi vida dependiera de ello. Giré la perilla y miré por el hueco. «¿Qué pasa?».

Mis rodillas se doblaron cuando la boca de Dom se abrió. Se aclaró la garganta antes de tragar. Bien. No era la única que había pasado la noche dando vueltas en la cama. Dios, ojalá hubiera traído mi vibrador conmigo. Apoyó una mano en el umbral y se inclinó más cerca. «¿Duermes desnuda?».

«No. Simplemente no tenía nada más que ponerme. Has intentado dormir con pantalones de cuero».

Se rió. Se veía sexy por la mañana. El cabello todo desordenado, los labios hinchados. «Tienes una entrega».

«Eso fue rápido». Miré mi reloj. ¿Cómo? ¿Había pasado una hora acostada en la cama pensando en Dom? ¿Cómo sucedió eso? «Voy a llegar tarde».

Dejé que la puerta se abriera y caminé de puntillas hasta la sala de estar, donde había varias bolsas de compras esparcidas sobre el sofá. Las agarré con mi mano libre y me giré para encarar a Dom, que seguía junto a la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa de satisfacción en el rostro.

«¿Qué?».

«¿Exactamente qué tan desnuda estás ahí debajo?».

Apreté mis piernas. Sus palabras “tenía planes para ti” de la noche anterior se arremolinaban en mi cabeza. El deseo ahora familiar se extendió desde mi centro hasta mis pies. Tenía que salir

de allí. Dos hombres casi me matan anoche porque mi concentración no estaba en el lugar correcto. Dom me hacía sentir confusa y Jess necesitaba que me concentrara en su caso.

«Oh, por favor, madura». Me burlé de él y corrí de nuevo a mi habitación, cerrando la puerta en su cara.

Dejé caer la sábana al suelo y tiré el contenido de las bolsas sobre la cama. No estuvo mal. El conserje había logrado encontrarme un traje decente, con sujetador y bragas, e incluso un par de tacones de tirantes 'Manolo'. Cualquier cosa para el chico que se alojaba en la gran suite.

Me metí en la ducha. No había tiempo para relajarme bajo el agua tibia. Me apliqué rápidamente el champú y el gel de baño, me enjuagué y salí. En mi bolso encontré un poco de crema hidratante con color, rímel y brillo de labios. Eso tendría que bastar. Me sequé el pelo con secador y me lo recogí en un moño. De vuelta en el dormitorio, arranqué las etiquetas de la falda tubo gris y la chaqueta con cinturón a juego y me vestí en un tiempo récord. Me tomó otros cinco minutos ordenar la habitación y recoger mis cosas antes de salir.

«Ahí está la 'Señorita Correcta' que recuerdo», dijo Dom desde la mesa del comedor donde tenía un enorme desayuno frente a él.

«No me llames así». Mi pulso se aceleró mientras escaneaba la habitación. ¿Qué demonios? Llegué anoche y no hice mi rutina habitual: no revisé las rutas de salida, las puertas cerradas ni la ubicación de los muebles. Me encontré con la mirada de Dom. ¿Tanto confiaba en él?

«Lo siento». Levantó las manos en señal de rendición. «¿Te unes a mí para desayunar?».

«Gracias, pero no puedo. Llego tarde a una declaración». Di un paso hacia la puerta, tratando de memorizar el lugar. Los lujosos sofás de colores crema, las flores frescas en la repisa de la chimenea y Dom sentado a la cabecera de la mesa luciendo más increíblemente delicioso de lo que tenía derecho a verse. Quería quedarme, pero ya lo había hecho más tiempo del necesario. «Gracias de nuevo por dejarme quedar aquí».

«Cuando quieras. Yo también me voy en unos minutos si necesitas que te lleve». Su mirada azul ardiente me dio todo tipo de ideas locas en la cabeza. El viaje al centro duraba unos buenos treinta minutos, más si el tráfico era malo. Mucho tiempo para…

«No, estoy bien. Tengo un auto esperando». Salí pavoneándome por la puerta haciendo mi mejor imitación de la 'Señorita Correcta'. Ese acto me había funcionado bien durante años. No había razón para dejarlo ahora. Aunque me alegraba que anoche Dom hubiera tenido la oportunidad de ver un lado diferente de mí. Mi yo real.

Fuera del resort, mi prima Jess esperaba en el asiento trasero de su Escalade negra mientras mi compañero de trabajo, Jack, le disparaba preguntas. Ella ya estaba nerviosa, asustada de ver a su futuro exmarido, Levi, en la declaración. La última vez que se vieron, le dejó un ojo morado que tardó semanas en desaparecer por completo.

Algo que no entendía, era cómo había sido capaz de soportar su temperamento desde la escuela secundaria. Diez años de matrimonio y una niña no habían ayudado a su relación en lo más mínimo. Algunos cabrones eran simplemente eso: cabrones. Una mujer amorosa y una familia no eran razones suficientes para cambiar, para ser decente, pero su momento había llegado. Ya no seguiría escondiéndome. Subí al auto y le di un beso de saludo a Jess.

«Jack, gracias por hacer esto hoy».

«Ni lo menciones. Tienes razón. Levi estará menos a la defensiva si un hombre hace las preguntas». Me guiñó el ojo, tomando notas en su bloc de notas.

Sí. Menos a la defensiva. Además, no estaba preparada para que supiera quién estaba ayudando realmente a su esposa. Hasta donde él sabía, yo no estaba viva. Quería que siguiera siendo así un poco más.

«Estarás bien». Apreté la mano de Jess. Ella asintió. Jess era dos años mayor que yo, pero habíamos sido muy unidas durante la infancia. Fuimos inseparables en la escuela secundaria hasta que tuve que mudarme a Nueva York.

«Sé que estás arriesgando mucho solo por estar aquí, pero eres la única en la que puedo confiar».

«Por supuesto, cuenta conmigo».

Establecí contacto visual con el chofer por el espejo retrovisor. Él asintió y puso el auto en marcha. «Nos reuniremos con Levi en la oficina de su abogado. Jack estará contigo todo el tiempo. Estaré aquí cuando salgas».

El caso de Jess era como cientos de otros que pasaban por el tribunal de lo familiar cada año. En el papel, cuando menos. Levi no era el típico marido. Tenía dinero y, lo que era más importante, tenía a varios políticos corruptos en el bolsillo, junto con el respaldo del Cártel del Corredor de Sonora. Un mundo que conocía bien, el mismo mundo que había estado tratando de olvidar desde que papá murió.

Nos detuvimos en Seventh Street frente a un alto edificio en el centro de Phoenix. Las oficinas del abogado de Levi estaban ubicadas en el último piso. Se me hizo un nudo en el estómago. Al igual que Jess, odiaba la idea de estar tan cerca de él. Incluso rodeada de otras personas, no me sentía segura.

Jess me abrazó. En su frente se formaron profundas arrugas y sus ojos se llenaron de lágrimas, como si estuviera de camino a su ejecución. Maldita sea, no podía ir sola. Cuando salió del coche, la seguí.

«Quédate aquí. Es más seguro así», dijo en voz baja.

«Me mantendré fuera de la vista. Lo prometo», susurré.

Cuando entramos en el gélido vestíbulo, me quedé un paso detrás de ella. Los árboles de ficus dispersos y los sofás de cuero le daban al lugar un aire contemporáneo y de lujo. El espacio de la oficina estaba bien mantenido, pero no era demasiado lujoso.

«¿Lista?», Jack acompañó a Jess hacia la bahía del ascensor del lado derecho.

Mi corazón latía con fuerza cuando las puertas se abrieron y me deslicé detrás de ellos, parándome en el lado opuesto como si no los conociera. Cuando llegamos al piso superior, Jess y Jack fueron directo al mostrador de recepción. Caminé en sentido opuesto para esconderme en el baño. El yunque alojado en mi pecho se enroscó más profundamente y bloqueó el aire que llegaba a mis pulmones. Me lavé las manos con agua fría y las presioné sobre mi frente, respirando forzadamente por la boca. ¿Ya había llegado? No había visto a Levi en más de diez años. No en persona cuando menos.

Caminé por el baño. Maldita sea. Quería estar allí. Quería ver su rostro y decirle que iba tras él. Exhalé y salí por la puerta. Cuando llegué al escritorio de recepción, me paralicé.

En la sala de conferencias del otro lado, Levi estaba sentado de espaldas a mí, frente a Jess, mientras Jack le susurraba al oído. Ella estaba casi llorando cuando encontró mi mirada a través del panel de vidrio del piso al techo. Levi apoyaba los brazos sobre la mesa, rebosando confianza. Era cuestión de tiempo, de seguir los pasos y mantener las apariencias de un ciudadano honrado antes de conseguir exactamente lo que quería.

El abogado de Levi le susurró algo y se giró casualmente en su silla, siguiendo la línea de visión de Jess, directamente hacia mí. ¿Qué estaba haciendo Dom aquí? ¿Estaba ayudando a ese idiota? Me di la vuelta y corrí hacia los ascensores.

Mierda. Mierda. Mierda.

Me froté la frente con la mano. Las visitas de Dom al bar no eran una coincidencia. Estaba

allí por mí. ¿Estaba allí como un favor al cártel de Sonora? Presioné el botón de llamada con el costado de mi puño varias veces. Una mano tocó mi hombro y la sacudí antes de darme la vuelta.

«Oh, lo siento. No quise asustarte», dijo la recepcionista, con las mejillas rojas y los ojos muy abiertos.

«Está bien. Solo tengo prisa». Presioné el botón de llamada nuevamente. ¿Dónde estaba el maldito ascensor?

«Bueno. El Sr. Moretti me pidió que te acompañara a su oficina».

«No puedo. Tengo que irme».

«En realidad, sus palabras exactas fueron que *no la dejara irse*». Me mostró el mensaje de texto de Dom. «Lo siento. Dice que es importante». La mujer parecía mortificada pero decidida a seguir las órdenes de Dom.

«Bien». Yo también tenía algunas preguntas.

Ella soltó un largo suspiro y me acompañó por el pasillo de la derecha, lejos de la sala de conferencias. Me tragué el nudo que tenía en la garganta cuando mi acompañante abrió la puerta de la enorme oficina de Dom. Entré, esquivando las cajas esparcidas por todas partes. Había grandes cuadros apoyados en las paredes desnudas, montones y montones de carpetas manila en su escritorio y en el suelo.

La puerta se cerró detrás de mí. No me molesté en comprobar si estaba cerrada con llave. Sin duda, la recepcionista de Dom haría guardia hasta que apareciera. Me quedé en el mismo lugar, esperando. *Dom no es Levi. Dom no es Levi.* Repetí las palabras en mi cabeza hasta que Dom cruzó su puerta.

Apretando mis manos hasta convertirlas en puños, me volví hacia él y lo golpeé de lleno en el pecho. «Fuiste tú, ¿no? ¿Fuiste al 'Roadrunner' para qué? ¿Deshacerte de mí? ¿Ganar mi confianza? ¿Qué?».

Me sentí bien al gritarle.

Cerró la puerta de golpe y me agarró por la cintura, haciéndome caminar hacia atrás hasta que llegamos a la pared opuesta. Bajando la mirada de mi rostro a sus manos, susurró. «Creo que ambos sabemos por qué volví al bar anoche, pero esto es por ti. ¿Por qué me diste largas? ¿Esperabas que te concediera este caso de mierda de Levi Smith?».

¿Seguía en su juego de "*te quiero a ti*"?».

«Así *no* es como gano casos. Ese cabrón merece estar en la cárcel por lo que le ha hecho a su familia». Deslicé una mano entre nosotros y lo empujé con fuerza, pero no se movió.

Parpadeó lentamente y dejó escapar un suspiro antes de soltarme.

«No voy a mentir. Una pequeña parte de mí deseaba que estuvieras aquí para verme, pero estoy confundido. Esta mañana saliste corriendo de mi habitación para hacer esta declaración, y luego ya no entraste. Anoche vi lo suficiente de ti para saber que tienes una razón para andar a escondidas. Empieza a hablar».

«¿Cómo le fue a Jess ahí dentro?».

«Prácticamente se retractó de toda su historia. Un juez de la corte familiar no tendrá problemas en darle a Levi la custodia total de su hija. Emilia, no tienes un caso».

«Él la golpea».

«Rumores. Tienes que hacerlo mejor que eso. Lo sabes».

Dom tenía razón. Este era un caso de mierda. Lo sabía desde el principio, pero al menos nos estaba dando el tiempo que necesitábamos para exponer a Levi por lo que era. Si le decía la verdad a Dom, ¿lo entendería? ¿O salvaría a su cliente en su lugar?

«Es un sicario».

«*¿Qué?*».

«Un asesino a sueldo del cártel mexicano».

«Sé lo que es un sicario. Quería asegurarme de que dijeras lo que creo que dijiste. *Jesucristo*». El surco en su frente se hizo más profundo.

Di un paso atrás. Dom podía ser intimidante cuando quería.

«Si lo acusas de eso, tendré que demandarte. ¿Lo entiendes? Acabo de empezar a trabajar aquí. Perder un caso de pasteles no es exactamente la mejor manera de demostrar mi valía. Levi se llevará su negocio a otra parte si no gano esto por él». Caminó de un lado a otro de su oficina. «Si consigo otra cuenta importante, podría convertirme en socio a finales de año. Phoenix podría ser mi hogar». Se detuvo y me miró a los ojos. «¿Tienes siquiera pruebas de algo de esto?».

«No».

«¿Por eso estabas trabajando en el 'Roadrunner'? ¿Intentabas encontrar algo con que incriminarlo?».

«Sí».

«Carajo, Emilia. Voy a necesitar frases completas aquí». Apoyó las manos en las caderas. «¿Sabes por qué fui al bar el mes pasado?».

Negué con la cabeza y él continuó.

«Levi sabía que había una mujer investigando su negocio. Fui a comprobarlo, pero nadie quiso hablar conmigo. Supongo que no confiaban en mi aspecto». Puso su dedo índice debajo de mi barbilla para hacerme mirarlo de frente.

Fuera de la ventana, nubes blancas abultadas se movían por el cielo. De repente, la habitación estaba bañada por una luz brillante. Los rasgos de Dom se suavizaron y relajé mi postura sin quererlo.

«No puedo pensar con claridad cuando estás cerca. Estaba particularmente aturdido en el bar contigo mirándome de la forma en que lo hacías. Fui un idiota por no ver que eras tú la que hacía preguntas sobre Levi. Emilia, si es quien dices que es, no puedes joder con él. Mantente al margen».

La sangre me atravesó el cuerpo y me temblaron las piernas. Necesitaba decirle la verdad. Después de la noche anterior, sabía que podía confiar en Dom, pero ¿podía confiarle un caso que podría arruinar su carrera de abogado de excelencia?

Abrí la boca para hablar, pero él levantó las manos. «Dime por qué te escondes de Levi».

«Porque cree que estoy muerta. Porque sabe que conozco todos sus secretos sucios, incluida la doble vida que lleva desde que se casó con Jess».

«¿Jess lo sabe?».

Asentí. Mi prima no era perfecta. Por supuesto que lo sabía. Y le gustaba. Le gustaba el dinero, el poder. Si soportó el temperamento de Levi todos estos años, fue porque tenía miedo de quedarse sin nada, sin un hogar y sin su familia.

«Ella vino a mí hace cuatro meses, cuando me mudé de nuevo a Phoenix. Ni siquiera sé cómo me encontró. No la había visto en años. Teme por su hija y por su vida. Me hice abogada porque quería marcar una diferencia, y me duele ver que no puedo hacer nada por ella». Las lágrimas me picaban los ojos. No podía dejar que Dom me viera así, perdiendo la cabeza. Me froté el brazo y conté hasta diez, y luego otros diez hasta que me calmé. «No te estoy pidiendo que cedas. Todo lo que necesito es tiempo».

«Tiempo». Inclinó la cabeza, frotando su mandíbula cincelada con el pulgar. «Puedo darte tiempo, pero quiero involucrarme».

«¿Involucrarte? Oh, no. No te necesito en mis asuntos». Mi corazón latía con fuerza contra

mis costillas. Sí, necesitaba la ayuda de Dom, pero también lo necesitaba lejos de mí.

«¿Si quieres mi ayuda? Ese es mi precio».

«No *quiero* tu ayuda».

Una sonrisa sexy se extendió por su rostro. «Pero la necesitas». Se sentó en el borde de su escritorio, cruzando los brazos. «Ni siquiera tienes que decir por favor. Solo di que sí».

«¿Por qué quieres involucrarte? Esta no es tu lucha».

«No puedo evitarlo».

Se relajó y apoyó las manos sobre la mesa, los bíceps tensos contra su traje oscuro, las piernas largas frente a él. Tragué saliva, frotando el lugar en mi cuello donde me había besado la noche anterior.

«Encontraré otra manera». Salí corriendo de su oficina antes de cambiar de opinión.

CAPÍTULO 4

La red profunda

DOM

«Dios, eres tan terca como siempre», grité a la puerta cerrada.

Joder, no se equivocaba. No tenía derecho a involucrarme en su vida de esa manera. ¿Por qué confiaría en mí de todos modos? Yo era el abogado contrario. Sin embargo, el crimen organizado era algo que conocía bien. Si el esposo de su prima estaba involucrado con el cártel local, alguien tenía que asegurarse de que Emilia no fuera tras él. Podría acabar en alguna zanja a lo largo de la frontera de Nogales.

Apreté el botón del intercomunicador de mi teléfono. «Deténganla».

La respuesta de April fue inmediata. «Se ha ido. Esta vez tomó las escaleras».

Maldita sea. Anoche, pensé que había terminado con Emilia, pero después del espectáculo de mierda de declaración de esta mañana, no había forma de que la dejara ir. Los disparos en el 'Roadrunner' estaban destinados al abogado de Jess, y solo estaban destinados a ser una advertencia.

Si Vic tenía razón sobre Emilia y ella era una princesa del cártel, podría estar en verdadero peligro. ¿Había sido por eso que me advirtió mantenerme alejado de ella cuando estaba en la facultad de derecho? Sabía que involucrarme con Emilia podría convertirse para mí en un boleto de vuelta a Jersey. ¿Qué se suponía que debía hacer?

Caminé alrededor de mi escritorio y me senté frente a mi computadora portátil. Del cajón inferior a la derecha, saqué un teléfono desechable y lo conecté a mi computadora para bloquear cualquier programa rastreador en la red profunda. Los viejos hábitos eran difíciles de eliminar. La logística había sido mi especialidad en el equipo de Mickey. Tenía un don para detectar a los malos. Los cabrones que venían por nosotros, al menos. Todos éramos malos aquí.

Navegando por mis sitios favoritos, me topé con la charla habitual. Nada sobre mí. Había pasado tanto tiempo desde que dejé el equipo de Mickey, que dudaba que alguien recordara mi nombre. Hice una búsqueda rápida sobre Emilia Prado. Nuevamente, nada. Unos pocos clics más y la multitud me llevó a una sala de chat bastante activa.

Había un nuevo éxito sobre Emilia Avellanos. Mucho dinero, mucho en juego. El tipo de victoria que podría hacer que cualquiera recibiera un ascenso dentro del cártel. ¿Podría ser que estas dos Emilias fueran la misma?

Ingresé el nombre de Avellanos en Google y esperé, mirando cómo el motor giraba sus ruedas. Después de varios segundos, volvió vacío. Demasiado limpio como si alguien hubiera borrado cualquier referencia al nombre. ¿Emilia era en serio una especie de princesa del cártel escondida? Ella lo negó cuando se lo pregunté, pero ¿por qué querría que Levi siguiera pensando que estaba muerta?

A continuación, ingresé Emilia Prado en el motor, lo que produjo resultados más normales. Perfil de X, fotos de Instagram, lo habitual.

Debería mantenerme alejado, pero mi interés estaba en acción y todavía tenía que descubrir cómo alejarme de una buena pelea. Hasta que no supiera con certeza que Emilia Prado era quien decía ser, tenía que asumir que había un precio por su cabeza.

¿Emilia controlaba las salas de chat en la red profunda como yo? Con el pulso acelerado, metí la carpeta del caso Levi en mi maletín. Esto no podía esperar. Apagué mi portátil y me levanté de un salto. Con un poco de suerte, ella se había dirigido a su oficina.

«¿Almuerzas tarde?», preguntó mi asistente desde su escritorio.

«Sí. Si surge algo, llámame». Presioné el botón del ascensor y subí cuando las puertas se abrieron. En cuanto a planes, no tenía ninguno, pero Emilia tenía que saber que algo feo le podía llegar encima.

Bajé al nivel del garaje, subí a mi auto, ingresé la dirección de trabajo de Emilia en el sistema de navegación y me fui. Por suerte, estaba a solo unas cuadras. ¿Cuánto tiempo había estado trabajando en esta empresa? Parecía que, de una forma u otra, Emilia y yo estábamos destinados a encontrarnos nuevamente. Sacudí la cabeza y sonreí como un idiota. Cole estaría feliz de escuchar que su divorcio me traía de regreso a Emilia.

Estacioné afuera del edificio y esperé. Si subía, sin duda mi presencia generaría preguntas entre sus compañeros de trabajo. Lo mejor que podía hacer era ser paciente y esperar a que ella saliera.

Me puse a jugar con la radio satelital mientras la excitación se acumulaba en la boca de mi estómago. Dios, Emilia siempre había tenido ese efecto en mí. En la facultad de derecho, sentí que había algo más en su personalidad fría, que debajo de su actuación de ‘Señorita Correcta’ había alguien no muy diferente a mí. ¿Podría ella sentirlo también? ¿Era por eso que me evitaba como a la peste? Cogí mi teléfono de la consola central y marqué el número de su despacho.

«“Gallardo and Associates”», respondió una voz masculina al primer timbrazo.

«Aquí Dom Moretti, estoy llevando el caso de Levi Smith. ¿Puedo hablar con la Sra. Prado?». Eso era bastante inocente.

«Está en una reunión. ¿Puedo tomar un mensaje?».

«No. Llamaré más tarde. Gracias». *O simplemente esperaré aquí afuera hasta que se vaya a casa.* Colgué y llamé a Vic. Si alguien podía desenterrar información sobre Emilia Avellanos, sería él.

«Dom. Hazlo rápido». La voz de Vic retumbó por el altavoz. Hablar por una línea abierta lo ponía nervioso.

«Necesito ayuda para encontrar a alguien. ¿Puedo enviarte un nombre?».

«Envíalo a la bandeja de entrada habitual», dijo y colgó.

«Buena charla». Presioné el botón de finalizar, le envié un correo electrónico con la información que tenía sobre ambas Emilias y esperé acomodándome en mi auto. Mis ojos miraban fijamente la entrada principal del edificio mientras ignoraba la pequeña voz en mi cabeza que me decía que esto era lo más espeluznante que había hecho en mi vida: acechar a una mujer que hasta la noche anterior había fingido que yo no existía.

Simple y jodidamente genial.

Puse el auto en marcha. Tal vez podría enviarle un mensaje de texto para advertirle sobre las conversaciones en la red profunda. Ella había dejado en claro que no quería mi ayuda. No estaba obligado a hacer más que contarle lo que vi, ¿verdad? Pero entonces, no podría volver a verla. Y que me jodan si no quería volver a verla. Apagué el motor y apoyé la cabeza en el reposacabezas.

Los susurros en mi cabeza se hicieron más fuertes mientras estaba sentado allí. Antes de que tuviera que responder a alguno de ellos, Emilia salió de su edificio y se subió al sedán negro que la esperaba en la acera. Encendí el motor y la seguí. Una hora después, el auto la dejó en una casa en North Scottsdale, una zona elegante de Phoenix. A juzgar por el tamaño de su casa, a Emilia le iba bien. La esperé al final de la calle. Si tenían cámaras de seguridad, no podía verlas. Cuando cruzó el umbral, salí de mi auto y caminé el resto del camino hasta su casa.

Mientras subía los escalones de piedra hasta la enorme puerta de entrada, ensayé en mi cabeza lo que diría. ¿Cuál era la mejor manera de hacerle saber a alguien que tenía una diana en su espalda? Sin embargo, cuando llegué a la entrada, las puertas estaban abiertas de par en par. Un silencio inquietante cubría el espacio a mi alrededor. Por costumbre, me estiré hacia atrás para coger una pistola que no estaba allí.

Entré con cuidado en el vestíbulo. Grandes espejos enmarcados se alineaban en las paredes, dirigiéndome hacia la sala de estar, donde mesas auxiliares habían sidoderrumbadas. Mi corazón se agitó, latiendo con fuerza en mi garganta. Mierda. Ella había entrado hace menos de un minuto. Treinta segundos era todo lo que se necesitaba para agarrar a alguien. Yo lo sabía. ¿Ya la estaban esperando? Había llegado demasiado tarde. Debería haberla detenido en el momento en que salió de su auto.

Un clic y el frío metal demasiado familiar se clavó en mi nuca. *Mierda.* ¿Cómo se me habían acercado sigilosamente? No había sentido ni oído a nadie en la habitación.

«¿Por qué me estás siguiendo?». La voz de Emilia sonaba tensa como si estuviera tratando de recuperar el aliento.

Mi pulso se desaceleró y mis hombros se relajaron. Ella estaba a salvo.

«Tenemos que hablar». Me volví para mirarla. Se había quitado la chaqueta y una blusa beige sedosa con tirantes finos la abrazaba perfectamente. El clic de su arma detuvo mi mente errante en seco. No debería estar pensando en ella de esa manera. Se metió el arma en la parte de atrás de la falda y dio un paso atrás, lanzándome miradas cortantes. Mierda, si eso no era excitante.

«Deja de mirarme así y dime por qué estás aquí». Ella escudriñó la habitación, sus pies golpeando las baldosas de travertino mientras caminaba hacia la puerta principal para cerrarla. «Me asustaste muchísimo».

«¿Por qué estás tan nerviosa?».

«¿No es obvio?». Extendió los brazos, su mirada recorrió la habitación saqueada. «Alguien estuvo aquí».

«Y no sabes si estuvieron aquí por el abogado de Jess o por Emilia Avellanos».

«Cierto». Tomó una mesa auxiliar y la volvió a poner en su lugar. Se congeló y agachó la cabeza. «¿Cómo conoces ese nombre?».

«Eres tú, ¿no? Quiero decir, ni siquiera te molestaste en cambiar tu primer nombre».

«Es el apellido de mi padre».

«Puedes confiar en mí. Estoy aquí para ayudar». Abrió la boca, pero insistí. «Esta mañana, estaba listo para dejarte salir de mi vida otra vez, pero después de todo lo que pasó aquí, no puedo simplemente dejarte. Puedo ayudarte».

«No. Puedo hacer esto por mi cuenta». Me miró a los ojos, con el ceño fruncido y los labios apretados; ciertamente no era la mirada de alguien que quería que lo dejaran solo, excepto que yo no tenía nada que decir o hacer para demostrarle que era un amigo.

El leve pitido de los números que se presionaban en un teclado se escuchó detrás de nosotros. Los ojos de Emilia se abrieron de par en par, pero no mostró miedo. Unos segundos después, la

estantería que cubría la pared se abrió.

Una versión más vieja de Emilia salió y me ofreció su mano como si no hubiera salido de una habitación secreta. «Tú debes ser Dom. Soy Sofia, la mamá de Emilia».

«Lo soy. Es un placer conocerla». Sonreí, apretando sus dedos suavemente.

«¿Lo dijiste en serio?».

Así que había escuchado toda la conversación. ¿Ya se había dado cuenta de que estaba enamorado de su hija? La mirada en sus ojos me decía que estaba de mi lado. La honestidad era la única manera de lograr que me ayudara a hacer entrar en razón a Emilia. «Estaba revisando las salas de chat en línea...».

«¿Haces eso a menudo?», preguntó Emilia, levantando las cejas al encontrarse con la mirada de su madre. Como si este hábito en particular demostrara que no se podía confiar en mí. Sofía no se lo creía.

«Siempre es bueno estar al tanto de lo que pasa. Y eso me indica que alguien te está atacando».

«¿Emilia?», Sofía miró a Emilia como si dijera "estoy decepcionada". «Dijiste que todo estaba bien. Que no teníamos nada de qué preocuparnos».

«Y no debemos estarlo. Levi está enojado con Emilia Prado, la abogada de su esposa». Su tono ligero tenía la intención de tranquilizar a su madre, pero su madre era más inteligente que eso.

«El aviso no era para Emilia Prado y tú lo sabes».

Sofía dejó caer la cabeza entre las manos. «Sabía que tomar el caso de Jess era demasiado arriesgado para ti. ¿Por qué no escuchaste?».

Yo mismo me había estado preguntando lo mismo. «Ambas necesitan irse de Phoenix. Esta noche».

Sofía se secó la cara, con los ojos severos y determinados. «Sí, lo haremos. Emilia. Ve a empacar. Ahora».

«No podemos dejar que Levi nos eche de nuevo. Ya terminé de esconderme, mamá».

«No. No te perderé a ti también».

Sofía agarró la mano de Emilia y la acompañó más allá de la sala de estar, por el amplio pasillo a la derecha. Las seguí. Si las ayudaba a empacar, podríamos salir de aquí en menos de una hora. Sofía se detuvo en la primera puerta. «Solo unos pocos cambios de ropa. Podemos comprar más cuando estemos instaladas». Empujó la puerta del dormitorio de Emilia y corrió por el pasillo.

«Tiene razón».

Entré yo primero. El característico aroma a vainilla de Emilia me golpeó de lleno en la cara. Tal vez no era una buena idea. Emilia y yo en la misma habitación, solos, no era una buena idea. Sacudí la cabeza para despejarme y me dirigí al vestidor. Cuanto más rápido saliéramos de allí, mejor. Junté toda la ropa de las perchas, la saqué de la barra y la tiré sobre la cama, su cama. El deseo latía rápido y fuerte en mi interior. Mierda.

«¿Dónde guardas tu maleta?».

Me volví para mirarla. Estaba de pie en el umbral como si hubiera una fuerza invisible que la mantuviera atrapada allí.

«Debajo de la cama». Su voz era ronca y sexy.

¿Ella también lo sintió? Apoyé la mano en el colchón y metí la mano debajo, absorbiendo el leve olor que provenía de sus almohadas.

«Lo entiendo». Ella corrió a mi lado cuando dejé caer la maleta sobre el edredón y comencé a

tirar cosas adentro.

«Bien». Di un paso atrás, dándole espacio a ella, *y a mí*.

Con los labios fruncidos, dobló su ropa, dejando caer cada prenda en un movimiento de apuñalamiento. Su madre la había obligado a hacer esto, pero era lo mejor. Ir en contra del cártel era una idea horrible. ¿En qué estaba pensando?

«¿Cómo sabías que el aviso era para mí?», preguntó después de lo que parecieron horas de silencio. «Un nombre de pila no es suficiente».

«Una suposición descabellada». Me encogí de hombros y me senté en el borde de la cama. Mis dedos jugaron con las chucherías plateadas en su mesita de noche. «No tan descabellada, en realidad. Si sigues pinchando a un oso dormido, es probable que lo despiertes».

«Levi se merece todo lo que le viene en el camino. El hombre mata para ganarse la vida, por el amor de Dios». Lanzó un vestido al otro lado de la habitación. «No puede ganar. No puedo dejar que gane de nuevo».

«Has estado huyendo por un tiempo».

«¿Cómo lo sabes?».

«Bueno, para empezar, tienes una habitación de pánico y puedes manejar un arma mejor que cualquier otro abogado que conozco». Me puse de pie y me acerqué. Su aroma llenó mis sentidos. «¿Por qué arriesgar todo para ayudar a tu prima? ¿Por qué ahora?».

«Jess es familia. Y estoy cansada de huir».

«Si Levi es quien dices que es, no puedes ir en su contra. Es demasiado peligroso. Este es el cártel del que estás hablando. Tu vida significa poco para ellos. *El cártel.* ¿Por qué no lo pensé antes? Sacudí la cabeza.

«¿Qué pasa?».

«¿Por qué el cártel acude a la red profunda para matarte? ¿Por qué no mantener el trabajo dentro de la empresa? ¿No te parece extraño?».

Había estado al otro lado de la ley cuando anduve con el equipo de Mickey en Jersey. De ninguna manera Mickey hubiera confiado en un forastero, un cazarrecompensas al azar, para hacer su trabajo sucio. Y tenía una razón para ello... le gustaba que las cosas se hicieran bien. Basándonos en los dos intentos de asesinato contra Emilia, no estábamos tratando con profesionales aquí. ¿Por qué arriesgarnos? ¿Qué estaba tratando de ocultar Levi Smith? No es que importara más. Emilia y su madre estarían fuera de su alcance antes del anochecer.

«Hoy temprano te ofreciste a ayudarme. ¿Hay alguna posibilidad de que ese trato siga sobre la mesa? No quiero irme».

No quería que se fuera, pero su madre tenía razón. Esto era demasiado peligroso. No podía quedarse. Aunque, si seguía mirándome así, con esos ojos llenos de anhelo y pidiendo ayuda, estaría acabado. No había forma de que pudiera decirle que no. Se frotó la parte interior de la muñeca, luciendo tan sola y expuesta. Quería envolverla con mis brazos y decirle que todo iba a estar bien. Tomé su mano y ella apretó mis dedos.

«Dom, por favor. Te necesito».

Vaya, joder.

CAPÍTULO 5

Matar a Levi

EMILIA

«Demonios, Emilia. Por supuesto, mi oferta sigue en pie».

Cerré los ojos por un momento, con una sonrisa antes de soltar su mano. «Lo primero es lo primero. ¿Cómo vamos a pasar por encima de la Dama Dragón?».

Se rió. Fue un sonido sexy que me recordó que Dom Moretti estaba en mi habitación, y estábamos solos.

«¿Tu mamá? Parece una mujer dulce».

«Sí, hasta que le dices que no».

Cuando se trataba del cártel, mamá no se andaba con tonterías. Había visto de primera mano lo que podían hacer y con qué rapidez. De ninguna manera me dejaría quedarme en Phoenix otra noche, pero tenía que hacerlo. Después de todo este tiempo, finalmente tenía la oportunidad de ir tras el cabrón que había matado a mi padre.

«¿Por qué le estamos diciendo que no a tu mamá?».

Se sentó en la cama, jugando con el pequeño florero de mi mesita de noche. ¿Energía nerviosa?

«Porque no me iré con ella».

Sí, lo harás. ¿Qué parte de que *tienes una diana* en tu espalda necesito explicarte de nuevo? Te vas con tu madre. Esta noche».

«Dijiste que me ibas a ayudar».

«Y eso es exactamente lo que voy a hacer. Te permitiré una prórroga. Treinta días deberían ser tiempo suficiente para que descubra quién es Levi. Si es lo que dices, lo clavaré en la pared. Te lo prometo».

Sonaba muy convincente. Si no hubiera usado su voz de abogado, le habría creído. Dom no entendía quién era el esposo de mi prima. No era un delincuente más. Me acaricié el punto entumecido debajo del hueso de la cadera donde me atravesó la bala el día que mató a papá. La cicatriz que había dejado era un pagaré. Y era hora de que lo liquidara.

«Sabes que eso no es lo que necesito de ti». Arrojé un par de jeans en la maleta, que ocupaba la mitad de la cama.

«Estás perdiendo el tiempo». Acomodó su peso sobre el colchón, apartó algunas almohadas decorativas y luego se quedó inmóvil. *Oh, mierda.* «¿Qué es esto?». La exasperante sonrisa en su rostro decía que sabía exactamente lo que había en la pequeña bolsa de lencería que sacó de debajo de mi almohada. ¿Por qué no la escondí mejor? Ah, sí, porque nunca en un millón de años pensé que Dom terminaría en mi habitación. «Espera. No respondas eso. Lo que realmente quiero saber es por qué está mi nombre en ella».

«Fue una broma».

«¿Cuánto tiempo has tenido esta broma?». Apretó los labios, su pecho rebotando un poco. Era todo lo que podía hacer para no estallar de risa.

«Tu ego inflado debe estar amando esto, pero créeme, no es lo que piensas». Reanudé la tarea de doblar mi ropa y organizarla en mi equipaje. Tal vez si fingía que tener un consolador con su nombre no era gran cosa, lo dejaría pasar.

«Hay un vibrador debajo de tu almohada con mi nombre. Puedes apostar que mi ego está amando esto». Se mordió el labio interior, agarrando el contenido de la bolsa.

¿Por qué esto me excitaba? Plantó sus pies en la alfombra y se puso de pie. Tomándose su tiempo, caminó hacia mí. Su acecho era una promesa de que el verdadero Dom sería mil veces mejor que el dispositivo recargable en su mano.

«Me deseas. ¿Por qué me rechazas?». Apretó su pecho contra el costado de mi brazo.

No podía girarme para mirarlo. Si lo hacía, terminaríamos haciendo lo que habíamos comenzado la noche anterior en el bar.

«He pasado los últimos diez años escondida por lo que hizo mi padre para ganarse la vida. Hoy viste lo que Jess está pasando con su esposo. No quiero eso para mí».

«No soy como ellos». Su tono era seco y frío. «Pero tienes razón. Ya tienes las manos ocupadas. No tengo derecho a soltarte mis tonterías. Así que esto es lo que vamos a...».

Se oyeron gritos desde el otro lado de la casa. Eran débiles, pero pertenecían inequívocamente a Jess. «Mi prima está aquí».

«Se acabó el tiempo». Se movió tan rápido por la habitación que sentí que yo iba en cámara lenta. Dejé los artículos básicos del baño en una bolsa de artículos de tocador mientras Dom metía el resto de mi ropa en la maleta y la cerraba con fuerza.

Tenía razón. Si Jess se retractaba de su historia esta mañana, solo podía significar que su marido la había atrapado de alguna manera. ¿Levi la había convencido de que me entregara? Vender a la familia era definitivamente el modus operandi de Levi.

Maldita sea, Jess. Por favor, no me des la espalda ahora. Me lo debes.

Tiré mi bolsa de artículos de tocador en mi mochila junto con mi computadora portátil y salí de la habitación con Dom detrás de mí, cargando mi equipaje de gran tamaño como si no pesara nada.

A través de la cocina, en la sala de estar principal, Jess se dejó caer en un sillón. Aquella en la que mamá se sentaba todas las noches desde que papá había muerto para tejerle bufandas que nunca podría usar.

«Él me hizo, tía Sofía. Levi...».

Mamá la golpeó en la cara otra vez. «Te crié como a mi propia hija. ¿Y así es como me pagas? Vendiendo a la única familia que me queda».

«La Dama Dragón», dijo Dom en voz baja, dejando la maleta en el suelo.

Corrí hacia Jess, parándome entre ella y mamá. *Jesús.* Ya antes había pasado por esto, defendiendo a Jess por algo que me había hecho. «Mamá. Basta. ¿Qué está pasando?».

«Pregúntale». Mamá señaló a Jess, con los ojos rojos, la mano cerrada en un puño a su costado. «No. ¿Sabes qué? No lo hagas. Ella simplemente mentirá otra vez. Como siempre».

Mamá soltó un grito, un sonido desolado que me hirió profundamente. Cuando me giré para mirar a Jess, las lágrimas corrían por su rostro, pero sus ojos no mostraban el mismo dolor que mamá. Mamá me apretó la mano.

«Tenemos que irnos ahora. Levi sabe que estás viva. Sí. Ella se lo dijo».

«Jess. ¿Por qué?». Me arrodillé frente a ella. «Ya hemos pasado por esto, y terminó contigo

pasando la mayor parte de tu vida en un infierno que tu propio esposo creó. Soy la única persona que puede ayudarte. ¿Por qué me harías esto? ¿A ti?».

Dom entró en la sala de estar, envolviendo sus dedos alrededor de mi antebrazo. «Emilia, no tenemos tiempo para esto. Ahora lo sabes con seguridad. Ese aviso en la red profunda es para ti».

Liberé mi brazo. Sí, teníamos que irnos. Quienquiera que hoy temprano haya entrado, sin duda volvería esta noche. El desastre que dejaron atrás era más que una advertencia, estaba destinado a infundirme miedo, a hacerme perder la cabeza. Necesitaba que Jess viniera con nosotros. Incluso si hubiera cambiado de bando una vez más. Ella era la única testigo de los crímenes de Levi. «Jess… todavía tengo las cicatrices de la última vez que traicionaste a tu familia. Te apoyé y papá terminó muerto. Me debes esto, joder».

«Estoy embarazada».

«*Joder. Mierda*». Mamá se dejó caer en la silla junto a Jess y dejó caer la cabeza entre las manos.

La habitación giró un par de veces. Cerré los ojos con fuerza por un momento y tomé la mano de Jess. «¿Y es de Levi?».

Ella asintió, encontrando mi mirada por primera vez. «Tengo que pensar en mis hijos».

«Levi no es la respuesta. No me des la espalda ahora».

«Es un buen padre. Al igual que el tío Emiliano lo fue para nosotras».

«No te atrevas a decir su nombre». Mamá se puso de pie de golpe, sobresaltando a Jess.

Para una mujer de cincuenta años y todas las cosas horribles que había visto en su vida, mamá podía ser bastante aterradora. Mamá seguía siendo la Dama Dragón. Habíamos llegado tan lejos gracias a ella.

Jess dio un paso atrás y mamá continuó. «No importa cuánto lo intente, Levi no es ni la mitad del hombre que era mi esposo. Levi no es más que un traidor, impulsado por la codicia y las mezquinas ilusiones de grandeza. Emiliano lo amaba como a un hijo y nos lo pagó de la peor manera». Dejó escapar un suspiro. «Basta, Emilia. Deja de pedirle permiso. Ella vendrá con nosotros».

«No puedo. Levi me está esperando».

Me puse de pie. «Tuviste tu oportunidad, Jess. No te equivoques. No vendrás con nosotros como nuestra invitada. Si Levi quiere a su familia de vuelta, tendrá que pasar por nosotros».

«Santa mierda, Emilia». La mirada de Dom se movió entre mamá y yo. «¿Estás secuestrando a la familia de un sicario? Este es un juego que no puedes ganar. Y lo sabes».

«Eso es lo que no entiendes. Este no es un juego para nosotras».

No podíamos pasar el resto de nuestras vidas escondidas, temerosas de que un día Levi viniera por nosotras y terminara lo que empezó hace diez años cuando le disparó a papá y nos dejó a mamá y a mí desangrándonos. Todo para poder tomar el lugar de papá dentro del cártel mexicano. El status quo había cambiado a nuestro favor, y yo estaba más que lista para hacer algo de caza por mi cuenta.

Me enfrenté a mamá, y ella asintió con aprobación. «Lo entiendes, ¿no? Tengo que quedarme».

«Estaremos a salvo. Puedo encargarme de Jess». Mamá me abrazó y presionó su mejilla húmeda contra la mía. «Ven a buscarnos cuando esté terminado».

Asentí. «Ve».

«Y hazlo a toda velocidad». Dom miró a través de las contraventanas de madera en la oficina en casa que daba a la calle. «Una caravana de Escalades acaba de llegar».

Mis manos se enfriaron y las apreté en puños. No otra vez. Era como un déjà vu, Levi

apareciendo en la casa de mi infancia así. El piso cedió bajo mis pies y caí de rodillas. La voz de mamá sonaba distante, amortiguada por los fuertes latidos de mi corazón.

El verano después de la graduación del bachillerato, Levi había sido enviado para dar ejemplo con papá. Nadie abandonaba el cártel. Ansioso por reemplazar a papá dentro de la organización, Levi hizo lo que le dijeron. Sin importarle una mierda, éramos como una familia. Él también habría matado a Jess ese día si yo no me hubiera arrojado frente a ella para protegerla de su cinturón. Me golpeó varias veces antes de que mis palabras se asimilaran. Jess estaba embarazada de su primer bebé. Habíamos cerrado el círculo, pero esta vez, él no se iba de aquí con mi familia. Esta vez estábamos listas.

Tomé una bocanada de aire. Cuando mis ojos se enfocaron, Dom estaba de rodillas frente a mí, acunando mi rostro.

«Emilia. Tenemos que irnos, cariño». Frotó su pulgar a lo largo de mi mandíbula.

«La habitación del pánico tiene acceso al exterior».

Parpadeó lentamente y me levantó. «Úsala. Ahora».

«No». Saqué la pistola que llevaba en la cintura. Levi no iba a salir de la casa. No si yo tenía algo que decir al respecto. «Mamá, llévate a Jess».

«Por supuesto. Llamaré a Carlos de camino. Él recogerá a Izzy y luego vendrá a buscarnos».

«No voy a dejar que tu chófer se lleve a mi hija». Jess se puso de pie, de cara a mamá.

«Él es el único que puede llevarla con nosotros de forma segura. Ahora cállate y muévete». Mamá agarró el brazo de Jess y se dirigió a la habitación del pánico, la ruta de salida que habíamos ensayado todos los días desde que regresamos a Phoenix.

Como si la mirada furiosa de Jess tuviera la capacidad de romper el cristal a su alrededor, un zumbido se escuchó junto a nosotras justo cuando las estanterías de mamá explotaron detrás de ella. Mamá no se inmutó, sino que siguió caminando hacia la seguridad de las paredes ocultas de la casa.

Presioné mi cuerpo contra la pared cerca de la ventana, Dom a mi lado y su brazo cruzado sobre mi cuerpo. ¿Estaba tratando de protegerme o de impedir que saliera y comenzara a disparar?

«Si tengo que sacarte de aquí, lo haré». Se giró y me sujetó con su cuerpo. Su calor debería haberme hecho sentir más segura, pero no fue así. Necesitaba terminar con esta cosa con Levi. «Lo veo en tus ojos, pero créeme, así no es como consigues a Levi. Mira a tu alrededor. Este no es el caos del tiroteo en el bar».

«Lo sé. Levi es un profesional. Tiene un silenciador y armas más grandes, pero no me importa una mierda. Esto termina ahora».

«¿Cómo? Está enojado. Lo pusiste en contra de su esposa. Si pensabas que era peligroso antes, esto es diez veces peor. No lo quieres enojado. Lo quieres desesperado. Así es como sales ganando. Por favor, escúchame».

Su frente tocó la mía y su corazón latía con fuerza contra mi pecho. Golpeé mi cabeza contra la pared y dejé escapar un suspiro.

«Él merece morir».

«Tal vez. Pero no esta noche». Deslizó sus dedos por mi brazo y sacó el arma de mi mano. «Ven conmigo. Si no nos han disparado otra vez es porque encontraron una manera de entrar».

Había esperado tanto tiempo, podía esperar un poco más por la oportunidad correcta. Una que no hiciera que Dom muriera por mi culpa. Asentí y corrí hacia la habitación del pánico mientras más balas destruían lo poco que quedaba de las chucherías de mamá. Dom entró detrás de mí y cerró la puerta. Ingresé el código de seguridad y me tambaleé hacia atrás, conteniendo la

respiración.

La habitación insonorizada no permitía que las voces de los hombres se escucharan, y no pude obligarme a encender el sonido, demasiado asustada de que nos escucharan a través de las paredes. En las pantallas de seguridad, un hombre estaba de pie en el centro de la habitación, con el rostro distorsionado por la ira, gritando órdenes a sus hombres, sin duda diciéndoles que buscaran en cada rincón de la casa. Jess no sabía nada sobre la habitación del pánico ni sobre nuestra ruta de escape. ¿Qué estaban buscando exactamente?

Forcé la respiración y me giré para mirar a Dom, que estaba de pie junto a la pequeña puerta que conducía a los túneles en el extremo opuesto de la pared.

«Pensaste en todo».

Arqueé una ceja hacia la maleta que estaba junto a su zapato.

«Ya te habías tomado la molestia de hacer la maleta. Pensé que podrías necesitarla». Me dirigió una sonrisa brillante y me ofreció su mano.

La tomé y lo seguí hacia el pasillo poco iluminado que conducía a una calle tres casas más abajo. Mamá y papá habían construido un lugar similar a este cuando yo era niña. Juntos, habían ideado un plan para asegurarse de que mamá y yo estuviéramos bien protegidas si algo le sucedía. Teníamos una ruta de salida, dinero escondido en diez países diferentes y contactos en los que podíamos confiar. Nada de eso había ayudado a papá. Hace diez años, cuando Levi vino por nosotros, no tuvimos tiempo de salir porque nos tomó por sorpresa. Papá amaba a Levi. Confiaba en él, y Levi usó eso en su contra.

Una cosa era segura, Levi tenía muchos contactos, una forma de conseguir que la gente hiciera lo que él quería. Yo había estado haciendo todo mal y mamá lo sabía.

«Ven a buscarnos cuando esté hecho», me había dicho mamá en su despedida.

Cuando terminé la escuela de leyes, supe que el momento de Levi llegaría pronto. Sabía que la ley lo declararía culpable y lo encarcelaría de por vida, excepto que mamá sabía que no era así. Durante todo este tiempo, ella entendió algo que yo no pude hacer. El sistema nos había fallado antes. El dinero y el poder siempre ganaban. Después de años de desear justicia, finalmente me daba cuenta. Tenía que encargarme de él yo misma... tenía que matar a Levi.

Dom me apretó la mano. «No es tan fácil como crees. Matar a un hombre». Señaló detrás de él hacia la casa que habíamos dejado atrás. «Estás enojada y herida, pero mañana me agradecerás que te haya convencido de que no te embarcarás en esta misión suicida. No puedo permitir que te hagas eso. Nunca».

CAPÍTULO 6

Yo decido

DOM

Este día fue mejorando cada vez más, y no de una manera sarcástica. Emilia resultó ser una persona diferente de lo que pensé cuando nos conocimos en la facultad de derecho. No era la niña rica malcriada que parecía ser. Era decidida, con una extraña habilidad para atraer problemas. Cuando me desperté esta mañana, nunca hubiera imaginado que terminaría mi día en un túnel caluroso como el infierno huyendo del cártel mexicano. ¿Me arrepentía de haber ido a buscar a Emilia después de que salió de mi oficina? Ni un poco.

«¿Qué estás haciendo?», preguntó, usando su teléfono para iluminar el camino frente a nosotros.

«Necesitamos que nos lleven».

«¿Uber es nuestro auto de escape?».

«Estacioné a una cuadra de tu casa». Un viejo hábito que dio sus frutos hoy. «Para llegar, tendríamos que pasar por los chicos de Levi. No puedo arriesgarme a que me vea contigo».

Suspiró. «Debería hacer lo mismo. No hay ninguna razón para que te involucre en esto. Ya sabes, más de lo que ya lo he hecho».

«Para». Tomé su mano para que dejara de tocar la pantalla. Vaya, era rápida. «Me ofrecí como voluntario. Y después de todo lo que vi y escuché en tu casa, me alegro de haberlo hecho».

«¿Sí? ¿Por qué?».

«Me hizo darme cuenta de algo... me hizo darme cuenta de que me he estado mintiendo a mí mismo durante los últimos cinco años». Mis sentidos arácnidos estaban hormigueando y no me gustaba. ¿Por qué bajé la guardia? Cuando dejé el equipo de Mickey en Jersey y me mudé a la ciudad, pensé que se había terminado con eso, pero debería haberlo sabido mejor.

Nadie abandona nunca.

No habían pasado ni dos semanas desde que me mudé a Phoenix, cuando un sicario del cártel local llamó a uno de los dueños de mi nueva empresa y preguntó por mí específicamente. ¿Una coincidencia? Lo dudo. Al principio, pensé que mi reputación me había seguido y Levi sabía que yo era la persona indicada para él si quería que las cosas se hicieran bien.

«¿Sobre qué?», Emilia puso su mano en la puerta frente a nosotros y la empujó suavemente. Estábamos en otra casa, una casita con piscina en una casa estilo rancho que parecía construida en los años setenta y que no había tenido inquilinos en años.

«Primero concentrémonos en salir vivos de aquí. Podemos hablar después».

Me miró arqueando una ceja. Cuando no le di más detalles, me hizo un gesto para que la siguiera. «Vamos. Hay una puerta al otro extremo del patio».

Miré mi teléfono. Vic nos había encontrado. «Nuestro auto está esperando».

Como si hubiera planeado todo con días de anticipación, nuestro auto negro apareció tan pronto como llegamos a la acera en una calle tranquila afuera de la vieja casa. Abrí la puerta para Emilia y subí antes de que tuviera la oportunidad de cruzar corriendo. El costado de su cuerpo rozó el mío cuando cerré la puerta, y tuve que luchar contra el impulso de pedirle que se quedara allí, pero fue rápida. Antes de que el auto se alejara, ella estaba pegada a la ventana opuesta, demasiado lejos de mí.

«¿A dónde vamos?». Ella se giró para mirarme.

«A mi hotel». Le sonreí y tragó saliva. Mierda, tenía que dejar de hacer eso. Había dejado en claro que no quería tener nada que ver conmigo en ese sentido. «Es el lugar más seguro para nosotros. Solo un par de amigos saben dónde me alojo, y Levi no pensará en buscarte allí».

«Bien. Pero voy a tener mi propia suite».

Nada probable, carajo. «Si estás sola, no puedo protegerte».

«No necesito tu protección, y lo sabes. Lo que necesito es que me devuelvas mi pistola».

Puse los ojos en blanco y busqué la parte de atrás de mis pantalones para sacar su 9 mm completamente automática. Cuando la tomó, rápidamente revisó el botón de seguridad en el costado y el cartucho.

«En el momento en que tu tarjeta de crédito aparezca en la red, Levi te encontrará».

«Tengo efectivo».

Me pellizqué la nariz. «¿Por qué malgastar tu dinero y ponerte en riesgo cuando la respuesta está frente a ti? ¿Por qué? ¿Tienes miedo de no poder resistirte si duermo en la habitación de al lado?».

«Ya quisieras». Una pequeña arruga apareció en el rabillo de su ojo. Tal vez no se oponía a la idea.

«¿Eso significa que te quedarás conmigo?».

«Sí». Ella miró hacia el tráfico que se aproximaba.

Me recliné en mi asiento sonriendo y encontré la mirada de Vic en el espejo retrovisor. Él sacudió la cabeza una vez en señal de desaprobación, con las manos firmemente en el volante. Por supuesto, tenía razón. Como mi mano derecha, Vic sabía exactamente lo que estaba en juego aquí. Involucrarse con Emilia, románticamente o de otro modo, era una mala idea, pero no podía dejarla ir hasta que mis sospechas se demostraran erróneas.

Vic entró en el complejo, pasó el vestíbulo principal y continuó hacia el acceso trasero. No quería correr ningún riesgo. A mi derecha, la mirada de Emilia pasó de Vic a mí, y luego de nuevo a él. Necesitaba sincerarme con ella. Esta noche, antes de que este agujero de conejo con Levi se hiciera más profundo.

De una manera poco habitual en mí, Emilia me siguió a través de la lavandería y el almacén de tamaño industrial del hotel hasta que llegamos al ascensor de servicio que nos llevó al último piso, en el extremo opuesto de donde se encontraba mi suite de la esquina. Tranquila y serena como si no le hubieran disparado hacía dos horas, esperó a que yo abriera la puerta de *nuestra* suite.

«Hogar, dulce hogar». La acompañé al interior y eché el cerrojo. «¿Puedo invitarte una bebida? ¿Whisky?».

Me miró de esa manera regia que era característica de Emilia. «Vino tinto, si tienes».

«Por suerte, sí. El conserje del hotel me deja una botella todas las noches, pero prefiero el whisky». Me quité la chaqueta del traje y la dejé en el respaldo del sofá frente a la chimenea. Me arremangué y me dirigí al bar cerca de la puerta. Tomé dos copas de vino y una de las botellas del pequeño frigorífico.

Cuando volví a la sala de estar, Emilia estaba sentada en el sofá, escribiendo algo en su teléfono. Sin duda le estaba diciendo a su madre que estaba a salvo.

«Probablemente no sea una buena idea que te comuniques con tu madre». Me senté en la silla junto al sofá y le mostré la botella. «Es un Valpolicella».

Me sonrió. «No le estaba enviando mensajes de texto a mamá. Estaba desactivando mi teléfono».

«Buena idea». Le ofrecí una copa. Ella lo olfateó y tomó un largo sorbo. «Me encanta. Gracias».

Yo también bebí. «¿Cómo estás?».

«Casi hago que te maten. Lo siento».

Negué con la cabeza. «No te preocupes por mí. Tienes tu arma de vuelta. ¿Y ahora qué?».

Me miró con sus grandes ojos marrones y apretó los labios. ¿Qué no me estaba diciendo? Después de todo lo que habíamos pasado desde nuestra noche en el bar, todavía no se había dado cuenta de que podía confiar en mí.

Mi corazón se aceleró. Solo Vic sabía por qué había dejado el equipo de Mickey. Por qué lo había dejado todo y me había ido a la facultad de derecho en lugar de aceptar la oferta de Mickey de ser su mano derecha y socio comercial. Me puse de pie, respirando con calma mientras me subía las mangas y me desabrochaba la camisa.

«¿Lo estás haciendo en serio? «Descruzó las piernas e irguió la espalda.

«Relájate. Quiero mostrarte algo». Dejé la camiseta en el respaldo de la silla y me estiré hacia atrás para sacarme la camiseta interior. Apreté los labios cuando Emilia arqueó las cejas con sorpresa. Cogió su copa y tomó dos grandes tragos, con sus ojos ávidos fijos en mis abdominales.

Mi ego disfrutaba de la exhibición, pero no se trataba de sexo. Miré mis manos y señalé las tres cicatrices en mi pecho y hombro.

«¿Reconoces estas?».

Un surco profundo se abrió paso a través de su frente cuando sus ojos mostraron reconocimiento. Dejó su copa y se puso de pie.

«Heridas de bala». Si se había excitado antes, todo había desaparecido. Dio un paso hacia mí, con la boca ligeramente entreabierta mientras observaba los detalles de mis cicatrices. «Más específicamente, heridas de salida».

Asentí. «Me disparó por la espalda».

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Finalmente, entendió. «¿Qué hiciste?». Su voz era apenas un susurro, ronca y llena de lástima mientras sus dedos trazaban las marcas. No era lo que quería que viera en mí.

Cerré los ojos por un momento, dejando que todo se asimilara. Decirlo en voz alta hizo que esa noche fuera aún más real. «Le disparé y lo maté».

«Dom». Me rodeó con sus brazos, sus labios fríos rozando la piel de mi hombro.

«No es la respuesta que esperaba». Ladeé la cabeza para encontrarme con su mirada.

«Soy la última persona en juzgar. Créeme». Dio un paso atrás.

«¿Por qué?». Había revelado mi secreto más profundo. Era su turno. «¿Qué hizo tu padre para enfadar al cártel?».

Sacudió la cabeza una vez. Mechones de cabello le caían al costado de la mejilla sonrojada. Esta versión vulnerable de Emilia era tan hermosa como la versión ruda de ella que vi antes en su casa.

«Dejó su puesto en la organización».

Tal como lo había sospechado cuando ella y su madre se pelearon con su prima Jess.

«Levi reemplazó a tu padre en el cártel, ¿no? Por eso lo enviaron. Fue una prueba».

Ella asintió. «Papá era teniente, temido y respetado por todos. Hasta que conoció a mamá y su vida tomó un rumbo diferente. O al menos intentó cambiar las cosas. Pero no duró mucho. En el momento en que encontraron un sustituto, mi padre murió».

«¿Por qué tu madre no llamó a la policía? No tenía por qué dejar que Levi se saliera con la suya».

Se mordió el labio y se quitó la blusa de seda. Se me cortó la respiración cuando se la sacó por la cabeza. Esos pechos atrapados dentro de su sujetador se apretaron mientras dejaba caer la blusa sobre la mesa de café y se recogía el pelo en una coleta suelta con las manos. Me estaba mostrando algo, pero por más que lo intentaba, no podía apartar la vista del sujetador transparente, la curva de sus tetas y la piel de gallina que le subía por el brazo y el cuello. *Dios*, era muy atractiva. Me acerqué a ella, mi mirada recorrió su piel hasta que encontré una cicatriz irregular y con forma de araña justo sobre su clavícula. Enganchó los dedos en la costura de su falda y tiró hacia abajo, mostrándome su segunda cicatriz en la parte interior del hueso de la cadera, a una pulgada de su estómago.

«Nos dio por muertas. Llamar a la policía para una investigación le habría informado que todavía estábamos vivas».

Exhaló y se giró para mostrarme su espalda. Quería golpear una pared. No, quería matar a Levi. Ese imbécil codicioso.

«Lo siento mucho, Emilia», susurré, recorriendo con los dedos su espalda, donde había tres líneas blanquecinas que iban desde la parte baja de su cintura hasta el encaje de su sujetador. Ella bajó la cabeza y dejó que su cabello cayera sobre sus hombros. Pasé el pulgar por los bordes ásperos de cada cicatriz, deseando poder borrar los recuerdos que habían dejado atrás: el dolor de ser traicionada por un amigo, el dolor de perder a su padre e incluso a Jess. Sus brazos se relajaron a los costados. Relajó los hombros y se giró para apoyar la mejilla contra mi hombro desnudo, lo que hizo que mi pulso se acelerara. ¿Estaba empezando a confiar en mí? Su cuerpo acurrucado contra el mío se sentía como en casa. La envolví con mis brazos y se sacudió como si hubiera roto el hechizo. No era la reacción que buscaba. Levantó la cabeza, miró alrededor de la habitación y dio un paso atrás. Por instinto, me acerqué a ella, pero se soltó de mi agarre rápidamente. El ceño severo que mostraba cada vez que hablaba de Levi estaba de vuelta. De acuerdo. Entonces, tal vez no estaba lista para confiar en mí, pero finalmente me había dicho la verdad sobre por qué quería clavar el trasero del esposo de su prima a la pared. Por el momento, eso era suficiente para mí.

«Hemos esperado lo suficiente. Levi tiene que responder por todo lo que le hizo a mi familia».

«Entonces, en lugar de llamar a la policía, tu madre esperó el momento oportuno. ¿Y ahora ha decidido que es hora de que Levi muera y que tú lo mates y vengues a tu padre?». Me estiré detrás de mí y agarré mi camisa de la silla. Mi pene no podía soportar más este espectáculo y esta revelación.

«Depende de mí». Se puso la blusa, cubriendo las manchas rojas que aparecieron en su pecho y cuello. «Yo decido».

«¿Y tú has decidido? ¿Es eso lo que me estás diciendo? Emilia, matar a una persona, con el tiempo, se volverá contra ti».

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Parpadeó y algunas gotas corrieron por sus mejillas. «Tenía dieciocho años. Yo admiraba a Jess como a una hermana mayor e incluso a Levi. Éramos muy

cercanos. De la noche a la mañana, él eligió el poder por sobre la familia. Se presentó en nuestra casa para ejecutarnos».

Había visto cicatrices como la suya antes, donde el punto de salida no estaba al mismo nivel que el punto de entrada. Luchando contra la imagen que se formaba en mi mente, la bilis subió hasta la parte posterior de mi garganta. Tomé mi vaso y bebí el resto del vino. El alcohol no fue suficiente para ahogar la imagen clara en mi mente.

La noche en que murió el padre de Emilia, Levi supo que Emilia también tenía que morir. Ese maldito imbécil. Ella estaba de rodillas cuando él le disparó. Durante el tiempo que estuve con Mickey, vi todo tipo de escenas de asesinatos. La cicatriz de Emilia contaba una historia vívida. Levi la golpeó con un cinturón pesado y grueso, la puso de rodillas y le disparó en lo que sin duda pensó que era su estómago. Cuando cayó al suelo, le metió otra bala en la espalda por si acaso, dejándola morir lentamente. Me mordí el labio por dentro, tragándome el nudo que tenía en la garganta, y sustituí la horrible escena que tenía en la cabeza por una más agradable: el cuello de Levi entre mis dedos. Se merecía todo lo que Emilia y su madre habían planeado para él.

«Ni siquiera puedo acusarlo de violencia doméstica. ¿Qué se supone que debo hacer?».

«Emilia». Quería rodearla con mis brazos, apretarla fuerte contra mi pecho. En cambio, le di un golpecito en la mandíbula.

«No». Me apartó la mano de un manotazo. «La ley no puede ayudarnos. Mamá lo sabía en aquel entonces. Esperó pacientemente a que hiciera las cosas a mi manera. Como una buena chica estúpida, fui a la facultad de derecho para ser mejor persona, para hacer las cosas bien. Para obtener justicia sin ensuciarme las manos. Me llevó casi diez años, pero finalmente lo entendí. Solo hay una manera de darle a Levi lo que se merece».

Puse las manos en las caderas. ¿Qué diablos podía decir a eso? ¿Cómo evitaba que cometiera el mayor error de su vida? ¿Cómo podía ayudar sin poner en riesgo mi propia libertad?

«No actúes en mi contra, Dom. Por favor».

CAPÍTULO 7

No es un trabajo

EMILIA

Me encontré con la mirada de Dom. Sus ardientes ojos azules tenían una ferocidad que nunca había visto en ellos. Aparte de mi instinto y los rumores, hasta ahora no tenía ninguna prueba que me dijera quién o qué era Dom. ¿Por qué me mostró sus cicatrices? ¿Por qué me dijo sin rodeos que estaba involucrado con la mafia? Fue un movimiento arriesgado de su parte. Si hubiera querido ganarse mi confianza, podría haberme ofrecido la prórroga que pedí. ¿Por qué exponerse? ¿Porque pensaba que estaba fuera?

Los detalles de lo que la mafia le hizo pasar no me tomaron por sorpresa. En todo caso, todo se desarrolló como siempre lo hacía. Excepto que Dom había ganado, y aún así, eligió irse. ¿Qué lo hizo dejar su banda?

Para papá, fuimos mamá y yo. Probablemente la peor razón para dejar la mafia o el cártel. Si había algo que había aprendido de la experiencia de mi familia era exactamente eso. Para mamá y papá, e incluso para Jess, el amor había puesto un objetivo en sus espaldas. Los hacía vulnerables. Los hacía débiles.

¿Qué le pasó a Dom? ¿Le dispararon antes o después de que decidiera irse? Se sentó en su lado del sofá, sin molestarse en abrocharse la camisa de vestir. Su pecho musculoso se tensó mientras recuperaba la compostura. Le di la espalda, sintiéndome desnuda.

Por extraño que parezca, no fue la forma en que me miró el pecho lo que me hizo sentir así, sino la forma en que me obligó a contarle mi secreto más íntimo. Algunos hombres en el trabajo lo habían intentado. Sobre todo, porque los hombres tendían a enojarse cuando las mujeres no actuaban como se esperaba. A los veintiocho años, se suponía que debía buscar sentar cabeza y no ser tan indiferente a la atención masculina.

Ninguno de ellos habría podido digerir o siquiera comenzar a entender lo que acababa de mostrarle a Dom. Aparte de mamá y Jess, nadie sabía que una vez pusieron precio a mi cabeza y que había sobrevivido. Me puse la blusa y la metí dentro de mi falda.

«¿Por qué?». Me di la vuelta para mirarlo.

«Bueno, uno, es ilegal».

«No». Señalé su cicatriz. «¿Por qué…? ¿Intentaste salir también?».

Se frotó la barba incipiente de la mejilla. Una sonrisa burlona tiró de la comisura de sus labios. «No».

«No quieres decírmelo. Está bien».

No tenía derecho a preguntar, pero por primera vez en los últimos diez años, tenía a alguien con quien hablar sobre lo que me había pasado. Alguien además de mamá, que se había negado a tocar el tema desde esa noche.

Poco después del tiroteo donde murió papá, Jess desapareció. O, mejor dicho, Levi se la llevó con él y formó una familia. Mamá, por otro lado, se convirtió en piedra. De alguna manera, se las arregló para dejar todo atrás y empezar de nuevo.

Siguió el plan de papá al pie de la letra y nos mudamos a Nueva York, donde terminé la licenciatura y luego fui a la facultad de derecho en Columbia. Desde el momento en que el guardaespaldas de mamá nos sacó a escondidas de nuestra casa con la ropa empapada en sangre, medio muertos, me pidió que nunca más volviera a hablar de eso.

No recuerdo cada detalle. Gracias a Dios por los pequeños favores. Aunque recordé a mamá sosteniendo mi mano mientras estaba acostada en la cama junto a mí en la ambulancia y diciéndome una y otra vez que sobreviviríamos a esto. Desde ese momento, solo hubo dos reglas en nuestra casa: nunca volver a mencionar esa noche y, sin importar lo que pasara, sobrevivir.

Excepto que ahora Dom estaba aquí. La persona en la que menos probabilidades tenía de confiar. Y, sin embargo, el único en quien podía confiar en este momento, el único que quería hablar, que no tenía miedo de los demonios que me perseguían.

«Digamos que me hicieron una oferta y la rechacé».

«¿Fue una prueba?». Sabía cómo funcionaba. La lealtad era el bien más preciado dentro del cártel. Para demostrar el valor de uno, uno tenía que demostrar lealtad verdadera.

«Imagino que conoces los detalles. Dos amigos entran, solo uno sale».

Bajé la mirada a mis manos y me tragué las lágrimas. Después de diez años de eso, me había convertido en una profesional en la actividad. Por la forma en que la manzana de Adán de Dom se movía con cada respiración, diría que también era bastante bueno en eso.

«Sí. ¿Y qué? No querías el trabajo. ¿Tenías a alguien?». ¿Era por eso que Dom nunca había tomado a nadie en serio en la escuela de leyes? ¿Por qué todas las mujeres eran desechables para él entonces? ¿Había perdido al amor de su vida?

«No».

Asentí. Este era un secreto que quería guardar, y yo no tenía derecho a fisgonear. «Lo siento».

Tomó mi mano. «Sé que lo haces. Tal vez ahora que sabes que sé de lo que estoy hablando, desistas. Una vez que tomes ese camino, Emilia, no habrá vuelta atrás».

«¿No hay vuelta atrás?». Apreté su mano antes de soltarla. «¿Crees que no lo sé? Cuando se trata de… ellos… nunca hay vuelta atrás. Estoy harta de esconderme. Estoy harta de tragarme esta ira que he tenido en la boca del estómago desde esa noche. ¿Entiendes?». Mi respiración se atascó. Mierda. Por supuesto, él lo entendía. Me lo había demostrado. «Sabes a qué me refiero».

«No es tu trabajo vengar la muerte de tu padre».

«No es un trabajo. Es lo que quiero. He esperado lo suficiente».

Se puso de pie de golpe, pasándose una mano por el pelo con frustración. «Puede que me haya equivocado en algunos detalles sobre ti, pero esto...», me señaló, «yo tenía razón sobre esto. Tu manera es la única que puede existir. Dios, eres terca como el infierno».

«¿Y a ti qué te importa de todos modos? No eres mi guardián». Me puse de pie y lo enfrenté.

«No lo soy». Puso ambas manos en sus caderas y me mostró de nuevo un poco de sus abdominales. *Jesús*. «Pero como sea, soy el abogado de la otra parte».

«No puedes hablar en serio. ¿Por qué te importa si Levi vive o muere?».

«No me importa. Me importas tú. Así que este es el trato». Se sentó en el sofá y me hizo un gesto para que yo hiciera lo mismo.

Me dejé caer a su lado. «Déjame adivinar, me darás una prórroga a cambio de su vida».

«La prórroga es tuya. No serás tú quien apriete el gatillo y, a cambio, te ayudaré a clavarle las

bolas a la pared».

¿De verdad era tan ingenuo? «Si por bolas a la pared te refieres a muerto, tienes un trato contigo porque es el único trato que aceptaré. Ya sabes cómo funciona esto. Él tiene el deber de terminar el trabajo. Y eso somos mamá y yo».

«Si va a la cárcel, lo harán a un lado. Su jefe se verá obligado a buscar una nueva mano derecha».

Tal vez. Pero eso nos dejaría a mamá y a mí como cabos sueltos, y el cártel odiaba los cabos sueltos. Mientras Levi estuviera vivo luchando por mantener su puesto actual y a su familia, nunca estaríamos a salvo. Era él o nosotras. Levi me lo demostró hoy cuando envió a sus hombres a buscarme. Incluso si no tenía forma de demostrar que él era el que nos perseguía, sabía que tenía que ser él.

Solo había enviado a un par de sus hombres al bar para tratar con el abogado de su esposa. Estaban allí para asustarme, para que me echara atrás, para que dejara de hacer preguntas, pero el equipo que se presentó en la casa de mamá tenía órdenes específicas de deshacerse de nosotras de una forma u otra.

«¿Qué tienes en mente?», pregunté.

«Investigaré sus finanzas. Ahí es donde la mayoría de la gente comete errores. Por ahora, me aseguraré de que todas las comunicaciones legales sean por correo electrónico o por conferencia telefónica. No tengo intención de servirte en bandeja de plata».

«Has pedido un encuentro cara a cara para intimidar a mi prima, ¿no?».

«Hasta ahora, pensé que este caso no era el adecuado para conseguir una asociación en una nueva firma. Quería que terminara rápido. Lo siento».

«Sí, tu plan funcionó de maravilla. Jess se retractó y no solo eso, me delató».

Recliné mi mejilla contra el respaldo del sofá. No podía estar enojada con Dom. Como abogada, había empleado la misma táctica muchas veces. La forma más fácil de cerrar un caso era deshacerse de un testigo. Todos los casos se reducían a eso, pero ahora había perdido la única ventaja que tenía: el elemento sorpresa.

«No tienes idea de cuánto lo siento». Me acunó el cuello. Su mano era cálida y reconfortante. «Las disputas domésticas no son lo mío. Simplemente no tengo un marco de referencia para ellas».

«Esto es más que una disputa doméstica».

«Lo sé». Me tocó la mandíbula con el pulgar mientras me atraía hacia él. Fue una pequeña invitación a apoyarme en él. Cerré los ojos y presioné mi mejilla contra sus largos dedos. Me acercó más, reclinándose hasta que su cabeza descansó sobre las almohadas decorativas y sostuvo la mayor parte de mi peso.

La presión en mi pecho se alivió y el aire se precipitó a mis pulmones. Mientras estuve en Columbia, lo único que me mantuvo en marcha fue la esperanza de que algún día tendría la oportunidad de ajustar cuentas con Levi. Cuando Jess apareció en nuestra puerta con un feo moretón en un lado de su cara y su hija profundamente dormida en sus brazos pidiendo nuestra ayuda, supe que mi hora había llegado: tenía más que esperanza. Tenía un plan. Sin embargo, poco a poco, Levi había pisoteado todos mis movimientos. Era demasiado poderoso.

Cuando anoche Dom apareció en el bar, me convencí de que el universo me había enviado un regalo de bondad, un respiro, pero ahora, él era más que eso. Me estaba quedando sin opciones. ¿Dom era mi única salida?

«Nunca haría nada para lastimarte. Tienes que creerlo», susurró contra mi sien mientras me masajeaba la nuca.

Lo miré a los ojos. «Te creo».

Sonrió y me perdí en las profundidades de su intensa mirada. Su mano libre rodeó mi cintura. Me abrazó como si fuera normal acostarse con él de esa manera. ¿Era el miedo lo que me hacía correr hacia esta fantasía que era Dom, el chico malo de la facultad de derecho, el que nunca me miró? Cambié mi cuerpo, encajando mis brazos entre nosotros. Dom era una mala idea entonces. Eso no había cambiado mucho.

Tomó mi mano y la presionó contra su pecho. El calor de su piel recorrió mi brazo y bajó hasta mi centro. «Todavía recuerdo mi primer día en Columbia. No podía creer lo que veía cuando entraste por la puerta y te sentaste frente a mí. Pensé que estaba perdiendo la cabeza».

«Recuerdo ese día. Tenías ese ceño fruncido en tu rostro. ¿Tienes un problema con las abogadas?».

«*¿Qué?* Para nada. Incluso ahora, no puedo explicar lo que sentí esa mañana. En un instante, pude vernos teniendo algo. Y por un momento, quise ser normal. Quería una familia. Era una idea tonta, y me lo dejaste saber la primera vez que te invité a salir».

«Nunca me invitaste a salir».

«¿Estás bromeando? Me senté frente a ti en la biblioteca y te pregunté si querías tomar un café. Fuiste tan rápida en ponerme en mi lugar. Me llevó días recuperarme del latigazo cervical».

¿Hice eso? Busqué en mi memoria los detalles de ese día. Él no me había invitado a salir. «No me invitaste a salir. Me pediste que te trajera un café».

«¿Por qué haría eso? Eso ni siquiera tiene sentido».

«En cierto modo sí lo tenía. Caminabas por el campus como si fueras un regalo de Dios para las mujeres».

«Créeme cuando te digo que no soy un regalo de Dios. Todo lo contrario. Tenías razón al rechazarme. Ese día había sido especialmente malo para mí. Te había invitado a salir en un momento de debilidad. Tenía tantas ganas de acercarme a ti». Me agarró la cintura con más fuerza, sus labios rozando los míos. De la misma manera que lo había hecho después de que le dije que podía ir a buscar su propio café. Cuando en mi prisa por alejarme de él, tropecé con mi bolso de la computadora y él me atrapó. No lo había imaginado. Había tenido la intención de besarme, o al menos pensó en ello. Su respiración entrecortada rozó mi mejilla. «Todavía lo hago. No tienes idea de cuánto».

Retiré mi mano de debajo de la suya y amasé las duras crestas de su estómago. Quería que yo tomara la decisión por nosotros. Después de las últimas dos noches, no creía tener la fuerza de voluntad para alejarlo más.

«Las cosas son diferentes ahora. Ya no hay secretos entre nosotros. Nosotros decidimos lo que hacemos con nuestras vidas. Así que te lo pregunto de nuevo. Tú y yo… ¿por qué no?».

«Nosotros decidimos», repetí sus palabras.

«Quiero besarte».

Asentí porque me moría de ganas de besarlo también. Metió la mano en mi cabello y presionó sus labios contra los míos. Su lengua, impregnada de vino, me instó a dejarlo entrar. Cuando lo hice, dejó escapar un gemido que envió una oleada de deseo a través de mi cuerpo. Me fundí en él, dejando que su mano me guiara hacia su beso. Pasó de tratar mi boca con sus suaves labios a las expertas embestidas de su lengua. Mi pulso se aceleró, bombeando sangre caliente por cada fibra de mí.

«Dios, Emilia, sabes tan jodidamente bien». Soltó el agarre que tenía en mi cintura y deslizó sus dedos por mi espalda. Su calor recorrió mi columna y se instaló en mi centro. ¿Cómo era posible desear tanto a alguien? Con un chasquido, desabrochó mi sujetador, mientras que su otra

mano se encargaba rápidamente de mis botones. Algo parecido a un gemido escapó de mis labios. Si no hubiera estado tan sometida a su toque acalorado, me habría sentido avergonzada.

«Tal vez tu Dom a batería pueda hacer que te corras, pero yo puedo hacer mucho más por ti. Tú y yo encajamos tan bien. Lo sentí la primera vez que te vi». Su mano se posó sobre mis cicatrices y mecí mis caderas contra él, pasando mis uñas por su pecho y *su* cicatriz.

Sí, yo también lo había sentido. La carga eléctrica en el aire cada vez que estaba cerca. Era la razón por la que había mantenido mi distancia todo este tiempo. Dom era mucho más de lo que imaginaba. La intensidad de sus palabras, la dureza de su cuerpo y esa boca pecaminosa suya superaron cualquier fantasía que alguna vez había tenido de él.

Jesús. Este tipo estaba tan fuera de mi alcance.

«Espera», susurré.

Él gimió en el punto blando entre mi cuello y hombro y se sentó, abrazándome fuerte. «¿Estás segura?».

No, no estaba segura. Podía sentirme a la deriva. Dom no era parte del plan. Si cedía ahora, sería muy fácil perderme en él. Bajar la guardia ahora podría costarme no solo mi vida sino las vidas de la única familia que me quedaba.

No había cambiado lo suficiente entre nosotros. Tal vez él sabía todo sobre mí esta vez, pero estaba equivocado al pensar que teníamos la capacidad de elegir nuestros propios caminos. ¿Realmente no se daba cuenta? Enterré mis manos en su cabello y lo jalé para que me mirara.

CAPÍTULO 8

Nadie sale de ahí nunca

DOM

Besar a Emilia no había sido mi plan cuando la llevé de vuelta a mi habitación de hotel. En absoluto. ¿En qué estaba pensando? Acaricié su cuello con la nariz, bebiendo el aroma de su piel y el sabor de su beso. Ella pasó sus dedos por mi cabello, su pecho subiendo y bajando al mismo tiempo que el mío. Sus duros pezones empujaron a través de la tela sedosa de su blusa y me rozaron. Me moría de ganas de apretar esos orgullosos globos, hacerla gemir contra mis labios otra vez.

«Cualquier coctel de testosterona que estés sirviendo, mi cuerpo definitivamente lo está bebiendo». Respiró contra mis labios y sus ojos se cerraron.

La besé antes de que llegara a la parte "pero" de su oración. Sus labios estaban hechos para besar, para besarme, y eso fue exactamente lo que hizo. Ahuecó mi rostro y pasó la punta de su lengua por mi labio inferior antes de presionar su boca contra la mía. Se le escapó un suspiro mientras deslizaba sus manos hacia mis abdominales. Agarré sus caderas en una súplica silenciosa de que no me diera por vencida todavía, pero ella ya había tomado una decisión. Y esta era Emilia Prado, la mujer más testaruda que había conocido. Si mi vida no se tambaleara al borde del caos a diario, esta despedida habría dolido mucho más.

«Pero...», susurró.

Me dejé caer sobre las almohadas, pasándome ambas manos por la barba incipiente de la cara. «Solo dame un minuto».

«Lo siento». Apoyó las manos en mi pecho y se apartó de mí. Disfruté cada parte de sus piernas rozando mi entrepierna.

«Por favor, no digas que lo sientes. No debería haber hecho eso». Me senté de nuevo, poniendo todo el espacio que pude entre nosotros. Aunque no se me ocurrió una buena razón para sentarme en otro lugar. Ella tampoco se movió. Tal vez no estaba horrorizada por mi beso o lo que fuera eso. Terminó de abrocharse la blusa en silencio. Su pelo largo y rizado cubría un lado de su rostro y me dejaba afuera. Después de un rato, dejé escapar un suspiro, sintiéndome más yo mismo otra vez.

«Juro que tenía un maldito punto antes. ¿En qué estás pensando?».

Se metió las piernas debajo de ella y se giró para mirarme. El calor todavía cubría sus mejillas, y su respiración sonaba irregular. «Pasan cosas malas cuando nos besamos».

Me reí entre dientes. «Esa fue solo la única vez, y estoy bastante seguro de que esos tipos nos habrían disparado de todos modos. Esta es la segunda vez que me empujas…».

Mi teléfono sonó y lo agarré, agradecido por la distracción. Aunque Emilia y yo ya debíamos haber hablado.

Sonreí cuando vi el nombre de Nikki en la pantalla. Aquí había otra alma tan perdida como yo. «¿Cómo estás, muñeca? ¿Cómo está París?».

«Todavía no. Hice un pequeño desvío. Necesito un favor, cariño».

Frente a mí, Emilia sacó sus largas piernas del sofá y se pavoneó hacia la puerta. Mi corazón dio un vuelco rápido. Me levanté de un salto, pero me quedé quieto cuando ella agarró su enorme maleta y la llevó a su dormitorio. Suspiré al verla alejarse. «Para ti, cualquier cosa. ¿Qué es?».

«Mi hermana está en la cárcel».

Aparté la mirada de la puerta de Emilia. Nikki me necesitaba. Aunque la había conocido hacía apenas unos meses, había demostrado ser una verdadera amiga cuando ayudó a Cole a recuperar su empresa. Incluso si sus métodos estaban fuera de los estándares convencionales, si no directamente ilegales. «Mierda. ¿Qué pasó?».

«Mató a un hombre». La estática llenó el aire. «O más bien, está cumpliendo condena por un crimen que no cometió. Te prometo que no lo hizo».

Cuando decidí ir a la facultad de derecho, mi vida había sido una colección de malas decisiones y de malas decisiones con beneficios. Mi elección había sorprendido a mi mejor amigo, Cole. Él me apoyó, aunque no pudiera encontrar la conexión entre el Dom al que no le importaba nada y el Dom que quería ser abogado. La respuesta era simple. A medida que fui madurando, el patio de juegos se hizo más grande y los acosadores se volvieron más malos. Era como siempre había dicho Pops: “La vida no es justa. Así que depende de la gente como nosotros equilibrarla un poco. Hacer lo que podamos, ¿eh?”.

«¿Qué necesitas, nena?».

«Necesito ver a mi hermana. ¿Podrías ayudarme con eso? Por alguna razón, sus privilegios de visita fueron revocados o algo así».

«Lo tienes, muñeca. Dame una hora. Solo envíame un mensaje con los detalles».

«Gracias, cariño. Eres el mejor. Ciao». Colgó.

Me quedé mirando mi teléfono hasta que apareció su mensaje. Reenvié la información a mi asistente y presioné el botón de llamada. Ella respondió al primer timbre. «¿En qué puedo ayudarle, Sr. Moretti?».

La chica me tenía miedo. Había pensado ocuparme de eso antes, pero con todo este asunto de Emilia, estaba muy ocupado. «¿Cómo estás?».

«Oh. Um. Estoy bien. Gracias ¿y usted?».

Me reí en silencio. «Estoy muy bien. Necesito un favor».

«Por supuesto, cualquier cosa». Su voz todavía tenía un tono tembloroso, pero se escuchaba mejor.

«Te acabo de enviar un mensaje de texto con un número de caso. ¿Podrías imprimir el archivo y traerlo a mi hotel?».

«Por supuesto. Aquí lo tengo. Tan pronto como termine de imprimirse, lo llevaré».

«Gracias». Terminé la llamada y me senté frente a mi computadora portátil en la cabecera de la mesa para comenzar con la solicitud de visita de Nikki.

Unos segundos después, Emilia salió de su habitación descalza, con pantalones cortos y una sudadera con el emblema de Harvard. Justo debajo, y escrito en letras más pequeñas, estaba *Solo bromeaba*.

No estaba listo para dejarla ir.

«¿Terminaste con tu llamada?», preguntó. Si no la conociera mejor, diría que ese era su tono celoso. ¿Qué tal eso? Le importaba. «Quiero decir, solo pregunto porque vamos a cenar».

«Gracias. Tengo hambre».

Agarró su bolso de computadora y se dirigió al otro extremo de la mesa. Sus piernas largas y tonificadas eran una gran distracción. Miré mi entrepierna. Una gran distracción.

Ahora que estaba aquí sana y salva, la implicación de lo que le había ofrecido se volvía dolorosamente clara para mí. Hasta que se resolviera el caso con Levi, Emilia viviría aquí conmigo. Durmiendo al lado de mi habitación, posiblemente desnuda. Al menos en mi cabeza de todos modos. ¿Cómo diablos se suponía que debía mantenerme alejado de ella?

Encendió su portátil y de inmediato empezó a teclear. Dios, escribía rápido. Yo hice lo mismo, esforzándome por concentrarme en la orden judicial que tenía delante. Completé la información habitual y los mismos términos legales que sabía que harían que mi solicitud fuera tramitada rápidamente. Golpeé las teclas con fuerza y en rápida sucesión. Si ella podía sentarse frente a mí y fingir que no habíamos tenido el beso más apasionado de la historia de los besos, yo también podía. La miré de reojo. Cuanto más rápido escribía, más fuerte golpeaba las teclas. Guardé el documento y creé un nuevo correo electrónico para mi asistente, pidiéndole que presentara mi solicitud antes de que viniera.

Emilia pasó a tomar notas en un archivo que había dejado sobre la mesa. Se mordió el labio y entrecerró los ojos un poco, como solía hacer en la escuela cuando pasaba todo su tiempo libre estudiando en la biblioteca. Después de la noche anterior y todo lo que pasó desde que nos volvimos a encontrar, entendí de dónde venían todo su impulso y motivación.

Ella no estaba en Columbia para complacer a papá o para tener un título que agregar a su nombre. Sus razones eran las mismas que las mías. Necesitaba ser abogada. En su mente, no tenía otra opción. Quería justicia, y la facultad de derecho era su medio para alcanzar el fin que había imaginado para Levi.

Cerré mi mano, conteniéndome antes de presionar enviar. En cambio, me desplacé hasta el final del correo electrónico para agregar un “por favor” y un “gracias” para mi asistente. Después de que mi solicitud sonara para confirmar que el correo electrónico se había enviado, cerré mi computadora portátil de golpe.

«Entonces, ¿por qué tienes tanto miedo de besarme?», pregunté.

No estaba dispuesto a dejarla salirse del apuro tan fácilmente. Además, si íbamos a compartir una suite de hotel, necesitábamos reglas básicas. Bueno, yo necesitaba reglas básicas.

«Definitivamente no me opongo a los besos». Los pómulos de sus mejillas se pusieron de un bonito color rosado. «Solo tengo miedo de lo que viene después».

Me uní a ella en su lado de la mesa, cruzando ambos brazos sobre mi pecho para mantenerme bajo control. «¿Te refieres a sexo?».

Me dio una palmada en el hombro y yo le agarré la mano. Con una sonrisa, entrelazó sus dedos con los míos. Emilia me necesitaba. Más que el sexo ardiente que podríamos estar teniendo en ese momento, necesitaba mi amistad. Y yo necesitaba la suya.

«Me refiero al amor», me miró a los ojos.

¿Amor? Mi mente todavía estaba dando vueltas por el beso. El amor era algo con lo que no podía lidiar en ese momento. Le rocé la suave mejilla con el dorso de los dedos, siguiendo el camino hasta su cuello para jalar el rizo que descansaba sobre su hombro. Era tan hermosa. Sí, Emilia se merecía una vida llena de amor. Una vida llena de todas esas cosas que las mujeres quieren.

Había tenido esta conversación con muchas mujeres antes. Las que pensaban que tenían sentimientos por mí y querían llevar la relación al siguiente nivel. En otras palabras, hacer todo el asunto de novios donde nos tomábamos de la mano e íbamos de picnic con otras parejas y cosas así. ¿Cómo podrían tener sentimientos reales por mí si no conocían mi verdadero yo?

¿Cómo podrían amar mi verdadero yo?

«Creo que tu corazón está a salvo conmigo». Llevé su mano a mis labios. Ella sonrió, dejándome abrazarla. Como si la hubiera abrazado un millón de veces, apoyó la cabeza en mi hombro, y me condenarían si este pequeño acto no me hiciera sentir como en casa. «No es mi corazón el que estaría en peligro. Lo sabes. Sería tu vida, y ahora que he conocido a tu verdadero yo, odiaría verte lastimado por mi culpa. Me preguntaste por qué demonios no lo haría. Pues, es por eso». Envolvió sus brazos alrededor de mi cintura.

La abracé más fuerte, deseando poder decirle que estaba equivocada, pero eso sería una mentira. Incluso si nuestras circunstancias no fueran exactamente las mismas, nuestra maldición sí lo era. Amar a alguien era lastimarla. Era la razón por la que mis relaciones eran breves y dulces.

«¿Sabías eso sobre mí en la facultad de derecho?».

Ella me miró. «Reconocí la mirada en tus ojos».

«¿Cómo?».

«No lo sé. Hay una intensidad en tus ojos que advierte a la gente que se mantenga alejada. Puedes ser tan intimidante y brutalmente honesto. También estaba la forma en que te acercabas a la ley. Siempre desde un sentido práctico. Siempre buscando un resquicio legal. Me di cuenta de que era porque ya sabías cómo los criminales intentaban burlarla».

«¿Nunca consideraste que tal vez no solo tenía la fuerza y la buena apariencia, sino también el cerebro?».

Ella soltó una carcajada. «Oh, vaya. Veo que tu ego no ha cambiado». Deslizó su mano hasta mi nuca y se desenrolló un nudo dentro de mi pecho. Emilia siempre había sabido quién y qué era yo, y no me odiaba. Me evitaba como a la peste, pero al menos no me temía.

«No me importaba nada de eso. Incluso después de que esa chica comenzó a correr el rumor de que andabas por ahí con una banda de Jersey».

Ese había sido un día particularmente duro. Me fui a casa con una chica que sacudió mi mundo. Durante el subidón poscoital, sentí que habíamos conectado y decidí sincerarme. En mi defensa, me sentí borracho cuando sucedió. No hace falta decir que no manejó bien la noticia.

Al principio, pensó que estaba bromeando, e incluso se excitó con eso. Cuando se dio cuenta de que hablaba en serio, no pudo salir lo suficientemente rápido. El miedo fue lo último que vi en sus ojos antes de que cerrara la puerta en mi cara. No habíamos conectado como había pensado. Si tenía que ser honesto, solo necesitaba una dosis más grande de honestidad brutal. Odiaba los secretos. Al día siguiente, hice el ridículo y le pedí a Emilia que aceptara una cita, esperando que resultara algo real.

«Sabía que no eran rumores», dijo ella.

«¿Eso te asustó? Dime la verdad». Quería escucharla decirlo. Solo el infierno sabría por qué.

«No». Pasó su pulgar sobre mis labios, su mirada recorriendo mi rostro como si estuviera tratando de memorizarlo. ¿Estaba luchando contra el impulso de besarme de nuevo? «No quería obligarte a elegir».

«¿Elegir?».

Ella asintió. «Como mamá hizo con papá».

«Nadie puede obligar a un hombre a hacer algo que no quiere. Tu papá eligió hacer lo correcto por ustedes».

«Su amor por nosotros lo debilitó. Eso fue lo que lo llevó a la muerte».

«El amor no hizo que mataran a tu papá. Lo hicieron las personas malas. Espero que lo entiendas».

Agarré su cuello.

Ella negó con la cabeza.

«No es que pensara que te enamorarías de mí en ese entonces, pero ¿por qué arriesgarte? No quería que tuvieras que elegir porque realmente no es una elección. Nadie sale de ahí nunca. Ni siquiera el gran Dom Moretti».

«Mi caso era diferente. Yo tenía una elección». Trabajé duro para asegurarme de que esa elección nunca me fuera arrebatada. Vic también.

«Yo también tengo una elección. Y ambos sabemos que la solución es la misma», se alejó de mí para dejar en claro su punto.

«Matar nunca es una solución».

Fui un idiota por pensar que podía hacerla cambiar de opinión. Le conté sobre la prueba de mierda de Mickey para demostrarle que sabía de qué demonios estaba hablando. Sabía lo que era matar a alguien. Ver pasar los años y nunca poder hacer las paces contigo mismo. No quería eso para ella. Si quisiera, podría ser diferente para ella. Se merecía algo mejor.

«Te guste o no, Levi tiene que pagar por lo que hizo. No quiero pasar el resto de mi vida mirando por encima de mi hombro. Es hora de que viva mi vida como quiero y con quien quiera».

«Y estoy de acuerdo contigo. El imbécil tiene que desaparecer. Simplemente no quiero que seas tú quien lo haga. Al menos, deja que yo lo intente».

«Está bien». Caminó hacia la sala de estar y se sirvió más vino con indiferencia.

«Necesito tu palabra», insistí.

«La tienes. No mataré a Levi a menos que sea necesario o si no está en la cárcel cuando se cierre el caso de Jess».

«Es la promesa más evasiva que he escuchado, pero la acepto».

CAPÍTULO 9

El buen D.O.B. de siempre

EMILIA

Un golpe en la puerta me hizo saltar como si me hubieran pillado haciendo algo malo. ¿Estaba mal que quisiera seguir besando a Dom? Besarlo la primera vez fue una mala idea. ¿La segunda? Bueno, el segundo beso parecía que nunca debería terminar. Bebí un sorbo de vino, esperando encontrar las respuestas en el fondo de la copa. Tuve que reprimir cualquier sentimiento que comenzara a gestarse cuando dejé que Dom se acercara porque si no lo hacía, Dom y mi familia saldrían lastimados.

«¿Por qué estás tan nerviosa?», Dom abrió la puerta de golpe.

Reconocí a la mujer de su oficina, la que me había impedido irme antes hoy. Sus ojos se abrieron de par en par cuando me vio al otro lado de la habitación. ¿Por qué me sentía desnuda? ¿Por qué sentía la urgencia de explicarle que estaba aquí temporalmente? Que tenía que estar aquí o que Dom hizo que me quedara.

«¿Esto es todo?».

«Sí, Sr. Moretti». Se detuvo de golpe y lo enfrentó.

«Es solo Dom. Si vamos a trabajar juntos, no hay necesidad de reverencias de mierda».

«Oh». Dio un paso atrás y quitó la tapa de una de las cajas. «Está bien».

«Gracias. Puedes dejar todo ahí. Yo me encargo».

Dejó los archivos en la caja como si de repente se hubieran incendiado y se alejó. Sin mirarme otra vez, la chica salió corriendo de la habitación y cerró la puerta detrás de ella. Dom se puso a trabajar en descargar el resto de las carpetas manila, arrojándolas sobre la mesa en diferentes montones. Tomé una caja y la puse sobre una silla.

«¿Qué le has hecho? ¿No es solo tu asistente?».

«Sí». Sacudió la cabeza. «Está muerta de miedo, y no sé por qué».

Me reí. Realmente le importaba.

«¿Tal vez reducir los ‘mierda’ y ‘qué putada’? Solo es una idea».

«Intentaré recordar eso». Su mirada se detuvo en mi rostro antes de volver a los papeles que sostenía en su mano.

«¿Un caso sin resolver?», pregunté.

«Una amiga mía necesita ayuda con esto».

«¿Esa es la ‘muñeca’ que llamó antes?».

Bueno, eso sonó un poco malicioso. Tomé uno de los archivos para distraerme. No podría importarme menos si Dom tenía novias que llamaban de la nada para pedir ayuda. Si nuestra situación de vida tenía alguna posibilidad de funcionar, tenía que asumir que Dom necesitaría su libertad para hacer lo que fuera que hiciera cuando se aburría o…, maldita sea.

Odiaba la idea de Dom con otra mujer, pero había tendido mi cama, literalmente, y ahora tenía que acostarme en ella. No tenía derecho a aparecer de la nada en su vida pidiendo ayuda, decirle que no podíamos tener una relación romántica y luego darme la vuelta y también pedirle que no viera a nadie más. Correcto. Necesitábamos reglas básicas: un libro de protocolo.

«Sí. Este es el caso de su hermana», respondió con su voz de abogado. Para mi decepción, se abrochó la camisa. Sí, ahora iba en serio.

Dejé de lado mi mezquindad y agarré una carpeta. «¿Quizá pueda ayudar?».

«¿Has cometido un delito?». Se pellizcó la nariz. «Lo siento. Por supuesto que lo has hecho».

«No te preocupes. ¿Qué sabes hasta ahora? ¿Lo hizo ella?».

«No».

«¿Le crees?».

«Creo en su hermana».

Se sentó en su silla. «El problema es que han pasado quince años desde que sucedió».

Tomé asiento a su lado. «Oh, Dios mío. Pobre mujer».

«Y era prácticamente una niña cuando la enviaron a la cárcel. Este es el tipo de tonterías que no puedo soportar».

Su teléfono sonó de nuevo. Me recosté y me preparé para su "Hola, muñeca", en lugar de eso, se limitó a colocar el altavoz en su oído. Después de unos segundos, me miró. «Sí. Se lo haré saber».

«¿Qué pasa?», pregunté cuando arrojó el teléfono sobre la mesa. «¿Pediste pizza?».

«Tenía hambre. Pedí una extra grande por si querías. Oh...». Mierda. No lo había pensado cuando la ordené.

Cuando mamá y yo tuvimos que dejar Phoenix hace muchos años para escondernos del cártel, ella era meticulosa y nunca perdió de vista su objetivo: mantenerme a salvo. Hizo su trabajo muy bien. En Nueva York, nunca habría cometido un error tan estúpido.

«Lo siento».

«No te preocupes. Tu llamada fue interceptada por un amigo».

Un solo golpe en la puerta rompió el silencio. Dom se levantó de la silla y caminó hacia la puerta. Echó un vistazo de soslayo por la mirilla antes de abrir. Un tipo fornido de pelo oscuro y mirada aún más oscura le puso a Dom mi pizza en las manos.

«Hablaré con ella», le gritó al hombre, que ya había desaparecido del umbral. «Buena charla». Dom cerró la puerta de golpe y dejó la caja sobre la mesa de café.

«Lo haré mejor. No necesitas darme una lección». Me levanté de un salto y abrí la caja. La pizza parecía como si la hubieran sacudido y luego la hubieran arrojado al otro lado de la habitación. «Tal vez tu chico de Uber no debería dejar su trabajo diario». Retiré un poco de queso derretido y pepperoni del papel, lo enrollé sobre una rebanada de pan y lo mordí como un burrito.

«Él no es mi chico de Uber. Ese era Vic. La razón por la que todavía estoy vivo».

«Oh». Mastiqué mi pizza, sintiéndome como una niña de seis años. Había cometido un grave error. Sin embargo, en mi defensa, nunca había bajado la guardia antes. Ni en casa en Nueva York, ni en la escuela ni en el trabajo, pero entre estar de regreso en Phoenix y con Dom, me sentía como en casa.

«No debes salir de esta habitación ni pedir más ropa o comida. ¿Entiendes?».

Arrojé mi pizza de vuelta a la caja y me limpié las manos con una servilleta de papel. «Acepté dejar que me ayudes con Levi, pero seamos claros, no soy tu prisionera. Sobreviví los últimos diez años perfectamente sin ti. Puedo cuidar de mí misma».

«Eso era cuando Levi pensaba que estabas muerta. Ahora conoce la verdad, y la única razón por la que sigues aquí y no en alguna zanja en Nogales es porque no sabe dónde estás. ¿Qué tal si lo mantenemos así?».

«Tengo casos en los que trabajar».

«Puedes trabajar desde aquí».

«¿Y si tengo que ir a la corte?».

«Estoy seguro de que cualquiera de tus compañeros de trabajo estaría más que feliz de hacerte el favor».

«¿Y si vuelvo a tener hambre?».

«Puedes hacer tu pedido conmigo».

«¿Y si…?».

Me agarró de los hombros e inclinó la cabeza para que estuviéramos al mismo nivel de los ojos. «No importa quién sea Levi, sigue siendo mi cliente. Estoy arriesgando mucho al ayudarte. Podrían inhabilitarme. No lo eches a perder porque te maten, ¿de acuerdo? Lo que necesites, háblame y lo solucionaremos».

«Está bien». Se me retorcían las entrañas. Le estaba pidiendo demasiado.

«Bien». Miró el revuelto de pepperoni que trajo Vic y sacudió la cabeza. «Voy a pedir el servicio a habitaciones».

«Ah, ¿entonces puedes pedir el servicio a habitaciones?»

«Sí». Me lanzó una mirada oscura. «¿Hay algo que te gustaría del menú?».

«La pasta».

«Veo que tenemos ganas de comida italiana esta noche». Sonrió y cogió el teléfono de la habitación.

«En tus sueños». Me dejé caer en la silla del comedor y revolví algunas carpetas mientras sonreía como una colegiala.

«Siempre en mis sueños, Emilia. Siempre». Miró con enojo el auricular del teléfono y su sonrisa se desvaneció. «No, no. Eso no era para ti. ¿Puedes avisar al chef que necesitaremos un servicio para dos esta noche? Cualquier cosa italiana. Sí, eso suena bien. Sorpréndeme». Colgó.

«Gracias», dije.

«¿No fue fácil?». Se sirvió un whisky y volvió a llenar mi copa de vino antes de volver a ocupar su lugar en la cabecera de la mesa. «Ahora, ¿cómo vamos a ayudar a la Srita. Morrow?».

«Con casos sin resolver como este, lo mejor que se puede hacer es revisar cada detalle de evidencia y ver qué te dice tu instinto. A menos que tengas una razón para reabrirlo».

«Nikki es la única razón, en realidad». Se rascó la barba incipiente de la mejilla. «Pero esa es una buena pregunta. ¿Qué la hizo querer desenterrar todo esto después de quince años? ¿Qué cambió?». Garabateó notas en su bloc de notas.

¿Quién era esta Nikki? ¿Qué era ella para él? ¿Era ella la razón por la que se mudó a Arizona? No, Dom no era del tipo que le hacía proposiciones a una chica en su habitación de hotel mientras tenía una novia cerca, pero eso no me importaba. Ya había tomado la decisión, y era buena. Dom y yo éramos una mala idea. Yo y cualquiera, en realidad, éramos una mala idea. Tenía que dejar de pensar en Dom de esa manera. Aparté la mirada de él y me obligué a concentrarme en los archivos que teníamos frente a nosotros.

Las fotografías de una de las carpetas llamaron mi atención. Imagen tras imagen de un hombre tendido en un gran charco de sangre. Era una escena espantosa. Un asesinato cometido por alguien sin alma. Solo un monstruo sin una pizca de compasión podría hacerle esto a otro ser humano. El ardor habitual se apoderó de mi estómago. Nadie merecía morir así. Dejé que mi

mirada vagara por la imagen, asimilando cada detalle. Desafortunadamente, la única forma de hacerle justicia al hombre era mirarlo con lógica. Como miraría un rompecabezas. Empecé por su cabeza y seguí bajando.

«¿Tienes una lupa?».

La cabeza de Dom se giró hacia mí. También se había perdido en su propio rompecabezas. «Sí. Espera». Sacó una lupa del bolsillo delantero de su maletín.

«Gracias».

Escaneé la primera imagen y luego pasé a la siguiente. En la tercera imagen, encontré nuestra aguja en el pajar.

«¿Encontraste algo?».

Miré hacia arriba y me encontré con la mirada azul de Dom. *Jesús, el hombre era guapísimo*. «No sé. Tal vez. Mira esto». Empujé la foto hacia él.

Tragó saliva antes de inclinarse. «¿Qué estoy mirando?».

«Justo aquí», señalé el brazo del hombre. «Mira los bordes del moretón».

«Es un moretón». El área entre sus cejas se frunció mientras miraba a través de la lupa.

«Es maquillaje. Maquillaje mal aplicado. ¿No lo ves? Está ahí mismo». Señalé con mi dedo meñique.

Él apartó mi mano. «Dame un minuto». Después de unos segundos, su rostro finalmente lo reconoció. «Es un corte».

Asentí. «La piel se abrió en el medio de manera irregular. ¿No crees?».

«Un momento, tengo el informe de la autopsia aquí». —Sus ojos recorrieron el documento rápidamente mientras lo leía. «Lo catalogaron como un hematoma en el brazo, pero esto no es solo un hematoma. Quiero decir que antes no podía verlo, pero ahora es todo en lo que me doy cuenta. Como una de esas imágenes de ilusión óptica diseñadas para cubrir cosas hasta que alguien te dice dónde mirar.

«¿Verdad?», le sonreí. Eso es. Es todo lo que necesitas para reabrir la investigación. Quiero decir que debería serlo si la familia no te lo impide».

«Tengo un amigo que puede conseguirnos lo que necesitamos. Gracias». Me apretó la mano y me acarició la parte interior de la muñeca.

«Tu novia estará feliz. Serás como su héroe». Sin duda, estaría llena de gratitud con él y… no podía pensar en eso.

«No es mi novia. Es solo una amiga».

«No me importa», retiré mi mano del agarre de sus dedos.

Arrojó la carpeta manila sobre la mesa y se puso de pie, agarrándose las caderas. «Está bien, bueno. Estás lista para tener la charla».

Su mirada ardiente envió una oleada de calor hasta mi centro. Una sola mirada y me hizo desear haberme acordado de empacar mi Dom operado por batería. Aunque no pensé que me haría ningún bien ahora que había probado al verdadero Dom. ¿Cómo lo expresó? *Podría hacer mucho más por ti.*

«¿Qué charla?».

«La charla sobre sexo».

¿Podría simplemente dejar de decir *sexo*? Cada vez que decía esa palabra, me pasaban por la cabeza imágenes de él sudado y desnudo.

«No me importa lo que hagas con tu vida personal. Lo que necesitamos son reglas básicas. Si vamos a vivir bajo el mismo techo, necesito saber qué esperar. Ambos lo sabemos».

«Eso es lo que quise decir». Sonrió, cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó en el borde

de la mesa. «Tu habitación es tu habitación. Prometo que no entraré, a menos que me lo pidas, por supuesto».

«No lo pediré».

«Está bien, pero si no me dejas entrar a mí, a nadie más tampoco».

«¿Disculpa?». No debería importarme si a él le importaba. O más bien, debería estar molesta porque me dijera que no podía tener compañía masculina. ¿Lo decía en serio? ¿O me estaba provocando para ver cuán rápido aprovecharía la oportunidad de decirle que él tampoco podía invitar chicas y demostrarle que estaba celosa? ¿Por qué estaba celosa?

«Bien».

«¿Bien?».

«No estaba planeando traer a nadie aquí. Mi vida y la vida de mamá están en juego. ¿Crees que perdería mi tiempo con un tipo? No vale la pena el esfuerzo».

«Cierto. ¿Por qué molestarse con una persona real cuando tienes al buen D.O.B de siempre?».

«¿Qué?». ¡Oh...! al Dom Operado por Baterías. El calor subió a mis mejillas. ¿Por qué tuvo que haber visto eso? Abrió la boca para decir algo más, pero levanté la mano para detenerlo.

«No importa. Lo entiendo». Su sonrisa exasperante me hizo querer golpearlo. También me hizo querer encerrarme en mi habitación y pasar unas horas con el otro Dom.

«Uno de estos días, tendrás que decirme cómo empezó toda la buena y vieja situación con el D.O.B.», arqueó una ceja, su pecho rebotó un poco con la risa contenida.

Yo me reí discretamente. «Oh, Dios mío, tú y tu ego». Antes de poder detenerme, solté la verdad. «Fue después del casi beso. No podía dejar de pensar en ello». En algún momento, tenía que dejar de revelarle todos mis secretos. ¿Por qué no podía detenerme?

«A mí también me destrozó». Me agarró la cara y yo me arrastré hacia atrás.

«Está bien». Levantó las manos en señal de rendición. «Solo para que no me acuses de ser injusto, haré lo mismo. No traeré citas a la habitación».

Mi corazón se apretó con fuerza. Yo. Tendí. Mi. Propia. Cama. Tenía que dejarlo ir y acostumbrarme a la idea de que Dom no era mío. Tenía todo el derecho de ir a buscar compañía si eso era lo que quería. Cuanto antes, mejor. Tragué saliva y forcé una sonrisa.

«Bien. Me alegro de que hayamos dejado atrás nuestra charla sobre sexo».

«Mi puerta siempre está abierta para ti. En cualquier momento». Dirigió su atención a los archivos que tenía delante.

La presión en mi pecho se deshizo. El lobo feroz, Dom Moretti, necesitaba una amiga. Quería rodearlo con mis brazos, pero en lugar de eso, le di una palmadita en el hombro. No me atrevía a hacer más que eso.

«Lo mismo digo. Si quieres hablar, aquí estoy».

«Solo hablar, ¿eh?». Me dirigió una de sus sonrisas que hizo que se me derritieran las bragas, como si supiera algo que yo no sabía. «Gracias. Lo recordaré».

CAPÍTULO 10

Por la familia

DOM

No pude evitar sonreír. Ignoré al idiota que me miraba en el espejo y me froté el lugar justo debajo de la base del cuello. Llevaba mis cicatrices y mi tinta como un recordatorio de en qué se podía convertir la vida cuando perdía el enfoque, pero la marca de Emilia en mi pecho era otra cosa. Era la esperanza de que una suite de hotel vacía no fuera así el resto de mi vida.

Me puse la chaqueta del traje y salí, dejando la puerta del dormitorio abierta para no despertar a Emilia, que dormía al lado. Sonreí para mí mismo. Me gustaba que estuviera aquí, que supiera exactamente dónde la encontraría al final del día.

«Tienes cara de que te saliste con la tuya». Emilia se sentó a la mesa, completamente vestida con su elegante traje de abogada. Un desayuno para dos frente a ella.

Me detuve de golpe. «Mierda. Me asustaste. Pensé que estabas durmiendo».

«Son las siete de la mañana. ¿Solo trabajas a partir de medio día o algo así?». Bebió un sorbo de café.

«Nunca te habría considerado una persona mañanera». Me dejé caer en mi silla.

Sí, ahora teníamos sillas para él y para ella.

«El secreto está en el café».

Empujó una taza hacia mí y sirvió.

¿Azúcar? ¿Crema?

«Solo crema. Gracias».

Agarré su muñeca mientras ella inclinaba el recipiente de crema.

«¿Qué estás haciendo?».

«¿Qué quieres decir?».

«Esta agradable Emilia me asusta».

Se rió.

«Estoy tratando de ser amable. Me he apoderado de tu vida. Lo mínimo que puedo hacer es servirte un café».

Le solté la mano. Tal vez era una ilusión.

«Lo siento. Por un momento sentí que estabas usando tus artimañas femeninas conmigo».

«¿Mi qué?». Tosió en su taza.

«Está bien. ¿Qué quieres?».

«Necesito ir a la oficina».

«No».

Se aclaró la garganta y dejó el café. «Necesito ir. Jess llamó a la firma y pidió cancelar todos los procedimientos de su divorcio».

«¿Qué?». Levanté una mano. «Aún así, no irás. Jess está con tu mamá. ¿De verdad crees que la Dama Dragón dejó que Jess usara el teléfono para poner fin a su divorcio?».

Había esperado que Levi se tomara unos días para reagruparse y planificar una estrategia, pero parecía que estaba listo para su siguiente movimiento. Es cierto que esto se sentía demasiado rápido, demasiado arriesgado. ¿Qué estaría tramando?

Emilia se mordió el labio inferior y bajó la mirada. *Artimañas femeninas*.

«Pensé que tal vez Vic podría venir conmigo y pasar el rato en la sala de descanso».

«¿No me estás escuchando? Es una trampa». Me recliné en mi silla. «Sin mencionar que Vic tiene cosas que hacer hoy. Y yo también. ¿Puedo confiar en que estarás aquí cuando regrese?».

«Bien».

«Ahí está esa palabra otra vez. ¿Qué estás planeando?».

«Bien solo significa bien. Haré que Jack traiga los archivos que necesito».

Tiré mi servilleta sobre la mesa. «Ni mierda con eso. No va a venir aquí. Escribe lo que necesitas y yo te lo traeré».

«¿Por qué no puede venir aquí? Tu asistente vino anoche».

«Porque el cártel no me está buscando a mí. Te están buscando a ti».

De eso no tenía ninguna duda. Levi no me habría *citado* si no estuviera de humor para hacer algo ilegal, algo que potencialmente podría dañar sus posibilidades de obtener la custodia de su hijo... o hijos. La semana pasada, le habría dicho que solo tenía reuniones en mi oficina, pero ahora Emilia estaba involucrada. Tenía que averiguar qué tenía planeado para ella, y la mejor manera de hacerlo era reunirme con él en un lugar donde bajara la guardia... como su oficina.

Me puse de pie y agarré un bloc de notas de la mesa de café. «Escribe lo que necesites».

Se pavoneó hacia la sala de estar. El leve aroma de su perfume floral envolvió mi pecho. Cuando me entregó el trozo de papel, la agarré del codo y la atraje hacia mí.

«Por favor, no vayas a ningún lado hoy. Volveré en unas horas».

«Me quedaré quieta como una buena chica». Presionó su mano sobre mi pecho, justo sobre el largo rasguño que me había dejado la noche anterior. Sus ojos se detuvieron en mi boca antes de levantar la mirada.

«Si te beso ahora, no me iré», susurré. Ella asintió y me empujó. Tenía que salir de allí rápido antes de cambiar de opinión.

Vic estaba de pie esperándome junto al pedestal del valet parking. Cuando me vio, caminó hacia la camioneta negra y abrió la puerta. «Pensé que tal vez las sábanas se te habían pegado».

«Buenos días», dije. «Tenemos tiempo. Solo tenía que asegurarme de que Emilia no tuviera ninguna idea loca».

«Mmmm». Cerró la puerta y se subió al asiento del conductor. «Tenía la cabeza fría cuando la conocí por primera vez. Creo que estás jugando con su ingenio».

«Ahórratelo. Ya dejó en claro que no quiere involucrarse».

Vic me miró a los ojos por el espejo retrovisor mientras el auto avanzaba. «Los dos ya están involucrados».

«Estás muy hablador esta mañana».

Se encogió de hombros y agarró un archivo del asiento del pasajero.

«Esto es lo que tengo sobre Levi».

«Cualquier cosa que debería saber. ¿Me estoy metiendo en una trampa?».

«No. Creo que te estás metiendo en una entrevista de trabajo».

Solté una carcajada y arrojé su archivo al asiento de al lado. «Eso no es posible».

«Es difícil encontrar abogados respetables. Espero que te ofrezca mucho dinero. Necesito un

aumento».

Vic miró los espejos laterales y se incorporó a la 101 en dirección sur.

«No necesito más dinero».

Me froté la mejilla bien afeitada. De todos los días, hoy necesitaba parecer un abogado respetado, uno sin pasado. Uno que no se pudiera comprar.

«¿Cuál es el plan, Dom?», preguntó.

«Entrar, escucharlo».

«¿Dónde me necesitas?».

«Justo en la puerta principal. Cualquier otra cosa que no sea eso definitivamente levantaría algunas banderas rojas».

«Las puertas principales me ponen nervioso. Demasiados puntos ciegos».

«Lo sé. Cuarenta minutos… máximo. Luego, ya sabes qué hacer».

Vic se rascó la nuca. «Está bien».

Debería haber traído un arma conmigo, pero los abogados normales no llevaban armas a las reuniones con los clientes. En lo que respecta a Levi, yo era un abogado de una firma de renombre, reunido con un ciudadano respetable de la comunidad.

Vic se detuvo frente a un edificio en las afueras del centro de Phoenix con una enorme señal que decía “LS Real Estate and Associates”. Frente creativo, tenía que admitirlo. Podría haber elegido una tintorería o un club nocturno, pero eligió las bienes raíces. Quería que lo consideraran un hombre decente. ¿Provenía esa influencia de la familia de Emilia? Archivé esa parte como el potencial talón de Aquiles de Levi.

«Buenos días, señor Moretti». Una mujer alta con un traje pantalón caro me recibió en la puerta y me acompañó hasta la zona del ascensor.

Su oficina, con ventanas de piso a techo, ocupaba la mayor parte del último piso. Obras de arte caras cubrían cada pared. En el extremo derecho, dos sofás se enfrentaban sobre una alfombra persa. La mesa de café de mármol se sumaba a la decoración lujosa. Era como si le hubiera dicho a su diseñador que hiciera que la habitación pareciera extra cara.

«El señor Smith estará con usted en breve», dijo la mujer con una pequeña reverencia antes de irse.

Mucho dinero, mucho exhibicionismo. Vic tenía razón. Esto era una entrevista. Levi me dejó solo en su oficina para que echara un vistazo y lo evaluara. Bien. Seguí el juego... sin duda estaba mirando. Caminé hacia el cuadro a mi izquierda. Un original. La siguiente pieza era más o menos igual. Grande y colorida. A mi derecha, su enorme escritorio estaba en la esquina con un gran monitor que ocupaba solo una pequeña parte de él.

Como de costumbre, cualquier cosa relacionada con Emilia me dejaba mareado con preguntas. ¿Por qué el esfuerzo de convertir esta habitación en algo tan específicamente suntuoso? Ayer, la madre de Emilia había dicho que Levi quería ser como su esposo. ¿Podría ser que esta fuera la antigua oficina del padre de Emilia? ¿Fue él quien tuvo la idea de usar una empresa de bienes raíces como fachada en lugar del típico club nocturno? ¿Estaba construyendo su débil intento de una vida normal? Una vida que Levi terminó en cuestión de minutos cuando decidió que lo quería todo para él.

Emilia, lamento que hayas tenido que pasar por esto sola.

En la escuela, teníamos la oportunidad de aligerar la carga para cada uno, pero supongo que éramos demasiado orgullosos para pedir ayuda en ese momento. Esta vez, era diferente. Tenía que serlo.

La puerta se abrió con un crujido y Levi entró, con una sonrisa estampada en su rostro

demasiado bonito. Cuanto más lo conocía, menos podía soportar esa ridícula sonrisa. Cerró el espacio entre nosotros y extendió la mano unos pasos antes de alcanzarme. Su actitud fraternal era peor que su falsa sonrisa.

«Sr. Moretti. Gracias por reunirse conmigo aquí». Caminó alrededor del enorme escritorio para sentarse en su trono.

Disfrutaba de interpretar el papel de un alto ejecutivo. Mi amigo, Cole, era el verdadero ejecutivo. Este payaso no tenía idea de lo que estaba haciendo. Para Levi, este trabajo solo se trataba de dinero, como si las riquezas fueran la única forma de obtener respeto y estatus.

«Sr. Smith».

«Por favor. Soy Levi». No me había pedido que usara su nombre de pila las últimas veces que nos vimos. No me molesté en ofrecerlo. No éramos amigos. «Por favor, siéntese. ¿Algo para beber?».

«Estoy bien, gracias». Me senté en la silla que me ofreció y me desabroché la chaqueta. «Pidió verme. ¿Cómo puedo ayudarlo?».

Levantó el dedo y pulsó el botón del buscapersonas de su teléfono de escritorio. «¿Podrías traernos un par de…», me miró, «un par de whiskys?».

Miré el reloj de la pared. Eran las ocho y cuarto. Debía ser duro vivir con tanta gente muerta en la conciencia, pero no me importaba una mierda su problema con la bebida. Me había cansado de que me mirara con expresión de *'mira cuánto dinero tengo'*.

«Levi, ¿en qué puedo ayudarle?».

«Mi esposa me dijo que está dudando sobre este asunto tonto. Llamó y creo que a partir de ahora las cosas van a funcionar entre nosotros. Parecía más amable».

Una mujer entró con nuestras bebidas. Puso una en mi mano y la otra frente a Levi antes de salir.

«Estoy feliz con los resultados. Fue como me prometieron. Resultados positivos oportunos».

¿De qué demonios estaba hablando? No había visto nada en cuanto a resultados, oportunos o de otro tipo.

«Mi oficina no está al tanto de ningún cambio», dije.

«Estoy seguro de que el abogado de mi esposa se ocupará de ello en algún momento de este día. No sé cómo lo hizo, pero me alegro de que haya terminado. El divorcio es lo que aflige a nuestra sociedad en estos días. Las familias deberían esforzarse por permanecer juntas. ¿No está de acuerdo?».

«Sí, la familia lo es todo».

Levantó su copa. «Por la familia».

«Sí», apreté el vaso contra mis labios. Había servido mi marca favorita de whisky. El muy cabrón conocía mi bebida.

Miré el reloj otra vez. Treinta minutos después de la hora. En diez minutos, Vic irrumpiría por la puerta y terminaría con esta aburrida cortesía. ¿Por qué Levi me estaba haciendo perder mi tiempo? A menos que...

«Como sea, sé que es un hombre ocupado. Quería agradecerle personalmente». Bebió un sorbo de su vaso antes de levantarse. «Si alguna vez decide que está listo para tener su propio despacho, hágamelo saber. Soy muy conocido en la comunidad, podría devolverle el favor».

No, cabrón. *No* estábamos intercambiando favores. «Estoy feliz donde estoy».

Levi se apoyó en el borde de su escritorio y me miró a los ojos con una sonrisa que estaba seguro de que la mayoría de las mujeres encontraban encantadora. ¿Por qué la farsa? La puerta se abrió de golpe y se puso firme, con los brazos extendidos. «Aquí estamos. Es más que

bienvenido a quedarse si quiere».

Vic había tenido razón sobre que esto era una entrevista de trabajo. Miré por encima del hombro a los dos tipos que arrastraban a un hombre apenas vivo entre ellos. Lo dejaron a los pies de Levi y dieron un paso atrás. Tragué saliva, mirando con enojo la escena demasiado familiar. Podía fingir asombro e irme, pero obviamente, Levi sabía mucho más sobre mí de lo que dejó ver al principio. No había preguntado por mí porque había escuchado que era buena. Había venido a buscarme porque tenía una vacante en su equipo.

Por extraño que pareciera, esa era la buena noticia. Podía rechazarlo y terminar con él. La mala noticia era que él estaba seguro de que yo aceptaría. ¿De dónde diablos había sacado esa idea? Esta vida criminal ya no era lo que yo quería.

El fuerte gemido del tipo en el suelo me hizo reaccionar. Le envié un mensaje de texto a Vic para avisarle que estaba en camino. «Solo para que quede claro. No estoy ni estaré nunca en la mente de comenzar mi propia empresa. Lo que tengo curiosidad es qué le llevó a creer que lo estaría».

Frunció el ceño e hizo un gesto para que sus dos hombres dejaran de golpear el saco de boxeo que ahora estaba inconsciente en el suelo. «Después de que manejó el caso de divorcio tan brillantemente, pensé que estaba tratando de impresionarme». Sonrió. «Dispararle a la abogada para que saliera corriendo con el rabo entre las patas fue una gran iniciativa. Es el tipo de inteligencia que aprecio». Me dio una palmada en el hombro.

Se me revolvió el estómago. El muy cabrón pensó que éramos iguales. Lo que era peor era que creyera que yo había querido impresionarlo.

«Tengo que volver a la oficina». Tenía alrededor de un minuto para encontrarme con Vic abajo.

«Por supuesto. Estaremos en contacto». Levi se cruzó de brazos y asintió con la cabeza a sus hombres para que reanudaran la paliza.

Cerré los puños y me obligué a salir de su oficina. Si me involucraba, no solo estaría en juego mi sustento, Emilia también sufriría porque, por más jodida que hubiera sido toda esta reunión, aprendí un hecho importante: Levi no había enviado a esos hombres a dispararle a Emilia.

La misma mujer que me había recibido antes me alcanzó en el ascensor y me acompañó hasta la puerta. Vic ya tenía el coche en marcha cuando subí y pisó el acelerador en cuanto cerré la puerta de golpe. Estaba tan ansioso como yo por salir de allí.

«¿Cómo te fue? ¿Tendré mi aumento?».

«No. Aunque lo pediste».

«¿Pasó algo?».

«Sí. Pásate por la oficina de Emilia. Tengo unos archivos que necesito recoger para ella».

«Tú eres el jefe». Giró en la siguiente calle y pasó por delante del edificio de Emilia. Los viejos hábitos son difíciles de eliminar.

«Levi no envió a nadie para asustar a Emilia. ¿Tú?».

«No». La pregunta no lo ofendió. Me había demostrado su lealtad una y otra vez. Sin embargo, en este negocio, nunca estaba de más asegurarse de que el status quo no hubiera cambiado.

«Claro. Entonces, si Levi no lo hizo, y tú tampoco, ¿quién más quiere ver a Emilia muerta? ¿Qué olvidó contarme?».

CAPÍTULO 11

¿Cómo que esto es volver a la normalidad?

EMILIA

Dom dejó que la puerta se cerrara detrás de él. Sí, al hombre le venía bien usar traje. Me froté ambos brazos para hacerme reaccionar. Quedarme quieta como una buena chica nunca había funcionado para mí. Necesitaba idear un plan o al menos un siguiente paso. Uno sólido que me pusiera de nuevo en el buen camino. Tenía toda la intención de cumplir mi promesa a Dom, sobre todo porque él tenía razón. Yo no era una asesina, pero Levi sí. Tenía que prepararme para eso y encerrarlo antes de que decidiera terminar lo que había comenzado hace diez años. Bebí el último trago de mi café y me serví otra taza. ¿Qué haría que Jess llamara a mi oficina para cerrar el proceso de divorcio? Estaba a salvo con mamá. ¿Por qué echarse atrás ahora que teníamos todo que perder? No estaba sola. Seguramente lo sabía.

¿Podría ser una trampa como había dicho Dom? Un escalofrío recorrió mi columna vertebral. Si Levi tenía la capacidad de hacer algo así, de hacer que mi oficina me diera información, de hacer que saliera de mi escondite, ya estaba muerta. Algo había cambiado y tenía que averiguar qué era. No era exactamente un plan, pero era un comienzo. Me senté frente a mi computadora portátil, inicié sesión en la red segura de mi empresa y le envié un correo electrónico a Jack para pedirle que autorizara la liberación de los archivos que le pedí a Dom que recogiera.

Mis dedos se cernieron sobre el teclado. Si mamá y Jess no hubieran llegado a la casa segura, ya lo sabría. Mamá y yo habíamos planeado esta escapada desde el primer día que llegamos aquí. Después de años de estar huyendo, ella era una profesional en eso. Llamarlas ahora solo comprometería nuestro plan. Y si eso sucedía, mamá tenía otro plan de escape para regresar a Nueva York, lo que sería el peor escenario posible para mí.

De regreso en Nueva York, no tenía forma de derribar a Levi. Cerré los ojos y las imágenes sangrientas del cadáver de papá regresaron a mi mente. Con una respiración profunda y tranquilizadora, me concentré en reemplazar el rostro de papá con el de Levi. Un pequeño ejercicio que se me ocurrió hace un tiempo para ayudarme a calmar la tormenta que se arremolinaba en mi pecho cada vez que pensaba en Levi.

La idea apareció en mi cabeza y en cuestión de segundos se convirtió en mi plan. No podía llamar a mamá y arriesgarme a que interceptaran nuestra llamada como le pasó a Vic cuando pedí una pizza. Si conducía, podría asegurarme de que no me siguieran. Cerré mi computadora portátil y volví a mi habitación. No podía usar traje en mi viaje a Sedona. Abrí mi maleta y saqué un par de jeans, una camiseta y un par de botas.

Anoche, después de la sesión de besos con Dom y luego la cena, no tuve la oportunidad de deshacer las maletas. Probablemente había sido algo bueno. No quería perder el tiempo empacando una maleta pequeña. Sedona estaba a dos horas de distancia. Si me apresuraba,

podría llegar a la casa segura, hablar con mamá y Jess y regresar antes de que Dom regresara esta tarde, pero necesitaba irme ahora. Cerré la maleta y la saqué de la cama.

En el pedestal del valet parking, le pedí al encargado que me llamara un taxi. A veces, lo mejor era seguir el método tradicional. Subí al taxi y le di instrucciones al conductor para llegar al lugar donde había dejado el coche el día anterior. Cada dos días, el conductor de mamá me recogía, o dejaba el coche en un garaje a unas manzanas de distancia y caminaba el resto del camino.

La idea era hacer algo diferente cada día, no caer en la rutina porque, una vez que lo hiciera, me sentiría cómoda y me perdería los pequeños detalles o bajaría la guardia. Tal como había hecho en el hotel de Dom. Cerré los ojos y dejé caer la cabeza hacia atrás en el reposacabezas. Pronto terminaría este escondite y este andar a escondidas.

Cuando llegamos al garaje en el centro de Phoenix, el conductor cambió mi maleta a mi todoterreno. Le di un par de billetes de veinte y se fue sin decir una palabra más. Hice mi inspección habitual del coche, comprobando debajo del habitáculo, en el asiento trasero y en los recovecos del maletero. Subí y seguí las señales hacia la I-17 Norte. En cuestión de minutos, me incorporé a la autopista interestatal y me dirigí a la casa segura de mamá en Sedona.

Nuestra cabaña estaba a unos pocos kilómetros de la plaza del pueblo, junto a Oak Creek. Por mucho que hace tantos años mamá hubiera dejado atrás el pasado en el momento en que salimos de Phoenix, todavía se permitía algunos momentos de debilidad. Sedona había sido el lugar donde mamá y papá habían tenido su primera cita. En todos los años que estuvieron casados, nunca pudieron regresar, aunque siempre hablaban de ello. Ella eligió este lugar porque, para ella, aquí era donde todo había comenzado, pero también donde se sentía segura.

El aire fresco con aroma a cedro me saludó tan pronto como abrí la puerta del auto. Me apoyé en el costado cálido de la camioneta y dejé escapar un suspiro. ¿Realmente estábamos más seguras aquí? ¿O el suave murmullo del arroyo detrás de la cabaña y el canto de los pájaros eran solo una ilusión de que estábamos en un lugar remoto y escondido? Todo ese dinero de la droga que papá había reservado para nosotras nos mantuvo cómodas todos estos años. Lástima que no pudiera comprarnos también tranquilidad.

Las pequeñas ramas y piedras se aplastaban bajo mis botas mientras caminaba con dificultad por el camino de entrada. Golpeé la puerta, conté hasta cinco y luego toqué dos veces.

De inmediato, mamá abrió la puerta y me abrazó con fuerza.

«¿Alguien te siguió?», preguntó como si me hubiera estado esperando, estirando el cuello para mirar el auto que estaba detrás de mí.

«No. Me aseguré», dije mientras me hacía pasar. El lugar olía a panqueques y tocino.

«¿Tienes hambre?».

«No. Comí antes de venir aquí». Mentira, pero no tenía mucho tiempo. «¿Dónde está Jess?».

«Está con Izzy. La pobre chica no durmió mucho anoche. Extraña su habitación. Siéntate». Me sirvió café. Envolví mis manos alrededor de la taza y dejé que mis dedos fríos se calentaran. «Estás aquí porque Jess canceló el divorcio».

Me recosté. «¿Así que lo hizo?».

Mamá asintió. «La obligué».

«¿Por qué?».

«Jess es igual que su madre. Se impresiona fácilmente y es fácil de manipular. Amaba a mi hermana», mamá hizo una rápida señal de la cruz por su hermana fallecida, «pero es la verdad».

«¿Qué pasó?».

«Después de que nos fuimos, ella trató de escapar, lo cual no tenía sentido para mí. ¿Por qué

volver con el hombre que todos estos años ha estado haciendo de su vida un infierno? Especialmente si él sabía que tú y yo todavía estábamos vivas y que Jess lo sabía. Como sea. Después, la senté y le hice algunas preguntas».

Me froté la sien. Dudaba seriamente que todo lo que la Dama Dragón había hecho, fuera hacerle algunas preguntas a Jess.

«¿Qué descubriste?».

«Nos mintió. Nunca le contó a Levi sobre ti. Su plan había sido asustarte porque sabía que no la dejarías echarse atrás en el divorcio. Aparentemente, Levi descubrió que estaba embarazada y estaba siendo muy amable con ella. Van a tener un niño». Mamá puso los ojos en blanco. «Por supuesto, Levi está muy interesado en eso».

«¿Por qué la hiciste cancelarlo?».

«Porque ese plan tuyo era una misión suicida. ¿No lo entiendes? Tenemos una segunda oportunidad para alejarnos. Él no sabe de nosotras. Y ahora recupera a su esposa y todo puede volver a la normalidad».

Me puse de pie de un salto. «Mamá. Estamos en una casa segura. ¿Cómo que esto es volver a la normalidad?».

«Tengo un jet privado programado. Podemos estar en Nueva York esta noche. Emilia, nunca debimos habernos ido. ¿No lo entiendes?».

«Acabas de deshacer todo por lo que trabajé tan duro en los últimos tres meses. ¿Por qué?».

«Porque esta necesidad de venganza hará que te maten. He estado muy preocupada. Nunca debí dejarte ir tras él. Entré en pánico cuando Jess me dijo que Levi sabía sobre nosotras. No estaba pensando».

«Mamá...».

«No, Emilia, tienes que dejarlo pasar. ¿Cómo crees que he sobrevivido todo este tiempo? Perdoné a Levi por lo que hizo para poder tener una vida feliz contigo. Esta ira, esta obsesión por hacer que Levi pague, no es forma de vivir. Pensé que, si te dejaba venir aquí y vengarte, finalmente conseguirías cerrar el ciclo. ¿De qué serviría cerrar el capítulo si estás...?», su voz tembló y las lágrimas le llenaron los ojos.

«Mamá». Le tomé la mano. ¿Mamá no se había convertido en piedra cuando nos fuimos, había perdonado a Levi? ¿Era eso siquiera posible? Se me encogió el pecho. No tenía perdón para él. «Nos arrebató todo».

«Lo hizo, pero lo reconstruimos. No tires todo por algo que no traerá de vuelta a tu padre».

Nada podía traer de vuelta a papá, pero odiaba que Levi todavía estuviera ahí fuera, libre, siendo respetado por todos. «No puedes querer que tu única sobrina regrese con ese monstruo».

«Ella viene con nosotros».

«Pensé que habías dicho que Levi iba a recuperar a su esposa. ¿No la está buscando ahora?».

«No es así. Ella lo llamó y le dijo que estaría en casa en unos días. A él le pareció bien. Todo lo que le importaba era que el divorcio se cancelara y que su hija regresara a casa».

«Con el tiempo, se dará cuenta de que ella no va a llegar. ¿Y entonces qué?».

«Bueno, todavía no he resuelto esa parte. Jess está decidida a volver con él. Honestamente, ya no quiero intentar averiguar qué clase de pájaros tiene en la cabeza».

«Ya no somos niñas. No puedes decidir por nosotras».

«Lo sé, pero ambas están actuando como niñas que no se preocupan por sus vidas. Esto no es propio de ustedes. En Nueva York, estaban concentradas en su carrera y en mantenerse con vida».

«Mi carrera era un medio para un fin, y lo sabes. Sigo concentrada en mantenerme con vida,

pero esta vez también tengo la intención de vivir una vida, tal vez…».

«Ah. Tu amigo abogado, el Adonis de traje».

«¿Qué?».

«No soy tan vieja. Y tengo ojos».

Gruñí y hundí la cabeza en mis manos. ¿Mamá tenía razón? ¿Estaría tan decidida a recuperar mi vida si Dom no fuera parte de la ecuación?

«Se comportó bien en la casa. Es obvio que está interesado en ti. ¿Dónde lo conociste?».

«En la facultad de derecho».

Me dio una sonrisa de cómplice y apartó mi cabello de mi rostro.

«Si quisieras, podrías lograrlo de verdad».

«No así. No podría pasar por eso otra vez». *Perder a alguien a quien amo.*

Parpadeó y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

«Está bien. Tienes razón, pero no puedes poner todos tus huevos en la canasta de Jess. Entre su hija y el embarazo, no se puede confiar en ella. Tiene que pensar en sus hijos, no solo en ella misma».

«Exactamente. ¿De verdad cree que sus hijos estarán a salvo con Levi?».

«Dice que es un buen padre».

«¿Y tú lo crees?».

«Cariño, tu padre mató a gente, gente mala, para ganarse la vida durante muchos años antes de decidir dejarlo por nosotras. Sin embargo, en todos esos años, siguió siendo un buen padre para ti».

«Por mucho que lo intentara, Levi no es papá».

Si había algo que todo este lío con Jess me había enseñado era que el caso de divorcio no era la manera de encerrar a Levi para siempre. Jess y su familia estaban a salvo por ahora, y eso era una gran victoria, pero definitivamente no el objetivo final aquí.

¿Qué otro recurso tenía? Miré a mamá a los ojos. Gracias a ella, sabía con certeza que todavía teníamos la ventaja. Levi no sabía que todavía estábamos vivas, y eso nos daba una gran ventaja.

«Tengo que regresar».

Mamá se levantó y me abrazó. «Lamento lo de antes. Entré en pánico y dejé que la ira se apoderara de mí».

Se refería al momento fugaz en el que ambas acordamos que la única manera de terminar con esta pesadilla era que yo matara a Levi. Yo todavía lo creía, pero mamá no necesitaba saberlo. Al igual que no necesitaba saber que me habían disparado más de una vez en las últimas cuarenta y ocho horas.

«No digas que lo lamentas. Nada de esto es culpa nuestra. ¿Seguirás aquí?».

«Sí. Al menos hasta que Jess descubra qué hacer». Soltó un suspiro y sonrió. «¿Te quedarías a desayunar?».

«No puedo. Tengo trabajo que hacer».

«No hay forma de que te vayas de Phoenix sin tu computadora. Sé que la trajiste. ¿Qué tal si hago tostadas francesas y tú puedes comer y ponerte al día con el trabajo? Necesitas comer. Estás adelgazando mucho», gritó desde la despensa. «Hice panqueques para Jess, es justo que te haga algo a ti».

Me reí entre dientes. «Mamá, no me importa si le preparas el desayuno a Jess. Dios sabe que necesita una familia en este momento».

«Ella te necesita. Cada vez que habla contigo, su determinación se fortalece y parece llena de

esperanza. Quédate y habla con ella».

«Supongo que puedo quedarme un rato. Es bonito aquí arriba».

Me levanté de la silla y caminé hacia la camioneta para buscar mi computadora. El aire fresco llenó mis pulmones. En lugar de dirigirme al auto, seguí los sonidos del agua que fluía. Tan pronto como llegué al costado de la cabaña, el arroyo salpicado de pinos apareció a la vista. Caminé hasta el borde del camino rocoso y dejé escapar un suspiro.

Mamá había vuelto a ser la misma de antes ahora que la situación con Levi se había calmado. ¿Qué pensaría si supiera sobre el tiroteo en el bar? Todo este tiempo, había asumido que los hombres de Levi eran los responsables, pero ahora no estaba tan segura. El tiroteo en nuestra casa también podría haber sido Levi tratando de asustar al nuevo abogado de Jess, pero no tenía pruebas.

Los tiroteos al azar no eran el tipo de cosas que sucedían en esa parte de la ciudad. Sin mencionar que los tiradores tenían silenciadores y parecían organizados cuando entraron a la casa. Como solo pueden estarlo los hombres entrenados. En las pantallas, parecían estar en una misión.

Pensar en esa noche me puso la piel de gallina. De repente, tuve la sensación de que me estaban observando y todos mis sentidos se pusieron en alerta máxima. ¿Qué demonios? Una mano grande me tapó la boca y ahogó mi grito. Pateé con fuerza mientras una segunda mano se deslizaba alrededor de mi cintura y me presionaba contra un pecho ancho. Las lágrimas me picaban los ojos. ¿Cómo podía decirle a mamá y a Jess que salieran de allí? Un gran peso se instaló en el fondo de mi estómago. Miré entre la casa y mi auto, donde vi que algo se movía. ¿Había más hombres ahí fuera? Mierda. ¿Cuántos? Mi corazón latía con fuerza en mis oídos mientras pateaba, con la esperanza de lastimar al hombre que me sujetaba.

Él me apretaba con más fuerza. «Joder, Emilia. Cálmate».

CAPÍTULO 12

¿Qué hacemos ahora?

DOM

Ella volvió a golpearme la espinilla con sus botas. «Te voy a soltar. Prométeme que no correrás».

Su cuerpo se relajó contra el mío. Quité mi mano de su boca, pero no la solté. Se quedó quieta, con la respiración entrecortada. Cuando sus piernas se pusieron rígidas junto a las mías, se apartó de mí, se dio la vuelta y me dio una bofetada en la cara. Sí, me lo merecía por haberme acercado sigilosamente a ella, pero ¿por qué demonios había salido del hotel?

«¿Qué diablos estás haciendo aquí?». Azotó su pie con los ojos llenos de lágrimas. «Me asustaste muchísimo».

«Te fuiste. No sabía qué pensar. ¿Por qué saliste?».

Cuando regresé a la suite con sus archivos y no la encontré allí, pensé lo peor. La ropa que había usado para desayunar estaba esparcida por toda la habitación, su maleta y su computadora habían desaparecido. Parecía un robo. Del tipo que haría creer a cualquiera que la víctima simplemente se había ido a toda prisa.

«Tú primero. ¿Cómo me encontraste?». Ella apretó sus dedos temblorosos en sus caderas.

«Lo siento. No quise asustarte». Mierda, definitivamente esta era la reacción equivocada. Por eso no tenía relaciones. Yo no actuaba como el tipo de novio. Los problemas me seguían a donde fuera. ¿Y la confianza? Todavía tenía que resolver eso. «Vic rastreó tu computadora».

Levantó la mirada. Esto se veía mal para mí, pero cuando se trataba de la seguridad de Emilia, su privacidad era lo último en lo que pensaba. Con un profundo suspiro, encontró mi mirada. «Está bien. Hablaremos de mi computadora más tarde. Viniste aquí porque pensaste que había sido ¿qué? ¿Secuestrada?».

«Exactamente».

«Lo siento. Debería haber dejado una nota».

Miré hacia abajo a mis zapatos de vestir embarrados. «Eso hubiera sido de gran ayuda».

«Pensé que tenía más tiempo antes de que regresaras. Necesitaba hablar con mamá. No fue una trampa. Jess canceló el divorcio».

«*¿Qué?* ¿Por qué?».

«Mamá vio una oportunidad para sacarme de este lío con Levi y la aprovechó. Así que ahora estoy de nuevo en el punto de partida. Levi no sabe que seguimos vivas».

Apoyé las manos en las rodillas y solté el aire. Ahora Emilia podía volver a su antigua vida, donde el peligro no acechaba a cada paso. Me dolía el pecho al pensar en no volver a verla, pero tenía que hacerlo. Esta misión suya era una locura pura y estaba destinada a matarla. En la siguiente parte era buena. Podía ayudar a Emilia y a su familia a desaparecer de nuevo en Nueva

York o en alguna playa. En cualquier lugar, siempre que estuviera lejos de Levi.

«Está bien. Son buenas noticias. Puedo ayudarte a encontrar un nuevo lugar para vivir». Caminé a lo largo del arroyo. El relajante goteo del agua al atravesar las rocas me despejó la mente. Cada paso que tenía por delante era claro. «Podemos irnos esta noche».

Emilia sonrió, pasándose ambas manos por el pelo. «Al diablo que me voy. Vuelvo al punto de partida, sí, pero se me ocurrirá un nuevo plan. ¿Vas a ayudarme o vas a incumplir tu palabra?».

«Emilia...».

«Si es así, dímelo ahora». Su mirada me desafió a decirlo. Romper la promesa que le hice y demostrar que era un cobarde, lo cual no era, pero cuando se trataba de ella, había mucho más en juego.

«Por supuesto que te ayudaré. Nunca rompo una promesa».

«Bien».

Sonrió, y esa sensación de querer ser todo lo que ella pensaba que era me atravesó el pecho de nuevo. ¿Qué era más importante? ¿Impresionar a Emilia Prado o mantenerla con vida?

«Te ayudaré con tu problema con Levi, excepto que ahora lo haremos a mi manera. Y no es negociable». Apreté los labios y la miré fijamente.

Una mirada intimidante que hacía que la mayoría de la gente saliera corriendo, pero no Emilia. Consideró mi oferta, su mirada se movía entre mí y la casa, tratando de encontrar una solución más lógica. Al menos eso era lo que yo tenía a mi favor. Yo era su mejor opción.

«Levi no estuvo detrás del tiroteo en el bar», solté. No había razón para endulzarlo.

Sus ojos parpadearon y miró hacia otro lado. Durante un día entero, pensó que su peor pesadilla se había convertido en realidad. Ahora le habían dado una segunda oportunidad. Eso la asustaba muchísimo. Envolví mis dedos alrededor de su codo y la atraje hacia mí. Ella gimió y enterró su rostro en mi pecho.

«Tenías razón». La abracé fuerte, besando la parte superior de su cabeza. «Levi ha probado el poder y le encanta. No hay forma de que lo deje pasar. Si alguna vez descubre que tú y tu madre siguen vivas, no dudará en terminarlas».

«¿Entonces lo entiendes?». Ella me miró, con sus lindos ojos y mejillas húmedas por las lágrimas. «No puedo simplemente irme».

«Lo entiendo». Pasé mi pulgar por su mandíbula y sus labios carnosos. Quería besarla, hacerla sentir segura, hacer que esta amenaza que se cernía sobre ella desapareciera, pero besar, siempre conducía a mucho más, mucho más peligroso que el sexo.

«Él me asusta». Se mordió el labio, pasó su mano por mi pecho y acunó mi rostro, atrayéndome hacia ella. Maldita sea, ¿quién podría decirle que no a esta mujer?

«Estoy aquí. Para lo que necesites». Me agaché y presioné mi boca contra la suya, dejándola guiarme hacia lo que quería porque si fuera por mí, ella estaría en el suelo ahora mismo, y yo estaría enterrado profundamente dentro de ella.

Su lengua me convenció de abrir mis labios y probarla. Eso fue lo que tomé de ella. La verdad sea dicha, en este punto, tomaría cualquier migaja que ella estuviera dispuesta a darme. Le respondí. Pequeñas piedras rodaron hacia el arroyo mientras la presionaba contra un pino. El agua fría salpicó mis piernas, pero no me importó.

El beso de Emilia era todo lo que me importaba en ese momento. Apreté mi cuerpo contra el de ella y ella suspiró, pasando sus manos por mi espalda. Mis terminaciones nerviosas se agitaron cuando jaló mi camisa de vestir y pasó sus uñas por mi espalda desnuda. Me entregué a la sangre caliente que corría por mi cuerpo y profundicé el beso.

«No puedo soportar la idea de que te lastimen», susurré entre besos. La deriva habitual que sentía cada vez que Emilia estaba cerca me atraía y silenciaba todo lo que nos rodeaba. «Hoy, todo lo que pude hacer fue no apretar el cuello de Levi con mis manos. Apretar hasta que diera su último aliento».

«Espera, ¿qué?». Me apartó de un empujón, con los labios entreabiertos y los pechos apretados contra la camiseta mientras intentaba recuperar el aliento. «¿Lo viste hoy? ¿Por qué no me lo dijiste?».

«Porque no sabía lo que quería. Y…».

«¿Y pensaste que estaba lo suficientemente loca como para seguirte e intentar dispararle?».

Sí, se me pasó por la cabeza esa idea. «No. Primero necesitaba saber qué quéría».

Me miró, frunciendo los labios. Odiaba ver la ira de Emilia dirigida a mí, pero tal vez esto era lo mejor. El lado de Emilia que me quería era mucho más difícil de manejar. Hacía que mi cerebro se volviera loco y perdiera el contacto entre lo correcto y lo que podría hacer que nos matara a los dos.

«¿Qué quería? ¿Así supiste que no envió a esos hombres para asustarme?».

Asentí, optando por la verdad. Ahora estábamos juntos en esto, me gustara o no. «Resulta que quería tantearme. Me ofreció un trabajo».

«No lo hiciste…».

«Por supuesto que no. Ya terminé con todo eso hace tiempo. De ninguna manera voy a volver atrás». Dejó escapar un suspiro y se miró las manos. Le levanté la barbilla. «¿En qué estás pensando?».

«Si él no envió a esos hombres a la casa, ¿quién lo hizo?».

Metí las manos en los bolsillos de mis pantalones de vestir. «Buena pregunta».

«Tú sabes quién, ¿verdad?». Arqueó una ceja. Juré que era como si pudiera leer mis pensamientos. Más que eso, quería ser honesto con ella. Estaba cansado de los secretos, cansado de ocultar mi pasado y de intentar aferrarme a mi presente.

«Al principio, pensé que tenías algún otro plan en marcha. Que te habías ganado enemigos en otro lado. Después de que fui a la suite del hotel y me di cuenta de que te habías ido, finalmente saqué la cabeza de mi trasero y miré la situación como lo que es».

Cambió su cuerpo y presionó sus labios en mi hombro. «¿Quién?».

«Mickey». Al decirlo, me rodeó el pecho con los brazos. «Lo siento».

«No es tu culpa. ¿No lo ves? Todo esto es culpa mía».

«¿Estás seguro de que fue él?».

«¿Preguntas si tengo pruebas? No. Pero este tipo de juego mental es el modus operandi de Mickey».

«¿Qué crees que quiere después de todo este tiempo?».

«Tengo un par de conjeturas. Es exactamente como dijiste... nadie sale de ahí nunca». Sacudí la cabeza para aclarar mis pensamientos. No podía tener tanto control sobre mí.

Me quedé mirando el precipicio que era Mickey y todo lo que venía con él, y todo lo que podía pensar era que, si Emilia saltaba conmigo, no sería tan malo. No podía dejar que fuera parte de esto. Mickey era mucho peor que Levi. Mickey no había reemplazado a nadie como Levi. Su lugar en la cabecera de la mesa era su derecho de nacimiento.

«No me mires así». Ella me miraba de frente. «No me dejes fuera. Juntos podemos idear un plan. Si Mickey está tratando de llamar tu atención, averigua por qué».

«Ya sabes cómo es esto. Pedirá un favor y luego lo pagará y tal vez hará un poco más. Una y otra vez, hasta que, de alguna manera, no solo le deba, sino que lo necesite para seguir con vida.

No volveré atrás».

Envolvió sus brazos alrededor de mi cintura. Por primera vez en mucho tiempo, no estaba solo en esto, y ella tampoco. Le rocé la mejilla con el dorso de mi mano.

«Entonces, ¿qué hacemos ahora?».

«Nada es una coincidencia. ¿Cómo llegaste a ser el abogado del esposo de mi prima?».

«Pidió por mí».

Ella arqueó ambas cejas. «¿Cuándo fue la última vez que mostraste interés real en una chica? Sé que pasaste por el bar un par de veces antes de hablar conmigo».

Nunca había tenido problemas para conseguir mujeres, pero de alguna manera cuando se trataba de Emilia las cosas se sentían diferentes. Visité su bar al menos tres veces antes de reunir el valor para hablar con ella. Para mi sorpresa, había mostrado interés.

Me devané los sesos para encontrar los detalles de esa noche. Lo único que pude recordar fueron las tetas de Emilia flotando sobre su corsé de cuero y su sonrisa sexy como el infierno cuando aceptó reunirse conmigo a medianoche. Me fui a casa poco después con una sonrisa idiota en mi rostro, inundado de pensamientos sobre todas las cosas que quería hacerle más tarde. Ni una sola vez pensé en comprobar si me estaban siguiendo. Ni esa noche ni ninguna de las otras noches que estuve allí.

Vic ni siquiera sabía adónde había ido. Había tenido tanta prisa por prepararme para nuestra cita que me había olvidado de avisarle. Se había enojado al día siguiente y ahora entendía por qué. Había dejado la puerta abierta. Si Mickey había estado esperando todo este tiempo para encontrar una grieta en mi armadura, la había encontrado. Perder a Emilia me mataría.

«Mierda. Te está utilizando para llegar a mí».

«Posiblemente». Echó un vistazo a la casa. «Me pregunto cuánto sabe Jess. Si Levi ha tenido algún trato con Mickey, ella lo sabría».

Dejé que me llevara hacia la casa. «¿Crees que realmente se lo diría?».

«No, pero Jess no es la víctima indefensa que le gusta que todos crean que es. Le tiene miedo a Levi, pero también es inteligente».

Caminamos con dificultad a través del umbral. La cabaña, si podía llamar así a esta enorme casa, olía a pasteles y almíbar. Por muy mal que Emilia lo hubiera pasado todos estos años, al menos tenía esto. Tenía una familia, un hogar.

«Me estaba preparando para ir a buscarte». Su madre le dio una mirada de soslayo a la prima de Emilia, que estaba sentada al otro lado de la mesa.

«Es bueno verte de nuevo», ella me sonrió.

«Lo mismo digo, señora Prado». Le estreché la mano extendida.

«Por favor. Sofía está bien. No soy tan mayor. ¿Puedo traerte un café?».

«Sí, por favor».

«No». Emilia me lanzó su mirada de *‘esta no es una visita social’*. Estiró el cuello para ver mejor el pasillo más allá de la cocina y luego se volvió hacia su prima. «Necesitamos que Jess nos diga cuánto tiempo ha estado involucrado Levi con la mafia italiana».

«¿Qué?», Jess dejó caer su tenedor. Su mirada se movió entre Emilia y su madre. «¿Tía?».

«En realidad, no. Primero, dime cómo nos encontraste. Y no mientas».

«Al principio, pensé que eras un fantasma», Jess se puso la mano sobre la boca. «Te vi en el cementerio donde está enterrado el tío Emiliano».

«¿Por qué estabas allí?», Emilia dio un paso hacia Jess, con la mirada oscura por la determinación. En su prisa por vengarse de Levi, Emilia no pensaba en hacerle preguntas simples a Jess. Como, cómo Jess logró encontrar a Emilia y a su madre después de diez años de que

estuvieran muertas.

«Voy allí todos los domingos después de la iglesia. A veces Levi viene con nosotros. El día que te vi tuve que fingir que estaba enferma para que nos fuéramos antes de que te viera».

«¿Fuiste a verlo después de que te pedí que no lo hicieras?», Sofía entrecerró los ojos hacia Emilia. Un error era todo lo que se necesitaba.

«Tenía que verlo, mamá». Emilia se secó los ojos varias veces antes de que las lágrimas se detuvieran. «¿Y entonces qué? ¿Me seguiste?».

Jess negó con la cabeza. «Levi me llevó directo a casa. Después de ese día, las cosas cambiaron para mí. Saber que no estaba sola, que todavía tenía familia, me dio esperanza».

«¿Cómo me encontraste?».

«Contraté a alguien. Le tomó solo unos días encontrar una dirección».

Emilia palideció. Volver a Phoenix había sido un error. Si Jess podía encontrar a Emilia en cuestión de días, Levi también podría.

Emilia se pasó las manos temblorosas por los rizos. «Pasemos a lo siguiente. ¿Qué sabes sobre la conexión de Levi con la mafia italiana?».

Sofía parpadeó lentamente. «Dile todo lo que sabes».

«No sé exactamente lo que sé». Jess estaba aterrorizada por Levi. ¿Cómo se las arregló para vivir con este miedo todos estos años? ¿Por su hija? «Es un buen padre». Se sonó la nariz y sollozó. «Levi me pidió que trajera a Izzy. Quería verla y ella quería verlo a él. Así que lo hice. Antes de irnos, un hombre vino a la casa. Me sorprendió porque Levi nunca tiene reuniones en casa. Eso es todo. Ni siquiera sé si eso significa algo. Solo se lo mencioné a la tía Sofía porque me pareció extraño. Levi parecía preocupado. Quería saber qué pensaba ella al respecto. Siento que estoy perdiendo la cabeza. Prometo que no lo conozco. Solo quiero que mis hijos estén a salvo». Se frotó la barriga. Sofía rodeó a Jess con el brazo y negó con la cabeza en dirección a Emilia. Emilia se volvió hacia mí. Jess era un callejón sin salida. ¿De verdad no conocía a Mickey?

«¿Qué aspecto tenía?», pregunté.

Jess levantó la cabeza de golpe, con los ojos muy abiertos, como si no se hubiera dado cuenta de que yo estaba en la habitación. «Calvo. Quizás. Um, hombros anchos, tal vez tan alto como Emilia».

Jersey estaba plagado de hombres calvos, fornidos y de estatura media, pero ninguno de ellos tenía motivos para visitar a un capo de la droga en Arizona. Especialmente no uno que estuviera casado con la prima de Emilia. Emilia, la mujer por la que había estado suspirando durante más de cinco años.

La realidad de la situación me invadió como un balde de agua helada. Había empezado todo este lío en el momento en que regresé al bar a buscar a Emilia. Mickey había venido a buscarme porque, en su mente, yo todavía era parte de su familia, y porque pensaba que ahora yo tenía algo, o más bien a *alguien*, que él podía quitarme si no hacía lo que me pedía y volvía a ser el buen *hijo*.

CAPÍTULO 13

Me gustaría intentarlo

EMILIA

¿Qué te pasó, Jess?

Antes de que Jess conociera a Levi, estaba llena de sueños y de todo tipo de planes locos, pero después de enamorarse de él, toda su vida comenzó a girar en torno a lo que él quería. A pesar de todo eso, ella no era débil. El fuego en sus ojos, su fuerza, seguían ahí. Podía verlo cada vez que Izzy entraba en la habitación. No podía culparla por todo el daño que había causado... no había hecho nada por sí misma. Sino por su hija.

«Lo siento». Me senté en la silla junto a la suya y le apreté la mano. «No he olvidado la promesa que te hice. Levi pronto no será más que una mala pesadilla».

Ella sonrió. «Es raro, pero cuando él es bueno, la vida es fácil. Sigo deseando que sea así todo el tiempo».

«No puede ser porque cuando está ahí, no es el verdadero él. ¿Entiendes eso?». Le aparté el cabello de la cara y la abracé. Los sentimientos tenían una forma de nublar la mente. Por eso nunca me permitía involucrarme con nadie.

«Lo sé. Lamento haber arruinado tus planes, pero la tía Sofía hizo un buen caso de ello».

«Encontraremos otra manera». Miré a Dom. Su rápido asentimiento hizo que mis palabras parecieran más verdaderas de lo que yo misma creía.

Después del desayuno, mamá convenció a Jess de que salieran a caminar con Izzy. «Más tarde habrá un espectáculo de flamenco y bailarines de fuego en el centro de la ciudad». Mamá le sonrió a Dom antes de agregar, «ahora que él está aquí, puedo ver que no tienes tanta prisa por regresar. Un poco de aire fresco podría hacer bien a ambos». Presionó su mano en mi mejilla y salió caminando con Jess e Izzy.

La puerta se cerró detrás de ellas y nos dejó en un silencio incómodo. Abrí mi computadora portátil y revisé mi correo electrónico. Tal vez un poco de trabajo me ayudaría a volver a concentrarme en lo que tenía que hacer a continuación. *¿Qué hacemos ahora?*, había preguntado Dom. Tenía muchas ideas, pero estaba segura de que no le gustaría ninguna de ellas.

Se sentó frente a mí en el extremo de la mesa, con sus largas piernas frente a él, los codos apoyados en el apoyabrazos, la mirada fija en el frutero en el centro de la mesa. ¿Qué no estaba diciendo? Cuando Jess había mencionado al hombre misterioso que visitó a Levi, Dom se había cerrado como si supiera exactamente a quién había visto Jess. Yo apostaba por Mickey.

El minutero del reloj parecía estar avanzando rápidamente. Cualquier momento que pasaba con Dom siempre se sentía así: apresurado y breve. Nunca teníamos suficiente tiempo. Cuando volví a mirar la hora, era tarde y ninguno de los dos se había movido. Tal vez los dos teníamos miedo de que, si hablábamos, tendríamos que comentar del elefante en la habitación. ¿Qué quería

Mickey de Dom?

«El baile flamenco suena divertido», dije.

Su mirada se dirigió hacia mí. El calor subió a mis mejillas cuando examinó mi rostro, como si quisiera memorizar cada pequeño detalle. ¿Por qué esto se sentía como una despedida? Por mucho que me doliera verlo irse de nuevo, no tenía derecho a detenerlo. Promesa o no, no me debía nada. No podía pedirle que arriesgara su sustento por mí. Mi corazón se encogió ante la idea de que esta sería la última vez que lo vería.

«Deberías irte», me adelanté. «Aquí estaré a salvo».

Frunció el ceño. Tarde o temprano, tenía que darse cuenta de que quedarse conmigo era malo para su salud. Una mala idea en todos los sentidos. Se puso de pie y yo hice lo mismo para acompañarlo a la salida. Con el corazón palpitando fuerte, abrí la puerta e hice una señal con la mano en dirección a su auto.

Me tragué las lágrimas cuando se dirigió arrastrando los pies hacia la puerta. *No mires atrás. Solo vete.* Apoyó la mano en la puerta, mordiéndose el interior del labio. Su mirada azul ardía con la misma intensidad que el día que me mostró sus cicatrices.

Quería empujarlo para que saliera y terminar rápido con esta maldita despedida. Quería gritarle y decirle que se fuera ya, pero si abría la boca, sabía que le rogaría que se quedara. Estos últimos días habían sido menos solitarios estando él presente. La esperanza se había infiltrado en mi cabeza de que tal vez algún día podría tener una vida normal con alguien.

Cerró la puerta de golpe y agarró mi cintura, atrapándome contra la pared. «No pueden decirnos cómo vivir nuestras vidas». Su boca encontró la mía en un beso desesperado que envió una inyección de adrenalina por mi cuerpo. Succionó mi labio inferior suavemente antes de que su lengua empujara más allá de mis labios separados. Me derretí en él, amasando cada superficie dura en su torso y pecho. «Te deseo. Y me niego a renunciar a ti otra vez», susurró entre respiraciones entrecortadas. «No lo haré».

Eché mis brazos alrededor de su cuello. «Quédate».

«Estoy siendo egoísta. ¿No te importa?». Pasó el dorso de sus dedos por mi sien y mejilla.

«No. Yo también estoy siendo egoísta. Estoy cansada de tener miedo. Sigo preguntándome qué habríamos sido si no hubiera tenido tanto miedo de dejarte entrar cuando estábamos en la facultad de derecho.

«Yo también». Metió las manos en los bolsillos de sus pantalones de vestir y ladeó la cabeza. «¿Te gustaría tomar un café conmigo?».

Me toqué los labios con los dedos para ocultar una sonrisa. Esa había sido la pregunta que había querido hacer cuando irrumpió en la biblioteca y me dijo que debería tomar un café. Ni en un millón de años habría adivinado que estaría nervioso por hablar conmigo, o que me querría.

«Son casi las cinco. ¿Qué tal si mejor tomamos algo?».

«¿Estoy demasiado elegante para una tarde de bailes flamencos?». Relajó su postura.

Hacer que se quitara ese traje iba a ser una verdadera lástima, pero se destacaría vestido como un abogado de la ciudad. «Estoy segura de que podemos encontrar algo para que te lo pongas».

Una cita con Dom Moretti resultaba ser tan normal como había esperado. Él ansiaba la normalidad tanto como yo. Condujimos hasta el pueblo y nos detuvimos en una de las tiendas para comprarle un cambio de ropa. Tan pronto como entramos, la mujer detrás de la caja registradora se puso firme. Su sonrisa se amplió cuando Dom la saludó en un tono bajo y gentil. ¿Por qué hizo eso? ¿Por qué asumía que las mujeres le tendrían miedo? Desde donde estaba parada, la empleada de la tienda parecía como si la Navidad hubiera llegado temprano. Puse los

ojos en blanco y agarré un par de jeans y una camisa Henley para que se los probara.

«Los probadores están allí». Empujé la ropa en sus manos.

«Ven conmigo. Necesito ayuda para quitarme estos pantalones». Pasó el brazo por mi cintura y me besó el cuello. Sentí un calor intenso en el centro de mi ser. Si entraba allí con él, ambos acabaríamos en la cárcel del condado por exposición indecente.

«Esperaré aquí afuera».

«Lo pensaste». Sonrió.

«Sí, lo hice».

«Tengamos nuestra cita y luego veremos a dónde nos lleva eso». Me besó en la mejilla y entró en el probador.

En cuestión de minutos, Dom se había quitado el traje y se había puesto un par de jeans que se le pegaban al trasero y a los muslos musculosos como si hubieran sido hechos a medida para él. Las mangas de su camisa se estiraban alrededor de sus bíceps mientras arrojaba su ropa en la bolsa que le había dado la dependienta de la tienda. Me quedé allí mirándolo, fingiendo que no tenía esa energía nerviosa arremolinándose en mi pecho. Me tomó de la mano y caminamos el resto del camino hasta el centro de la ciudad, donde una banda en vivo tocaba un ritmo lento de tambor que llenaba el aire mientras los bailarines de fuego caminaban hacia el centro de la plaza.

«Parece que se están preparando para comenzar», dijo.

«Hay una sala de cata de vinos allí. Apuesto a que tendremos una buena vista desde allí».

«Está bien». Me dirigió su característica sonrisa que hacía que se me derritieran las bragas. Podía decir que estaba muy nerviosa. ¿Y por qué no lo estaría? Menos de una hora antes, casi se había marchado para siempre.

En el patio del restaurante, me acompañó hasta el otro extremo. El paisaje a la derecha de nuestra mesa parecía el telón de fondo pintado de una película del oeste, con un cielo rosa y lila adornado con nubes blancas y un sol brillante poniéndose detrás de las Rocas Rojas de Sedona. ¿Era Sedona así de majestuosa o la sangre caliente que me recorría el cuerpo tenía algo que ver con lo coloridas que se veían las caléndulas del desierto? ¿O lo lento que se balanceaban con la brisa fresca?

Me dejé caer en la silla de hierro que Dom me ofreció y esperé con una sonrisa de colegiala mientras él reacomodaba su asiento para quedar frente al mío. Cuando se sentó, su rodilla me quemó la parte interna del muslo. A pesar de la cruda carga entre nosotros, estar sentados allí así se sentía normal y familiar.

El ritmo de los tambores resonó contra mi pecho mientras los bailarines de fuego creaban anillos con sus antorchas en mi visión periférica, proyectando sombras en la mandíbula cincelada y los labios carnosos de Dom. Deslizó su mano en la mía y me dejó sentir su calor por unos segundos antes de pasar su mano por mi brazo desnudo. Mi pulso se aceleró al ritmo constante de la percusión y me sentí abrumada por lo mucho que lo deseaba. Lo que sentía por Dom siempre había tenido ese tono crudo, feroz e inquebrantable. Mis ojos se cerraron y me rendí a su toque con un escalofrío.

«No te pongas nerviosa». Presionó mi mano contra su pecho y sonrió. «¿Qué sueles hacer en las citas?».

«Nunca he tenido una cita».

Me soltó la mano y bebió un trago de vino. «¿Eres…?».

«¿Qué? ¿Virgen? Dios mío, no».

Una ronda de aplausos estalló a nuestro alrededor. De vuelta en el centro de la plaza, los bailarines de fuego terminaron su acto apagando las antorchas con la boca, dejando a todos en

completa oscuridad hasta que se encendieron las luces del porche del bar de vinos.

«Entonces, ¿simplemente no quisiste?».

«Las citas pueden volverse complicadas. Y nunca he tenido tiempo para las complicaciones».

¿Por qué molestarme en conocer a alguien si sabía que al final de la noche o del fin de semana, tendría que irme y nunca volver a ver a esa persona? Era lo mismo con todas mis relaciones. En su mayor parte, había logrado mantenerme alejada de todos, pero de vez en cuando la soledad ganaba.

Durante muchos años, me dije a mí misma que una rápida caída en el baño de algún bar de mala muerte era todo lo que necesitaba, y tal vez lo fue por un tiempo, pero luego comencé a sentirme resentida por todo el asunto, especialmente cuando algún que otro chico agradable quería volver a verme al día siguiente. Pasé un dedo por la mandíbula de Dom. No podía recordar la última vez que alguien me miró con tanto interés.

«Entonces, en *números,* ¿estamos hablando de varios?». Apoyó los brazos sobre las rodillas, sosteniendo mis manos flojamente entre las suyas.

«¿Importa?».

«No. Solo intento averiguar cuánto puedes soportar».

La habitual descarga eléctrica titiló en mi vientre y se deslizó hasta mis pies. ¿Qué tenía en mente? Me incliné hacia delante y presioné mi frente contra la suya.

«No te tengo miedo. Una parte de mí dice que debería tenerlo. Que debería correr como siempre lo hago, pero una parte aún más grande de mí quiere estar contigo. Con todo tú».

Bajó la mirada. «Probablemente deberíamos haber regresado a Phoenix».

«¿Y perdernos nuestra primera cita?».

Ignoré la imagen mental que se estaba formando en mi mente de todas las cosas que podríamos estar haciendo ahora mismo si no nos hubiéramos quedado en Sedona.

«Sabes, aquí es donde mamá y papá también tuvieron su primera cita».

«¿Sí? ¿Cómo se conocieron?».

«Papá era muy joven cuando empezó con el cártel. Cuando tenía veintidós años, tenía suficiente dinero para comprar una casa. Mamá le vendió su primera casa».

«¿Y a tu mamá, no le importaba lo que él hacía para ganarse la vida?».

Negué con la cabeza. «Él fue honesto con ella desde el principio. Ella dijo que podía ver que había algo bueno en él. Yo también lo vi». Me encogí de hombros. «Era mi padre».

Me acunó el cuello y me besó los labios. «Nunca he tenido una novia».

«¿Nunca? Me parece recordar que vi a muchas mujeres rondando por ti en la facultad de derecho».

Él negó con la cabeza. «Siempre pensé que, si mostraba demasiado interés, Mickey intentaría usarlas en mi contra. Resulta que tenía razón».

«Él no te posee».

«Lo sé. El problema es que parece haberlo olvidado».

«He estado pensando en eso. ¿Qué haría falta para que Levi y Mickey se echen atrás? ¿Cómo los convencemos de que no somos una amenaza para ellos?».

«Siempre que dejes en paz a la familia de Levi y no amenaces con exponerlo, creo que estarás bien. No me opondría a mudarme de nuevo a Nueva York. Contigo».

¿Mamá tenía razón al pensar que la única forma de seguir adelante con nuestras vidas era perdonar a Levi? Antes de Dom, lo único en lo que podía pensar era en venganza. Aún quería eso para papá, pero desde que Dom volvió a mi vida, el precio de la venganza se había duplicado. Si nos mudábamos de nuevo a Nueva York, tendríamos la oportunidad de tener una

vida feliz, un hogar, una familia.

«Me gustaría intentarlo. Quiero decir, estábamos bien antes de que arrastrara a mamá de vuelta a Phoenix para buscar a Levi».

«¿Volviste a Phoenix para vengarte y ni siquiera tenías un plan?». Se recostó en su silla. Una brisa fresca rozó entre nosotros.

«Supongo que no, pero se me ocurrió uno bastante rápido después de que Jess me encontró. Casi no la reconocí cuando apareció en la casa».

«¿Qué estabas haciendo en el cementerio?».

Ir al cementerio ese día para ver a papá había sido infantil. Mamá me había advertido que no lo hiciera diciendo que era demasiado peligroso. Lo extrañaba demasiado.

«Nunca había visto su tumba. Quería asegurarme de que tuviera un lugar de descanso real».

«¿Y Jess estaba allí por casualidad?».

«Yo le creo. Él también era como un padre para ella. Deberías haberla visto. Era un desastre. No tenía motivos para dudar de ella. Me hizo ver lo mucho que nos necesitábamos la una a la otra. No creía que pudiéramos atrapar a Levi por asesinato, pero pensó que teníamos una oportunidad de demostrar que traficaba».

Entrelazó las manos y las colocó sobre su cabeza, mirando las formaciones rocosas a lo lejos donde el sol había desaparecido hacía apenas unos minutos. «Emilia, no existen las coincidencias».

«¿Qué quieres decir? ¿Crees que Jess me estaba siguiendo?».

«Creo que la enviaron para hablar contigo».

«Preguntémosle». Puse mi palma sobre su muslo.

«No. Hemos terminado de intentar sacarle la verdad. Es obvio que solo hay una cosa que le importa. Y no creo que sea su hija».

«Estás siendo demasiado dura con ella. Sé que mi prima tiene sus defectos. Su miedo a Levi y su amor por sus hijos la hicieron confundir. Creo que está intentando hacer lo correcto».

¿Por qué siempre acababa aquí? Jess haría cualquier cosa para mantener a su hija a salvo. Yo lo sabía sin ninguna duda. Si se quedaba con nosotros, nunca tendría que preocuparse por tener un techo sobre su cabeza. Tendría todo el dinero que necesitara o quisiera si eso fuera importante para ella.

«Jess sabe que mamá y yo somos las únicas que podemos ayudarla».

«A menos que Mickey le haya hecho una oferta mejor».

«No sé. ¿Qué podría querer Jess que no tenga ya con nosotras? Somos su familia. Somos todo lo que le queda».

El problema era que, por mucho que lo intentara, Jess seguía teniendo miedo de su esposo.

CAPÍTULO 14

Estamos juntos en este lío

DOM

Después de una última copa en la sala de estar, la madre de Emilia me convenció de que me quedara allí a pasar la noche. Me mostró una habitación y, de una manera nada sutil, mencionó que Emilia dormiría en el dormitorio de al lado del mío.

En contra de lo que cada fibra de mi ser me decía que hiciera, acepté quedarme. Cambié mi peso sobre el colchón demasiado blando y demasiado vacío. Di vueltas en la cama durante horas antes de sentarme. El sensual sonido de la percusión del espectáculo de danza con fuego de la mañana todavía resonaba en mi cabeza.

A pesar del aire fresco del lugar, el sudor me perlaba la espalda. ¿Había hecho lo correcto al quedarme? Supuse que en ese momento no tenía otra opción. El abogado en mí quería pruebas físicas de que Mickey estaba detrás de los tiroteos y de los cambios de humor de Jess cuando se trataba de su esposo.

La otra parte de mí, la parte que estuvo con Mickey durante más de diez años, no necesitaba que el mensaje se explicara por completo. Mickey sabía sobre Emilia. Sabía que yo haría cualquier cosa para mantenerla a salvo. Cualquier cosa.

Pateé las sábanas y saqué las piernas del borde de la cama. Caminando de un lado a otro de la habitación y sintiéndome como un animal enjaulado, miré la puerta que comunicaba con la habitación de Emilia.

Sofía estaba de mi lado, y eso me dio esperanzas de que tal vez esto con Emilia pudiera funcionar al final. Caminé lentamente hacia la puerta y apoyé mi oído en ella. Genial. Ahora la estaba acechando en su propia casa. Caminé de regreso a la cama y me metí. Si Emilia hubiera querido pasar la noche conmigo, ya estaría en mi habitación.

A la mañana siguiente, me desperté sintiéndome como si solo hubiera dormido un puñado de minutos; estaba dolorido y cansado. Traté de ponerme cómodo en la cama para descansar un poco más, pero fue inútil. Tenía que levantarme y conducir de regreso a Phoenix. Fui al baño y encontré una bandeja llena de artículos de tocador. Me duché y me lavé los dientes. En cuanto a la ropa, mis opciones eran el traje que usé ayer o los jeans que Emilia había elegido para mí. Opté por lo segundo y bajé las escaleras. Emilia ya estaba en la mesa tomando café. Llevaba el pelo recogido en el habitual moño de bailarina que combinaba perfectamente con su traje de pantalón de corte impecable, pero no era la otra cara de Emilia que había tenido la suerte de conocer. Su maleta y su bolso para portátil estaban en el suelo junto a la puerta. Al menos había aceptado volver conmigo. Lo que fuera que nos esperara en Phoenix, lo afrontaríamos juntos.

«¿Dónde está tu madre?», pregunté.

«Fuera. No le gustan las despedidas».

«¿Lista?».

«No». Se rió. «¿Tú?».

«No». Acaricié su rostro y la besé.

Envolvió sus dedos alrededor de mi muñeca y me miró a los ojos. «No saliste corriendo en mitad de la noche. Pensaba que te habrías marchado antes del amanecer».

«¿Es por eso que no viniste a mi habitación anoche? ¿Me estabas dando una última oportunidad para salvarme?».

«Tal vez».

«Te guste o no, estamos juntos en esto».

La acompañé hasta la puerta y agarré sus cosas. En el camino de grava, Vic nos esperaba en el coche de Emilia. Le hice un gesto con la cabeza. Arrancó el todoterreno y nos siguió de cerca. Cuando me incorporé a la I-17, Emilia relajó los hombros y se recostó en el reposacabezas.

Su instinto había sido acertado. Por miedo a ella, la había retenido el día que pensamos que Levi había ido tras ella. ¿Seguiríamos aquí si la hubiera ayudado a matar a Levi en su casa de Scottsdale? ¿Mickey seguiría sintiendo que tenía algo que reprocharme si Emilia estaba libre? Probablemente. Levi y Mickey eran dos problemas mutuamente excluyentes. Incluso si Mickey hubiera descubierto de alguna manera una forma de incentivar a Levi.

En media hora, dejamos atrás el aire fresco de Sedona. Los pinos y las formaciones rocosas rojas fueron reemplazados por arbustos marrones y verde pálido. El sol caía a plomo sobre el asfalto y todo lo demás, con un calor intenso que nunca había sentido en ningún otro lugar. ¿Cómo podría sobrevivir algo aquí? Es sorprendente cómo todos los seres vivos no solo pueden adaptarse a las condiciones más duras, sino que también pueden prosperar.

«¿Somos abogados o no?». La voz de Emilia me hizo volver a la realidad.

«¿Qué?».

«Todo lo que tenemos ahora es especulación. Necesito pruebas de que Mickey está detrás de esto».

«¿Qué estás pensando?». Nunca había sido de los que se relajan y aguantan, y Emilia tampoco. Este era el principal problema. Teníamos que dejar de jugar limpio.

«Al diablo con Jess. Soy su abogada. Hasta que yo diga lo contrario, su divorcio sigue en pie. Le estoy enviando un mensaje a mamá. No puede dejar que Jess se acerque al teléfono o le envíe correos electrónicos nuevamente».

«¿Qué necesitas?».

«¿Puedes programar una declaración de seguimiento?». Me miró con ojos muy serios.

«No puedes…».

Me interrumpió. «Sí puedo. Quiero que Levi sepa que estoy viva. Quiero que tenga miedo. Quiero que sepa que está a punto de perder todo lo que ama».

«Está bien. Entonces volvemos al plan de la misión suicida. ¿Cómo sabes que así es como se sentirá? ¿Y si opta por un estado de ánimo más asesino?».

«Sí. Volvemos a la misión suicida. O a mi plan original». Metió el tobillo debajo de la pierna y movió el cuerpo hacia mí. «Nunca debí desviarme de él».

«Excepto que ahora tenemos buenas razones para creer que *tu* plan original fue orquestado por Mickey. Para atraerte. Y a mí».

«Eso me parece una posibilidad remota. ¿Por qué ahora? ¿Por qué Mickey está tan decidido a recuperarte?».

Sí, ¿por qué ahora? Tal vez pensaba que había estado ausente demasiado tiempo. Tal vez había supuesto que haría cualquier cosa para mantener a Emilia a salvo.

«¿Sabes qué? No importa porque ahora sé que Levi quiere más de lo que ya tiene. ¿De qué otra manera Mickey llegó a él? Quiero participar en eso. Cuando me vuelva a ver, me daré cuenta de si sabía que estaba viva o si solo estaba actuando bajo las órdenes de tu antiguo jefe.

«No me gusta».

«Preferiría tenerte conmigo cuando entre, pero ciertamente no estás obligada a estar allí».

«Joder, Emilia. Por supuesto que estaré allí. ¿Cuándo quieres verlo?».

«Hoy. ¿Puedes hacer que eso suceda? Si todavía tenemos el elemento sorpresa de nuestro lado, me gustaría canjear esa ficha lo antes posible».

No me gustaba este nuevo plan de ella, pero era todo lo que teníamos. Cuando hablé con Levi antes, parecía aliviado de que la situación del divorcio hubiera desaparecido. ¿Era realmente un hombre de familia? ¿O había algo más? Tal vez había estado feliz de haber terminado con su supuesto favor a Mickey.

Miré a Emilia de reojo. La Emilia del bar había regresado, llena de planes y esperanzas poco realistas. No pude evitar desearla aún más, lo que me asustó muchísimo. No había nada que no hiciera por ella. Si me lo pidiera, no sabía si sería capaz de suplicar por la vida de Levi nuevamente. Probablemente acabaría con él yo mismo.

Agarré el volante y conté hasta diez una y otra vez hasta que la sensación se calmó. Esa parte de mí murió hace mucho tiempo. No podía dejar que volviera a apoderarse de mí. No era un asesino. Saqué mi teléfono del portavasos y llamé a la oficina.

«Sr. Moretti. ¿En qué puedo ayudarlo?». Mi asistente respondió después del segundo timbre.

«¿Podrías concertar una cita con el Sr. Smith para esta tarde? Necesito que firme unos papeles».

«Por supuesto. De inmediato».

«Gracias. Envíame un mensaje de texto cuando esté listo». Colgué.

«Olvidaste decir por favor». Emilia me sonrió.

«Mierda». Tomé el teléfono de nuevo y envié un rápido mensaje de texto: *Gracias por encargarte de esto*. «Me siento mal porque ella haya tenido que quedarse conmigo. Siempre está tan nerviosa a mi alrededor».

«Solías tener ese mismo efecto en mí». Se rió, apretando mi mano. «Créeme, hay cosas peores que un jefe que no dice ‘por favor’. Estoy segura de que disfruta de la dulce vista todas las mañanas».

«No puedo decir si estás tratando de meterte en mis pantalones o tratando de hacerme sentir mejor».

«Tal vez ambas cosas».

«¿Estás segura? La última vez que pregunté, dijiste que el sexo conmigo nos mataría a los dos».

«Creo que de todos modos esa posibilidad está sobre la mesa. Así que sí, estoy segura».

Mi corazón se aceleró. Pasé la mirada de su rostro a la carretera y luego a la señal de la autopista que decía *Phoenix 50 kilómetros*. Emilia se mordió el labio y miró hacia el paisaje desértico que pasaba a toda velocidad. Besé su mano y respiré varias veces para calmarme. Habría sido agradable para ella llegar a esta conclusión anoche, cuando teníamos dos habitaciones enteras para nosotros solos.

Conducir hasta Phoenix a las diez de la mañana significaba poco tráfico. Pasamos rápidamente por la interestatal y llegamos al hotel diez minutos antes de la hora que nos había dado la aplicación de navegación. Cuando entramos al complejo, Vic condujo delante de nosotros. Yo lo seguí de cerca hasta la entrada trasera, estacioné el coche junto al muelle de

carga y salí para recoger las maletas de Emilia. Cuando llegué a su puerta, Vic ya la había ayudado a salir. ¿El anciano finalmente estaba cambiando de opinión?

Entramos por la lavandería industrial. Varias personas pasaban junto a nosotros empujando carros o transportando ropa sucia, fingiendo que no estábamos allí. Obligué a mi paso a seguir el de Emilia. Por más largo que fuera su paso, todavía tenía que reducir la velocidad para ella. Aunque todo lo que quería hacer era ponerla sobre mi hombro y llevarla rápidamente a la suite.

«Te he visto caminar mucho más rápido que esto y con tacones más altos», le dije contra su sien, agarrando su cintura mientras esperábamos el ascensor. «¿Estás teniendo dudas?».

«No, simplemente no quería suponer nada».

Las puertas del ascensor se abrieron al final del pasillo y subimos. Presioné el botón de nuestro piso, dejé caer sus bolsas y sujeté su cuerpo contra el espejo.

«Puedes suponer», susurré en sus labios antes de cubrirlos con los míos.

Ella metió los dedos en el cabello y me jaló mientras yo convencía a sus labios para que se abrieran para mí. Me perdí en nuestro beso, saboreándola, hasta que me di cuenta de que si paraba ahora podríamos hacer mucho más en nuestra habitación. Rompí el beso primero y ella me recompensó con un largo suspiro.

«Tengo una cama grande esperándonos. Vamos».

Ella tomó su bolso para sacar el portátil y yo agarré su gran maleta. Cuando las puertas se abrieron, extendí mi brazo para detenerla. Su sonrisa murió en sus labios mientras seguía mi línea de visión y encontró la puerta de nuestra suite entreabierta. Por costumbre, me estiré hacia atrás y maldije cuando no sentí mi pistola. Supongo que era hora de dejar de hacerme el civil. Agarré su maleta, la única arma que tenía conmigo, con ambas manos.

«Quédate cerca», susurré.

Ella asintió con la cabeza, con los ojos muy abiertos.

Caminamos por el pasillo, pegados a la pared. Miré por el hueco de la puerta y la abrí de un empujón cuando no vi ningún movimiento en el interior. Entré en la sala de estar y me dirigí hacia el dormitorio de Emilia y luego al mío.

Estábamos solos. Una persona normal llamaría a la policía, o al menos, llamaría a la recepción para quejarse, pero no éramos del tipo normal.

«¿Qué crees que buscaban?». Emilia cerró la puerta detrás de ella y echó el pestillo. «¿O simplemente dejaron un desastre como advertencia? Para decirnos que lo sabían».

«No lo sé». Seguí sus movimientos por la suite. Como un par de noches atrás en el bar, tenía esa compostura fría, analizando metódicamente cada detalle que estaba fuera de lugar en la habitación... los papeles en el suelo, los cojines del sofá rotos y mi ropa esparcida por la habitación.

«Han asaltado tu minibar». Señaló las botellas tiradas en la despensa de servicio.

Ella estaba totalmente ansiosa. Si no quería lastimar a Mickey antes, quería hacerlo ahora. Una vez más, mis planes de pasar el día desnudo con Emilia se fueron al traste. Me senté en el sofá y saqué mi teléfono del bolsillo trasero. Tenía un mensaje de texto de mi asistente diciendo que estábamos listos para el mediodía. Emilia se dejó caer a mi lado, su mano sobre mi hombro.

«Nos apegamos a nuestro plan».

Dejé escapar un largo suspiro. «¿Cuál?».

«Un monstruo a la vez». Me besó el hombro, con una sonrisa cómplice en sus labios.

«Bien». Me reí entre dientes. «Solo esperemos que respeten su turno».

«Este fue Mickey, ¿no? Dijiste que los juegos mentales eran lo suyo».

Asentí. Él era muy bueno enfrentando a las personas contra sus miedos y deficiencias. Su

pequeña exhibición aquí tenía la intención de recordarme que Emilia no estaba a salvo, sin importar cuánto lo intentara. Pero si sus hombres pudieron entrar, había sido porque Vic y yo no habíamos estado aquí. No tenía tiempo de analizar esto hasta las últimas consecuencias. Teníamos una cita con Levi y debíamos centrarnos en eso.

Le envié un mensaje de texto a Vic. *Él estuvo aquí.*

Respondió de inmediato. *Necesitamos una nueva habitación, menos llamativa.*

Le envié un pulgar hacia arriba antes de volverme hacia Emilia. «No deshagas las maletas. Vic nos va a conseguir una suite diferente. Dejaremos algunas de nuestras cosas aquí y esta noche dormiremos en el otro lugar».

El calor se apoderó de sus mejillas y mi pene se puso firme. «Solo para aclarar, los arreglos para dormir son por tu propia seguridad. No tenemos que hacer nada que no quieras».

«Quiero quedarme contigo esta noche». Sus palabras sonaban como una promesa largamente esperada.

«¿Cómo puedes estar de acuerdo con todo esto?», pregunté. «Lamento haberte provocado esto».

«Igual que tú. He esperado esto durante mucho tiempo. Además, creo que es justo decir que yo también empecé esto».

«¿Por qué? ¿Porque accediste a verme de nuevo en el bar? Eso es una tontería».

«No, porque decidí mudarme de nuevo a Phoenix. Si me hubiera quedado en Nueva York, no estaría en este lío».

«Nosotros. ¿Por qué te resulta tan difícil recordarlo? Estamos juntos en este lío.

«Nunca he estado en un lío con alguien. Aparte de mi madre, por supuesto. Ya sabes a qué me refiero».

Levanté su barbilla y la besé en los labios. «Yo tampoco. ¿Qué tal si cada uno se lleva el crédito por su parte?».

«Me parece bien». Apoyó la cabeza en mi hombro. «¿Conseguimos una cita con Levi?».

«Al mediodía».

Miró su reloj y suspiró. «Supongo que deberíamos irnos».

«Sí. Necesito cambiarme de ropa». Me dejé caer en el sofá y la arrastré conmigo.

No se resistió. En cambio, se acurrucó en el hueco de mi brazo. Después de hoy, todo cambiaría para ella. Lo que fuera que se nos avecinara, sería mejor que pasar el resto de nuestras vidas acurrucados en algún rincón oscuro del país. Emilia merecía recuperar su vida.

CAPÍTULO 15

Venganza personal

EMILIA

Había imaginado este momento muchas veces en los últimos diez años. Cuando salimos de Phoenix por primera vez, cada vez que pensaba en que Levi nos encontraría, sentía inquietud. Con el paso del tiempo, se convirtió en el monstruo debajo de la cama. Lo que me hacía cerrar todas las puertas por la noche y revisar todas las ventanas.

Una persona solo puede vivir durante un tiempo con este tipo de miedo en el alma. Ahora, ver a Levi de pie en la sala de conferencias al final del pasillo me hizo sentir una especie de paz. Una cierta calma antes de la tormenta de mierda en la que estaba a punto de entrar.

«Únete a nosotros cuando estés lista». Dom me apretó la mano y tranquilamente se dirigió hacia las puertas dobles de vidrio frente a nosotros.

¿Cuando esté lista?

¿Estaba lista? Me paralicé. Mis piernas no respondían porque no podía ordenarles que se movieran. Las palabras se me escapaban. En cambio, los recuerdos de la última vez que lo vi cara a cara parpadearon en mi mente como los avances de una película de terror.

Jess había sido quien le había dicho dónde estábamos. La culpé de todo durante muchos años. Sin embargo, en cierto modo, ella también había sido la que nos había salvado la vida. Las cicatrices de mi espalda hormigueaban como lo hacían cada vez que lo veía en mi cabeza de pie sobre nosotras, azotándome la espalda una y otra vez hasta que finalmente pronuncié las palabras que lo hicieron detenerse.

Ella está embarazada.

Lo que sucedió después fue confuso. Sus palabras sonaron apagadas cuando levantó a Jess de debajo de mí y la empujó hacia la puerta. Regresó para dispararme dos veces antes de darnos por muertas.

Mamá nos había mantenido con vida todo este tiempo. Había hecho su parte hasta que estuve lista para terminar nuestra historia con Levi. La sangre caliente corrió por mi cuerpo y el deseo de matarlo regresó. Me imaginé a papá tirado en el piso de mármol, frío y tan quieto. Dejé escapar un suspiro y reemplacé la cara de papá con la de Levi. Sabía que había una mejor manera de terminar con él, pero por mi vida, no podía pensar en ninguna. Todo lo que quería era verlo muerto. Las lágrimas me picaban en los ojos y todo lo que tenía delante se volvió borroso. Mis pies se arrastraron de vuelta hacia el ascensor y la habitación se tambaleó y perdió el foco.

Una pequeña mano presionó mi espalda. «El señor Moretti me pidió que le trajera un café».

Las tímidas palabras de la asistente de Dom hicieron que la habitación dejara de dar vueltas. Tomé la taza. En el costado se leía *Harvard. Solo bromeaba.* Me reí en silencio y las lágrimas se derramaron por mis mejillas. «Gracias».

«¿Puedo traerle algo más? Tengo chicle de jengibre».

«Estoy bien, gracias. El café es todo lo que necesito». Envolví mis dedos alrededor de la taza y la presión en mi pecho se alivió. Papá no estaba aquí para ver en qué me había convertido. Moriría de nuevo si volviera y descubriera que me había convertido en una asesina. Las decisiones que lo llevaron a su muerte las había tomado por esta misma razón. Quería algo diferente para mí. Bebí un sorbo de café.

Es hora de enfrentar al monstruo debajo de la cama.

Puse un pie delante de mí y luego el otro. Cuando llegué a la puerta, mis piernas estaban fuertes de nuevo. Entré en la habitación. Las mejillas de Dom se pusieron un poco rojas. Esta era la única señal de que estaba muy preocupado por mí. Le sonreí. Respondió con un breve asentimiento como haría un abogado contrario. Esto provocó que Levi se girara en su silla. Me puse unos centímetros más alta cuando todo el color se drenó de su rostro. ¿Era algo más que alguien a quien había matado hace mucho tiempo? ¿Me había convertido en el fantasma que lo perseguía por la noche?

La descarga de adrenalina que me llenó cuando entré por primera vez se disparó de nuevo. Realmente no sabía que estaba viva, lo que significaba que Jess había estado diciendo la verdad. No le había contado sobre mamá y yo. Miré a Dom. Aquí estaba la prueba de que Mickey estaba detrás de los tiroteos, y tal vez incluso detrás del repentino impulso de Jess de hacer las paces con su familia y divorciarse de su esposo. Si Dom había llegado a la misma conclusión que yo, no lo demostró. Los nudillos de Levi se pusieron blancos mientras apretaba el apoyabrazos. ¿Por qué pensé que sacaría un arma y me dispararía en el segundo en que me viera? Parpadeó rápido mientras se recuperaba del impacto inicial y giró su silla para mirar a Dom.

«¿Qué mierda es esto?».

Caminé alrededor de la mesa larga y puse mi carpeta y taza sobre ella. Mis movimientos eran lentos y calculados. Quería que viera que yo era real y que ya no tenía miedo. Una sonrisa tiró de mis labios porque era verdad. Era un cobarde sin carácter, no un monstruo. Todos estos años, lo hice parecer más grande y aterrador de lo que realmente era. Si Dom no estuviera sentado a su lado, estaba segura de que ya habría huido. No era tan aterrador sin un arma en la mano y compinches que lo respaldaran.

«No pensé que necesitaríamos presentaciones». Saqué la silla y me senté. «No hemos cambiado tanto».

Su mirada se movió entre Dom y yo. «¿Dónde está Jess?».

«A salvo».

«¿Ella te metió en esto?», Se volvió hacia Dom.

El idiota estaba realmente sorprendido y ofendido. Esperaba más, una razón para dispararle y terminar con esto, pero era Levi. Tenía que decepcionarme una vez más.

«Yo pedí la reunión, sí», dijo Dom.

«¿Qué quieres? Jess quiere quedarse conmigo. ¿De qué se trata esto?».

«¿Quieres decir que cómo sigo viva?».

«No sé qué significa eso».

Entonces estaba dispuesto a admitir que me conocía. Hubiera sido difícil para él fingir lo contrario dada su reacción inicial. Definitivamente, estaba optando por la amnesia. De repente, no podía recordar si se suponía que yo estaba muerta. Bien.

«Excepto que tú sí, pero dejemos eso de lado por el momento. Hablemos de ti. ¿Qué quieres, Levi?».

«Quiero a mi familia de vuelta».

«Está bien. Por alguna razón, Jess también quiere eso. ¿Eso es todo? Saldré de aquí y tú seguirás adelante, fingiendo que sigo muerta».

Levantó la cabeza de golpe hacia Dom. «Siempre me alegro de ver a la familia de mi esposa».

«Déjate de estupideces. Hace diez años, me diste por muerta. Ya no tengo que esconderme. Quiero recuperar mi vida».

Un ardor lento se arremolinó en mi estómago. Hubiera preferido que viniera por mí con las armas activas. No era así como había imaginado que iría esto. Había venido aquí para pelear, no para esta mierda de manipulación psicológica. Me devané los sesos buscando algo que decir, para herirlo profundamente y sacarlo de quicio, pero no conocía a Levi en absoluto. Incluso cuando creía que sí, en realidad no lo conocía. ¿Qué era lo único que le importaba?

«Mamá tiene a Jess y a Izzy. No volverán contigo hasta que me convenzas de que hemos terminado».

Sus labios se pusieron pálidos. Así que Jess y sus hijos eran las únicas cosas que le importaban. Podría haberme engañado.

«¿Qué quieres?», preguntó.

«Una garantía de que no irás tras de mí ni de mamá».

«Está bien. Deja ir a Jessie».

«¿Está bien? No, cabrón, no está bien». Empujé mi silla hacia atrás y me levanté de un tirón. Quería hacerle daño. Esta cosa con él no había terminado. Sabía que no. «No puedes traicionar a tu propia familia y luego decirme que está bien».

La idea de ofrecer una palabra amable o disculparse ni siquiera cruzó por su mente porque no lo sentía. Y por un momento, me pregunté si tal vez realmente había olvidado lo que le hizo a papá.

¿De qué otra manera podría simplemente sentarse allí, con sorpresa sí, pero luego no suplicarme perdón y no llorar a mares por la cosa horrible que nos hizo? Yo estaba en el camino de algo que él quería, así que accedió a mi única demanda.

Apreté mis labios y me volví hacia Dom. El pliegue entre sus ojos se apretó mientras su pecho subía y bajaba. Sacudió la cabeza una vez. ¿Era esa su disculpa? Una disculpa por no poder darme el alivio que necesitaba. Levi encontró la mirada de Dom como si lo viera por primera vez. Cuando cambió su atención hacia mí, ese tinte codicioso habitual en sus ojos había regresado.

«¿Quieres matarme? No puedes. A menos que quieras que todos los cazadores de cabezas de la ciudad llamen a tu puerta». Se puso de pie, apoyando sus manos en sus caderas. Sus ojos se clavaron en los míos. ¿Cómo podía estar tan seguro de que no lo mataría mientras dormía? ¿Porque pensaba que no tenía valor? ¿Porque pensaba que no lo merecía?

«¿Eso es lo que ofreció Mickey?».

Dom finalmente rompió su silencio.

«No». Se limpió la nariz con el dorso de la mano. La mención del nombre de Mickey lo hizo dar un paso atrás.

«Sé que ha venido a verte. Mickey no sale de casa. Nunca. Si vino, es porque pensó que valdría la pena su tiempo y esfuerzo. ¿Qué pidió?», Dom preguntó con su voz de abogado. No había amenaza en su tono. Si alguien nos sorprendiera ahora, verían esto como cualquier otra declaración. Excepto por el hecho de que Dom estaba interrogando a su propio cliente.

Levi tragó saliva.

«Me hizo un favor, eso es todo.

«¿Qué tipo de favor?

«Vino a advertirme que alguien estaba empeñado en hacerme daño». Sacudió la cabeza como si estuviera decepcionado de descubrir que era yo quien había estado deseando su muerte.

«Espera, ¿Mickey sabía que volví a Phoenix?». Dirigí mi atención a Dom.

«Estoy seguro de que vigila a todos los que me rodean. Nunca me dejó ir realmente». Dom sacudió la cabeza, mirando a Levi con enojo. «¿No pidió nada a cambio?».

«No. Solo mencionó que, si alguna vez necesitaba un buen abogado, debería llamarte».

«Jesús, ¿entonces Mickey sabía que Jess y yo íbamos a solicitar el divorcio?». Para que Mickey supiera sobre nuestros planes, tuvo que haber instalado algún tipo de vigilancia en nuestra casa. Un escalofrío me recorrió. Esto era un nuevo nivel de escalofrío.

«Me dejó tu tarjeta». La mirada de Levi se precipitó entre Dom y yo.

«¿Eso es todo? Un extraño viene a tu casa, te advierte sobre un complot en tu contra, te deja mi tarjeta, ¿y simplemente lo dejas irse?».

«No tuve elección». Se mordió el interior de la mejilla. «Lo hice seguir. No le gustó».

«No, no me imagino que le haya gustado». Dom se recostó en su silla. De alguna manera, la respuesta de Levi lo satisfizo. ¿Se alegraba de haber tenido razón sobre Mickey? ¿O era otra cosa?

«Lo entiendo. Has venido por venganza personal». Levi agitó las manos en mi dirección. «No soy idiota. Si vienes por mí, quemaré tu casa hasta los cimientos».

¿Levi *me* tenía miedo?

«Te lo haré fácil». Dom se puso de pie y los hombros de Levi se tensaron. «Tu respuesta inicial fue la correcta. Hasta donde sabes, a tu esposa no le queda familia. La amnesia es la mejor medicina para lo que sea que aflige tu alma. Nadie vendrá por ti, y todo lo que tienes que hacer es no hacer nada». La voz de Dom reverberó en mi pecho.

Su actitud tranquila hizo que se me erizaran los pelos de la nuca. Avanzó hacia Levi como un depredador se acercaría a su presa: lento y tranquilo al principio. Los ojos lascivos de Dom lo inmovilizaron. Este no era Dom, el abogado. Esta versión de él era alguien a quien había luchado mucho para dejar atrás. Ahora lo sabía. Odiaba haber sido yo quien lo había sacado de él, pero no podía obligarme a pedirle que se retractara. Apreté los puños y me mordí la lengua porque lo que quería pedirle a Dom no era justo. Sí, Levi merecía que le dispararan. Sin embargo, este no era el problema de Dom. No era su trabajo librarme de Levi.

Levi lo miró detenidamente, memorizando cada detalle de los hermosos rasgos de Dom. Tenía que reconocer que no eran lo mismo. Dom era el lobo feroz, que miraba a Levi como si fuera algo para comer. Dom era más grande, más letal.

La concesión revoloteó en los ojos de Levi. Golpeó la mesa dos veces, abrió la puerta con un fuerte jalón y salió de la habitación. Y todo lo que pude hacer fue mirar fijamente cómo el monstruo que me había perseguido durante años se alejaba de mí, dejándome llena de ira y confusión.

«¿Qué diablos acaba de pasar?». Corrí hacia la puerta de la sala de conferencias.

«Tu problema con Levi ha terminado».

«Sabes que eso no es verdad. ¿Era solo yo? ¿O pensó que tenía la capacidad de…?».

Dom asintió. «Tiene miedo».

«No es así como pensé que iría este día».

«Yo tampoco. Pensé que Mickey le había pedido a Levi que me convenciera de trabajar para él. Ya sabes. Que me volviera a unir a su grupo».

«Mickey no le pidió nada a Levi. Mickey no es del tipo humanitario, ¿verdad?».

«No. No lo es». Dom negó con la cabeza. «La buena noticia es que Levi ya no te molestará».

«Por ahora. Hasta que no sepa qué lo hizo retroceder, no estaré a salvo. Necesito asegurarme de que el status quo no cambie y vuelva a ponerme en la mira».

«Tienes razón en eso. Te prometo que haré todo lo que pueda para mantenerlo así. Cualquier cosa». Dom se frotó la mejilla, tratando de controlarse. Cuando encontró mi mirada, sonrió. «Eres libre».

«Sí, por ahora».

«Todavía eres libre. Toma lo que tienes y no mires atrás, Emilia. Ambos estamos aquí. Aprovechémoslo al máximo».

Relajó su postura y caminó hacia mí con sus ojos suaves y llenos de anhelo. El viejo Dom había regresado. Envolvió su brazo alrededor de mi cintura y acunó mi cuello.

«Olvídate de Levi. Se ha ido. Vayamos a casa», susurró en mis labios, y me fundí en él.

A casa.

La palabra se derramó de sus labios como una especie de promesa de un sueño que no había considerado que podría tener con él. ¿Realmente podríamos ceder ante lo que fuera esta cosa? Había esperado que este agujero en mi pecho se encogiera un poco después de hoy, pero el vacío seguía ahí, sin importar cuánto intentara alejarlo.

«Oye». Dom me abrazó más fuerte para evitar que me hundiera más en mi lugar oscuro.

Deslicé mis brazos por su pecho y su cabello. Me encontré con su mirada, llena de deseo, tan intensa y enfocada. ¿Tenía razón? ¿Realmente era libre? Odiaba que Levi pudiera alejarse... ileso.

En todas mis fantasías sobre cómo terminaría esto con él, siempre imaginé a los paramédicos llevándose su cuerpo. Siempre pensé que estaría de pie junto a él, llena de satisfacción y la sensación de verdadera libertad.

No me sentía liviana en absoluto, en cambio, sentía como si algo más pesado se hubiera enterrado más profundamente en mi pecho. Papá no estaba al final de la mesa, sonriéndome y asintiendo con aprobación. Todavía quería venganza. Esto no era suficiente. Ni por asomo.

CAPÍTULO 16

Gente como nosotros

DOM

«Cancela mis citas para el resto de la tarde», le dije a mi asistente mientras acompañaba a Emilia al ascensor que la esperaba.

«Está bien. Envíeme un mensaje si necesita algo», gritó hacia el hueco de las puertas que se cerraban.

Todo lo que necesitaba ahora era ir a casa y dejar atrás el mundo exterior durante unas horas. Emilia se apoyó contra la pared de espejos. ¿Cómo era posible que, aunque Levi accediera a dejarla en paz, todavía sintiera que nada se había resuelto para ella? ¿Por qué esto seguía sobre su cabeza? La venganza no era la respuesta a nada. Ella ya debería saberlo.

Emilia se volvió hacia mí. La angustia que encontré en sus ojos me revolvió el estómago. Sabía que ella había querido que esto fuera muy diferente, que terminara de manera diferente. Su mano temblaba y apreté sus dedos. Sin duda, si hubiera tenido un arma con ella, le habría disparado al imbécil. ¿No fue por eso que dejé de llevar una? Para asegurarme de nunca tener la tentación de tomar la justicia por mis propias manos.

«Esto no puede ser». Su mirada rebotó por el espacio reducido de la cabina del ascensor como si la respuesta que necesitaba estuviera escondida en algún rincón oscuro.

«Emilia, dispararle le hubiera hecho un favor. Está muerto de miedo. Y honestamente, no lo culpo. Mickey no es alguien con quien quieras acostarte. Ahora, Levi le debe un favor. Y te garantizo que Mickey vendrá a cobrarlo pronto. Ya no es tu problema. Deja que se ataquen entre ellos todo lo que quieran».

«Lo estoy intentando». Su voz tembló. Las lágrimas corrían por su rostro mientras se esforzaba por recuperar el aliento. Pasé la yema de mi pulgar por su mejilla para limpiarlas. Sus labios rozaron mis dedos mientras se alejaba de mí. «Estoy tratando de dejarlo pasar, pero no puedo. Esta sed de venganza tiene un fuerte agarre alrededor de mi pecho. Cada vez que trato de alejarla, se aferra más fuerte y no puedo respirar».

La envolví con mis brazos. ¿Qué podía decir a eso? Aparte de que sabía exactamente cómo se sentía. Sabía lo que se sentía cuando alguien nos hacía daño, cuando teníamos que tragarnos la ira y marcharnos por el bien de nuestra propia salud y cordura. «Estoy aquí todo el tiempo que me necesites. Para lo que sea».

Acomodó su cabeza en el hueco de mi cuello y hombro, encajando perfectamente contra mi cuerpo. Sí, estaba aquí para lo que ella quisiera. El llanto se detuvo cuando llegamos al vestíbulo. Cuando me miró, algo diferente brilló en sus ojos.

«*Te* necesito», susurró.

Vic nos llevó de vuelta al hotel. Había arreglado una nueva habitación para nosotros sin

preguntarnos si necesitaríamos una cama tamaño King o dos Queen. Me gustaría pensar que Vic era un hombre increíblemente perceptivo y no que yo era descaradamente obvia en cuanto a cómo quería que evolucionara mi relación con Emilia. ¿Una relación? ¿Podía la gente como nosotros aspirar a algo así?

Emilia dejó caer su bolso de su portátil en el sofá y se dio una vuelta rápida para echar un vistazo a la suite junior. El espacio era acogedor, con una mesa de desayuno en la esquina y una sala de estar, pero no había dormitorios separados. Una cama y Emilia en la misma habitación hicieron que todo mi cuerpo se pusiera firme. Ella ya había tenido un día de locos entre la no despedida de su madre y la no disculpa de Levi. No podía agregar más.

«Deberías acostarte». Me senté en el reposabrazos del sofá.

«Oh, ¿sí?», arqueó una ceja.

«Para dormir. Creo que deberías dormir». Me froté la mejilla, un calor lento me atravesó. Esta era una mala idea. «Me quedaré hasta que te acomodes. Estaré en el piso de arriba de ti».

Ella asintió y se lamió el labio inferior. Apartarla sería mucho más fácil si me tuviera miedo, si tuviera que hacer un esfuerzo para parecer menos amenazante, como tenía que hacer con la mayoría de las personas. Pero Emilia no era como la mayoría de las personas. Su fuerza y su total desprecio por su seguridad eran un subproducto de la vida que tenía que vivir. Esas cualidades en particular me excitaban por completo. ¿No habíamos establecido ya que seguir por ese camino con Emilia no podía terminar bien? Me mataría si fuera yo quien le causara más dolor. Ella ya había tenido suficiente.

Tenía que dejar de fingir ser algo que no era. Quería que ella viera mi verdadero yo, que viera que cualquier ideal romántico que se hubiera inventado sobre mí no podía ser real y que tarde o temprano la decepcionaría. Dejé que cada fantasía cruda que alguna vez había tenido sobre ella revoloteara en mi mente. Cada mordisco, cada beso, cada toque, dejando que se reflejara en mi rostro. Ella necesitaba saber que mis intenciones estaban lejos de ser nobles.

«No sé cómo ser dulce».

Me miró a los ojos. «No te tengo miedo».

«Lo sé». Me empujé apartándome del sofá.

Mi pulso se aceleró cuando ella se inclinó y se quitó los zapatos de tacón. Luego se quitó la chaqueta, seguida de los pantalones y la blusa de seda. Se puso de puntillas y dejó escapar un suspiro. El esfuerzo tensó su abdomen. Tetas orgullosas y abdominales definidos: qué combinación tan letal.

Con un lento acecho, cerré el espacio entre nosotros. Ella mantuvo sus ojos en los míos, desafiándome, mientras yo buscaba su sujetador de encaje negro y los pezones tensos que asomaban a través de la tela. Para mi sorpresa, ella apartó mi mano de un manotazo. Fuerte. El escozor en mi piel persistió durante unos segundos antes de desaparecer.

Le mostré una sonrisa de oreja a oreja. Por primera vez en mucho tiempo, no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Aunque sabía exactamente lo que quería de esta mujer increíblemente hermosa, que por alguna razón jodida no podía encontrar una razón para temerme.

«Estás sufriendo ahora mismo. No debería estar aquí».

«Quítate la ropa». Su voz era baja y ronca.

De todas las malas ideas...

Me desabroché la chaqueta y me la quité. El aire frío rozó mi piel caliente cuando me quité la camisa de vestir y la camiseta interior. Un tambor resonó en mi pecho, mientras Emilia pasaba una mano por mis cicatrices de bala y la tinta en mi estómago.

Pasé mis dedos por su brazo, pero ella los apartó de un manotazo. «Zapatos».

«No participo en juegos». Me saqué los zapatos y me incliné para quitarme los calcetines.

«Lo sé». Su mirada rebotó de mi boca, bajó a mi pecho y se detuvo en mi entrepierna prominente. Como siempre, Emilia parecía tranquila y serena, sin afectación, pero el rojo en sus mejillas y el estallido de su perfume floral la delataban. Estaba excitada, y me encantaba que yo fuera la razón de ello.

Me desabrochó el cinturón y el botón de mis pantalones y estos cayeron al suelo. Me los quité y ella se apartó, sus ojos acariciando cada centímetro de mi piel desnuda. Luché contra el impulso de inmovilizarla contra la pared y tomarla de una vez porque ahora que finalmente estábamos aquí, no quería asustarla.

Una parte de mí quería que ella conociera mi verdadero yo, sí, pero también estaba la parte de mí que había fantaseado con estar con Emilia durante tanto tiempo que estaba dispuesto a hacer casi cualquier cosa para asegurarme de que no me dejara. Quería enterrar mis manos en su cabello y besar su piel bronceada que brillaba incluso bajo las tenues luces de la habitación. ¿No sentía ella la misma agitación que yo? ¿Cómo podía quedarse allí parada luciendo como una maldita diosa y no dejarme tocarla… saborearla?

«Quieres esto. ¿Qué te lo impide?», pregunté.

Alzó la cabeza de golpe y me miró. «Eres una fuerza de la naturaleza. Puedo sentir que me ahogo en tu energía. No tengo miedo. Simplemente no sé qué pasará si me dejo llevar».

«Lo sé».

Ella estaba tan destrozada por eso como yo. Emilia y yo éramos criaturas lógicas e involucrarnos físicamente desafiaba la razón. Podía sentirme caer. Según todos los indicios, esa era una idea terrible. ¿No era por eso que Emilia tenía su Dom a batería?

En la facultad de derecho, había encontrado una forma rápida de reemplazarme y mantener toda esta complicación fuera de su ya de por sí complicada vida. Ahora habíamos llegado tan lejos y era imposible mantenerse alejada. Ya nos habían puesto una diana a ambos, y sucedió el día que volví al bar para verla. Ese fue el día en que Mickey se dio cuenta de que Emilia significaba más para mí de lo que dejaba ver.

«Tenías un plan antes. ¿Cuál era?». Tomé su mano y la coloqué sobre mi corazón. Cuando intentó apartarse, presioné mi mano sobre la suya para mantenerla allí. «Dime lo que quieres».

Se quedó mirando su mano atrapada, con la respiración agitada y las mejillas teñidas de un rojo intenso. El calor se arremolinó sobre mi pecho donde su piel tocó la mía y se disparó hacia mi erección. Emilia parada frente a mí, sensual como el infierno con un sujetador y una tanga de encaje a juego era un sueño hecho realidad.

Me arrastré hacia el círculo de su espacio personal hasta que el encaje de su sujetador rozó mi brazo. Ella presionó sus pechos contra mí y cerró los ojos.

«Quiero tocarte». El suave susurro salió de sus labios y se enterró profundamente dentro de mí.

¿Quién podría decir que no a eso? Me hizo caminar hacia atrás, sus piernas suaves y tonificadas enredadas con las mías, haciendo que el vello allí se erizara. La parte posterior de mis rodillas tocó el borde de la cama y me bajé sobre el colchón. Usé mis manos para deslizarme hacia atrás y mantuve mi mirada fija en ella, listo para atraerla hacia mí si rompía nuestro contacto.

«Manos detrás de tu cabeza».

Hice lo que me ordenó, mordiéndome el interior de la mejilla. Rizos oscuros se derramaron sobre mi pecho mientras ella se sentaba a horcajadas sobre mí. No podía decir si estábamos en su fantasía o en la mía. Mi pecho se apretó como una aspiradora, succionando todo el deseo que

sentía por ella.

Sus dedos se deslizaron desde mis bíceps hasta mi costado. Cuando llegó a mis oblicuos, clavó sus uñas suavemente, acariciando mi línea V. El edredón fresco se sentía húmedo por mi sudor, y mi pene palpitaba en mis calzoncillos bóxer. No sabía cuánto más de su juego sería capaz de soportar, pero quería darle tanto tiempo como pudiera.

Se deslizó por mi torso. El encaje y la piel suave se frotaron contra mí. Mierda. Quería tocarla y ver más de ella. Enganché mi dedo debajo del tirante de su sujetador y lo deslicé sobre su hombro. Me dio otra palmada en la mano y la volvió a poner detrás de mi cabeza. Con una sonrisa sexy en su rostro, besó mis labios y deslizó sus dedos dentro de mis calzoncillos.

«Joder, Emilia». Apreté los dientes mientras ella agarraba mi miembro que ahora estaba duro como una piedra. «Dime que casi terminas».

Una risita traviesa llenó la habitación mientras ella continuaba su exploración. Esta vez usó su boca, lamiendo uno de mis pezones y luego el otro en su camino hacia mis abdominales. Sus besos siguieron un patrón familiar. Cuando miré hacia abajo, su lengua húmeda trazó las alas tatuadas debajo de mi pecho. Ella succionó con fuerza y agradecí el dolor, aunque no hizo nada para calmar el impulso que me recorría.

«He querido hacer esto durante mucho tiempo. Ver tu cuerpo desnudo, verte sometido bajo mi toque».

«Estoy aquí». Mis muñecas sobre mi cabeza no estaban atadas, pero no podía moverme. «Y definitivamente estoy sometido».

«Ya casi termino».

Mis caderas se sacudieron cuando envolvió su boca alrededor de mi erección. La sangre caliente se precipitó a mis oídos y amortiguó el gemido gutural que se me escapó. Todo este encuentro fue más allá de lo que hubiera esperado de Emilia. La pequeña Señorita Correcta que siempre actuaba como si fuera demasiado buena para estar siquiera en la misma habitación que yo, que más de una vez se negó a darme la hora del día.

Sus pezones tensos se frotaron contra el interior de mi muslo mientras me trabajaba. La fiereza en sus ojos me indicaba que no me dejaría ir hasta que me rindiera. Salió a tomar aire, haciendo la pregunta en silencio. Asentí con la cabeza y una sonrisa maliciosa se extendió por su rostro. Me hizo esperar unos segundos más, dejando que la brisa gélida del aire acondicionado soplara sobre mi polla húmeda. Me hundí más en la almohada mientras sus cálidos labios me cubrían, y ella comenzó su dulce tortura de nuevo. Esta vez no luché. Me rendí a ella mientras un orgasmo me desgarraba, rápido y fuerte. Los tambores pulsaban en mi pecho, haciendo eco en el rincón más alejado de nuestra habitación de hotel antes de que todos los sonidos se silenciaran. Cerré los ojos y caí en un oscuro olvido. Cuando me desperté, el sol había dejado de golpear incesantemente en la ventana, aunque el calor somnoliento de la tarde permanecía. Emilia rompió el silencio primero, su mejilla descansando sobre mi ombligo, su mano todavía ahuecándome.

«Eso estuvo cerca de lo que pensé que sería», murmuró.

Solté una carcajada. ¿Cerca? La mujer había sacudido mi mundo. ¿Qué más había? «Tengo que preguntar… ¿qué faltó?».

«Créeme, no falta nada. Eres más hermoso de lo que pensaba». Besó mi vientre y apoyó el codo en mi cadera. «Pensé que lucharías más conmigo. Ya sabes, que intentarías hacérmelo. Me alegro de que no lo hayas hecho».

«Quería hacerlo, pero no podía moverme». Y esa era la verdad. Mi deseo por ella me había paralizado. Había tenido demasiado miedo de que se alejara. «No hay nada que no haría por ti».

Acuné su mejilla, la atraje hacia mí y besé su boca.

Empujó su lengua más allá de mis labios, sin dudar como antes, cuando pensó que el sexo conmigo nos mataría a los dos. Tal vez tenía razón en su suposición, pero si ella me necesitaba, yo *la* necesitaba mil veces más. Sí, habíamos cruzado la línea.

Y ahora no había vuelta atrás.

Me senté y acomodé sus caderas sobre mí. Nos besamos perfectamente así. Me mordisqueó la oreja y el punto blando que había detrás. Sus manos se deslizaron hasta mi entrepierna. Agarré sus muñecas y sacudí la cabeza cuando se apartó para mirarme.

«Necesito tocarte. Verte». Presioné sus dedos contra mis labios.

Una arruga revoloteó en su frente. ¿Era eso? Quería mi rendición, pero tenía miedo de darme la suya. El deseo se desplegó debajo de mi ombligo y se precipitó hacia mi erección. La froté contra su centro húmedo. Su cabeza cayó hacia atrás y esos globos perfectos se alzaron sobre mi rostro. Me presioné contra ella otra vez, dejándola sentir mi longitud.

Porque ahora era mi turno.

CAPÍTULO 17

Él me salvó

EMILIA

Me lamí los labios para aliviar el moretón que me había dejado el beso de Dom. Él me sujetó las dos muñecas con una mano y luego me sujetó con más fuerza mientras yo luchaba por liberarme. Quería tocarlo de nuevo, pasar mis labios por su piel salada.

Volvió a sacudir la cabeza, con su característica sonrisa que derretía mis bragas. «Ahora me toca a mí, muñeca».

Su erección se apretó contra mí y se me hizo agua la boca. Ese fue el punto en el que terminaron todas mis fantasías sobre Dom. Principalmente, porque no tenía un punto de referencia real. Nunca había estado con alguien como él. Quería memorizar cada centímetro de su cuerpo. La sensación de sus músculos duros bajo la piel suave, su sabor, su olor...

Si se iba mañana, quería quedarme con este momento.

Pasó las manos por mi cintura y ahuecó mis pechos, apretándolos para succionar ambos pezones. *Jesús.* Cada vez que Dom me tocaba, sentía que me soltaba a la deriva. Ya no podía luchar más. Él estaba aquí y yo lo deseaba.

Lo necesitaba.

Dom me invitó a otra dosis de su cóctel de testosterona. Esta vez lo sirvió con un acompañamiento de *Te deseo ahora*. Se estiró detrás de mí y desabrochó mi sujetador con una mano mientras la otra buscaba dentro de mis bragas. Sus dedos en mi dolorido capullo me recordaron cuánto tiempo había pasado desde que tuve cualquier tipo de contacto masculino. Demasiado tiempo. Sus labios en los míos eran puro éxtasis, llenos, suaves y tan exigentes. Me derretí contra él, sin ideas de por qué no deberíamos hacer esto. Por qué esto era malo para los dos. Cuando abrí los ojos, Dom tenía ambas manos en mis nalgas, sosteniendo mi peso mientras me acompañaba pasando el sofá y me sentaba en la mesa del desayuno. Sus ardientes ojos azules exploraban cada centímetro de mi cuerpo mientras sus manos lo seguían de cerca, dejando un rastro de piel de gallina.

«¿Qué…?».

Presionó sus labios contra los míos y me besó con fuerza antes de empujarme para que me recostara en la mesa como una especie de banquete. «Dije que necesitaba verte. ¿Me estás diciendo que tú no quieres esto?», preguntó sin aliento.

Dejé caer mi peso sobre la fría mesa de madera y él me quitó la tanga con un fuerte jalón. Una descarga de adrenalina recorrió mi cuerpo y luego se instaló caliente y pesada en mi centro.

«Déjame entrar, Emilia». Su cálido aliento avivó el calor que se acumulaba entre mis piernas.

Hasta ahora, todas mis relaciones habían estado vacías de emoción porque era seguro mantenerlo así. Me aferré a la idea de Dom porque nadie se comparaba con él. Con él como vara

de medir, era fácil no enamorarse nunca de nadie más.

Nunca en un millón de años consideré que Dom pudiera quererme. ¿Cómo podría dejarlo entrar sin enamorarme de él? Si había algo que sabía con certeza cuando se trataba de Dom era que, si alguna vez lo dejaba entrar, me enamoraría. Intenso. También sabía que, de una forma u otra, me rompería el corazón.

Mis muslos temblorosos cayeron a los lados. Enganchó sus brazos bajo mis rodillas, agarró mis caderas y hundió su lengua en mí. Pasé mis dedos por su cabello, suave y húmedo. Arqueé mi espalda y el tiempo se ralentizó mucho. Como en esos momentos antes de un accidente automovilístico cuando el cuerpo se prepara para lo inevitable. Dom había chocado en mi vida de una manera similar. Hasta ahora, había logrado evitar esta colisión, pero acostada aquí en una mesa de desayuno de una habitación de hotel, ya no podía detenerlo. La peor parte era que no quería hacerlo.

Dom presionó su gran mano sobre mi estómago y sujetó mi pierna sobre su hombro. Probó cada parte de mí con una reverencia que hizo que mis mejillas se sonrojaran. No había esperado esto del tipo que dijo que no lo hacía suave.

Acunó la nuca y me atrajo para un beso, su boca cálida y húmeda. «Quiero verte correr».

Enterró sus dedos dentro de mí y, como si mi cuerpo solo le obedeciera a él, tuve un orgasmo en su palma. Surgió de mi centro y se desplegó con una explosión en mi pecho. Mi corazón latía con fuerza en mis oídos e hizo que todo se volviera silencioso y oscuro.

«Cristo», susurró Dom en mi mejilla mientras bajaba mis piernas.

Con dos grandes zancadas, recogió sus pantalones del suelo y sacó su billetera del bolsillo delantero. Su mirada se encontró con la mía al otro lado de la habitación mientras abría un paquete negro y desenrollaba un condón sobre su erección. Esos ojos azules hacían todo tipo de promesas mientras se acariciaba. Mis manos ansiaban tocarlo, sentir su calor en mi piel otra vez.

Apreté mis piernas juntas antes de dejar que mis pies cayeran al suelo. El aire acondicionado volvió a encenderse y sopló aire frío a nuestro alrededor. Su pecho se agitó cuando caminé hacia él y deslicé mis manos alrededor de su cintura, amasando cada plano y ángulo duro de su torso.

«No necesito nada suave esta noche. Te necesito a ti», dije contra sus labios, mi respiración entrecortada. Odiaba que mis palabras sonaran como una súplica.

«Bien. Porque ya no puedo contenerme más». Envolvió mis piernas a su alrededor.

Sus dedos se clavaron en mis nalgas mientras me llevaba más allá de la cama y golpeaba mi cuerpo contra la pared. Acomodó sus caderas, frotándome su polla antes de entrar en mí.

«Oh, Dios mío». Mi cabeza golpeó la pared mientras una retahíla de palabras incoherentes se derramaban de mis labios junto con jadeos de aire. Un zumbido eléctrico se tambaleaba en lo más profundo de mí con cada una de sus embestidas. Me apreté contra él y la sensación se intensificó. «Estoy tan cerca».

«Lo sé. Puedo sentir cada centímetro de ti». Agarró mis dos muñecas con su mano y las levantó sobre mi cabeza mientras agarraba mi trasero para mantener el ritmo que había marcado para nosotros. «¿Tienes idea de cuánto tiempo he estado soñando con hacerte sexo contra la pared? ¿En la cama, el sofá y cualquier otro maldito lugar intermedio?».

Jadeé cuando se sumergió de nuevo, y el zumbido que se arremolinaba en mi centro me desgarró. Me arqueé contra él, encontrando sus caderas hasta que se agotó hasta la última sensación.

«Emilia». Enterraba su cara en mi cuello, su boca chupando mi piel mientras encontraba su propia liberación.

Nos quedamos allí, brazos y piernas enredados entre sí, su corazón latiendo en mis pechos,

bombeando tan fuerte como el mío. El sudor goteaba de su cara y por mi brazo mientras me sujetaba contra el fresco y sedoso papel tapiz. ¿Sabía cuánto tiempo había pensado en esto? Si él soñaba con esto de la misma manera que yo, entonces, como yo, había estado esperando este momento desde el primer día que nos conocimos hace más de cinco años.

El aire acondicionado se puso en marcha de nuevo, soplando aire gélido en nuestras caras y desactivando eficazmente parte del calor que todavía latía entre nosotros. Suspiré y él soltó mis manos. Mis rodillas temblaron cuando mis pies resbalaron hasta el suelo. Con una risa profunda, Dom me agarró por la cintura y me llevó de espaldas hacia la cama. Me miró mientras retiraba las sábanas y me metía.

«No te vayas». Lo miré, encogiendo las rodillas, sintiéndome de repente desnuda.

«No lo estaba planeando». Se dirigió tranquilamente al baño. En el camino de regreso, se detuvo en el minibar y tomó un par de aguas. «Necesitas mantenerte hidratada». Me puso una botella en la mano y se metió a mi lado. El calor de su cuerpo tocó mi cadera y se extendió por el resto de mi cuerpo como un maremoto. Se deslizó hacia la cama y me atrajo hacia él para acurrucarme en el hueco de su brazo. «Y pensar que podríamos haber estado haciendo esto mientras estábamos en la facultad de derecho».

Bebí un trago de agua. «Sí. Aunque, si lo hubiéramos hecho, creo que todavía estaría en la escuela».

«Probablemente tengas razón». Se rió y dejó escapar un largo suspiro. «No creo que me hubiera importado. La vida tenía más sentido cuando estaba en la escuela. Tenía una ruta que seguir».

Tracé con un dedo las alas tatuadas en sus abdominales. «Y ahora tenemos que hacer lo nuestro».

«¿A dónde vas desde aquí?», preguntó.

«Lo dices como si ya hubiera terminado y tuviera que seguir adelante».

Había estado huyendo durante tanto tiempo que nunca consideré que un día todo se detendría. Aunque mi ira y mi insaciable necesidad de venganza todavía estaban allí, los monstruos debajo de la cama se habían retirado para siempre. Entonces, ¿por qué no tenía una respuesta a su pregunta? En el fondo, había llegado a la conclusión de que no podría salir ganando con Levi, así que nunca me permití hacer planes para el futuro.

«Para empezar, ¿te quedas en Phoenix?», me pregunta con el corazón en la mano. Ladeó la cabeza para mirarme a los ojos.

Sonreí. «Es fácil. Esta es mi casa. No puedo imaginarme estar en ningún otro lugar».

«A mí también me gusta estar aquí. Estaba pensando en comprar una casa».

Me senté para mirarlo. Levantó su rodilla y me recosté sobre ella.

«¿Qué tiene de malo este hotel? Me gusta estar aquí».

«Nunca he tenido un lugar propio. La idea me atrae. La vida en suites se está volviendo vieja».

«Nunca te imaginé con una esposa e hijos».

Sus cejas se hundieron en una V apretada.

«¿Y por qué no? Podría tener una esposa». Sonaba ofendido.

«Las motocicletas y las chaquetas de cuero no son exactamente un grito de hombre de familia».

Gritaba sexo ardiente y una montaña rusa de emociones salvajes. De alguna manera, había llegado a ese lado de la vida de Dom. Anhelaba tanto su cuerpo que me había convencido de que podía soportar estar tan cerca, pero esa parte de mi vida no había cambiado. El amor debilita a

las personas. No podía permitirme ser débil. Ni ahora ni nunca.

«Oye». Jaló un mechón de mi cabello para hacerme volver. «Esto no es una propuesta. Era solo algo que decir».

«Lo sé».

«¿Estás segura? Te pusiste pálida».

«La familia no es lo que parece». Me encogí de hombros, esperando que la respuesta críptica llevara la conversación por una dirección diferente.

«Lo sé». Bajó la mirada.

Mi corazón se apretó con fuerza. Sabía dónde había estado antes de irse a Columbia. Sabía que había dejado a la banda con la que había estado en Nueva Jersey, pero nunca consideré cómo era su vida antes de Mickey.

Ahuequé su rostro para que me mirara. La intensidad habitual en sus ojos se disolvió como si una luz se hubiera apagado en su interior. «¿Cómo hicieron tus padres…?».

«¿Si mis padres me dieron permiso para unirme a la banda de Mickey?».

Arqueó una ceja y acomodó su peso para descansar sus hombros sobre la cabecera tapizada. «Nunca pregunté».

«Solo te fuiste con Mickey».

Inhaló y frunció los labios. «No. Ellos se fueron».

«¿Qué?».

«Nunca conocí a mi madre. Ella murió cuando yo era pequeño. Papá falleció cuando yo tenía once años. Mickey era amigo de papá. Cuando me colocaron en un hogar de acogida, simplemente me mudé con él».

«¿Y a tus padres de acogida no les importó?».

Me dio una sonrisa amarga. «Mickey se hizo cargo de ellos».

Tragué saliva y me tapé la boca.

«Oh, no. No así. Les pagó para que me dejaran quedarme con él. Sabía que los servicios sociales nunca lo aprobarían como tutor legal y no quería molestarse en hacerlo, pero se preocupó lo suficiente como para que pudiera quedarme con él. Me envió a la escuela y más tarde incluso pagó para que fuera a la universidad».

«Fue como un padre para ti».

«Lo fue». Dom asintió. «Él me salvó».

Lo poco que sabía sobre la vida de Dom de repente tenía sentido. Por qué se le había permitido irse. Por qué incluso a la edad de veintidós años en la facultad de derecho, había tenido un profundo conocimiento de todo lo ilegal. Como yo, prácticamente había nacido en la mafia. El grupo de Mickey era la única familia que conocía. Un día, se esperaba que él tomara el control. ¿Mickey estaba esperando el momento oportuno hasta que el hijo pródigo decidiera volver a casa?

«Quedó destrozado cuando le dije que había terminado».

«¿Por qué te fuiste?».

Su mirada se desvió hacia la esquina de la habitación. Bajo mi mano en su pecho, su corazón latía rápido. «Él pensaba en mí como su hijo, pero eso no me eximía de sus juegos mentales y su necesidad de controlarlo todo. En mi último año en la universidad, decidió hacerme pasar por un mal momento». Dom era familia, y Mickey todavía sentía la necesidad de poner a prueba su lealtad al obligar a Dom a matar por él. Asintió como si leyera mis pensamientos. «Él era mi amigo».

El nudo en mi garganta se retorció hasta que las lágrimas me picaron los ojos. «Dom, lo

siento mucho».

«Sabía lo que era Mickey desde el principio». Sacudió la cabeza, frotándose la mejilla. «Cuanto mayor me hacía, más se daba cuenta de que ya no podía controlarme. Lo odiaba».

«Pero te dejó ir».

«Sí. No le di otra opción. Sabía que la única forma de detenerme era matándome. Se enojó especialmente cuando Vic le dijo que se iría conmigo».

«¿Vic? ¿El repartidor de pizzas Vic?».

«Sí. Estaba allí cuando Mickey me acogió. No estuvo de acuerdo con los métodos de Mickey y decidió irse también. Durante meses, esperé que los hombres de Mickey vinieran por mí. Me volví imprudente y estúpido porque honestamente pensé que mis días estaban contados».

«Pero él no fue por ti».

«No. Y estoy seguro de que Vic tuvo algo que ver con eso. Cuando me di cuenta de que realmente estaba fuera, decidí limpiar mi acto y me inscribí en Columbia. Pensé que, si ayudaba a la gente, de alguna manera expiaría parte del daño que había hecho cuando estaba con Mickey». Sus ojos se desviaron de mi rostro, bajaron a mi pecho. Esa mirada intensa y concentrada de él regresó. Se lamió los labios y me acarició el pezón.

Mis ojos se cerraron con su toque. Estaba familiarizada con la sensación de perder a los seres queridos, ya sea por una herida de bala o por codicia, pero sin importar qué, la familia era la familia. El agujero que habían dejado atrás era demasiado profundo para llenarlo con nuevas personas, extraños. Dom lo sabía. Era por eso que nunca tuvo relaciones reales en la universidad. ¿Qué le hacía pensar que yo sería diferente?

Me tomó la cara entre las manos y me acercó para besarme. Su lengua buscó desesperadamente la mía y yo cedí. Pasé la mano por su torso musculoso, sobre sus cicatrices fruncidas. Su beso se hizo más profundo. Un sabor salado tocó la punta de mi lengua: mis lágrimas, o tal vez eran suyas. Cerré los ojos con fuerza y columpié mi pierna sobre él, sintiendo la longitud, la fuerza de su cuerpo debajo de mí.

Se equivocó al pensar que podía hacer que su dolor desapareciera. Nadie podía, pero por ahora, por un rato, era agradable fingir que estábamos completos.

CAPÍTULO 18

Déjame decidir lo que es justo

DOM

Mi alarma sonó a las seis de la mañana. Me acerqué a la mesita de noche y toqué mi teléfono. De todos los días, hoy no quería despertar de este sueño erótico.

«¿Eres de los que aplazan la alarma? Nunca hubiera imaginado eso de ti». Su voz ronca de la mañana me sobresaltó. Emilia dormía acurrucada a mi lado. No había sido un sueño.

Pasamos toda la tarde y la mayor parte de la noche hablando y teniendo sexo. Después de un rato, perdí la noción del tiempo y del contacto con la realidad. No había forma de que Emilia fuera tan parecida y tan perfecta para mí. Ella conocía mi secreto más oscuro y no solo lo entendía, sino que, además, no me juzgaba por ello. Se movió a mi lado. La plenitud de su pecho presionó contra mi costado, y así, estaba listo para la siguiente ronda.

«No los soy, pero hoy, no puedo recordar por qué necesitaba levantarme tan temprano». Besé sus labios, deslizando mi mano hacia su cadera y su trasero.

«Yo tampoco». Ella deslizó sus dedos por mis abdominales y mi muslo. Su toque se sentía fresco contra mi piel ardiente. «En algún momento, debo ir a la oficina».

Dejé escapar un suspiro. Por supuesto, ella quería volver al trabajo. ¿Sería seguro? Levi había dicho que la dejaría en paz, y yo creía que lo decía en serio. ¿Cumpliría su palabra si Mickey decidía que Emilia era más problema de lo que valía?

Hasta que Vic descubriera si Mickey había estado en Arizona, o si alguno de sus hombres había estado husmeando por ahí, no podía dejar a Emilia fuera de mi vista. Nada me encantaría más que pasar los próximos seis meses con ella en esta habitación, desnudos, y poniéndome al día con todas las cosas que había soñado con hacerle algún día. Agarré su pecho perfecto y me incliné para chupar su pezón.

«Probablemente tampoco deberías hacer esperar a tus clientes». Suspiró y dejó caer la cabeza sobre la almohada para darme un mejor acceso.

Tarareé una afirmación antes de cambiarme al otro lado. Mi teléfono sonó y la pantalla mostró mi primera cita del día.

«¿Te gustaría un viaje rápido por carretera?», pregunté.

«No puedo. Tengo que ir a la oficina». Ella agarró mi bíceps. «No sé cómo podré hacer algo de trabajo, pero tengo que intentarlo».

Besé su delgado cuello, deslizando mis dientes por su punto sensible. «Tengo una cita que no puede esperar. Después de eso, te prometo que podemos volver aquí y tú podrás hacer otra vez lo que quieras conmigo».

Me dio una palmada en el hombro y se rió. En los últimos días, me había vuelto adicto a ese sonido. «No eres tan bueno como crees».

«Entonces, dímelo». Apliqué presión a su capullo durante un par de segundos antes de enterrar dos dedos dentro de ella.

Su gemido envió una corriente de deseo a través de mí. «¿Adónde vas exactamente?».

«A Paradise Creek». Cambié mi peso para conseguir un mejor ángulo. Sus valles resbaladizos me absorbieron más adentro, y todo lo que podía procesar era que no quería dejarla. Como anoche, ella gritó mi nombre cuando llegué al punto que la hacía apretarse a mi alrededor. «No quiero pasar el día sin ti. Ven conmigo».

«Está bien. Solo no dejes de hacer lo que estás haciendo». Ella ahuecó mi mejilla y me besó con fuerza. Retiré mis dedos y jugué con su clítoris. Quería saborear este momento, hacer que durara mucho más. Ella me mordió el labio inferior con frustración y empujó su lindo coño en mi mano. «No seas cruel».

«Me gusta tenerte así». Me gustaba, pero negarle a Emilia lo que quería era algo que no sabía hacer. Deslicé mis dedos desde la parte superior de su clítoris húmedo hasta su entrada. Un par de embestidas y sus caderas se sacudieron cuando encontró su liberación.

Apoyó la cabeza en mi hombro, respirando de forma irregular. Sabía que el sexo con Emilia sería diferente, pero nunca imaginé que sería así. Que mi necesidad por ella no disminuiría después de una noche. ¿No era así como solía suceder con todas las mujeres con las que me acostaba? Una pequeña sensación de ardor se arremolinaba en mi pecho. No podía quedarme aquí y olvidarme del mundo exterior, olvidarme del trabajo y de mi pasado.

Cuando sentí que se relajaba, la empujé un poco. «Entra en la ducha. Traeré tus cosas de la suite de arriba».

«Está bien». Besó mi hombro de una manera que era muy Emilia, muy íntima. Con un fuerte suspiro, pateó las sábanas y se levantó de la cama, regalándome una gran vista de su trasero en forma de corazón.

«Lo hiciste a propósito».

«Sí, lo hice». El agua corriente amortiguó sus palabras.

Me levanté de la cama de golpe antes de que mi pene me convenciera de mandar todo al infierno y unirme a Emilia en la ducha. El caso de Nikki no podía esperar.

Mientras estábamos arriba, le envié un mensaje de texto a Vic para avisarle que íbamos a Paradise Creek. A lo que respondió que tendría el auto listo para nosotros. Empecé a escribir que no necesitaba que viniera con nosotros, pero sabía que eso sería inútil. Y por el bien de Emilia, podría usar la seguridad adicional.

Después de una ducha rápida, fui a su dormitorio para buscar la ropa y el neceser de Emilia. ¿Me sentí como un mirón revisando sus cosas? Un poco, pero aun así revisé algunas cosas hasta que encontré un vestido camisero que me gustó.

Cuando finalmente regresé a la habitación, Emilia ya había terminado de secarse el cabello y estaba sentada esperándome en la cama. Se puso de pie de un salto tan pronto como abrí la puerta. Mi corazón se hundió. Por un momento, el miedo se registró en su rostro. Se recuperó rápidamente y me saludó con una sonrisa.

«Solo agarré lo primero. Espero que esté bien». Le entregué la ropa.

«Está bien». Dejó caer la toalla que la envolvía y se puso elegantemente el sujetador y las bragas antes de ponerse el vestido. «Si sigues mirándome así, es posible que no salgamos de aquí».

«Lo siento». Le di la espalda.

«Es un poco tarde para eso, ya estoy vestida». Se pavoneó hacia el baño, tomando de mi mano su bolsa de artículos de tocador. «Deja que me maquille y luego podremos irnos».

«¿Qué hay en Paradise Creek?», preguntó mientras Vic se incorporaba a la 101.

«¿Recuerdas el caso sin resolver en el que me ayudaste el otro día?».

«Sí», dijo con el ceño fruncido. «¿El caso de asesinato?».

«Ese. Tengo los resultados. Tenías razón. La herida de la foto es post mortem. Quería decírselo a Nikki en persona».

«¿Por qué a ella y no a tu cliente?».

«Porque su hermana no quiere verme. No quiere salir de la cárcel por un tecnicismo. Quiere demostrar que es inocente».

Emilia se miró las manos. «Una inocente pasa la mitad de su vida en prisión por un crimen que no cometió mientras Levi vaga libremente».

«La vida no es justa. Pensé que ya lo sabías».

«Lo sé. Eso no significa que me tenga que gustar».

«Ven aquí». La atraje hacia mí. Por un lado, el dolor en sus ojos decía que necesitaba consuelo, pero también no podía soportar no tenerla en mis brazos. Se desabrochó el cinturón de seguridad y se deslizó hacia el centro, mientras su mirada se desviaba hacia los ojos regañones de Vic en el espejo retrovisor. «No te preocupes por Vic. No oye ni ve nada».

«No crea eso, señorita Prado». Su voz resonó en el auto como si hubiera estado esperando que lo reconocieran para mencionar lo que tenía que decir.

«Vic». Mi pulso se aceleró. Sí, técnicamente Vic trabajaba para mí, pero era más que mi mano derecha: era familia. Y eso significaba que no tenía control sobre las cosas que salían de su boca. En ese momento, parecía que estaba a punto de desatar el infierno.

Cambió de carril e hizo contacto visual con Emilia por un segundo antes de volver a hablar. «Por la expresión de su rostro, puedo ver que finalmente consiguió lo que quería», dijo.

Emilia se retorció a mi lado.

«Eso no es asunto tuyo». La agarré del hombro para mantenerla en mi abrazo.

«Excepto que lo es. Mi trabajo es mantenerte con vida. Cuando estabas en Columbia, no interferí porque podía ver que la Srita. Prado tenía la cabeza sobre los hombros. Hizo lo correcto al mantenerse alejada de ti. ¿Pero ahora? ¿Cómo crees que se ve esto? ¿Te estás involucrando con la chica de la que has estado enamorado durante años?».

«Ya es suficiente, Vic. Lo digo en serio».

«Sabes que tengo razón».

Emilia se aclaró la garganta y se alejó de mí. Mantuvo la mirada en la ventana, su pecho subiendo y bajando con cada respiración. Extendí la mano para tomarla, pero la apartó. ¿Qué podía decirle realmente? ¿Que no estaba enamorado de ella? Ni siquiera sabía si eso era cierto. Enamorarse significaba hacer planes para el futuro. Las personas como Emilia y yo no teníamos el lujo de anhelar un futuro. Vivíamos el momento. Sobrevivíamos.

«Por favor, di algo».

«Tiene razón». Se giró para mirarme. «Mi presencia aquí está jugando con tu cabeza. Con tus prioridades».

«Tú eres mi prioridad. No me importa una mierda lo que él piense».

Vic extendió las manos como diciendo *me acaba de dar la razón*.

«Anoche…», bajó la voz y me incliné hacia delante para captar el resto de sus palabras, «fue increíble. Más allá de todo lo que jamás hubiera imaginado que podría ser estar contigo».

Me incliné hacia atrás para el inevitable ‘pero’.

«Pero esto… quiero decir… ¿amor?». Apenas podía pronunciar la palabra. ¿Era posible que la idea del amor la asustara tanto como a mí?

«No estoy enamorado de ti. Quiero decir, me importa lo que te pase». Toqué su suave mejilla con la yema de mis dedos y ella bajó la mirada hacia sus manos. Sin duda vio la verdad en mis ojos. Estaba enamorado de ella. Había estado enamorado de ella desde hacía mucho tiempo. Miré a Vic por el espejo retrovisor. Maldita sea. No podía dejarme tener esto ni un día.

«Vic. Por favor, déjame en el próximo pueblo. Pediré un coche desde allí», dijo.

«No». Señalé a Vic con el dedo y él asintió. Al menos estábamos de acuerdo en eso. Lo que Emilia me pedía era peligroso. «Te quedarás conmigo».

«No soy tu prisionera». Frunció los labios y me miró fijamente.

«Quédate conmigo, por favor. O lo que sea que quieras que te diga, pero no voy a dejar que te vayas sola».

Un ardor lento se desató en mis entrañas. El sexo ardiente de la noche anterior y la avalancha de emociones que lo acompañaba estaban, posiblemente, afectando mi capacidad para tomar decisiones acertadas. Involucrarme con Emilia era una mala idea. De todos modos, estábamos aquí ahora y no iba a dar marcha atrás.

No importaba lo que pasara, mi instinto me decía que necesitaba mi protección. Este profundo deseo que sentía por ella no tenía nada que ver con eso. Levi ya no estaba en escena, pero aún teníamos que lidiar con Mickey. Le acaricié la cara. Quería decirle que todavía estaba en peligro, pero cerró los ojos y la besé. La sensación de su boca, llena y suave, me hizo desear la posibilidad de un futuro, planes... amor, si eso era lo que ella quería de mí.

«Llegamos», anunció Vic. Un segundo después, la camioneta se detuvo bruscamente.

Emilia colocó su mano sobre mi pecho y, que me jodan, si la mirada en sus ojos no parecía una despedida. Presioné su mano contra mis pectorales, dejándola sentir mi corazón latiendo con fuerza. «Tengo que ir a ser abogado y amigo. Si te lo pido amablemente, ¿me prometes que me esperarás en el auto?».

«No puedo amarte», susurró y deslizó su mano fuera de la mía. «Gracias por todo. Puedo encargarme de esto desde aquí». Con un último asentimiento hacia Vic, salió del auto y cerró la puerta de un portazo.

«No pudiste esperar hasta que estuviéramos solos para ilustrarme con tu sabiduría jodida, ¿verdad?».

Vic se encogió de hombros ante mis palabras. «Ella necesitaba que le recordaran lo que está en juego aquí. Diablos. Parece que tú también necesitas que te lo recuerden. ¿Qué tiene ella? No es como si nunca hubieras tenido sexo antes».

«Vete a la mierda». Abrí la puerta de una patada y saqué mi cuerpo del auto.

Miré a mi derecha y no vi a Emilia. Cuando giré a la izquierda, sus rizos rebotando llamaron mi atención. Como un maldito adolescente de dieciocho años, la perseguí.

Ella no tenía idea de adónde iba, pero por alguna razón, siguió directamente hacia los escombros en Main Street y el hotel de Nikki. Toda la cuadra estaba desolada y en ruinas. ¿Qué diablos había pasado aquí? Sin duda Nikki tenía algo que ver con eso. Ella era otra mujer con un don para atraer problemas, pero no podía preocuparme por ella ahora. Antes lo había dicho en serio. Emilia era mi prioridad. Incluso si ya no quería mi ayuda, todavía me necesitaba.

Llegó a la intersección, pero antes de que su tacón alto tocara el asfalto, le pasé el brazo por la cintura y la levanté. Ella gritó y pateó mientras la llevaba hacia uno de los edificios abandonados, una tienda de dulces que parecía haber estado cerrada por la temporada.

«Suéltame».

«Escúchame primero».

Cuando la bajé, cayó de espaldas sobre la pared de ladrillo rojo, con la respiración

entrecortada y las mejillas rojas. Me miró con enojo, pero después de unos segundos, sus ojos se suavizaron mientras bajaban a mis labios. Al menos todavía teníamos este intenso deseo mutuo. Cerré el espacio entre nosotros y cubrí su boca con la mía.

Con un suspiro, pasó los dedos por mi cabello como lo había hecho la noche anterior cuando me dejó probarla. La besé hasta que la presión en mi pecho disminuyó. Hasta que estuve seguro de que no me dejaría.

«Prométeme que seguirás aquí cuando regrese».

«Vic tiene razón. Solo estoy jugando con tu cabeza. Estoy empeorando las cosas para ti, y no es justo».

«Déjame decidir lo que es justo o no para mí». Le acaricié la mandíbula con el pulgar mientras me perdía en su hermoso rostro, sus mejillas altas, esos labios carnosos ahora rojos por besarme y sus grandes ojos marrones. «Prométemelo. Si algo te pasara, nunca me lo perdonaría».

Ella resopló. «Bien. Ve a ser abogado. Te esperaré».

«¿Estaría exagerando si te pido que esperes en el auto?».

«Sí».

Pasé una mano por mi cabello. «Por supuesto. Solo asegúrate de que Vic pueda verte».

«Está bien».

Presioné mis labios contra su frente y me dirigí hacia el hotel de Nikki. Vic me encontró a mitad de la cuadra y me entregó mi maletín. Su mirada se movió entre Emilia, que se había quedado en la sombra del edificio detrás de mí, y mi rostro.

«Si tienes algo que decir, dilo ahora».

«El día que decidiste volver al bar para verla y luego la llevaste a casa, sellaste su destino. Ahora debes pensar mucho y con detenimiento cómo vas a deshacer todo este desastre. No solo por el bien de ella, sino también por el tuyo».

Mierda. No se equivocaba.

CAPÍTULO 19

Hola, prima

EMILIA

Deberíamos habernos quedado en nuestra habitación de hotel. Me apoyé contra la pared de ladrillos, con el corazón latiendo con fuerza en mis oídos mientras Dom se reunía con Vic una cuadra más allá. ¿Por qué había aceptado esperarlo? Ah, sí, miré con enojo mis manos temblorosas... su beso. Siempre era la misma sensación, como si nuestro contacto pudiera arreglar todo lo que estaba mal en nuestras vidas. Sabía que no podía, pero cada vez que él estaba cerca, no podía evitar esperar que fuera verdad, que el amor pudiera conquistarlo todo.

Vic tenía razón. Esta cosa entre nosotros nos convertía en un objetivo. Solté un suspiro y esperé a que mi necesidad de él se disolviera dentro de mí. ¿Me largaba y lo dejaba en paz? Podría encontrarme con mamá y Jess en Sedona y salir de su vida antes de la cena. No lo diría, pero estaba segura de que el cambio de opinión de Mickey tenía algo que ver conmigo. Pensaba que ahora tenía la sartén por el mango. Dom finalmente había demostrado que tenía algo que perder.

A mí.

Apoyé las manos en las rodillas para recuperar el aliento. ¿Amor? ¿Dom Moretti me amaba? ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía siquiera saberlo? Cerré los ojos con fuerza y me quedé sin aire. Unos brazos largos y delgados me sujetaron contra un cuerpo que no reconocía mientras me ponían una tela de franela oscura sobre la cabeza.

El calor de Arizona y la tela pesada me dejaron sin aire en cuestión de segundos. Abrí la boca para gritar, pero no salió ningún sonido. Cuando pasó el impacto inicial y la adrenalina hizo efecto, moví las piernas en el aire con la esperanza de patear todo lo que pudiera. En cambio, me empujaron hacia el asiento trasero de un auto.

Mi cabeza golpeó la hebilla del cinturón de seguridad y me hice un ovillo. Hasta que supiera qué hacer, necesitaba ahorrar energía y concentrarme en respirar por la nariz. Había pasado los últimos diez años preparándome para este momento. Cómo evitarlo y qué hacer cuando sucediera lo inevitable.

Levi o Mickey me tenían. Ahora descubriría cuánto valía mi vida y qué querían.

Inhalé por la nariz y exhalé por la boca. Sentí un escalofrío en el vientre. Una vez más, había bajado la guardia. La razón era sencilla: cuando Dom estaba cerca, me sentía segura.

Ahora estaba aquí… me habían tomado.

No tenía las manos atadas, lo que significaba que había suficientes hombres en el auto como para mantenerme atada. Puse a prueba el límite de mi libertad cambiando mi peso y sentándome. Nadie me detuvo, así que dejé que mis pies cayeran al suelo del coche para tener más apoyo.

Una buena noticia: solo querían hablar. Moví la mano lentamente, con la palma abierta para

mostrarles que no tenía intención de luchar contra ellos. Cuando me quité el pasamontañas, la cara de Levi apareció a la vista en el asiento detrás de mí. A través de la ventana trasera, vi a Vic, que estaba de pie en medio de la calle con ambas manos en las caderas, mirando cómo se alejaba la camioneta.

«Hola, prima».

«No me llames así». Las cicatrices de mi espalda me picaron. Las imágenes de la última vez que me llamó así parpadearon en mi mente. Me demostró ese día que no éramos familia. «¿Adónde me llevas?».

«Solo a dar una vuelta. Tenemos que hablar».

«Tuviste tu oportunidad ayer. ¿Qué más hay que decir?». El conductor giró a la izquierda y se subió a la 101 en dirección a Phoenix.

«Había cosas que no podía decir delante de tu novio».

«¿Te refieres a tu abogado?».

Miré a Levi a los ojos. Estaba sentado con los hombros encorvados y los brazos apoyados en los muslos. Los guardaespaldas a ambos lados de él, con sus caras serias y ojos molestos, mantenían su atención en la carretera que teníamos delante y detrás de nosotros. Para alguien al tope de su juego, parecía cansado y derrotado.

«¿De verdad él está de tu lado?».

«¿Qué quieres, Levi?». El ácido habitual que se extendía por mi estómago cada vez que pensaba en él se apoderó de mí. Respiré por la nariz de nuevo y reprimí mi ira. «¿Me quieres muerta? Adelante. Terminemos con esto de una vez».

«Nunca quise que tú ni la tía Sofía murieran».

Me tragué las lágrimas. «Ahí es donde tú y yo somos diferentes porque yo sí te quiero muerto. De una forma u otra, pagarás por lo que le hiciste a mi padre».

«¿Por qué demonios volviste? Tu presencia aquí pone en riesgo todo por lo que trabajé tan duro».

«¿Qué…?». Manchas rojas destellaron frente a mí. Me lancé hacia su cuello, arañé y le di puñetazos en la cara hasta que el hombre sentado en el asiento del pasajero me jaló hacia atrás y me empujó de nuevo a mi esquina. «¿Dime por qué trabajaste tan duro?».

Pateé al hombre tratando de mantenerme en mi lugar. Agarró mis muñecas y me envolvió con sus brazos en un fuerte abrazo agresivo. Jadeé en busca de aire mientras lágrimas ardientes corrían por mis mejillas. Levi había asesinado a papá hace diez años, nos había dado por muertas en un charco de la sangre de papá, y ahora estaba aquí exigiendo saber por qué estaba tratando de arruinar su vida. Qué carajo.

«Saliste como si no fuéramos nada, animal».

«Te di una salida. Mis órdenes eran matarlos a todos. Si tu padre no hubiera peleado conmigo en el momento en que entré por la puerta, y si me hubiera dado la oportunidad de explicarme, todos ustedes habrían salido de allí con vida».

Mi rostro palideció cuando la sangre se apoderó de mis dedos de los pies dejándome fría. Busqué entre mis recuerdos de esa noche. Sí, papá había peleado con Levi, pero lo hizo para protegernos. «Apareciste con armas en mano. ¿Qué se suponía que debía hacer él?».

«¿Qué tal confiar en mí? Éramos familia».

«Jess ya nos había dicho que te habían enviado a matar a papá para que pudieras reemplazarlo».

«Podría haberla matado por decir eso. Por hacerlo todo mucho más difícil para todos. No tenía que terminar de esa manera, Emilia». Se frotó una mano en la mejilla, succionando su labio

inferior entre sus dientes.

¿Estaba diciendo la verdad? Me recargué contra la puerta del auto. El panel rozó mis cicatrices donde la piel estaba casi entumecida. «Ella podría haber muerto. Perdido al bebé».

«Nunca dije que era perfecto. Si no me hubieras contado sobre el bebé, probablemente habría… Estaba tan enojado». Cambió su peso y apoyó su brazo en su muslo. ¿Era dolor lo que había en sus ojos?

«¿Jess sabe todo esto?».

«No, por supuesto que no. No podía dejar que ella llevara esa carga. Saber que su familia estaba muerta por su culpa. Que solo escuchó parte de mi conversación con el jefe. Que, aunque me habían enviado para matarlos a todos, nunca fue mi intención hacerlo. Si no hubiera sido por el bebé, ella nunca hubiera intentado nada. Izzy la hizo fuerte».

Asentí. «Saber que ella tuvo algo que ver con todo eso la habría matado con seguridad». Pobre Jess. Si hubiera sabido el desastre que había causado, nunca habría pedido mi ayuda después de verme en el cementerio el día que fui a buscar la tumba de papá.

El auto pasó rápidamente por la autopista. El sonido de los neumáticos en el asfalto liso llenó el silencio entre nosotros. Cuando habló de nuevo, su mirada estaba fija en el paisaje desértico afuera. Lo miró durante tanto tiempo que pensé que se había olvidado de que estaba allí.

«Deseaba tanto una familia. Jess es impulsiva. Deja que sus emociones dicten sus acciones. Para cuando piensa bien las cosas, generalmente es demasiado tarde. Sé que me delató porque te amaba. Ella pensaba que podía salvarte. Estaba tan enojado con ella esa noche. Por culpa de ella, tuve que dispararle a la única persona que creía en mí, pero no tenía elección. Era él o yo. Tenía un plan diferente para tu familia, pero Jess lo arruinó todo. Solo tuve un segundo para decidir, para elegir. Elegí a mi familia. *Mi* familia». Me miró a los ojos. «Hice lo que pude para salvarte».

«Me disparaste por la espalda», le grité.

«Hice que todos creyeran que estabas muerta». Su voz profunda resonó dentro de mí. Las palabras se repetían una y otra vez en mi cabeza como un eco. «¿Por qué crees que el cártel nunca vino a buscarte durante todos estos años que estuviste en Nueva York? Los mantuve alejados de ti. Guardé tu secreto. El guardaespaldas de la tía Sofía era bueno. Hizo bien su trabajo, pero solo tuvo éxito porque tenía mi ayuda».

Siempre me había preguntado cómo el guardaespaldas de mamá había logrado sacarnos de la casa y meternos en la ambulancia sin que nadie se diera cuenta. Por qué nadie vino a buscarnos al hospital. Así que esa fue la razón por la que cuando me presenté a la declaración, Levi estaba impactado, pero no se sorprendió. Sabía que estaba viva, pero nunca pensó que alguna vez tendría el valor de regresar.

«¿Por qué me estás contando esto ahora? ¿Por qué no me lo explicaste todo esa noche?».

«Porque Jess llegó primero a ti. No me diste la oportunidad de decirte que tenía un plan. Sí, el cártel quería al tío Emilio muerto. Y pensaron que yo era el tipo adecuado para el trabajo. Acepté porque era el único que podía ayudar a que te fueras y comenzaras de nuevo en otro lugar. Cuando llegué a tu casa, se desató el infierno. En lugar de tomarme unos días para planificar tu escape, tuve que hacerlo en cuestión de minutos. Vi la oportunidad y la aproveché, esperando que fueras lo suficientemente inteligente para hacer el resto. Lo cual hiciste. Hasta ahora. No deberías haber regresado».

Esta conversación fue surrealista como algo salido de una pesadilla. Todo lo que creía que era verdad era solo a medias. Ni una sola vez consideré que Levi hizo lo que hizo para fingir nuestras muertes. De alguna manera todo tenía sentido. Todo encajaba. Teníamos a alguien que nos ayudaba desde dentro del cártel. Levi nos había estado ayudando todo este tiempo. ¿Cómo, si

no, nos las arreglamos para escondernos de ellos durante tanto tiempo? La respuesta era simple. No sabían que tenían que buscarnos. Levi había guardado nuestro secreto.

Estaba paralizada. Los labios de Levi seguían moviéndose, tenía sus manos en el aire mientras intentaba explicar por qué hizo lo que hizo, pero yo ya no podía escuchar más. Todos estos años, había estado huyendo de un fantasma, de mis propios miedos. Todos estos años, tuve la oportunidad de llevar una vida normal. En cambio, los pasé planeando mi venganza.

«Regresé para matarte».

«Parece que estoy en la lista de cosas por hacer de todos».

«¿Qué significa eso?».

«Últimamente, el cártel no ha estado contento conmigo. Creen que me he vuelto demasiado blando. Y luego, apareces empeñada en vengarte. ¿Qué crees que me harán si descubren que sigues viva? Para colmo, un tipo que parece salido de una película de *El Padrino* aparece en mi puerta y exige mi ayuda. ¿Adivina qué me hará si no te entrego?».

Una carcajada escapó de mis labios. El sonido retumbó en el auto, áspero y rudo, no lo reconocí como mío. «Así que me dices que nunca quisiste hacerme daño a mí ni a mi familia, ¿solo me dices que estás aquí para hacerme daño a mí y a mi familia? ¿De verdad crees que puedes secuestrarme y salirte con la tuya? ¿Qué parte de "regresé para matarte" no entendiste?».

Hizo contacto visual con su chofer y sonrió. «Siempre me agradaste, Emilia. Incluso ahora con las probabilidades en tu contra, todavía crees que puedes ganar. Lo admiro. Tienes unas agallas increíbles. No cometas el mismo error que cometió tu padre. Estoy aquí para ayudarte, pero seamos claros. Si vas contra mí o contra los míos, te dispararé. Y esta vez no fallaré a propósito».

«Ya que estamos siendo claros, no soy una idiota. No estás aquí para ayudarme, no más de lo que estás aquí porque amas a Jess e Izzy. Estás aquí para salvarte a ti mismo».

De repente, entendí por qué Jess había logrado quedarse con él todo este tiempo. Por qué sentía que lo que tenía con él era real y valía la pena luchar por ello. Por qué un día quería dejarlo y al siguiente quería quedarse y resolver las cosas sin importar el miedo que él le infundiera.

Levi era un maestro en torcer la verdad. Incluso ahora, con todo lo que sabía que era capaz de hacer, sus palabras no parecían mentiras. O tal vez necesitaba creerle. Estaba tan cansada de llevar conmigo esta ira. Levi me estaba ofreciendo una salida. Ser libre significaba que no tendría que enviar lejos a Dom. Si él me amaba, ¿por qué no podía amarlo yo también?

Miré por la ventana. La luz del sol brillaba en mi rostro, cálida y brillante. Había vivido en la oscuridad durante tanto tiempo que había perdido la esperanza de que algún día pudiera volver a estar en la luz.

«Podría culpar de todo esto a la impulsividad de Jess, a la incapacidad del tío Emilio de confiar en mí». Las palabras de Levi sonaban tan lejanas y, sin embargo, tan profundas. «¿No fue esa la verdadera razón por la que todos mis planes se fueron al diablo? ¿Por lo que tuve que matarlo?».

«No te atrevas a culpar a papá. Él no apretó el gatillo. Lo hiciste tú. No hagas que esto sea sobre él».

«No lo hago. Eso no es lo que estoy diciendo. El caso es que yo quería esta vida. Quería una familia y una forma de mantenerlos. Realmente mantenerlos. Eso es lo que me puso en este camino. Lo que me llevó a tener que elegir entre mi familia adoptiva y una familia propia». Me miró, dejando que la verdad tocara sus ojos. «Lamento haberte hecho daño».

El gancho que había estado atrapado en el centro de mi corazón durante tanto tiempo se

retorció cuando su punta afilada se deslizó y me dejó sin aliento. Mis mejillas y orejas se pusieron de un rojo intenso. Le creí. Creí que lo sentía. Los destellos de la noche en que mató a papá volvieron a aparecer en mi cabeza, pero los aparté. La ligereza que sentí, el aire llenando mis pulmones era algo que no quería perder de nuevo. Levi me había liberado con su disculpa. Y por primera vez en diez años, la idea del perdón no me parecía tan extraña. El amor no me parecía tan extraño.

Tal vez había una manera de seguir adelante, como lo había hecho mamá, y recuperar el tiempo perdido. Tenía que encontrar una manera de perdonar a Levi. Si pudiera hacer eso, Dom y yo tendríamos una oportunidad. Eso suponiendo que Dom me amara y quisiera quedarse conmigo. Nunca lo había mencionado. Como siempre, me asusté y salí corriendo. Ya no quería hacer eso. Había terminado de correr.

«¿Por qué estoy aquí?», pregunté.

«Porque necesitas desaparecer de nuevo».

CAPÍTULO 20

Entonces, también te dijeron que no fanfarroneo

DOM

Dejé que la puerta principal del hotel se cerrara detrás de mí. Nikki tenía un montón de problemas que resolver. Aunque no había mucho que pudiera hacer por ella en ese aspecto. Yo tenía mis propias cosas con las que lidiar.

Vic esperaba al final de la cuadra. Su mirada sombría hizo que mi pulso se acelerara. ¿Y ahora qué?

«Dilo. Rápido». Miré a izquierda y derecha. Emilia no estaba por ningún lado.

«Levi la tiene».

«¿Y me lo estás diciendo ahora?».

«Tenías asuntos que atender. No creo que él quiera hacerle daño».

Se apartó de la pared y se dirigió hacia el auto.

«¿No crees? ¿Estás bromeando?».

«Si la quisiera muerta, ya estaría muerta. Entra. Están de camino a Phoenix».

Cuando Vic sugirió que espiáramos a Emilia, dudé porque era una invasión a su privacidad, pero como Vic había dicho, ella podía perdonarme por esto. Que me mataran, no tanto. Nunca imaginé que intervenir su teléfono nos serviría tan pronto. Me subí al asiento trasero y dejé caer la cabeza hacia atrás.

Por favor. Ella no.

Vic se incorporó a la 101. El motor cambió de marchas sucesivamente mientras él presionaba la camioneta para acelerar. Iba rápido, pero no a toda velocidad como yo necesitaba.

«¿Dónde está ella ahora?». Me froté la cara.

Miró su computadora portátil encajada en el asiento del pasajero.

«Están a unos pocos kilómetros de la ciudad».

Respiré profundamente. Tenía que considerar este caso como cualquier otro. Si dejaba que mis sentimientos por Emilia se interpusieran, ella podría no sobrevivir. Mis sentimientos... después de todo este tiempo, Emilia finalmente sabía la verdad. Ella sabía que estaba enamorado de ella.

«Llévame directo a ella».

«Seguro. ¿Y luego qué? En algún momento, tienes que sacar la cabeza de tu trasero y hacer lo correcto».

«Estoy haciendo lo correcto».

¿Cometí un error al volver al bar para verla? Sí. ¿Estaría más segura si la dejaba ir ahora? De ninguna manera. No me importaba lo que pensaran Vic o Mickey. Emilia me pertenecía. Levi no tenía interés en hacerle daño, pero al igual que Mickey, Levi solo quería una moneda de cambio.

Sería idiota si no leyera entre líneas. Vic había intentado advertirme. Mickey se estaba preparando para hacer su movimiento. Yo también sabía cuál sería el ultimátum: que volviera a casa o se aseguraría de que Emilia no pudiera ver otro amanecer. Por supuesto, sería más que eso. Le haría ver que todo era culpa mía. Moriría sabiendo que mi amor la había matado. Tenía que encontrarla.

Cuando Vic pasó zumbando por la salida del hotel, cerré los puños, forzando la respiración.

«¿Sabes dónde está ahora?».

«Parece que se está llevando a Emilia a su oficina».

«Por supuesto. La necesita para detener los trámites de su divorcio». El ácido revoloteó en la boca de mi estómago. Si la hubiera querido muerta, ya lo estaría. Me lo repetí una y otra vez en la cabeza. Busqué debajo del asiento, saqué mi pistola y revisé el cartucho.

«¿Vas armado? Pensé que ya habías terminado con eso».

En el espejo retrovisor, sus ojos se arrugaron en las esquinas.

«Levi no me dejó otra opción. Si está pensando en usar a Emilia como moneda de cambio con Mickey, se está complicando. Emilia vendrá conmigo hoy, de una forma u otra».

Por una vez, Vic no discutió conmigo y en cambio pisó el acelerador con más urgencia que antes. Incluso si Levi necesitaba a Emilia viva, seguía sin ser uno de los buenos. Llegamos al frente de su edificio, pero Emilia no estaba allí. Esperaba ver uno de los autos de Levi, pero la calle estaba vacía. Salí y corrí adentro para comprobarlo con el guardia de seguridad.

Forcé un paso más corto y esbocé una sonrisa cuando el guardia hizo contacto visual conmigo.

«¿En qué puedo ayudarle?», preguntó.

«He venido a ver a la Srita. Prado. ¿Podría avisarle que estoy aquí?».

«Por supuesto. ¿Nombre?». Agarró el teléfono. Después de buscar su extensión, marcó y esperó.

«Dom Moretti».

«Tengo un Sr. Moretti aquí para la Srita. Prado». Asintió un par de veces antes de decir un rápido gracias y un adiós.

«La Srita. Prado aún no ha llegado. Puede llamar a su línea directa y dejar un mensaje».

«Gracias. Lo haré». Me di la vuelta y di grandes zancadas de vuelta al coche. «No está aquí», le dije a Vic cuando sus cejas se alzaron en señal de interrogación.

«Actualicé la aplicación. Esta fue su última ubicación. No aparece nada más. Como si hubiéramos perdido la señal o algo así».

«¿Hace cuánto tiempo fue eso?», pregunté.

«Unos cuarenta minutos».

Golpeé con la mano el capó del coche. Cuarenta minutos era mucho tiempo. Podrían estar en cualquier parte. Maldita sea. Deberíamos habernos quedado en nuestra habitación de hotel esta mañana. ¿Dónde podría estar? Si vinieron aquí, Emilia nunca entró al edificio. El guardia de seguridad había dicho que aún no había llegado, lo que significaba que no había entrado en absoluto.

Vic presionó algunas teclas en su computadora portátil antes de reiniciar su sistema. «Tal vez hay un problema técnico o algo así. Esos chips pueden tener errores». Se rió de su propio chiste, luego se detuvo cuando lo fulminé con la mirada.

«Espera. ¿Podría ser que esté en algún lugar donde la señal es limitada? ¿Como un garaje?».

«Puede que tengas razón». Sacó un mapa del centro y puso una chincheta en todos los garajes cercanos. «Uno de los garajes donde ella estaciona su auto está a menos de un kilómetro

de distancia.

Me subí al asiento del pasajero. «Vamos a echarle un vistazo».

La sangre caliente bombeaba en mis oídos mientras entrábamos en los pisos subterráneos del estacionamiento. No teníamos ninguna razón para asumir que Levi había traído a Emilia aquí, pero ¿qué teníamos que perder? No había otro lugar donde buscar, excepto el hotel.

«Haremos un recorrido rápido y luego regresaremos a la suite».

«Está bien. Me alegra ver que estás usando tu cabeza de nuevo».

Tenía que concentrarme en la tarea en cuestión porque si dejaba que mi mente volara, se me ocurrirían cien y una formas de hacer que Levi se sintiera herido por llevarse a Emilia de esta manera. ¿Estaría asustada? ¿Se preguntaría dónde estaba yo? ¿Si sabría cómo llegar a ella? Cerré mi mano en un puño y la golpeé contra la puerta del auto.

En la última curva que conducía al piso inferior del garaje, vi los largos rizos de Emilia, rebotando por todos lados. Vic dejó que el auto se detuviera mientras los cuatro hombres de Levi se giraban hacia nosotros. Entrecerrando los ojos para ver a través de los puntos rojos en mi visión, salté del auto con un agarre mortal en mi arma detrás de mi espalda. Uno de los hombres sostenía a Emilia por la cintura mientras Levi se limpiaba la boca. Cualquiera que fueran los planes que tenía para Emilia, ella lo estaba haciendo sufrir. No esperaba menos. Lo que también debería haber esperado era que me superarían en armamento en este escenario, pero no me detuve a medir nuestras pollas. Antes de que ninguno de los hombres pudiera reaccionar, le di un puñetazo a uno en la garganta y luego en el hígado. Mientras se recuperaba del impacto, le puse una llave de cabeza y le disparé al siguiente tipo en el pie.

¿Qué tal? Fue como andar en moto. En perfecta sincronización, los dos últimos hombres se movieron para proteger a Levi, usando a Emilia como escudo humano, con las armas en la mano. Por una fracción de segundo, consideré dispararle al tipo que sujetaba a Emilia por la cintura. Tenía el ángulo y la puntería. Todo lo que necesitaba hacer era apretar el gatillo.

Quería hacerlo. Quería salvarla.

No me importaba haber pasado los últimos cinco años de mi vida tratando de perdonarme por la vida que arrebaté. No me importaba que, si lo mataba, me convertiría en lo que Mickey quería que fuera, y todo lo que había odiado de mí durante tanto tiempo. La mirada en el rostro de Emilia me hizo hacer una segunda pausa. El sudor corría por mi espalda mientras mi dedo se cernía sobre el gatillo, rígido y entumecido.

La adrenalina corría por mi cuerpo, dándome toda la claridad que necesitaba. En mi visión periférica, el tipo al que disparé yacía en el suelo, deslizándose de regreso hacia su grupo. El hombre que estaba bajo mi agarre se quedó quieto, su corazón latía con fuerza contra su placa pectoral y mi antebrazo.

Miré a Emilia a los ojos y ella negó con la cabeza una vez. «Es mejor si voy con él».

«No, no lo es. Vas a venir conmigo».

«Dom, no puedes ir contra el cártel».

Ella tenía razón. No podía ir contra ellos, excepto que esto no tuviera nada que ver con el cártel. De lo contrario, Levi tendría más de cuatro guardaespaldas con él. No, este era un cabo suelto que Levi quería resolver por su cuenta.

«Déjala ir. No es una amenaza para ti».

«Sé que no lo es, pero tu familia insiste en que puede serlo. No voy a hacer el ridículo con mi jefe».

Así que ese era el gran favor que Mickey le había ofrecido a Levi. Si Levi le seguía el juego, Mickey no le diría al cártel que Emilia y su madre todavía estaban vivas.

«No, no puedo imaginar que Emilia aparezca después de que la hayas matado, eso se vería bien en tu currículum de chico malo. Si la lastimas, responderás ante mí».

La risa de Levi resonó contra las paredes de concreto. «Me dijeron que dirías eso».

«Entonces, también te dijeron que no fanfarroneo». La mirada de Levi se desvió de Vic, que estaba sentado en la camioneta detrás de mí, a Emilia, que no podía quitarme los ojos de encima. No podía saber si estaba enojada conmigo por haber aparecido o si estaba agradecida. Y, honestamente, no me importaba. Solo quería que saliera de este lugar con vida.

Después de lo que pareció una vida entera, Levi asintió y el hombre que sujetaba a Emilia aflojó su agarre.

«Camina», ordenó.

«Entra al auto, Emilia». Mantuve mis ojos en Levi y mi arma en el hombre al que hace unos minutos casi había matado de un disparo. Dedos helados se apoderaron de mi corazón. Había llegado a la conclusión de que necesitaba morir demasiado fácilmente. Resolver el problema, apretar el gatillo... todo me había resultado demasiado fácil. ¿Era esto lo que Vic temía que pasara si Emilia se quedaba?

Emilia sostuvo mi mirada por un momento. Con un último vistazo hacia atrás a Levi, corrió hacia el auto. La adrenalina que bombeaba a través de mí se disipó y me dejó cubierto de sudor frío.

«Retírense», les dijo Levi a sus hombres antes de encontrarse con mi mirada. «Asegúrate de que se mantenga alejada. Y si yo fuera tú, mantendría a tu perro con una correa más corta».

«Olvídate de Emilia y su familia». Solté a su hombre y retrocedí hacia el auto.

«He estado intentándolo. ¿Qué tal si le dices a tu papá que se olvide de ella?», gritó detrás de mí.

Cerré la puerta de un portazo y acallé las palabras de Levi mientras su figura se hacía más pequeña frente a nosotros. Vic no se molestó en dar la vuelta al auto. Salió marcha atrás hasta que estuvimos dos pisos más arriba. Dejé mi arma debajo del asiento del auto y me incliné hacia atrás, frotando mis manos frías en mis mejillas.

A mi lado, Emilia me miraba de reojo. No podía voltear a verla. Si me tenía miedo después de esa demostración, no sabía qué haría. Después de un largo rato, se recostó en el costado de su asiento y miró por la ventana mientras Vic se incorporaba a la autopista.

Quería decirle que nos íbamos a casa, pero ¿qué lugar sería? ¿El hotel? ¿La cabaña de su madre en Sedona? ¿Nueva York? Mi interior se retorció ante la idea de que se fuera para siempre. No estaba listo para dejarla ir. Tenía que haber otra salida. Una salida que no incluyera que estuviéramos separados. La gran suposición aquí era que Emilia quería lo mismo.

Exhalé y me volví para mirarla. Mantuvo su atención en los edificios a lo largo de la autopista por un momento antes de volverse hacia mí. Algo se desplegó en mi pecho cuando sus ojos no mostraron miedo o incluso ira. La suavidad que encontré allí era algo completamente diferente. Luché contra el impulso de abrazarla y besarla. Si lo hacía, no podría detenerme. Le di una mirada rápida a Vic, quien solo negó con la cabeza.

«Gracias», susurró Emilia.

«No debería haberte dejado sola».

Alcancé su mano, pero ella se apartó y cambió su peso en el asiento.

«Bajé la guardia. Fue estúpido. Debería haberlo visto venir».

«No digas eso. Debería haber estado allí para ti».

Escudriñé su rostro.

Incluso después de la terrible experiencia por la que había pasado, no se derrumbaba de

miedo. No había lágrimas en sus ojos. Aunque podía notar que había estado llorando, no estaba llena de rabia como antes, cuando Levi dejó mi oficina. Esta vez era diferente. Parecía en paz. ¿Qué diablos le pasó en las dos horas que estuvo fuera? Si Levi quería algo de ella, ¿por qué no lo pidió cuando Emilia lo confrontó?

«¿Quieres volver al hotel conmigo?», solté. No podía soportar el silencio. No podía soportar la idea de que Levi la convenciera de que yo era el monstruo al que debía temer. Me froté las manos en los pantalones. ¿Se había dado cuenta finalmente de que yo era la razón por la que su problema con Levi seguía volviendo? Que tenía razón cuando estábamos en la universidad. Era mejor que se mantuviera alejada de mí. Necesitaba dejarla ir antes de lastimarla.

«Tengo que hacerlo». Puso una mano cálida en mi mejilla, con un atisbo de sonrisa en sus labios. «Todas mis cosas están ahí».

«Sabes a qué me refiero». *Quédate conmigo*. Puse sus dedos en mi rostro y los llevé a mi boca. Besé las puntas mientras el deseo habitual revoloteaba debajo de mi ombligo.

Se inclinó hacia mí, sus ojos suaves y serenos. Exhaló como lo había hecho la noche anterior y esta mañana justo antes de entregarse a mí. Excepto que esta vez, apartó su mano.

«Sé lo que quieres decir, pero tenemos que hablar».

Y allí estaba, el típico, *pero*.

CAPÍTULO 21

Perdonar, hogar, amor

EMILIA

La puerta de la suite se abrió con un clic y Dom la sostuvo con el brazo extendido para dejarme entrar. Mantuve mi mirada fija en él, buscando en su rostro esos ojos color obsidiana que aparecieron cuando los hombres de Levi me tenían bajo control. Todo lo que podía pensar en ese momento era que Dom me había encontrado. Un millón de mariposas revolotearon en mi pecho cuando su todoterreno giró en la curva y se detuvo de golpe a unos pocos metros de mí. Dom se movió tan rápido que no estaba segura de lo que había sucedido hasta que uno de los guardaespaldas cayó al suelo. En el mismo momento, el tipo que estaba parado a mi lado enganchó su brazo alrededor de mi cuello y me dejó sin aliento. Ese fue el momento en que lo vi. La pistola de Dom apuntaba a unos centímetros de mi sien, mientras Dom tenía su escudo humano en un agarre de fuerza. Durante un largo segundo, estuve segura de que apretaría el gatillo. Le había disparado al otro hombre con tanta facilidad. Cada movimiento había sido suave y controlado como si lo hubiera hecho un millón de veces antes. Había luchado contra las lágrimas porque lo último que necesitaba era una mujer histérica, pero por dentro lloraba por él. ¿Cuántas veces había tenido que luchar así para que la memoria muscular se instalara?

Dejó escapar un largo suspiro, cerró la puerta y echó el pestillo. «Nunca debes tenerme miedo».

Me arrastré hacia atrás para mirarlo mejor, toda su figura. Sus ojos mostraban algo diferente. Había una dulzura en ellos. Una pasión que me resultó familiar porque yo también la sentía.

«Me parece que eres tú el que tiene miedo».

«Ya no». Cerró el espacio entre nosotros y capturó mi boca.

Teníamos tanto de qué hablar. Pero en el momento en que sus labios tocaron los míos, la determinación que había encontrado en el auto de mantenerme alejada de él hasta que hubiéramos hablado las cosas, se fue por la ventana.

«No puedo pensar cuando estás cerca», dije entre respiraciones.

«Podemos pensar más tarde. Ahora mismo, te necesito».

Con dedos hábiles, desabrochó la parte superior de mi vestido antes de bajarlo y dejarlo caer a mis pies. Extendió la mano y desabrochó mi sujetador. Amasó ambos pechos, chupando uno y luego el otro. Esta mañana y el tiempo que pasamos juntos parecían haber pasado una vida. Lo había extrañado, su olor, su fuerza, su cuerpo.

«Quítatela». Deslicé mis manos debajo de su chaqueta y la empujé fuera de sus hombros.

Agarrándome las caderas, me hizo caminar hacia atrás hasta que me inmovilizó contra la pared. Sus dientes rozaron el punto blando detrás de mi oreja mientras se quitaba la camisa de vestir y luego, la camiseta interior. El cuero brillante de su cinturón en contraste con su torso

bronceado y musculoso envió una ráfaga de adrenalina al punto dolorido entre mis piernas. Pasé mis manos desde su pecho hasta la línea en V que se asomaba desde la cinturilla de sus pantalones. Dios, el hombre era hermoso.

Una sonrisa maliciosa tiró de sus labios. Se inclinó para susurrarme al oído. «Sé que dije que podías hacer lo que quisieras conmigo, pero ahora mismo necesito estar dentro de ti».

Suspiré y me giró para que quedara de cara a la pared. Su cinturón tintineó juguetonamente, frío y duro contra mi piel desnuda mientras lo desabrochaba con urgencia para liberar su erección. Las suaves ranuras del papel tapiz sedoso rozaron mis pezones y mi cara, pero no me atreví a moverme. Me quedé justo donde él quería. Haría cualquier cosa para que terminara lo que había empezado. Ahuecó y amasó mis nalgas mientras frotaba su pene contra el encaje de mi ropa interior. Lo único que me separaba de él.

No podía soportarlo más. «Ahora, Dom».

Su toque se desvaneció. No podía moverme. En cambio, esperé con una paciencia, que no sentía, mientras abría el envoltorio del condón. «Eres tan jodidamente hermosa». Deslizó su antebrazo por mi espalda y apartó mi cabello, dejándolo caer en cascada sobre mi costado derecho. Su boca fría rozó mi columna y sobre mis cicatrices. Me quitó las bragas y luego entró en mí con una fuerza que me hizo jadear su nombre. Un par de embestidas fueron suficientes para mí. Me apreté contra él, sintiendo lo duro que estaba para mí. Solté un suspiro y esperé mi liberación.

«Todavía no». Jadeó con su aliento caliente y pesado en mi hombro. Después de un largo segundo, agarró mi cadera con una mano para calmarme mientras la otra se deslizaba desde mi espalda baja hasta el centro, donde dibujó pequeños círculos a lo largo de la piel arrugada grabada en mi espalda. Siguió sus dedos con besos húmedos, mordisqueando y chupando a medida que avanzaba. «Nuestra piel muestra dónde hemos estado, pero no puede decirnos quiénes elegimos ser».

«Creo que ahora lo entiendo». Me lamí el sudor del labio superior y gemí cuando meció sus caderas contra mí. El calor que aún persistía en mi interior casi me dolía. Me estremecí contra su piel cálida y me entregué a él.

La ternura de su tacto, el calor de su piel, el roce de su lengua sobre mis cicatrices... todo gritaba una sola palabra en mi cabeza.

Perdonar.

Una vez más, la idea de perdonar, olvidar el pasado y seguir adelante con mi vida me resultó fácil. Parecía la única respuesta.

«Te amo», dijo, y mi cuerpo se tensó. Mi propia memoria muscular. Pasó un brazo por mi cintura mientras me presionaba contra la pared con el otro. «No vuelvas a escaparte. Por favor».

«No lo haré. Simplemente no es lo que esperaba que dijeras ahora mismo». Respiré profundamente, inhalando su aroma, sintiendo su fuerza a mi alrededor y su pene duro dentro de mí. La urgencia de emprender el vuelo se disolvió lentamente y me relajé en sus brazos nuevamente.

Enterraba su rostro en el hueco entre mi cuello y mi hombro y embestía de nuevo. Esta vez no se contuvo. Con las palmas de las manos presionadas contra la pared, apoyé la frente en las muñecas y me permití imaginar una vida, un futuro con este hombre increíblemente hermoso, que no hacía ni dos horas había arriesgado su vida para rescatarme porque me amaba.

«Dom», suspiré, repitiendo su nombre.

«Estoy aquí». Rozó su mejilla sudorosa contra la mía y besó la comisura de mi labio. Sus caderas continuaron su baile sincronizado. Con cada embestida, llegaba más profundo dentro de

mí, más allá del punto que me hacía querer gritar su nombre. Colocó una gran mano sobre mi corazón y me incliné hacia ella, cediendo, convirtiéndome en un charco de deseo en sus brazos.

La presión en mi centro aumentó y cedí a eso también, dejando que Dom tomara el control. No quería correr más. Quería esto. Lo quería a él. Mi ritmo cardíaco se disparó, fuerte y rápido. Ahogó la retahíla de maldiciones de Dom y la mía mientras ambos encontrábamos nuestra liberación. El calor de su cuerpo, o tal vez era el mío, se extendió desde mis orejas hasta los dedos de los pies. Después de unos pocos latidos más, la unidad de aire acondicionado se apiadó de nosotros y finalmente se encendió, soplando aire frío en nuestras caras. Dom me soltó. Me giré para mirarlo, pero en lugar de eso, me deslicé lentamente por la pared, hasta el suelo.

«No puedo sentir mis piernas».

Con una risa ronca, se inclinó y me abrazó. «Vamos, la cama es más cómoda».

«¿Quizás la próxima vez empecemos desde ahí?».

«Puedo trabajar en eso». Se abrió paso por la sala y me acostó en mi lado de la cama. Sacudió la cabeza con una amplia sonrisa en su rostro y se agachó para quitarme los tacones altos. Ni siquiera había pensado en quitármelos antes. Sí, mi cabeza se nublaba cada vez que me besaba como si fuera la última persona en la tierra. «Si no te quitas estos zapatos, es posible que no podamos tener esa charla que prometiste».

«Claro». Me acerqué a la cama y me metí debajo de las sábanas. Ahora que el resplandor del sexo había disminuido, el aire acondicionado era demasiado para mí. O tal vez los escalofríos tenían más que ver con los nervios que con la baja temperatura corporal. «Voy a necesitar un minuto para ordenar mis pensamientos».

«Tómate tu tiempo». Caminó tranquilamente alrededor de la cama. El colchón se hundió bajo su peso mientras se sentaba para quitarse los zapatos y los calcetines. Cuando se levantó, se bajó la cremallera de los pantalones, los dejó caer al suelo y se metió en la cama conmigo. No importaba que todavía fuera de día. Al igual que él, no quería salir de esa habitación ni de la cama.

«Deberíamos ordenar algo de comer». Cogió el auricular. «¿Qué se te antoja? ¿Sushi?».

«Suena bien». Me di la vuelta y le pasé la mano por el estómago mientras hacía un pedido al conserje. «No puedes esperar que dejen todo para traerte comida». Me reí.

«Tienen gente para eso». Dejó el teléfono en su base y cambió de posición para mirarme. «¿Estás bien? Quiero decir, ¿quieres hablar de lo que pasó?».

Me tragué el nudo que tenía en la garganta. «Se disculpó».

«¿En serio?». Se quedó con la boca abierta. «¿Qué dijo?».

«Solo que lamentaba haberme hecho daño». Oírme decir esas palabras en voz alta liberó otra parte que había estado latente dentro de mí. «Quiero perdonarlo».

«Es un buen comienzo». Me ahuecó la cara y me dedicó una sonrisa divertida. «Pero si se disculpó, ¿por qué le estabas echando pleito cuando Vic y yo llegamos?».

«Perdí la paciencia».

«Sí, me di cuenta. Pero, ¿por qué?». Se sentó en la cama, con el ceño fruncido.

Sentí un calor que me subió a las mejillas. Durante diez años, había pasado mi vida haciendo lo correcto, dejando que mamá me dijera qué hacer porque esa era la única manera de seguir con vida. Justo cuando pensaba que estaba recuperando mi vida, Levi me informaba que necesitaba desaparecer de nuevo.

«No puedo seguir huyendo. No lo haré».

«Lo sé. Te lo prometo, ya no tienes que esconderte más».

«Eso es exactamente lo que Levi quiere que haga. Si lo quiero fuera de mi vida para siempre,

tengo que regresar a Nueva York».

«Ya veo». Se frotó la sexy barba incipiente de la mejilla. «Es malo para el negocio cuando las personas a las que te pidieron que mataras aparecen vivas en tu puerta».

«Eso es exactamente lo que dijo».

«No es una mala idea. Nueva York puede ser tu hogar».

Me mordí el labio y lo miré fijamente. ¿De verdad no lo entendía? *Esta* era mi casa. Levi era el que debía estar escondiéndose y huyendo del cártel, no yo. Había regresado solo unos pocos meses, pero de alguna manera sentía que nunca me había ido. Tenía una casa, un trabajo. Y Dom estaba aquí.

«Entonces, ¿estarías bien si me voy de la ciudad?».

«Por supuesto que no. Quise decir lo que dije antes. Te amo. No espero que sientas lo mismo. Todo lo que pido es que no huyas de mí. Por loco que parezca, me gustaría tal vez... no sé».

«¿Hacer planes?».

«Sí». Sonrió. «Me gustaría hacer planes contigo si eso es lo que quieres».

«Lo deseo mucho».

Se inclinó y me besó. El deseo se desplegó en mi vientre y bajó hasta mi núcleo. Lo aparté. Necesitábamos pensar un poco ahora. Esta cosa con Levi me había dejado sintiéndome perdida. Necesitaba un plan para volver a aterrizarme.

«Nueva York no es una opción».

«Lo mismo digo». Se sentó y se apoyó contra la cabecera, con la mirada en el techo del dormitorio. «No puedo volver allí. Demasiados recuerdos. Demasiadas... tentaciones». Se presionó la palma de la mano contra el ojo. «No como tú. Sino del tipo malo».

«La situación en el estacionamiento te trajo recuerdos, ¿verdad?».

Sacudió la cabeza. «Fue más que eso. Una vez que pude dejar de lado el hecho de que eras tú, de que tu vida estaba en juego, el trabajo fue fácil. Pude ver lo que tenía que hacer. Y cómo».

Me levantó una ceja, su mirada intensa y enfocada en la mía como si tratara de leer mis pensamientos o ver si mis próximas palabras eran la verdad. La mirada en sus ojos cuando casi le disparó al guardaespaldas de Levi fue un impacto para mí, pero en realidad no una sorpresa. Entendí bien lo que pasó por su mente porque había visto a papá hacer lo mismo muchas veces. Si Mickey lo crió y lo entrenó para ser su mano derecha, era normal que volviera a lo que sabía cuando se enfrentara a un escenario similar.

No era idiota. La reacción de asesino entrenado de Dom fue exactamente lo que nos sacó de ese lío hoy. Algunas cosas eran difíciles de desaprender. ¿Debería tenerle miedo? Absolutamente. Cada fibra en mí decía que debía. ¿Pero lo tenía?

Ni un poco.

«Lo sé. Fuiste por mí». Puse una mano en su mejilla. Sonreí y la presión en mi pecho se alivió.

«Siempre. No hay mucho que no haría por ti. Espero que lo sepas».

«Lo sé».

«Nunca haría nada que te hiciera daño».

«También lo sé». Y esa era la verdad. Exhalé y él también. «Así que los dos ya estamos aquí y queremos quedarnos. ¿Por qué tenemos que ser nosotros los que nos tengamos que ir? ¿Solo porque Levi no tiene las agallas para decirle a su jefe lo que hizo, o no hizo hace diez años?». Mi lógica era, en el mejor de los casos, infantil, pero Levi me debía esto.

«Lo sé. No es justo que después de todo este tiempo, seas tú quien tenga que irse de nuevo. Pensaré en algo. Mereces ir a tu hogar».

Hogar.

«Mmmm… hogar… me gusta cómo suena eso». Me quité las sábanas y pegué mi cuerpo al suyo.

«Si terminamos de hablar...», se lamió los labios y se deslizó hacia abajo para capturar mi boca, «creo que deberíamos probar esa idea tuya de sexo en la cama».

Solté una risa. «No sé en qué estaba pensando antes. Cualquier lugar está bien para mí. Siempre que sea contigo».

Lo besé, empujando mi lengua más allá de sus labios, saboreándolo. Frotó su erección en la parte exterior de mi muslo, y un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Con una risita, giró su cuerpo para alcanzar sus pantalones en el suelo y sacó un condón de su billetera. Cada músculo de su torso se flexionó y cortó bajo su piel mientras buscaba torpemente su ropa. Cuando regresó a mí, nuestras bocas se conectaron de nuevo, nuestro beso resultó urgente y desesperado.

Amor.

Sus labios sobre los míos susurraban la palabra una y otra vez, aunque Dom nunca pronunció una sola palabra.

CAPÍTULO 22

¿La reunión a la que nos colaremos es esta noche?

DOM

Me sequé el pelo con una toalla, admirando las largas piernas de Emilia que sobresalían de debajo de las sábanas y su pelo esparcido sobre mi almohada. Esos eran los detalles sobre los que siempre me preguntaba cuando estábamos en la universidad. Cuando pensaba que me odiaba. Me quedé despierto demasiadas noches tratando de imaginar esa misma escena. ¿Dormía desnuda? ¿De lado o boca abajo? ¿Cuál era su bebida favorita? ¿Y por qué demonios desconfiaba tanto? Ahora sabía todo eso sobre ella... y mucho más. Tracé el contorno de su cadera debajo de las sábanas y ella abrazó su almohada con más fuerza.

Un golpe en la puerta interrumpió mi concentración en ella. Maldita sea. Me gustaría pasar unos minutos sin interrupciones ni fantasmas de nuestras vidas anteriores asomando sus feas cabezas, donde pudiéramos pasar todo el día en la cama. Arrojé la toalla en la silla y agarré un par de pantalones deportivos del cajón. Anoche nos habían traído nuestra cena de sushi a la gran suite, así que decidimos mudarnos de nuevo. Vic se quedó en la habitación del otro lado del pasillo y había mucha seguridad. Por ahora, estábamos a salvo aquí. Un día, pronto, esta sensación de seguridad se volvería permanente.

«Servicio de habitaciones», llamó una voz masculina desde el otro lado de la puerta.

Salí a la sala de estar, pasé por el sofá donde Emilia y yo habíamos visto una película y nos habíamos besado antes de encontrar el camino de regreso a mi dormitorio. Con una sonrisa, miré por la mirilla. Un hombre estaba allí con el uniforme del hotel vigilando nuestro desayuno. Abrí la puerta y lo dejé entrar.

Mientras preparaba el bufé en la cocina, me senté a la cabecera de la mesa y encendí mi computadora portátil. Tenía casos que no podían esperar más. Saqué mi teléfono móvil de prepago de mi bolso de computadora, ejecuté la aplicación de codificación y lo conecté a mi computadora portátil. La última vez que revisé los anuncios en la red profunda fue el día que descubrí que Emilia estaba en problemas con el cártel local. Por costumbre, había colocado un rastreador en los anuncios que tenían que ver con ella.

«¿Sería todo, señor Moretti?». El empleado del hotel me entregó la cuenta. «Espero que las flores sean de su agrado. Las peonías son difíciles de encontrar en esta época del año».

«Eres bueno». Agregué una cantidad extra a la propina por la molestia y le entregué la cuenta. «Gracias».

En el momento en que cerró la puerta principal, Emilia salió del dormitorio. «Escuché voces».

«El desayuno está listo».

«Oh, bien. Me muero de hambre». Salió de la habitación, envuelta en una bata de baño de

felpa, descalza y con el cabello mojado.

Era toda una visión.

Fue directamente a la jarra de café y sirvió dos tazas, agregando crema a la mía y azúcar a la suya.

«Te acordaste», dije cuando dejó el café en la mesa. Fue a sentarse en la silla contigua a la mía, pero la atraje hacia mí para que se sentara en mi regazo. «Hueles bien».

«Tú también». Me rodeó la espalda con el brazo y bajó la mirada hasta mi pecho. Era bueno para mi ego. Apreté su muslo y besé sus labios.

Mi teléfono sonó con un nuevo mensaje. Miré a mi alrededor para asegurarme de haber oído bien. Y ahí estaba, un nuevo mensaje de Nikki.

«No hay forma de escapar del mundo real, ¿no?». Se puso de pie. «¿Son para mí?».

Mi cara y mis orejas se pusieron calientes. Había sentido que comprarle flores era lo que había que hacer. Ahora no estaba tan seguro. ¿Me estaba esforzando demasiado? «Sí. Sé que las peonías son tus favoritas».

Sus ojos se suavizaron. «Gracias. Están increíbles. ¿Cómo lo supiste?».

«Me senté detrás de ti en la clase de ética, ¿recuerdas? Siempre podía saber cuándo te aburría el material. Te sentabas allí y dibujabas peonías. Incluso tenías un bolígrafo rosa para colorearlas».

«Así es». Pasó los dedos sobre una de las flores y se la llevó a la nariz. «No pensé que te hubieras dado cuenta».

«Me fijé en todo de ti. Sobre todo, en la forma en que tu bien formado trasero se convertía en un corazón invertido perfecto cada vez que te inclinabas hacia delante en tu asiento». Eso me hizo reír. Un sonido dulce al que no me importaba engancharme.

«Eres imposible». Inspeccionó cada plato que el mesero nos había preparado. «Guau, ¿cuánta gente va a venir a desayunar?».

«No sabía qué te gustaba para desayunar. La última vez no comiste nada».

«Por lo general, me quedo con las proteínas, pero esta tostada francesa me está haciendo ojitos». Tomó la tostada pegajosa con los dedos y la dejó caer en un plato. De camino a la mesa, se lamió los dedos y mi pene se estremeció.

Mi teléfono volvió a sonar. Dios. Aparté la mirada de Emilia y abrí la aplicación de mensajes para leer el mensaje de Nikki. Necesitaba hablar conmigo.

«¿Te importa si devuelvo esta llamada?», le pregunté a Emilia, que me miraba con expectación. Sin duda, pensaba que se trataba de ella. Un día, no tendría que estar siempre en guardia. Era una promesa. «Es trabajo».

«Claro. Necesito tomar cafeína antes de poder funcionar». Con su gracia habitual, colocó una servilleta en su regazo y bebió un sorbo de café.

Aparté la mirada de ella y marqué el número de Nikki. Ella contestó al primer timbre.

«Dom. Gracias».

«Todavía no he hecho nada, muñeca». Me reí entre dientes. «¿Cómo va el nuevo pretendiente?».

«Ni siquiera puedo con esto». El aire crujió en el altavoz. «Lamento seguir llamando, pero realmente necesito tu ayuda».

«No te preocupes. ¿Qué necesitas?». Miré a Emilia, que, por alguna razón, tenía dificultad para cortar sus tostadas francesas. ¿Estaba celosa? Oh, sí, esta mujer era buena para mi ego.

Nikki habló rápido, como siempre lo hacía, dando todos los detalles de lo que le estaba pasando. Aparentemente, había encontrado un testigo que podría sacar a su hermana de la cárcel.

Solo que la había extraviado y necesitaba mi ayuda para encontrarla. Un trabajo fácil. Ojalá la situación de Emilia fuera así de fácil.

«Veré qué puedo encontrar por mi parte. Me mantendré en contacto». Presioné el botón de colgar y dejé el teléfono sobre la mesa antes de centrar mi atención en Emilia. «Ella le hizo un favor a mi amigo Cole. Se lo debemos. Además, es una amiga».

«Esta chica Nikki parece ser un imán para los problemas». Dio un mordisco a sus huevos.

«¿Te recuerda a alguien?». Me puse de pie y fui a prepararme un plato. Después del entrenamiento de anoche, necesitaba una gran comida.

«¿Te refieres a mí?».

«Sí. A ti». Dejé mi plato y giré la pantalla de mi portátil hacia ella.

«¿Qué es esto?».

«Problemas».

Se secó los labios con la servilleta y acercó mi portátil. Por supuesto, conocía bien los sitios web que había etiquetado. Las noticias eran malas. Sus ojos mostraban una buena dosis de miedo, pero mantuvo la compostura como siempre.

«Un puñado de cazarrecompensas respondieron al anuncio».

«Sí, pero solo uno recibió una respuesta». Señalé el enlace. «Ahora podemos averiguar quién te persigue».

«¿Cómo?».

«Voy a colarme en su reunión». Introduje los datos en mi teléfono y se los envié a Vic. «La primera vez que vi esto, supuse de inmediato que Levi había puesto precio a tu cabeza».

«Sí, yo también. Pero ahora sabemos quién lo hizo, ¿no?».

Asentí. «Estoy seguro de que fue Mickey. Y no puedo seguir mintiéndome a mí mismo ni a ti. Está haciendo todo esto para enviarme un mensaje».

«Ayer, Levi tenía prisa por enviarme de vuelta a Nueva York. Ahora, Mickey ha contratado a un cazarrecompensas. Parece que ya está cansado de jugar contigo».

«Yo también he terminado».

«Voy contigo».

«No».

«Eres lindo. Eso no fue una pregunta. No voy a quedarme aquí como una damisela en apuros. Mickey no te posee. Tiene que entender que yo no soy un peón».

En cierto modo, tenía razón. Si alguien me quisiera muerto, yo también querría enfrentarme a ese idiota. Solo deseaba no tener tanto miedo por ella. No podía perderla.

«Bien, pero iremos en autos separados. Tú irás con Vic».

«Está bien». Se sentó hacia atrás, apretando sus manos temblorosas.

«¿Qué vas a cenar esta noche?». Me estiré por encima de la mesa y desenredé sus dedos.

«¿Estamos haciendo planes?». Me sonrió.

«Estamos haciendo planes. En realidad, tengo un caso de persona desaparecida. Pensé que podrías acompañarme».

«¿Soy tu cita o tu rehén?».

«No quise decir...».

«Lo entiendo. Tienes que hacer lo de abogado y no quieres dejarme sola». Se movió en su asiento. «¿Adónde vamos?».

«A “A Different Point of View”».

«Qué elegante». Su amplia sonrisa retorció algo en mi pecho. Ella conocía cada detalle de mi vida y no tenía miedo. Esta mujer no atraía problemas. Estaba enamorada de ello.

«La cena es a las seis en punto».

Más tarde esa noche, pude ver otra faceta de Emilia cuando salió de su habitación con un vestido blanco sedoso que abrazaba sus pechos a la perfección. Lo único que mantenía el vestido en su lugar era un entrecruzamiento de cinta de satén negra que bajaba a cada lado más allá del hueso de su cadera. Entró tranquilamente en la habitación y se sentó en el sofá para ponerse sus asesinos zapatos de tacón de aguja.

«El mostrador de recepción solo me envió dos opciones. Era esto o un vestido negro». Me miró a través de sus largas pestañas, con las mejillas muy sonrosadas.

«Te ves más que hermosa». Me apoyé en el sofá y pasé la mano por su espalda donde debería haber una cremallera que no existía. Se pavoneó y caminó directamente hacia mis brazos. La mezcla de piel suave y satén me excitó muchísimo. «¿Estás tratando de ayudarme con el caso o provocarme un ataque al corazón?».

«¿Te gusta el vestido?».

«Sí». Eso fue un eufemismo enorme.

«Vámonos. Si tuviera que adivinar, apuesto a que es Vic enviándote un millón de mensajes porque llegamos dos segundos tarde».

Saqué mi teléfono de mi saco. Efectivamente, tenía diez mensajes de Vic haciéndome saber lo que pensaba de las mujeres y su total desprecio por el tiempo.

«Dice que está esperando».

Se rió, agarró su cartera y me siguió hasta la puerta. «Estoy segura de que esas fueron sus palabras exactas».

«Eso fue lo esencial».

Abajo, fuera del vestíbulo, Vic esperaba junto a la camioneta. Se le cayó la mandíbula al suelo cuando vio a Emilia con su vestido sexy como el infierno. La rodeé con el brazo y acaricié su piel desnuda. Ella se inclinó hacia mí. Me encantó lo familiares que se habían vuelto nuestros cuerpos. Cuando encontré la mirada de Vic, él me lanzó la misma mirada de desaprobación. Bella o no, Emilia era una responsabilidad.

Subimos al asiento trasero y él condujo la corta distancia hasta el restaurante. A pesar de los coloridos mensajes de texto de Vic, llegamos treinta minutos antes de la hora de nuestra reservación. Ese fue todo el tiempo que necesité para hablar con el barman y ver qué sabía sobre la persona misteriosa de Nikki. Nos sentamos en la barra y Emilia pidió una copa de champán. No era su bebida. Tal vez solo la bebida que combinaba con el vestido y esta farsa de que estábamos en una cita real.

Tomé su mano y besé sus dedos. Tal vez algún día nuestros planes incluirían otra cita real. Pero por ahora, esto era suficiente. Finalmente estábamos juntos.

«¿Qué te hace pensar que el barman sabe algo?». Ella tomó un sorbo de su vaso.

«Nada en particular. Nikki tiene razones para creer que la persona que está buscando estuvo aquí hace unos días. Si fue así, quienquiera que estuviera trabajando en el bar esa noche la habría visto».

Bebió de su vaso otra vez. Cada vez que lo hacía, escaneaba la habitación. Igual que yo.

«¿Puedo ofrecerles otra ronda?», preguntó el barman.

«Por favor. Además, si no te importa, me gustaría hacerte algunas preguntas».

Tragó saliva y su mirada se dirigió hacia la puerta. No había preguntado absolutamente nada y el tipo ya se había incriminado a sí mismo. De lo que fuera culpable, no me importaba. Saqué mi teléfono y le mostré una foto de Tessa Cavalier, la mujer que podría ayudar a la hermana de Nikki. A mi lado, Emilia negó con la cabeza. Tenía razón, este tipo sabía mucho.

«Estuvo aquí hace unos días. ¿La viste?».

«Me resulta familiar».

Coloqué un billete de cien dólares debajo de mi vaso vacío y lo empujé hacia él. «¿Y ahora?».

«No trabajé en el bar la semana pasada. Tendré que preguntarle a mi amigo».

Agregué otro billete. «¿Tu amigo tiene un nombre? ¿Quizá conoce al tipo que trabaja con las cámaras? Me gustaría saber con seguridad que ella estuvo aquí».

«Veré qué puedo hacer. ¿Tiene un número?».

Le di mi tarjeta y la metió en el bolsillo trasero de sus jeans. Bebí un trago de mi bebida fresca y puse mi brazo sobre la silla de Emilia. Ella movió su cuerpo hacia mí y me miró sexy.

«Esta no es la única razón por la que estamos aquí, ¿verdad?». Me besó en la mejilla. «Puedo manejarlo. Por favor, no me ocultes cosas. Estamos juntos en esto».

«Estamos juntos en esto». Repetí sus palabras, más que nada como recordatorio para mí. No más mentiras. Presioné mi boca contra sus labios brillantes antes de hacer un gesto al mesero para que se acercara de nuevo. Tiró una toalla raída en el fregadero y se acercó a nosotros. «¿Otra ronda?».

«Sí». Esta vez le pagué doscientos dólares. Necesitaba una respuesta directa. «Me dijeron que Scott estaría por aquí hoy».

«Está ocupado trabajando en otro bar esta noche».

«¿En cuál?».

Tomó los billetes del mostrador y dijo por encima del hombro. «Ya tengo su número».

«¿Tienes hambre? Me volví hacia Emilia. Arqueó una ceja, sus ojos saltando entre los míos, tratando de leer la verdad en ellos. Mentirle había sido un error. Si no estaba enojada conmigo ahora, era porque me entendía. Me encantaba eso de ella, cómo me conocía y me aceptaba.

«Esto no terminará hasta que me reúna con él. Cara a cara».

Pasó la mano por mi pierna y se inclinó para susurrarme al oído. «¿La reunión a la que nos colaremos es esta noche?».

«Sí».

«Excepto que no nos colaremos en una reunión. ¿Mickey organizó esto?».

«Sí, lo hizo. Yo fui uno de las cazarrecompensas que respondió al anuncio. Él solo me respondió a mí. Se suponía que debía venir aquí esta noche y preguntar por Scott».

Mickey había estado esperando el momento oportuno. Desde que me mudé a Phoenix, me había estado vigilando de cerca a mí y a Emilia. Se había equivocado al asumir que había venido aquí por ella. Pero al final, su paciencia había dado sus frutos. Tal como había dicho Vic. Sellé nuestros destinos el día que volví al bar a buscar a Emilia.

El anuncio en la red profunda era una advertencia, una forma de decir, *"te tengo vigilado a ti y a ella. Tengo el control, como siempre"*.

Él ya no iba a esperar más.

CAPÍTULO 23

Hogar es donde está el corazón

EMILIA

«Gracias por la cena». Tomé la mano que Dom me ofreció para ayudarme a bajar los escalones de piedra que conducían al pedestal del valet.

«Un placer». Me atrajo hacia sus brazos y me besó. Un beso largo y abrasador al que ahora estaba completamente enganchada. Esto no había sido una cita en absoluto, pero seguro que lo parecía. Él sostuvo mi mano mientras esperábamos a Vic. Todavía teníamos esa reunión con Mickey que debíamos atender, pero durante los próximos minutos, quería fingir que esto con Dom era real.

«Creo que mañana me gustaría visitar a mamá en Sedona», dije. «¿Quizá puedas acompañarme?».

«¿Haciendo planes de nuevo? De acuerdo». Me dirigió una de sus sonrisas. «Me encantaría acompañarte. Vic puede llevarte. Puedo encontrarme contigo allí después del trabajo».

«No necesito un acompañante».

Levantó la mirada. «Lo sé, pero...». Sus palabras fueron amortiguadas por el fuerte rugido del motor de un camión. El conductor se detuvo frente a nosotros, dejó las llaves con un chico del valet descontento y se dirigió al bar de arriba.

«Alguien está teniendo una mala noche», dije. «Creo que lo conozco. Es el chico de Nikki».

«¿El chico?».

«Novio. No lo sé. Al principio, pensé que era otra víctima, pero creo que a ella le importa este».

«¿Crees que está aquí por tu mujer misteriosa?».

Él asintió, con la mirada centrada en las escaleras. «Creo que sí. ¿Te importa si voy a hablar con él? No quiero que el mesero se haga una idea equivocada. No quiero que Henry acabe en el radar de Mickey».

«Eso sería malo». Lo último que Dom necesitaba era otra persona más que Mickey pudiera usar en su contra. «Vete. Te esperaré».

Sacudió la cabeza y me agarró la cintura. No tenía que decirlo. La última vez que lo esperé, terminé en el asiento trasero del auto de Levi, posiblemente rumbo a Nueva York.

«Prometo que esperaré en el auto». Justo en ese momento, Vic se detuvo en la acera. «¿Ves? Ahí está mi auto».

«Está bien». Me hizo señas hacia el auto y sostuvo la puerta abierta. «Tengo que volver adentro. Tú estás a cargo».

«Está bien». La voz de Vic retumbó desde el asiento del conductor.

«Estaba hablando con ella». Dom me guiñó un ojo y luego cerró la puerta.

Me recliné en el asiento, mi mirada enfocada en la larga zancada de Dom. El hombre sabía cómo usar un traje. Toqué mis labios y vi a Vic mirándome por el espejo retrovisor. ¿Era feliz alguna vez el tipo? Ciertamente no lo era cuando yo estaba cerca. Le devolví la sonrisa y la forma en que frunció el ceño, arrugando la nariz al mismo tiempo, me recordó a alguien que no podía identificar.

La mayor parte del tiempo, Vic iba y venía casi sin que nadie se diera cuenta, como un espía. Levanté la vista de nuevo y capté su mirada. Y entonces me di cuenta de dónde lo había visto antes.

«Eres como uno de esos agentes de las películas de espías», dije.

Él resopló y miró hacia otro lado.

«Apuesto a que la gente nunca te ve venir».

«¿Qué pasa, señorita Prado?».

«Viniste al bar varias veces. Yo estaba de incógnito, pero tú sabías quién era».

«Dom quería que lo hiciera». Mantuvo su atención en el chico del valet mientras le tomaba un boleto a un cliente e intentaba controlar a la multitud. De repente, Vic no tenía ganas de mirarme por el espejo retrovisor.

«Me lo habría contado. Entonces, ¿quién te envió?». Ya sabía la respuesta, pero quería que la dijera. Todo lo que había hecho el padre adoptivo de Dom sonaba tan imposible. Si no hubiera crecido con papá y sus tratos con el cártel, habría pensado que Dom estaba loco, asustado de un fantasma, alguien que no podía ser real.

«Mickey tiene el mejor interés de Dom en el corazón».

Una descarga de adrenalina me recorrió el cuerpo.

«Dom confía en ti».

«Y no tiene ninguna razón para dejar de hacerlo, Srita. Prado. Estoy de acuerdo en que Dom estaría mejor con los de su clase, pero eso no significa que deba ser obligado a hacerlo. En ese sentido, Mickey y yo no estamos de acuerdo. Dom lo sabe».

«¿Entonces me estabas espiando solo por diversión?».

«Quería estar preparado para este momento. Necesitaba saber quién era. Obviamente, te juzgué mal. Deberías haberte mantenido alejada. Ahora, Dom tiene una difícil elección que tomar».

«Él tomó esa decisión cuando decidió hablar conmigo en el bar».

Vic negó con la cabeza.

«No, Srita. Prado. Ese día simplemente obligó a Mickey a actuar».

«¿Cómo?».

«Cuando Mickey ve una oportunidad, nunca duda. Incluso cuando se trata de su propio hijo».

«Dom no es su hijo».

«No Dom». Me sostuvo la mirada en el espejo.

El problema del anciano conmigo era que yo era parte de un mundo que Dom había imaginado para sí mismo. Un mundo diferente al que Mickey quería para él. Uno en el que pudiera tomar sus propias decisiones sobre qué tipo de hombre quería ser. El tipo que haría todo lo posible por ayudar a quienes lo necesitaban, como Nikki. Dom no era un asesino entrenado. No quería serlo. Me froté la sien y pensé en papá. Si esa no era la definición de ironía, no sabía qué sería.

¿Por qué era un concepto tan difícil de entender para Vic y Mickey? De una forma u otra, Mickey necesitaba entender en su cabeza dura que su hijo pródigo no volvería a casa.

«Él merece ser feliz».

«Sí, se lo merece, señorita Prado».

Qué hombre tan exasperante, no estar de acuerdo conmigo al estar de acuerdo conmigo. Cuando volví a centrar mi atención en la ventana, Dom apareció en mi campo de visión. Mi pulso se aceleró y no podía recuperar el aliento. Abrí la puerta de una patada y me deslicé hacia abajo del asiento para encontrarme con él. Su cuerpo se tensó cuando me vio. Miré a su derecha y vi al amigo de Nikki. Tragó saliva, con la boca ligeramente abierta antes de volverse hacia Dom. Era demasiado tarde para que me diera la vuelta y fingiera que no estaba con Dom. No es que importara, este tipo parecía ser un amigo.

«Hola. Emilia Prado». Le ofrecí mi mano y él la estrechó.

«Henry Cavalier. Soy un... amigo... de Nikki».

A su lado, Dom negó con la cabeza. «Bueno, amigo de Nikki, tenemos que irnos». Dom envolvió sus dedos alrededor de mi brazo y me acompañó de vuelta a la camioneta, donde Vic estaba apoyado contra la puerta del conductor.

«¿Ella viene con nosotros?». Henry me siguió de cerca.

«Sí. Es una de mis clientas. Muy importante». Una arruga apareció en el rabillo de su ojo cuando se volvió hacia mí con una sonrisa. Abrió la puerta y me hizo un gesto para que entrara. «Señorita Prado».

Aparté su mano y subí al auto. ¿Qué demonios era esto? Ahora todos íbamos a una especie de excursión.

«Explícate», susurré cuando Dom se sentó a mi lado en el asiento trasero.

«Necesita que lo lleven y un momento».

«No me mientas».

«Esa es la verdad. Además, parece que nos dirigimos al mismo lugar. Scott, el tipo al que Mickey dijo que debería pedir que me llevara a nuestro lugar de reunión también es el tipo que tiene información sobre la persona desaparecida de Nikki».

«¿Cómo es eso siquiera posible?».

«Es la forma que tiene Mickey de decirme que conoce cada uno de mis movimientos». Dom esperó hasta que Henry se acomodó en el asiento del pasajero. «Vic, este es Henry. Henry, Vic. Tengo una dirección», le dijo Dom a Vic, y él asintió.

Tenía un millón de preguntas en mi cabeza, pero Vic simplemente hizo lo que le decía. Ni siquiera le dirigió a Dom una de sus miradas de *"no estoy de acuerdo"*. Me recliné y me crucé de brazos. Dom y Henry continuaron con la conversación que tenían en el bar. Él estaba enojado con Nikki, o ella estaba enojada con él. Este tipo estaba en mal estado. Parecía que no había dormido en días, estaba destrozado. Necesitaba ayuda. Miré a Dom y me sonrió. Sí, este era el tipo de persona que Dom quería ser. Y yo quería mucho ser parte de eso.

Después de casi una hora, el auto finalmente se detuvo en un bar de mala muerte en una parte oscura y sombría de la ciudad. Cuando Henry se desabrochó el cinturón de seguridad, Dom puso su mano sobre el hombro de Henry.

«Déjame entrar y ver qué puedo averiguar. Estás demasiado tenso».

Dom desplegó su cuerpo fuera del auto y entró. Henry también se bajó y se apoyó en el capó del coche, furioso cuando un Tesla se detuvo junto a nosotros.

«¿Qué pasa?», le pregunté a Dom cuando regresó.

«Mickey no está aquí».

«Más juegos».

«No sé. Pero ese tipo, Scott. Está muy metido en esto. Ahí va ella».

«¿Quién es ella?». Estiré el cuello para ver mejor a la bomba rubia que entraba al bar,

sobresaliendo como un pulgar dolorido.

«Esa es Nikki». Sonrió como lo haría un hermano orgulloso. «Algo no huele bien, pero ya estamos aquí. Bien podríamos intentar obtener algunas respuestas».

Después de lo que parecieron horas, Nikki salió del bar con un tipo encima de ella. «¿Es ese nuestro hombre?». Me senté para esconderme detrás de la ventana tintada del auto. Nikki miró hacia adelante con enojo y luego convenció al tipo de que la dejara conducir.

«Sí». Dom le dio un golpecito a Vic en el hombro. «No los pierdas».

Un momento después, Henry subió de un salto, con las manos apretadas sobre los muslos. «Se va con ese cabrón».

«Los tengo». Vic salió del estacionamiento y lo siguió a cierta distancia.

Nikki había corrido un gran riesgo al salir del bar con ese tipo. Observé el perfil de Henry. Algo me decía que ella había hecho esto por él. Un par de kilómetros más adelante, Nikki se detuvo en el estacionamiento de un edificio abandonado, con las luces altas encendidas.

«Tenemos que sacarla de ahí. No bajes la velocidad».

La grava crujió bajo nuestros neumáticos cuando Vic se detuvo a varios metros del auto de Nikki. Antes de que nos detuviéramos por completo, Henry salió de un salto.

«Esto es lo que pasa cuando dejas que los sentimientos se interpongan en tu camino. Tu amigo tiene suerte de que ese tipo no estuviera armado», Vic comentó cómo Henry sacaba al otro hombre del auto.

«El arma está debajo del asiento», Dom me besó la sien y salió.

Vic cambió de posición para poder ver mejor la situación que se desarrollaba afuera. Henry le dio una paliza al tipo, mientras Nikki se quedó allí mirando, sin perturbarse en absoluto por la escena que tenía frente a ella. Obviamente, no era su primera vez. Busqué debajo del asiento y revisé el cartucho de la pistola.

Volví mi atención a Vic. «Entonces, tú y Dom, ¿hacen esto a menudo? Lo llevas a lugares para que pueda hacer su papel de mafioso».

Eso le hizo reír. «Supongo que se puede decir así. Es bueno en lo que hace».

«Ya lo veo». Se abrió la puerta del maletero y Dom metió a un tipo en la parte trasera como si fuera basura del día anterior. Cuando la cerró, el tipo cobró vida de un salto, intentando pasar una pierna por encima del asiento trasero.

«Hola». Clavé la pistola en su entrepierna. Estaba oscuro y no tenía otra forma de hacerme entender.

Exhaló un aire que olía a licor rancio y comida rápida del día anterior. Después de unos segundos de lo que estaba segura era que estaba considerando sus opciones, se dejó caer.

Dom se deslizó hacia el asiento, con una gran sonrisa en el rostro. «Buena chica».

Vic no esperó las órdenes de Dom. Puso el coche en marcha y salió del estacionamiento a toda velocidad. Sin duda, su principal preocupación era encontrarse con más amigos de Scott. Cuando volvimos a la carretera principal, Dom se volvió hacia el tipo del maletero, medio desmayado y con el labio partido. «Tuvimos una reunión hoy y el otro tipo no se presentó. ¿Te dejó un mensaje para mí?».

Él asintió. «Dijo que hogar es donde está el corazón. O alguna tontería por el estilo».

Dom se frotó la mejilla y me miró a los ojos. «Detente, Vic».

Vic redujo la velocidad del auto. Los neumáticos bombearon y chirriaron en los surcos del asfalto. Presionó el botón para abrir la puerta trasera y frenó de golpe. Cuando aceleró de nuevo, Scott salió volando y aterrizó al costado de la carretera con un ruido sordo. Tan tranquilo como pudo, Vic puso la señal de giro y se incorporó al tráfico nuevamente.

Revisé el pestillo de seguridad del arma y lo volví a colocar debajo del asiento. «¿Es este un nuevo juego suyo?». Apoyé mi cabeza en el hombro de Dom y él me rodeó con sus brazos. Me abrazó fuerte, haciéndome sentir segura.

«No, es el mismo maldito juego. Él controla todo. Sabe sobre ti, sobre Nikki y todos sus problemas. Es por eso que eligió a Scott para entregar su mensaje».

«Su mensaje». Mi corazón se aceleró. No me gustaba la idea de que me persiguieran de esta manera.

«Me alegro de que hayas venido esta noche».

«¿Está en la suite?».

Me acunó la cara y me besó con fuerza, sus labios lastimando los míos. «Es donde tú estás. Así que sí, ahí es donde yo llamaría hogar».

Su aliento caliente rozó mi mejilla.

Esta presión en mi pecho, este sabor a miedo, nunca se había sentido así. Como si pudiera aplastar mi placa pectoral si no la empujaba hacia abajo. Las lágrimas me picaban los ojos. Dom ladeó la cabeza para atrapar mi mirada.

«Oye. No me hará daño. Eso no es lo que quiere. Creo que sería mejor que te quedes con tu madre esta noche. Vic te llevará».

«¿Confías en él?».

«¿En quién? ¿Vic? Sí, ¿por qué lo preguntas?».

«Me espió cuando estaba de incógnito en el bar. Antes de que supieras que estaba allí».

Dom frunció los labios y se volvió hacia Vic. «¿Sabías dónde estaba y no pensaste en decírmelo?».

«No preguntaste», él se encogió de hombros. «Volví porque si la encontraba, significaba que Mickey ya estaba tras su pista. Él y yo pensamos lo mismo. Él sabía, igual que yo, que, si te la encontrabas de nuevo, no la dejarías en paz. Fuiste un desastre cuando te rechazó la primera vez».

Dom confiaba ciegamente en Vic, y era por eso. El anciano lo conocía mejor que a sí mismo. Y, a su manera, amaba a Dom. Vic mantuvo la vista en la carretera. Observé su rostro y algo dentro de mí me decía que también podía confiar en él.

«Me iré con Vic». Mantuve la mirada en él y vi un atisbo de sonrisa en su rostro. No diría que eso significaba que me estaba encariñando con él, pero al menos no me odiaba como había pensado al principio.

«En cuanto termine con Mickey, me encontraré contigo».

Presioné mi frente contra la suya. Odiaba las despedidas. «Tal vez podríamos almorzar mañana. Hay un...», me tragué las lágrimas. «Mamá dice que hay un lindo restaurante francés con el mejor brunch de la ciudad. Puedes sentarte junto a Oak Creek y…».

«¿Te gusta hacer planes conmigo?». Se relajó en el asiento y me levantó la barbilla con un dedo. Levanté la vista y me encontré con sus ardientes ojos azules mientras mi corazón latía rápido en cada parte de mi cuerpo.

«Sí. De verdad me gusta».

CAPÍTULO 24

Solo whisky y puros

DOM

Hice que Vic me dejara en la entrada principal. Ya no tenía sentido pasar por la lavandería. Eso solo nos había dado una falsa sensación de seguridad. Esto era más lo mío. Al aire libre con las pelotas sobre la mesa.

Emilia me apretó la mano cuando el valet abrió la puerta. Sus ojos mostraban una especie de miedo que nunca había visto registrado en ellos. Tenía miedo por mí de una manera en que nunca había tenido miedo por sí misma. ¿Qué tal? La Señorita Correcta estaba enamorada de mí.

«Te amo», le susurré en los labios antes de darle un beso de despedida. «Te veré más tarde. ¿De acuerdo?».

«De acuerdo», ella asintió.

Miré a Vic. «No dejes que te convenza de ninguna locura. Ve directo a casa de su madre».

«Sigue adelante. Y dile a ese viejo que yo dije que se vaya a la mierda».

Me reí. «Me aseguraré de entregar tu mensaje».

Con un último beso, salí y cerré la puerta. Los nervios de Emilia me estaban poniendo nervioso y eso no me gustaba. La intuición femenina era como magia negra para mí. No la entendía.

En cuanto crucé el umbral, los chicos de Mickey se reunieron conmigo.

«Señor Moretti, por aquí».

«Sé dónde está mi suite». Puse los ojos en blanco, pero les dejé que tuvieran su momento. Este tipo de juego mental lo podía manejar. Jugar con el sustento de la gente era algo diferente. Subimos al ascensor en silencio hasta el último piso. Al final del pasillo, otros dos chicos custodiaban la puerta de la gran suite.

Mentiría si dijera que no me interesaba volver a ver a Mickey. Durante muchos años, los de formación, fue como un padre para mí, incapaz de hacerme daño. Creía que todo lo que hacía, lo hacía por nuestra familia.

Entré en la habitación y mi mirada se centró en su figura. Estaba sentado a la cabecera de la mesa, con un gran filete frente a él, bebiendo una copa de Valpolicella. Un nudo se me hizo en el estómago. Era el vino de Emilia. Respiré y me forcé a dejar pasar ese pequeño detalle. Esa siempre había sido mi relación con Mickey: dejar pasar los pequeños detalles. Los mismos que con el tiempo se convirtieron en algo muy importante para mí.

«Dom, hijo mío. Pensé que no vendrías a nuestra reunión».

«Estás en mi suite. Habría sido difícil no llegar».

«Ven aquí». Se puso de pie y me abrazó. Su cabeza calva apenas llegaba a mis hombros. Para su crédito, el abrazo se sintió real. «Únete a mí. Pedí tu favorito. Filete a la florentina. Espera a

que pruebes estas papas. Es como si las hubieran rellenado con queso o algo así».

Le seguí la corriente. Bueno, más o menos. En lugar de sentarme a su derecha donde solía sentarse Emilia, tomé la silla del otro extremo de la mesa. Después de unas cuantas respiraciones, le hizo un gesto al mesero, que cobró vida para mover el servicio y mi filete hacia mí. Fue como solía decir. “El diablo está en los detalles”.

«Primero, necesito un whisky», le dije al mesero antes de que colocara mi plato cubierto frente a mí. Asintió y corrió a la cocina para prepararme la bebida.

Mickey apoyó el codo en la mesa y agitó un gran cuchillo de carne frente a mí. «Whisky. Un hombre que sabe beber».

Me miró con curiosidad. Si me había estado vigilando de cerca todos estos años, solo sabía de mis idas y venidas, no de las cosas menores. Ahora se tomaba el tiempo de verme de verdad.

Después de que el mesero colocó mi whisky en la mesa, Mickey levantó su copa de vino. «Por la familia».

Me encogí de hombros y bebí un trago de mi vaso. «¿Qué quieres?». Como dije, con las pelotas sobre la mesa.

«Eso es lo que me gusta de ti, Dom. Incluso de niño, cuando falleció tu padre, querías hechos, un plan para el futuro. ¿Recuerdas ese día cuando viniste a mí? ¿Cuando me rogaste que dejara que te unieras a mi equipo?». Cortó con entusiasmo el gran trozo de carne de su plato y se lo llevó a la boca.

«Sí, lo recuerdo».

«Pensé que lo harías». Se pasó el florentina con su vino.

Me había acostumbrado tanto a los elegantes movimientos de Emilia. Qué bien encajaba en este espacio, en mi nueva vida. Miré alrededor de la habitación a los cuatro hombres enormes que parecían estar a un rasguño de nariz de tirar una mesa auxiliar o el sofá. Estaban fuera de lugar. No encajaban en mi vida, no más de lo que yo encajaba en la de ellos. Mickey tampoco. Incluso, si en mi encarnación anterior le había rogado que me aceptara.

«¿Qué hay con esa abogada? ¿Dónde está? Tenía la esperanza de conocerla en persona hoy». Miró a su guardaespaldas y juntó los labios cuando no recibió confirmación de que ella estaba en camino hacia aquí. Vic sabía lo que estaba haciendo. Confiaba en él. «Es muy bonita. Un poco demasiado inteligente para mi gusto, pero puedo ver por qué te gusta».

Me bebí de un trago el resto del whisky. Mencionar mi pasado no le había dado la reacción que quería, así que ahora estaba probando suerte con Emilia. Vic me había advertido sobre esto. Sin duda, Mickey tardó dos segundos en darse cuenta de que ella era una forma de llegar a mí.

«Te pasaste de la raya cuando la perseguiste». Le hice una señal al mesero para que trajera mi cena. No tenía idea de cómo iba a devorar esa comida.

«Querido muchacho, te pasaste de la raya cuando te fuiste. Y ahora nos encontramos en esta situación desagradable».

«No eres mi dueño».

«¿Qué?». Su rostro se frunció por completo. «No se trata de mí. Se trata de la familia y de lo que es bueno para ti, para todos nosotros».

Corté mi filete y le di un mordisco. Comer me sirvió como distracción. Si me concentraba en mi plato, no tendría que preocuparme por Emilia. En ese momento, estaba seguro de que sus hombres estaban buscándola. ¿Sabrían que debían ir hasta Sedona?

«Acepté reunirme contigo porque nunca terminamos nuestra conversación hace cinco años».

«No, no lo hicimos. ¿O sí?». Empujó su plato hacia adelante. Cuando el mesero se acercó para recogerlo, pidió postre. «Otra sorpresa para ti. Estos cannoli llegaron hoy. Solo para esta

ocasión».

El mesero limpió la mesa y trajo una bandeja de golosinas lo suficientemente grande para alimentar a veinte personas. Nos preparó nuevas bebidas. Sambucas con tres granos de café flotando en el líquido transparente. ¿Cuánto tiempo le había tomado a la gente de Mickey organizar este banquete? No era algo que pudiera hacer que el conserje organizara. Apreté los puños. ¿Cuánto tiempo hacía que sabía que nos encontraríamos esta noche, en mi suite?

Miré a sus hombres de nuevo. Habían cambiado su postura, no estaban relajados, pero tampoco se veían serios como antes. Una presión se apoderó de mi pecho. Saqué mi teléfono del bolsillo interior de mi chaqueta y le envié un mensaje de texto a Vic.

¿Todo bien?

Esperé su respuesta mientras la púa alojada en mis costillas se retorcía más profundamente, cortando el aire de mis pulmones. Mierda. ¿Cuánto tiempo tardaba en escribir un simple *sí*?

Sí, estamos bien. Me quedo.

Envié un rápido agradecimiento y dejé el teléfono en mi bolsillo. Esta conversación tenía que terminar pronto. La extrañaba. Dos horas era mucho tiempo para esperar volver a verla.

«La mamá de Joey te manda saludos». Mordió el cannoli, atrapando el exceso de crema de vainilla con su dedo y lamiéndolo.

«¿Qué?».

«Ya sabes qué». Se rió entre dientes y se volvió hacia el mesero. «Tráenos más whisky y puros. ¿Por qué no se unen a nosotros, muchachos?». Hizo un gesto a su equipo como si de repente hubiera recibido una buena noticia.

Sus hombres se reunieron alrededor de la mesa mientras el mesero ayudaba a Mickey a encender su puro. Al diablo con los carteles de prohibido fumar. Así vivía Mickey. La vida en sus propios términos sin tener en cuenta a la gente que lo rodeaba ni a todo el daño que causaba.

«El día que te fuiste». Exhaló una bocanada de humo. «No me diste la oportunidad de explicarte. De decirte que cuidarían de la familia de tu amigo. Le hice esa promesa y la he cumplido desde entonces. A ella no la quieren para nada».

«¿Te das cuenta de lo loco que suena eso? Tal vez tú no apretaste el gatillo, pero seguro de que eres la razón por la que su hijo murió».

«¿Estás diciendo que debería echarla?».

«Eso no es lo que dije. Definitivamente no es lo que quiero que hagas».

Se reclinó y dio un par de caladas cortas a su cubano. «Entonces, ¿qué quieres que haga? ¿Que diga que fui demasiado lejos? ¿Que te juzgué mal a ti y a tu capacidad para demostrarme tu lealtad? Porque si eso es lo que hace falta, lo tienes».

¿Eso era una maldita disculpa? Si lo era, no sonaba como tal. No es que me importara. ¿Por qué demonios pensaba que esta cena de mierda me haría cambiar de opinión sobre él, sobre el tipo de persona en la que me había convertido sin él?

«¿Qué quieres, Mickey?».

Echó un vistazo a sus hombres por encima de su puro y frunció el ceño. «Dom, estamos aquí para llevarte a casa. ¿No crees que ya es hora de que lo hagas?».

El dolor en sus ojos hizo que se me revolviera el estómago. Bebí de mi vaso hasta que estuvo vacío. El mesero lo volvió a llenar y lo tomé de nuevo, pero me detuve a mitad de camino mientras los recuerdos de mi infancia se reproducían en mi cabeza. Los aparté, los enterré, pero eso no hizo que la sensación familiar desapareciera. No había olvidado que no hace mucho ansiaba la aprobación de Mickey. Como cualquier niño que intenta ganarse el favor de sus padres, yo buscaba complacerlo. Ese tipo de comportamiento arraigado era difícil de eliminar.

Pasé un dedo por el borde de mi vaso y pensé en Emilia. Su risa y la forma en que sus cejas se alzaban cada vez que hacía algo que la impresionaba. Como este traje, como yo. Ella tenía mucho poder sobre mí, pero nunca lo usaba para su propio beneficio o para controlarme. Ella había dicho que no podía amarme, pero me había mostrado lo que realmente es el amor.

«No».

«¿Cómo dices, muchacho?».

«No voy a irme contigo, Mickey». Me recliné en mi silla. «Entonces, ¿qué vamos a hacer al respecto?».

Miró a su guardaespaldas, y el tipo le estrechó la mano una vez. Mickey había recurrido a todo su arsenal para tratar de hacerme cambiar de opinión, pero ahora podía verlo en sus ojos, la comprensión de que Emilia era la clave. Así que Vic tenía razón, sin importar cuánto me esforzara por ignorar sus advertencias. Lo que había dicho que sucedería estaba ahí, mirándome a la cara. Mickey estaba planeando usar a Emilia para hacerme regresar.

No pensé que alguna vez dejaría de estar agradecido por lo que Mickey hizo por mí. Estuvo allí cuando más lo necesité. Esta mierda de usar a Emilia para que yo hiciera lo que él quería, no podía soportarlo. Yo no era su maldito cachorro».

«¿De verdad eres tan egoísta?».

«La familia no te obliga a hacer cosas que no quieres hacer».

«Estoy hablando de Emilia Prado, la princesa del cártel que ha estado prófuga durante los últimos diez años. Le devolví la vida a tu novia y ahora la vas a arrojar a la basura porque te gusta su trasero. Pensé que te había criado mejor con ética familiar y con el don de hacer cosas por los demás».

Un sudor frío cubría mi cuerpo. La respuesta a su pregunta permaneció en mi mente antes de apartarla. Emilia quería estar conmigo. Me amaba. A mí.

«Eres su única salida. Todo lo que siempre quiso en la vida, ahora puede tenerlo».

Mi cabeza se giró hacia él. Me tragué las lágrimas. ¿Cómo pude haber sido tan egoísta? ¿Era esa la razón del miedo que vi en los ojos de Emilia cuando nos despedimos? ¿Sabía que esta sería la oferta de Mickey? Su vida por la mía.

Mickey había querido que Emilia estuviera aquí para poder darme una demostración en vivo de lo que le sucedería si no aceptaba regresar a casa. Sin embargo, la imagen en mi mente era más poderosa que cualquier daño físico que su equipo fuera capaz de causar.

Imaginé a Emilia en una casa nueva. Sin habitaciones de pánico ni túneles secretos. Se levantaría por la mañana e iría a trabajar, salvaría a mujeres como su prima, a sus hijos y sería la abogada que siempre quiso ser. La vi caminando hacia la tienda o el parque, de la mano de alguien que merecía su amor. Alguien incapaz de lastimar a la gente. Alguien que pudiera darle el lujo de un futuro juntos. Ella, más que nadie que yo conociera, merecía esa vida.

Si salía de la habitación ahora, Mickey se aseguraría de que el cártel descubriera que Emilia estaba viva. Levi se vería obligado a atar cabos sueltos. Ni siquiera tendría que hacerlo él mismo. Mickey ya tendría a un tipo preparado para el trabajo.

«Haz esto por ella. Serás como su ángel oculto, su protector secreto. Siempre estará a salvo gracias a ti».

Mi corazón se aceleró. ¿No era eso lo que quería para ella desde el principio? ¿Cómo todo esto había empezado? La desesperada necesidad de mantenerla con vida me impidió alejarme. Froté las alas de ángel tatuadas en mi torso, sintiendo los labios de Emilia sobre mí mientras ella trazaba cada línea con sus besos. Apoyé mi codo en el apoyabrazos y dejé caer mi cabeza en mi mano. La calidez de su piel y su aroma asaltaron mis sentidos como si estuviera aquí frente a mí.

Si creyera en los deseos, habría deseado más tiempo con ella. Respiré profundamente y me obligué a que mi pulso volviera a la normalidad. Me concentré en mis dedos de los pies, dejando que el entumecimiento se apoderara de ellos antes de arrastrarlo hacia mi pierna, mi centro y directamente hacia mi pecho. Dejé que me tragara hasta que sus manos sobre mí se convirtieron en volutas de humo y ya no pude sentirla. Hasta que el aire ya no olía a vainilla, solo a whisky y puros. Cuando encontré la mirada de Mickey, sonrió. Un gesto genuino que mostraba que estaba contento. Sí, Mickey debería estar contento de verme hacer "lo correcto".

«¿Cuándo podrás volver a casa?», preguntó.

«Dame dos semanas». No tenía sentido alargarlo.

«Te lo prometo. La cuidaremos como si fuera de la familia».

Sí, lo haríamos, porque lo era.

CAPÍTULO 25

Dejen de decir que esto es una elección

EMILIA

«Hola, nena». Abracé a Izzy cuando se bajó de la rodilla de Jess para saltar sobre la mía.

En unos cuantos días, Jess había hecho un gran progreso en desintoxicarse de Levi. No, no lo había superado porque eso requeriría mucho más tiempo, incluso años. Pero por ahora, había dejado de defenderlo y había comenzado a ser honesta sobre todo el abuso emocional que sufrió mientras estuvieron juntos.

A Izzy no parecía importarle su nuevo lugar de residencia en Sedona. Aunque pronto, sin duda, comenzaría a preguntar qué le había pasado a su padre. Una punzada de nervios se retorció en mi estómago. Le acaricié la mejilla y la abracé. Dom había tenido razón todo el tiempo. ¿Qué me hizo pensar que tenía derecho a quitarle la vida a otra persona? A negarle a Izzy el derecho a crecer con su padre.

Me abrazó fuerte, ahogándome hasta que decidió que ya era suficiente y saltó.

«¿Por qué los niños siempre andan saltando?», me reí.

«Son todas las galletas y el chocolate caliente que tu mamá le ha estado dando de comer». Jess se reclinó en su silla, con la mano apoyada en su estómago.

«¿Cómo estás?», pregunté.

«Estoy bien. Me va bien estando embarazada». Ella se rió entre dientes. «Mmm. Mi única habilidad».

«No digas eso. Tienes muchas habilidades».

«¿Y tú? ¿Estarás bien con el abogado de Levi?».

«Su nombre es Dom».

No le había explicado exactamente a Jess y a mamá el alcance de mi relación con Dom. Hasta donde ellas sabían, él era solo un chico atractivo de la escuela de leyes que sería una buena distracción para mí. Al menos eso era lo que mamá había dicho.

Jess se puso de pie. «Debería llevar a la pequeña de regreso a la cama. Oh, espera». Regresó a la cocina y agarró una cuchara de madera. «Casi olvido mi matamoscas. Esas cosas molestas acampan debajo de su cama a menos que aparezcamos completamente armadas». Agitó la cuchara como un sable de luz.

«¿Necesitas ayuda?», me reí.

«No. Estoy bien».

Jess caminó lentamente por el pasillo, frotándose su pequeño bulto. ¿Qué pensaba Dom de los bebés? El pensamiento se me metió en la cabeza de la nada. Sonreí a mi copa de vino. Los bebés eran un plan que no había considerado hasta ahora. La idea me había parecido tan extraña antes...

El reloj de pie sobre la repisa de la chimenea dio la medianoche y me sacudí en mi asiento. *Jesús.* ¿Cómo llegó a ser tan tarde? ¿Y dónde diablos estaba Dom? Me acerqué a la ventana y miré hacia el camino de entrada. Mi pecho se apretó. Traté de no pensar en lo que podría significar la demora de Dom.

Vic encendió sus faros. ¿Quería que me alejara de las ventanas? El corazón del tipo estaba en el lugar correcto, pero se estaba excediendo un poco con sus tácticas de Jason Bourne.

[Nota de la Trad.: *Jason Bourne es un personaje de ficción de las novelas de espionaje de Robert Ludlum, y representa a un asesino reclutado por la CIA*]

Tomé mi suéter de la silla y me dirigí hacia afuera. En el nanosegundo en que abrí la puerta principal, saltó del auto.

«Es mejor que te quedes adentro».

«¿Hay algo que no me estás diciendo?».

«¿No es obvio? Dom quería que te fueras de la ciudad porque tenía miedo de que Mickey intentara agarrarte. Con la mejor manera de torcerle el brazo. Y yo estoy de acuerdo».

Y ahora me sentía como una idiota por no haber hecho la pregunta antes. Vic no estaba dispuesto a endulzar las malas noticias.

«¿No debería haber vuelto ya? Quiero decir, ¿cuánto tiempo lleva decirle a Mickey que se vaya a la mierda?».

«Puedo ver por qué le gustas». Se rió. No pensé que llegaría aquí esta noche».

«Tienes razón. Puede que no quiera arriesgarse a que lo sigan».

«No es eso lo que quise decir, señorita Prado». Arqueó ambas cejas. «No conoces a Mickey como yo. Piénsalo un minuto. ¿Qué te dice tu instinto?».

El dolor aplastante que se apoderó de mi pecho cuando Dom cruzó las puertas del vestíbulo regresó. ¿Cómo lo convencería Mickey de volver con él? ¿Amenazándome de muerte? Si había sobrevivido a Levi, podríamos sobrevivir a Mickey. ¿Dom no lo sabía? Me encontré con la mirada de Vic. No, Dom no sabría que podríamos hacer que esto funcionara porque desde que nos reencontramos, de lo único que podía hablar era de lo mucho que quería ser libre. Vivir sin miedo.

«Así es. En contra de su mejor juicio, ese chico te ama. Dom puede ser muchas cosas, pero nunca ha sido egoísta. Mientras esté con Mickey, estarás a salvo. Solo para que Mickey no tenga ideas preconcebidas, me quedaré contigo».

«No puedo aceptar esto. Tienes que volver y hablar con Dom. Dile que iré a cualquier parte con él».

«Sus órdenes para mí fueron que me quedara contigo. Hasta que él diga lo contrario, eso es lo que voy a hacer». Se encogió de hombros y volvió a subir a su camioneta.

Si este hombre había sido responsable de criar a Dom, podía ver por qué Dom era tan terco. Regresé pisando fuerte a la casa y me dirigí directamente a la habitación de Jess.

«¿Qué estás haciendo?», Jess cerró la puerta detrás de ella.

«Buscando algo para ponerme. ¿Tienes un par de jeans que me puedas prestar?».

«Toma lo que quieras. Últimamente he estado viviendo en pantalones de yoga. El truco de la banda elástica ya no funciona». Se rió, frotándose la barriga. «¿Pasa algo?».

«No. ¿Por qué?». Jalé la cinta de raso del costado del vestido y lo dejé caer al suelo antes de ponerme los jeans ajustados de Jess.

«No hay ninguna razón, aparte de mi instinto bien entrenado. ¿Qué pasa con tu ardiente abogado?». Se sentó en la cama y fijó su mirada en la mía. Sus ojos me recordaban que Jess había sido criada por la misma mujer que yo. Nuestros instintos nunca se equivocaban. Ella lo

sabía. No podía mentirle.

«Dom está en problemas. Y cree que yo necesito un caballero de brillante armadura».

«Oh, eso es muy dulce».

«Sabes que no lo es. Es peligroso. Dios sabe lo que su padre adoptivo tiene planeado para él». Me puse una de las camisetas de Jess. Desde que salí del hotel, había tenido un zumbido en el pecho. Por Dom, lo ignoré, pero ahora sabía que estaba equivocada al dejar que los sentimientos de Dom por mí adormecieran mis sentidos. Deberíamos habernos mantenido juntos. Debería haberle dicho que lo amaba.

«¿Padre adoptivo?».

«Es una larga historia. Por ahora, necesito salir de aquí». Arrojé mi vestido en el banco junto a la cama y salí.

«Emilia, detente». Ella me detuvo agarrando mis muñecas fuera de su puerta. Para una mujer embarazada, seguro que era rápida. «Piensa en lo que estás haciendo. Desde el principio, tuve la sensación de que Dom no era un abogado promedio. Puede que sea uno de los buenos, pero eso no significa que puedas meterte en sus asuntos. Nunca termina bien. Y tú lo sabes».

«Él necesita mi ayuda. Es mi culpa que esté atrapado con Mickey. No quiere estar allí. Debería estar aquí. Conmigo».

«Él tomó su decisión».

«Es la decisión equivocada». Me solté de un jalón y corrí hacia la cocina para agarrar mi bolso. ¿Cómo diablos iba a pasar por Vic? En la sala de estar, mamá estaba sentada en el sillón reclinable cerca de la ventana, con las manos cruzadas sobre su regazo. Mierda. Vic ya había hablado con ella.

«No puedes retenerme aquí».

«Vic me explicó lo que pasó esta noche. ¿No crees que ya tienes suficientes problemas?».

«¿Qué te dijo Vic?».

«Que somos libres».

«¿Qué?».

«Dom llegó a un acuerdo con Mickey. Vic dice que mientras Dom se quede con su familia, tú y yo somos libres de hacer lo que queramos. Levi ya no es una amenaza para nosotras. Emilia, esto es lo que hemos estado esperando todos estos años. Finalmente poder vivir nuestras vidas sin miedo».

Sí, esto era lo que habíamos deseado año tras año. Nunca pensé en el precio que tendría que pagar.

«No quiero esta vida sin él».

«Oh, cariño. Te creo, pero ¿crees que eso es lo que Dom querría para ti? Él está renunciando a todo para que puedas tener lo que siempre quisiste. No seas malagradecida y lo arrojes todo a la basura».

«¿Tú estás bien con esto? Caminamos libres mientras él está atrapado en su peor pesadilla. Mamá, ¿no lo entiendes? Dom pasó años tratando de mantenerse alejado de ese lugar. Ahora, por mi culpa, está atrapado».

«Fue su elección».

Ahí estaba esa palabra otra vez. Dom no tenía *elección* en absoluto. ¿Qué demonios estaban pensando? «Fue la elección equivocada». Me di la vuelta y abrí la puerta. Vic estaba del otro lado, apoyado en el marco de la puerta. Me miró a los ojos, con ambas cejas levantadas como preguntándome, "*¿Adónde vas?*".

«Encantador. Tengo veintiocho años y todavía me cuestionan sobre mi vida».

«No se trata solo de ti, señorita Prado». Vic metió las manos en los bolsillos de su chaqueta.

«Deja al chico en paz».

«¿Es eso? Lo es, ¿no? Todo este tiempo has estado esperando a que Dom volviera a casa».

«Dom tiene un talento que, en mi humilde opinión, estaba desperdiciando como abogado, pero esa elección siempre fue suya».

«¿Elección? ¿Cómo, en todo lo sagrado, es esta una elección? Para todos ustedes». Me di la vuelta para encontrar a Jess parada detrás de mí. «Dejen de decir que esto es una elección. No lo es. Ni mucho menos. Esto no es más que otro de los malditos juegos mentales de Mickey. ¿Recuerdas? Por eso Dom se alejó de él». Me enfrenté a Vic.

«Podemos quedarnos aquí hasta que los dos estemos azules, pero hay dos cosas que no cambiarán. Dom está con su familia ahora. Y tú no te irás de este lugar». Entró a la casa y cerró la puerta.

Me pasé las dos manos por el pelo y miré a mamá. Por supuesto, ella y Jess aprovecharían la oportunidad de recuperar sus vidas. Sinceramente, yo haría lo mismo si no fuera por el pequeño hecho de que un inocente tenía que pagar por nuestros pecados. ¿No era así como siempre sucedía? No me gustaba solo recibir. Yo no era así.

«¿Están listas las dos para hacer un hogar aquí en Sedona?», pregunté a Jess y a mamá.

«Hogar es donde tú estés, Emilia. Mientras estés viva. No pediré nada más». Mamá se recostó en su silla e intercambió una mirada significativa con Jess.

«Tengo que pensar en los niños». Jess se frotó la barriga otra vez.

¿Qué se suponía que debía responder a eso?

Mi mirada se movió entre Jess y mamá. Así no iba a hacerlas entrar en razón. O, mejor dicho, así no era como iba a ayudar a Dom. Pasé junto a Jess, parada en medio del pasillo, y entré en la habitación donde Dom se había quedado la semana pasada. Nadie se había molestado en cambiar las sábanas o en tender la cama. La habitación estaba exactamente como Dom la había dejado, con las sábanas arrugadas en el pie de cama.

Me acosté en la cama, enterré mi cara en su almohada y grité. Su olor se había desvanecido. Habían pasado demasiados días para que todavía estuviera aquí. Cuatro horas y ya lo extrañaba como loca. Extrañaba la forma en que llenaba la habitación y todos los espacios vacíos en mi vida.

¿Así que esto era todo? Finalmente me había liberado de Levi. La sombra que el cártel había arrojado sobre nuestras vidas durante los últimos diez años ya no estaba allí. Había imaginado este día tantas veces. Ni una sola vez imaginé que me sentiría peor que antes.

Maldita sea, Dom. ¿Por qué tuviste que sacrificarte por mí?

No era justo para él. No era justo que no tuviera más tiempo con él.

Me di vuelta de costado y me cubrí los hombros con las sábanas. Levanté las rodillas hacia el pecho, apreté mi cuerpo con fuerza, temblando bajo las sábanas frías. Mis ojos se cerraron y todo lo que podía ver era el hermoso cuerpo de Dom, la tinta en su pecho y el azul intenso de sus ojos. *No era justo*. Las palabras flotaban en mi mente. *No es justo.*

Mamá merecía finalmente vivir sin miedo. Jess tenía a sus hijos. No tenía derecho a esperar que ellos comprendieran o ayudaran a Dom. Vic tenía razón. Esta era la elección de Dom. Sin embargo, la cuestión era la siguiente: Dom no tenía todos los hechos cuando tomó esa decisión. Había asumido que yo querría una vida sin él. Y durante mucho tiempo, yo había asumido lo mismo, pero ahora que se había ido, ahora que tenía una vida entera sin él mirándome a la cara, no podía imaginar pasar mis días con alguien más, alguien que no fuera Dom.

La ansiedad que me aplastaba el pecho finalmente se calmó. La sangre caliente se apoderó de

mis dedos de los pies y de las manos, calentándome de adentro hacia afuera. Desarrollé mi cuerpo con un fuerte suspiro mientras arrojaba las sábanas a un lado. ¿Qué diablos estaba haciendo? ¿Desde cuándo esperaba que alguien viniera a rescatarme? ¿Desde cuándo comencé a hacer lo que me decían?

Dom se merecía otra cosa si pensaba que podía simplemente irse, decirme que me quedara quieta y ¿qué? ¿Sentarme quieta y ser bonita? Mickey, Vic y Levi podían irse al infierno. Dom me pertenecía. Caminé por la habitación y saqué mi teléfono del bolso. Podía enviarle un mensaje de texto a Dom y decirle que lo amaba, que había cometido un error al someterse a la voluntad de Mickey, pero ya sabía cuál sería su respuesta. Estaba haciendo esto por mi propio bien.

No, necesitaba llamar a alguien que quisiera ayudar a Dom. Me devané los sesos para pensar en quién podía confiar Dom. La verdad es que, por mucho que Dom y yo tuviéramos en común, junto con una profunda conexión, no sabía mucho sobre su vida fuera de nuestra suite de hotel. Sabía que trabajaba en una empresa en la que era casi socio debido a una gran cuenta que había llevado consigo.

Apreté mi teléfono en mi mano, tratando de pensar en qué cuenta era esa. ¿Era una empresa de comunicaciones que tenía su amigo de la universidad? Me lo contó una vez cuando le pregunté por qué se había mudado a Phoenix.

Caminando de un lado a otro de la habitación, imaginé la oficina de Dom y los muchos archivos que tenía en su escritorio. ¿No estaba en Tucson? Hice clic en el buscador de mi teléfono y escribí “compañías de comunicación en Tucson”. Aparecieron varias opciones, pero solo un nombre me llamó la atención porque escuché a Dom mencionarlo en una de sus llamadas: *Cole*. Hice clic en CCI y seguí los enlaces a la página de contactos donde encontré un número de teléfono.

A la mañana siguiente, mi corazón latía rápido cuando marqué el número y timbre tras timbre zumbaban en mi oído. Al cuarto timbre, una mujer respondió. “CCI, oficina de Derek Cole. Puedo ayudarlo”.

«Hola. Llamo en nombre de Dom Moretti. ¿Puedo hablar con el Sr. Cole, por favor?». No tenía idea de qué diría o cómo Derek Cole podría ayudar, pero los tiempos desesperados requieren medidas desesperadas.

«Por supuesto, la transferiré». La persona que habló se quedó en silencio. No había preguntado nada más, lo que significaba que conocía a Dom.

«Este es Derek Cole», retumbó una voz en mi oído.

CAPÍTULO 26

El vórtice

DOM

«No hay nada que pueda decirte para hacerte cambiar de opinión», dijo Cole.

No era una pregunta. Me conocía casi tan bien como Vic, salvo por el pequeño detalle de mi vida. La parte que había pasado los últimos cinco años fingiendo que no era real. Estaba sentado en la silla tapizada de la sala de estar de mi suite de hotel, con su tobillo apoyado en su rodilla y los dedos metidos en su cabello rubio. Su mirada se movía por toda la habitación como si la única palabra que podría hacer que me quedara estuviera escrita en las paredes o en los muebles.

Su instinto estaba en lo cierto. No había nada que pudiera decir o hacer para hacerme elegir de otra manera. Sobre todo, porque la elección no había sido mía. O, mejor dicho, esta no era ninguna elección: la vida de Emilia a cambio de la mía.

Sí, ninguna elección.

«Seguiré encargándome de tus asuntos, si quieres, pero entendería si prefieres ir con alguien local».

«No quiero a alguien local. Quiero a alguien en quien pueda confiar». Se puso de pie, elevándose sobre mí.

Me quedé sentado en el apoyabrazos del sofá, junto a su silla. Unos minutos más y se daría por vencido. Unos minutos más y esto terminaría. Entonces sería libre de irme. Me froté la barba incipiente de la mejilla.

Libre.

«Bien». Su mirada penetrante se encontró con la mía. «Tal vez algún día me digas por qué el repentino cambio de opinión. Si tienes que irte, tienes que irte. Te voy a extrañar, hermano».

Dejé escapar un suspiro y me levanté para recibir su rápido abrazo. Tragué el nudo en mi garganta y bebí el resto de mi whisky. «Lo creas o no, yo también te voy a extrañar».

Por un momento, consideré decirle la verdad. Sobre el último amigo que tuve y la última mujer que amé. Caminé tranquilamente hacia la puerta. Él entendió mi señal y con los labios apretados me siguió. Estaba enojado conmigo. No sería la primera vez. Con el tiempo, él también lo superaría.

Un ligero golpe me salvó de tener que decir más. La puerta se abrió con un clic y entró Valentina, la futura esposa de Cole. El rostro de Cole pasó de sombrío a brillante y alegre. Dios, el tipo estaba hechizado. Se merecía este tipo de felicidad. Cole era uno de los buenos. Valentina se acercó a mí y me dio un rápido abrazo. Cole solo se permitió tres segundos antes de rodearla posesivamente con el brazo y hacerla sonrojar.

«Entonces, ¿realmente se va?», preguntó, intercambiando una mirada significativa con Cole. Nunca entendí a las parejas así. Las que tenían su propio lenguaje silencioso.

Miré mis zapatos. Supuse que no podía decir nunca. Emilia y yo teníamos eso. Sin duda fue por eso que nunca llamó después de que no aparecí la semana pasada. Sabía a dónde me dirigía y por qué. Entendió lo suficiente como para dejarme en paz. Me acerqué al bar y me serví otros dos dedos de whisky antes de responder a su pregunta. «Sí, realmente me voy».

Ella me dedicó una sonrisa brillante y luego se enfrentó a Cole. «Dos guisantes en una vaina».

«¿Qué significa eso?», pregunté.

«Cole pensó que podría disuadirte». Si no lo supiera, diría que estaba feliz de verme ir.

«Por favor, no arruines tu rímel por mi culpa».

Se rió entre dientes y Cole se ajustó el cinturón. «Deberíamos irnos, cariño. Dom tiene muchas cosas que hacer antes de su vuelo, estoy seguro. Llámame cuando estés instalado». Cole me dio una palmada en el hombro.

«Espera. ¿Le preguntaste?». Valentina apoyó su brazo en el de él y lo detuvo a mitad de camino.

Cole se pasó un dedo por la mejilla. «No, estaba esperando a que cambiara de opinión».

Con un encogimiento de hombros, Valentina se volvió hacia mí. «Vic dijo que te dirigías a Paradise Creek para una visita rápida. Me preguntaba si podríamos acompañarte. Quería hablar con Nikki en persona. Nunca pude agradecerle por ayudarnos».

«Sí, claro». Mi mirada se movió de uno a otro. Tenían buenas intenciones, pero un viaje de dos horas hasta Paradise Creek no sería tiempo suficiente para convencerme de quedarme. De dejarla morir. «Los veré abajo».

Valentina se acercó a mí y me abrazó. «Eres un buen chico, Dom».

«Sí, sí», Cole pasó su mano alrededor de la cintura de Valentina y la hizo salir de la habitación.

Los eventos de la semana pasada se desplomaron sobre mí. Mi pecho se apretó y bloqueó el oxígeno a mis pulmones. Bebí de un trago de mi vaso hasta que no tragué nada más que aire y luego lo arrojé al otro lado de la habitación.

Valentina estaba equivocada.

La puerta hizo clic de nuevo y Vic entró. «El auto está listo. ¿Por qué los dejas venir contigo?».

Le había pedido a Mickey dos semanas antes de mudarme permanentemente de regreso a Jersey. Resultó que solo necesitaba diez días para deshacer mi vida aquí. Además, si Emilia hubiera querido venir aquí y hacer todo lo posible para que me quedara, ya lo habría hecho. No, no me habría hecho cambiar de opinión. Aunque hubiera sido agradable verla una última vez. *Podría, debería... a la mierda. Era hora de irme.*

«No podía pensar en una razón para no hacerlo». Tenía más malas noticias que darle a Nikki, pero tenía que hacerlo. Tal vez tener una amiga conmigo me haría sentir menos imbécil. «¿Mickey envió su avión como dijo?».

«Lo hizo mejor que eso. O peor, depende de a quién le preguntes».

«¿Qué hizo?». Una miríada de escenarios pasó por mi mente. ¿La había encontrado? «¿Dónde está ella?».

«Tranquilízate, carajo. Está bien. Te lo dije». Se frotó la nuca. «La Dama Dragón la tiene. Estará a salvo. Volveré allí cuando te vayas. Estarás en la ciudad unos días más, ¿verdad?».

Asentí y Vic dejó entrar al botones para recoger el equipaje de Emilia. Aproveché el tiempo para servirme otra bebida. Por alguna razón, no había querido que tocaran nada de su habitación, donde dormía, donde comía o el sofá donde finalmente dejó de actuar como la Señorita Correcta

y me mostró todas sus cicatrices. Ese día, finalmente entendí esta conexión irracional que sentía con ella desde el día en que la vi por primera vez.

La habitación volvió a quedar en silencio después de que el botones se fue. Vic se sirvió una bebida y se sentó a mi lado en la mesa del comedor. «Te va a llevar al límite. Lo sabes, ¿verdad?».

«Me importa una mierda. Solo Emilia está fuera de los límites. Él lo entiende».

«Dom. Solo hay una cosa que quiere de ti, y tú lo sabes. ¿Estás listo?».

«¿Matar por él? Supongo que lo averiguaremos cuando llegue el momento». La descarga de adrenalina cayó en mi estómago como un montón de ladrillos. «¿Qué está tramando Mickey?».

«Llegó en el avión. Te estará esperando en el pequeño aeropuerto de Peoria».

«Bien».

Dos días después, el sedán negro llegó al aeropuerto donde Mickey, Vic y mi antigua y nueva vida me esperaban. Caminé a lo largo del hangar hacia el Goldstream que estaba encaramado al final. Su motor ya había comenzado a rugir silenciosamente. Subí los escalones mientras el entumecimiento se extendía por mis piernas y el resto de mi cuerpo. A pesar de todos los juegos mentales de Mickey, nunca hacía esperar a la gente hasta el final, hasta el desenlace. Era una buena sensación estar finalmente aquí y ponerme manos a la obra, descubrir exactamente lo que quería de mí.

Dos pasos más allá de la cabina principal, el chiste cayó a mis pies en un montón, con un ojo hinchado y el labio partido. Levi me miró con su único ojo bueno. Solté una carcajada y me froté la barba incipiente de la mejilla. «Sabes, normalmente la gente intenta elegir el menor de dos males. Era mejor que te ocuparas de mí».

Levi soltó una risita, sujetándose las costillas. «No tuve elección en el asunto. Lo sabes».

«Ese parece ser el tema recurrente cuando se trata de...», encontré la mirada de Mickey, que me sonrió, «papá».

«Este soy yo cumpliendo mi promesa», señaló a Levi. «Ella es libre».

Me volví hacia Vic, levantando las cejas con la pregunta habitual. *¿Está bien?* Parpadeó lentamente una vez para tranquilizarme. Con un asentimiento, pasé por encima de Levi y me acomodé en un asiento cerca del bar. La azafata, una mujer joven con cabello largo y rizado y ojos castaños profundos, me sirvió un vaso de whisky. Sacudí la cabeza mientras ella dejaba la bebida junto a una botella de agua frente a mí. Se tomó su tiempo, colocando los artículos en una servilleta, su escote se balanceaba con cada movimiento. Bebí el agua y miré fijamente a la nada fuera de la ventana. La puerta del avión se cerró y segundos después, Vic cruzó mi línea de visión, se dirigió al sedán negro que lo esperaba, de regreso a Emilia. ¿Dónde estaba ella? ¿Seguían escondidas en Sedona? Mi visión se volvió borrosa mientras se alejaba y el avión se sacudió hacia adelante. En mi cabeza, reemplacé el rugido del motor con el tamborileo de instrumentos de percusión como los que sonaban la noche en que Emilia y yo tuvimos nuestra primera cita. Cuando me convencí de que Emilia y yo podíamos tener algo juntos. El avión se niveló cuando alcanzamos una altitud por encima de las nubes. Al otro lado del pasillo, Mickey se desabrochó el cinturón de seguridad y se volvió hacia mí. «Mientras Levi esté vivo, ella no tendrá paz».

Eso no había tardado mucho. «¿Es por eso que está aquí? ¿Debería dispararle ahora o más tarde?».

«Eso depende de ti». Me señaló con el dedo índice. «Veo que quieres hacerlo porque entonces habrás terminado con esto. Levi se va, y sus problemas se van, tu promesa a ella está hecha. Lo sabes. Sigues esperando que te haga dispararle, que te sostenga la mano. No haré eso

por ti. Él está aquí. Puedo llevarte al pozo, pero no puedo obligarte a beber».

Se me escapó un sonido gutural. Odiaba que tuviera sentido. Odiaba que pudiera leerme tan bien. «¿Qué crees exactamente que haré por ti?».

«Te necesito como mi mano derecha». Se reclinó en su asiento y por un momento, pareció que realmente me necesitaba. «Será bueno para el negocio tener un abogado respetado en la familia».

«Todos esos millones y no puedes encontrar un abogado decente».

Se rió y relajó sus rasgos, luciendo más como el hombre que me crió que el monstruo que sabía que era. Me dio una palmada en el hombro con el dorso de la mano como si fuéramos viejos amigos y dijo: «¿Recuerdas aquella vez que Vic y yo tuvimos que rescatarte? No somos abogados elegantes, pero hicimos el trabajo».

Sus palabras despertaron un recuerdo que había olvidado hace mucho tiempo. Cuando pensé que una forma rápida de ganar dinero era montar una casa de juego en el estadio. A los dieciséis años, el juego era ilegal, pero solo si empezabas a ganar un montón de dinero. Mis hombros temblaron antes de soltar una carcajada. Mickey se rió conmigo. «Esos imbéciles solo querían su parte».

«Estabas en su territorio. Te lo ganaste». Se pasó una mano por el ojo. «Ese día estaba orgulloso de ti».

«Me metieron en la cárcel. No, espera. Me dieron una paliza y luego me metieron en la cárcel».

«Sí, pero entonces supe que estarías bien. Sabía que, aunque no fuera tu padre biológico, eras mi hijo. Eras familia. *Eres* familia».

Ese día no necesité abogados elegantes. Mickey y Vic me sacaron de allí, a su manera, y me presentaron el negocio familiar. El que él esperaba que algún día dirigiésemos juntos. Supuse que hoy era el día. Los tambores que resonaban en mi cabeza se calmaron y recuperé la concentración. Trabajo. Necesitaba trabajar si quería superar esto.

«He visto esa mirada en tu rostro antes. ¿Has planeado un nuevo trabajo?».

Dirigió su mirada hacia Levi y luego asintió. «Armas».

«¿Y?».

«Necesito un abogado que nunca pierda un caso». Ahí estaba otra vez. Esa mirada en sus ojos, ese orgullo paternal que tenía la capacidad de absorberme. El vórtice.

«Bueno, resulta que mi agenda está completamente libre». Me recosté en mi asiento mientras la azafata me llenaba la bebida. Se mordió el labio inferior, pintado de rojo, y tragó. Tomé el trago de whisky y dejé el vaso. «No me recuerdas, ¿verdad?». Vertió más líquido ámbar hasta el borde. Negué con la cabeza. Me recordaba a alguien, pero no, estaba seguro de que no la conocía.

«Es la hija de Big Joey», dijo Mickey a modo de presentación antes de dirigirse a la cabina del capitán. «Quiere ser azafata. Así que aquí está».

«Mia». Me ofreció su mano y la estreché. Todavía sin ubicar su rostro. «Y no soy una niña».

«No, no lo eres».

Tomé otro trago de whisky. El entumecimiento me bajó por la garganta y se extendió por el pecho. Dejé escapar un suspiro.

Mia se apoyó en el asiento frente a mí, sosteniendo la botella de whisky como si tuviera las llaves de algún escondite secreto.

«La última vez que me viste, todavía usaba coletas». Me dirigió una sonrisa y señaló sus suaves rizos.

Otro trago. Esta vez el líquido bajó por mi garganta con un suave ardor y desbloqueó un pequeño recuerdo de una niña.

«La hermana pequeña de mi amigo Joe. Pusiste un sapo en mi café».

Hizo una gran exhibición de ello, colocando la botella en el asiento de Mickey antes de hacer una reverencia, extendiendo los brazos y con una amplia sonrisa en su rostro.

«Te lo merecías. Dios, eras insoportable, pensando que eras todo eso, tomando café con los adultos».

«No pude haber sido tan malo. A dondequiera que iba, allí estabas. Más recuerdos se precipitaron a mi mente. Tenía una familia antes de irme de Jersey, a donde pertenecía. No importaba lo rápido que corriera, lo lejos que fuera, siempre estaba destinada a volver aquí. Cada paso que daba desde el día en que salí del hospital con una herida de bala en el hombro me llevaba a este momento, a este avión. Había cerrado el círculo. ¿Sabía Vic que terminaría aquí? Mickey, sin duda.

«Has estado fuera mucho tiempo». Se sentó en cuclillas a mi lado y puso una mano sobre mi hombro.

«Lo sé». Me tragué el nudo en la garganta.

«Bienvenido a casa, Dom».

CAPÍTULO 27

Cara de ángel

EMILIA

El alféizar de la ventana me presionó las costillas y me dejó sin aliento. Lo único en lo que podía pensar era que Dom me necesitaba, que yo necesitaba verlo. Había esperado lo suficiente. Relajé las piernas y me concentré en respirar. Esto era ridículo. Mamá y Vic me habían reducido a esto.

Escabullirme de mi propia casa era infantil, pero ¿qué opción tenía? Había pasado un mes entero desde que Dom me dejó sin despedirse ni darme una explicación. No importaba qué argumentos le lanzara a Vic, él no cedería. Mamá era peor. La libertad y mi vida, esas eran dos cosas que no estaba dispuesta a dejar ir en este momento. Ni nunca. Pero Dom me necesitaba. Lo sabía.

Apunté con el pie hasta que mis dedos tocaron el borde del lavabo del baño y luego me apreté por la pequeña ventana para volver a entrar en la casa. Salir por la ventana de cabeza no había funcionado. Con una exhalación rápida, me puse de puntillas y enganché la pierna izquierda sobre el alféizar de la ventana. Torciendo las caderas, empujé el torso hacia adelante. Mi rodilla derecha se apretó contra mi frente mientras contenía la respiración y me movía para pasar por la abertura.

Cuando mi cabeza sobrepasó la parte superior de la ventana, introduje mi pie derecho y me dejé caer al suelo. Mi bolso de viaje amortiguó mi caída y caí con un ruido sordo, maldiciendo a mamá y a Vic por no confiar en que pudiera cuidarme sola. Me froté la cadera donde la había estirado demasiado. Tenía moretones en el hombro y mis muñecas ya se estaban poniendo de un rojo oscuro. Ignoré el dolor punzante en mi costado, me colgué el bolso cruzado y me dirigí hacia los árboles detrás de nuestra cabaña.

La caminata hasta la carretera principal estaba a aproximadamente un kilómetro de distancia, pero tomar el camino largo siguiendo el arroyo agregaba otro kilómetro. Miré la hora nuevamente. Tenía otros treinta minutos antes del amanecer y antes de que mamá se despertara y viniera a mi habitación a ver cómo estaba. Con suerte, para entonces estaría en camino de regreso a Phoenix y Dom. El énfasis está en la esperanza, porque la persona que conducía el coche en el que me iba a escapar era alguien a quien nunca había conocido antes: un extraño.

Mi corazón latía rápido, alimentando mis músculos doloridos mientras avanzaba por el sendero. Me detuve en seco cuando vi un Corvette rojo cerca de la carretera. Apretando la correa de la bolsa entre mis dedos, me acerqué al coche. Después de varios pasos, la puerta del conductor se abrió y una mujer salió. Su mirada se dirigió de la carretera detrás de nosotros al sol naciente, y luego de nuevo a mí. Me sonrió, lo que me hizo suponer que me había estado esperando.

La grava crujió bajo sus botas mientras caminaba alrededor del capó del coche de carreras hacia mí. La encontré a mitad de camino. «Hola. Soy Emilia».

«Valentina». Me abrazó como si fuéramos viejas amigas. Supuse que planear una escapada juntas nos hizo pasar rápidamente de conocidas a mejores amigas. «Lo siento por el coche. Sé que sobresale como un pulgar dolorido. Solo cogí el que estaba más cerca de la puerta del garaje». Ella se apartó un mechón de pelo de la cara. «Vamos».

«Sí». Di un paso brusco hacia el Corvette. «Gracias por hacer esto. No tenía a nadie más a quien llamar». Metí mi bolso en el asiento trasero y subí al lado del pasajero.

«Me alegro de que hayamos podido ayudar». Valentina corrió al otro lado del auto y se dejó caer delante del volante como si hubiera hecho este tipo de cosas muchas veces. «Este es un vehículo divertido». Me dedicó una amplia sonrisa y encendió el motor. El motor rugió cuando cambió a segunda marcha y pisó el acelerador.

Con el paisaje de Sedona pasando zumbando a nuestro lado, me hundí más en mi asiento. Después de todo este tiempo, iba a volver a ver a Dom. Me abracé a mí misma para detener las mariposas que causaban estragos en mi estómago. Incluso si no se había despedido ni había intentado ponerse en contacto conmigo después de dejarme, necesitaba creer que todavía me quería.

Maldita sea. Debería haberle dicho lo que sentía por él cuando tuve la oportunidad. En lo más profundo de mi ser, sabía que había ido a casa a protegerme porque tenía sentimientos por mí. ¿Entendía cuánto lo amaba? ¿Entendía que no tenerlo en mi vida sería peor que una vida huyendo? Me incliné y respiré. Debería haberle dicho.

Valentina me frotó la espalda. «Todo estará bien. Si alguien puede atravesar la cabeza dura de Dom, eres tú. Lo sé. Puedes salvarlo».

Me volví hacia ella. Dios, tenía una sonrisa tranquilizadora. La mirada gentil en sus ojos oscuros me decía que hablaba en serio. «¿Lo viste?».

«Sí, unos días antes de que se fuera». Volvió a centrar su atención en la carretera. «Actuó como si todo estuviera bien, pero me di cuenta de que estaba sufriendo».

«Todo esto es culpa mía».

«No digas eso. Cole me contó lo que le dijiste sobre Dom. Parece que dejó muchos problemas sin resolver cuando se fue de casa. Era inevitable que esto volviera a él tarde o temprano».

«Ciertamente, yo no ayudé».

Si Derek y Valentina supieran toda la verdad sobre Dom, entenderían por qué Dom estaba en peligro. Cuando llamé por primera vez a Derek Cole, no pude contarle toda la historia. No podía contarle sobre las cicatrices de Dom, lo que le había hecho a su amigo, por qué se había ido de casa en primer lugar. El pasado de Dom no era para que yo lo compartiera. Así que me ceñí a los acontecimientos que sucedieron desde la noche en que Dom se reunió conmigo en el Roadrunner hace un par de meses.

«Ya llegamos». Valentina entró en el aeropuerto de Peoria y estacionó. Miró su teléfono y sonrió. «Parece que ya están listos para irse. ¿Segura que no habrá problema si vas sola?».

«Sí, ustedes ya han hecho suficiente».

Agarré mi bolso del asiento trasero y prácticamente salí de su coche. Cuanto antes estuviéramos en el aire, mejor. La pequeña voz en mi cabeza que me decía que esto era un error se hacía cada vez más fuerte. Y no podía permitirme más dudas. Cuando llegamos al hangar, Valentina se apresuró a abrazar a un tipo que fácilmente podría ser el doble de Henry Cavill.

«Emilia, este es Cole». Valentina apretó los bíceps de Cole y se rió.

«Encantado de conocerte». Cole me estrechó la mano. «Lo siento. Mi prometida está un poco demasiado emocionada con todo este asunto con Dom».

«Estoy feliz de que haya encontrado a alguien. Deberíamos acompañarte». Se dio la vuelta para mirar a Cole y él asintió.

«No. Por favor. No quiero imponerme más de lo que ya lo he hecho». Si Dom ya no me quería, no quería que sus amigos lo presenciaran.

«Lo haremos a tu manera». Intercambió una mirada significativa con Valentina y me acompañó hacia su jet privado. «Organicé que un auto te recogiera cuando llegues. Si necesitas algo, solo llámame, ¿de acuerdo?».

Asentí. «Gracias».

Valentina me acompañó hasta la parte superior de la escalera del avión y me abrazó. «Saluda a Dom de nuestra parte».

«Lo haré. Gracias de nuevo». Subí al pequeño avión y me senté junto a la ventana. Mi pulso se aceleró cuando el motor cobró vida. Antes de que más dudas inundaran mi mente, llegamos a la pista del aeropuerto y luego estuvimos en el aire.

Un par de horas después de que comenzara el vuelo de cuatro horas y media, un tipo intentó hacerme comer un bagel con queso crema, pero no podía soportar nada. Al final, se conformó con traerme el café y el vaso de whisky que le pedí. Bebí la bebida fuerte y dejé que el olor del líquido ámbar llenara el aire a mi alrededor. Como era la única pasajera a bordo, el asistente de vuelo insistió en charlar un poco. Asentí y sonreí, pero no le hice preguntas. Sus palabras se arremolinaban dentro y fuera de foco en mi mente.

«De todos modos, creo que deberíamos empezar por ahí», dijo.

Aparté la mirada de la ventana. «¿Cómo?»

«Sabía que no estabas prestando atención».

«Lo siento mucho. Mi mente está en otra parte».

«Puedo verlo. Soy tu chofer durante el tiempo que me necesites. He estado en Jersey algunas veces y tengo un teléfono». Sacó su teléfono del bolsillo lateral de su chaqueta. «¿A dónde vamos?».

«¿Qué?». Gran pregunta. ¿Adónde demonios tengo que ir? Estaba tan preocupada por lo que quería decirle a Dom que no me detuve a pensar dónde podría encontrarlo. Nueva Jersey era un lugar grande. «¿Podemos volver a la parte donde me dijiste por dónde deberíamos empezar?».

Al oír mis palabras, el sobrecargo se sentó a mi lado. Y me sentí como la mayor idiota. «Lo siento mucho. Eh. ¿Tú…?».

«Tyler. Y no te preocupes por eso. Veo que la estás pasando mal». Tyler señaló mi whisky intacto. «Dom acaba de llegar, así que no habrá mucho sobre él en línea. ¿Qué hay de Mickey? Deberíamos ir a su lugar de trabajo. ¿Cuál es su nombre completo? ¿A qué se dedica?». Se inclinó hacia delante listo para escribir esta información en el motor de búsqueda de su teléfono.

«Mickey». Eso lo sabía con seguridad. «No sé a qué se dedica. Ni siquiera sé su apellido». A menos que hubiera una página web de un mafioso, encontrar a Dom no sería fácil. La presión en mi pecho volvió y hundí la cabeza entre las manos para recuperar el aliento. Cuando me desperté esta mañana, tenía la esperanza de poder ver a Dom antes de que terminara el día, tocarlo, besarlo.

«Puedo decirte que habrá muchos Mickey en Jersey». Escribió algo en su teléfono.

«Lo sé». Saqué mi propio teléfono y abrí el motor de búsqueda.

«Aquí hay algunas cosas», Tyler me sonrió.

Me conecté al wifi del avión y presioné el botón de búsqueda. Lentamente, apareció una lista

de enlaces e imágenes. Ninguno de ellos me sonó hasta que llegué a una imagen que conocía bien, una que podía dibujar de memoria: el tatuaje de Dom. El que tenía la forma de alas de ángel que cubrían la mitad de su frente. Siempre había asumido que las alas eran un tributo a la libertad que tanto protegía. Todo el tiempo, la tinta en su pecho lo vinculaba con su familia.

«Vayamos allí primero». Le di a Tyler mi teléfono con la dirección de un almacén que también funcionaba como gimnasio CrossFit.

«Parece un buen plan». Miró su reloj. «Abróchate el cinturón. Ya hemos comenzado el descenso».

Me agarré del apoyabrazos mientras la realidad de la situación me invadía. No tenía ni idea de quién era Dom Moretti ni de lo que realmente quería. Mis sentimientos por él me hicieron ver algo que no estaba allí. Me había convencido de que todo lo que hacía era para salvarme.

¿Y si estaba en Nueva Jersey porque Mickey le mostró que este era el lugar al que pertenecía? ¿Mi evaluación de él en la facultad de derecho había sido la correcta? En aquel entonces, no intentó ocultar quien era.

El peligro rezumaba por sus poros. ¿No era eso lo que buscaban todas las mujeres de la escuela? ¿No era su conexión con la mafia la principal razón por la que me mantenía alejada de él? ¿Cometí un error al dejar que Dom me afectara? No, no podía dejar que mis miedos se apoderaran de mí. Confiaba en Dom. Me amaba. Lo sabía.

Tan pronto como desembarcamos, Tyler encontró el auto que Cole había llamado para nosotros. Tenía la sensación de que Cole me quería con alguien en quien pudiera confiar. Sin duda, Mickey sabía que iría a buscar a Dom tarde o temprano. Había esperado tanto porque quería darles tiempo a todos para que se calmaran y se establecieran en una rutina. Las rutinas hacen que las personas se vuelvan ciegas a su entorno.

El viaje a uno de los almacenes que encontramos en la web estaba a solo diez minutos del aeropuerto de Morristown. Desafortunadamente, las personas que trabajaban allí nunca habían oído hablar de un Dom Moretti. O eso decían. Subí al sedán negro y saqué mi teléfono de mi bolso nuevamente. Mirar el tatuaje de Dom me traía consuelo.

«¿Deberíamos probar el siguiente lugar?», preguntó Tyler abrochándose el cinturón de seguridad. «Quiero decir, ya estamos aquí». Cuando no respondí, lo intentó de nuevo. «Sigamos con la lista».

La adrenalina se apoderó de mí. Me llenó de deseo y temor al mismo tiempo que Tyler entró en el estacionamiento de nuestra siguiente parada. En su mayor parte, los gimnasios tendían a estar llenos hacia el final del día. Sin embargo, este lugar solo tenía unos pocos autos estacionados cerca de la entrada. Salí y me froté la cadera palpitante. Aparte de los dolores menores, el incidente de la ventana de esta mañana se sentía como si hubiera sucedido hace días, no horas.

«¿Podrías esperar en el auto, por favor?». Encontré la mirada amable de Tyler en el espejo retrovisor.

No tenía forma de saber en qué nos estábamos metiendo. La verdad era que no quería que Tyler me viera haciendo el ridículo. No es que tuviera planes de rogarle a Dom que viniera conmigo. ¿O sí?

«Estaré aquí si necesitas algo. Tómate tu tiempo». Me ofreció una cálida sonrisa.

Subí los escalones de cemento que conducían a las puertas de acero en el costado del gimnasio. Las puertas estaban enrolladas hasta la mitad y proyectaban una sombra dentro del almacén, donde los ruidos metálicos y los gruñidos resonaban contra las paredes.

Una mujer con leggings negros, un sujetador deportivo ajustado y abdominales de infarto me

recibió dos pasos más adelante. «¿Puedo ayudarte, muñeca?».

«Hola. Espero que sí. Estoy tratando de encontrar a un amigo». Mierda. Todavía no podía descubrir cómo explicarle a un completo extraño que estaba aquí porque el logotipo de la empresa que colgaba afuera de su gimnasio estaba tatuado en un tipo con el que solía acostarme. «Lo siento. No importa». Me di la vuelta para irme.

«¿Cómo se llama? Conozco a mucha gente».

«Dom Moretti», dije con una confianza que no sentía.

Se rió entre dientes y gritó por encima del hombro. «Oye, Cara de ángel, aquí hay alguien que quiere verte».

Con el rabillo del ojo, un tipo que golpeaba un saco pesado se detuvo en seco. Dom se alejó de la bolsa y el cosquilleo que había sentido en mi estómago desde esa mañana explotó en mil pedazos. En el mes que estuvimos separados, su cabello había crecido más, al menos un par de centímetros, y la barba incipiente en sus mejillas ahora era una barba completa. Nunca lo había visto con ropa deportiva. Por supuesto, se veía increíblemente sexy con pantalones ajustados de jogging que mostraban cada músculo de sus piernas. Parecía diferente, o más bien, parecía indiferente cuando su mirada se cruzó con la mía.

El sudor goteaba por sus abultados bíceps mientras se acercaba a mí, con una media sonrisa en su rostro. Las vendas alrededor de sus manos mostraban manchas rojas alrededor de sus nudillos. Luché contra el impulso de correr hacia él, rodearle el cuello con mis brazos y besar ese rostro increíblemente hermoso.

Su amiga, por otro lado, hizo exactamente lo que yo había estado soñando hacer durante las últimas semanas. Le rodeó la cintura con los brazos y le susurró algo al oído. Y todo lo que pude hacer fue quedarme allí y mirarlos mientras las lágrimas me quemaban los ojos.

Dom la miró. «Mia, yo me encargo de esto».

Me quedé helada. Nunca pensé que Dom fuera a seguir adelante. Cuando Dom volvió a centrar su atención en mí, me di la vuelta y salí corriendo del almacén.

CAPÍTULO 28

Pero tengo una mejor idea

DOM

Mia me apretó el brazo, pero eso no fue suficiente para evitar que fuera tras Emilia. Emilia había estado aquí solo dos minutos y yo ya la estaba persiguiendo como un idiota. Por eso no podía estar aquí, por eso no podía quedarse. Cuando estuvo a mi alcance, envolví mi brazo alrededor de su cintura y la sostuve contra mí. Joder, se sentía bien. Enterré mi cara en su cabello con aroma a vainilla.

«Emilia, ¿estás bien?». El hermano de Cole caminó en un amplio círculo a nuestro alrededor hasta que estuvo frente a ella. ¿Parecía tan trastornado que sintió que necesitaba usar tácticas conmigo?

«Oye, amigo, ella vino hasta aquí para verme. ¿Nos das un minuto?». Hice mi mejor esfuerzo para sonar casual, pero la tensión en mi voz no se podía ocultar.

Emilia relajó su postura y la solté. Apoyó ambas manos en sus caderas. «Sí, estoy bien».

«Está bien. Estaré en el auto si me necesitas». Su mirada se dirigió hacia mí, con un matiz de advertencia en sus ojos que decía: *"Amigos o no, no toleraré que hagas algo estúpido"*.

Si quisiera llevarme a Emilia lejos de aquí, él no podría detenerme.

Emilia lo observó caminar tranquilamente de regreso a su sedán negro. Cuando estuvo fuera de la vista, no hizo ningún esfuerzo por darse la vuelta y mirarme a la cara. Y todo lo que quería hacer era abrazarla de nuevo. Un mes era un tiempo demasiado largo para estar lejos de ella. ¿Qué podía decirle? ¿Perdón por dejarte? No lo sentía. ¿Me creería si le dijera que la extrañé todos los malditos días que estuvimos separados? ¿Que había fantaseado con este momento constantemente?

Eché un vistazo por encima del hombro hacia la entrada del almacén. Mia nos miraba con enojo, con los labios fruncidos y las mejillas rojas. Por supuesto, tenía razón. Emilia no debería estar aquí. ¿Cuánto tiempo teníamos antes de que Mickey se diera cuenta de que estaba en la ciudad?

No, él ya lo sabía. Este era el tipo de cosas que Mickey controlaba. ¿Por qué demonios Vic no me avisó? Hubiera tenido una mejor reacción a la presencia de Emilia de la que tuve: mirarla con los ojos como un idiota.

Cuando vi por primera vez a Emilia de pie junto a Mia, pensé que era una alucinación. Ella visitaba mis sueños tan a menudo que ahora era difícil notar la diferencia. Tenía que irse. Sin pensarlo dos veces, la rodeé con mis brazos por la cintura, sujetándola a los costados.

«¿Estás loca?». Ella luchó contra mi pecho, pero la agarré con más fuerza. Su olor era embriagador.

«Estás aquí para hablar. Hablemos». La levanté y la llevé a través del estacionamiento, de

regreso al gimnasio. Mia bloqueó el camino en lo alto de las escaleras, pero la esquivé y seguí avanzando al ring de boxeo hacia la oficina en la esquina. Mi oficina.

«Puedo caminar sola, ¿sabes?». Ella empujó mi antebrazo y su espalda presionó más fuerte contra mi pecho.

«Lo sé».

Abrí la puerta y la solté, usando mi cuerpo para bloquear la entrada, en caso de que decidiera escaparse otra vez. Caminó hasta el centro de la habitación y pasó la mano por mi escritorio. El único mueble que me molesté en traer. Abrí la boca para disculparme por el estado del edificio y el olor mohoso del sudor, pero las palabras no salieron. Odiaba verla aquí. Este lugar no era para ella. Estaba por debajo de ella. Cerré la puerta y puse el pestillo.

«¿Por qué diablos estás aquí?».

Se dio la vuelta para mirarme. El color subió a sus mejillas cuando encontró mi mirada. Y esa fue mi perdición.

«Pensé…».

Cerré el espacio entre nosotros y la besé, enterrando mis manos en su cabello. No quería que fuera suave ni lento, y ella tampoco. Jaló del dobladillo de mi camiseta con urgencia. Cada uno de mis músculos se tensó bajo su toque ardiente. Sus manos viajaron arriba y abajo por mi torso mientras trazaba los bordes de mi tatuaje. Al igual que yo había hecho con ella, había memorizado cada plano de mi cuerpo. Profundicé nuestro beso y gemí cuando se presionó contra mi erección.

«*Dios*, Emilia, te extrañé».

Gemí contra su mejilla, chupé su cuello y amasé su perfecto trasero.

«¿Qué?».

Susurró contra mi sien mientras mordisqueaba los picos duros que sobresalían a través de la tela de su blusa.

«Detente».

Suspiró y me empujó.

Di un paso atrás y coloqué ambas palmas sobre el escritorio detrás de ella, aprisionándola.

«Lo siento. No debería haber hecho eso, pero un mes es demasiado tiempo para estar lejos de ti».

Se cubrió la boca con una mano y me empujó con la otra. Me arrastré hacia atrás para darle el espacio que quería y para recuperar el aliento.

«Me parece que te has hecho un hogar aquí».

«Este es mi hogar».

«Sí, estoy segura de que tu novia se alegró de verte de vuelta».

Me reí burlonamente. «¿Quién? ¿Mia?».

«¿Ese es su nombre?». El fuego en sus ojos me llenó de una intensa necesidad de estar dentro de ella. ¿Cómo iba a alejarla? Por eso no me había despedido cuando me fui de Phoenix. Si la hubiera visto esa noche, nunca habría aceptado irme con Mickey. La necesitaba. Di un paso hacia ella y ella retrocedió. «Soy tan idiota por pensar que me dejaste porque me amabas».

«Te amo».

Usando sus manos para apoyarse, se apoyó contra el borde del escritorio y me miró a los ojos. «Entonces, ¿por qué estás con ella?».

«¿Qué? No lo estoy. ¿Qué te hace decir eso?».

«Te besó la mejilla». Apretó el puño y se dio un golpecito en la frente.

Froté el lugar donde los labios de Mia rozaron mi mejilla. Sí, cuando volví, Mia había

intentado ser más que amigos. Al principio, estaba dispuesto a intentarlo y seguir adelante de verdad, por el bien de Emilia. Pensé que tener a alguien en mi cama haría que todo esto fuera soportable. Pero cada vez que Mia me tocaba, Emilia y todos sus pequeños detalles inundaban mi cerebro, todo mi cuerpo, y simplemente no podía seguir adelante. Emilia me arruinó para todas las demás. Una chica inteligente como Mia, se dio cuenta rápidamente y me dejó en paz. Sabía dónde estábamos. «Ella es solo una amiga».

«¿Una amiga con beneficios?».

«Sin beneficios. Ni una sola vez». Busqué en los rasgos de Emilia. Cada centímetro de ella estaba tatuado en mi mente. El grupo de pecas en su nariz, el puchero de sus labios y el intenso color marrón de sus ojos. Una sonrisa se extendió por mi rostro y llenó cada espacio vacío en mi pecho. «¿Estás celosa? ¿Por qué?».

Emilia abrió la boca para hablar, pero las palabras no salieron. El aroma a vainilla inundó la pequeña oficina que había sido mi prisión durante casi un mes. «Nada más».

«Dilo». Me acerqué más a ella.

«Porque estoy enamorada de ti. Debería habértelo dicho cuando tuve la oportunidad». Caminó lentamente hacia mí, su mirada fija en la mía. «No deberías haberte ido».

«Nada ha cambiado, Emilia».

Entrelazó sus dedos alrededor de mi cuello y dejé escapar un suspiro. «Hay un millón de otras formas de arreglar esto. Que regreses al lugar que tanto te lastimó no es la respuesta correcta. Y lo sabes».

Agarré sus muñecas y aparté sus brazos de mí. Mi mente se volvía borrosa cada vez que me tocaba. Y necesitaba concentrarme. Esta conversación era necesaria desde hacía tiempo. «Está bien. Hablemos de lo que sabemos. Crees que me conoces, pero no es así».

«Entonces, cuéntamelo».

«¿Recuerdas esto?». Levanté mi camiseta para mostrarle mi torso tatuado.

«Sí. Así es como te encontré, en realidad». Se alejó de mí, cruzando los brazos sobre el pecho.

«¿A qué te refieres?».

«No tenía idea de por dónde empezar a buscar una vez que aterricé. Busqué el nombre de Mickey en Google y apareció este logotipo. Fuimos a otro almacén como este antes de encontrarte».

«Eso fue inteligente».

«¿Entonces el tatuaje fue una especie de iniciación?».

«En realidad, no. Cuando crecí, el equipo me llamaba ‘Cara de ángel’. No me importaba. Cuando se me ocurrió la idea de abrir una serie de “gimnasios”, usé ese nombre para la franquicia. Las alas de ángel se convirtieron en el logotipo».

«Es un gran almacén para solo un área de CrossFit». Me miró. Asentí y le di un minuto para unir los puntos, para entender que estaba metido hasta las rodillas en esto, para ver por qué Mickey me necesitaba de vuelta.

«¿Para qué usas el almacén?».

«Es un centro de distribución. Para lo que sea que queramos».

Ella levantó la mano y negó con la cabeza. La abogada en ella no quería detalles. Esta vida no era para ella. «¿Y qué si esto fue tu idea? Todavía puedes alejarte de esto».

«Soy muy bueno en esto. Soy un maldito criminal, Emilia. Un asesino a sueldo. ¿Entiendes?».

«También eres un buen abogado».

«Soy mucho mejor en esto».

Ella dejó escapar un suspiro. «Estás siendo terco. ¿No crees que yo también tengo esos pensamientos? Mi vida habría sido mucho más fácil si hubiera cedido desde el principio y hubiera tratado con Levi en la primera oportunidad que tuve, pero estas son las decisiones que tomamos. Somos quienes elegimos ser. Tú me enseñaste eso».

«Este mundo, mi familia, son parte de lo que soy. Y eso nunca va a cambiar. Pasé cinco años de mi vida mintiéndome a mí mismo, pretendiendo que podía ser normal. Un hombre decente. Me gané mi lugar aquí. Bueno o malo, este es exactamente el lugar donde alguien como yo merece estar. Tienes que irte».

Emilia me sonrió. «Sí, me iré, pero tú vendrás conmigo».

No era lo que esperaba después de lo que le dije. Arqueé una ceja. «Mira a tu alrededor. Aquí no hay cadenas. Elijo quedarme aquí».

«Vienes conmigo», dijo con naturalidad.

«¿Crees que estoy bromeando?», pregunté.

«No. Creo que te lo tomas en serio, pero yo también. También puedo ser terca. Cometí un error antes. No debería haberte dejado enfrentarte a Mickey solo. Debería haber estado allí para ti. Tenía miedo de mis sentimientos por ti y por el futuro. Ya no lo estoy. Quiero un futuro contigo». Me besó el hombro dos veces y me rodeó la cintura con sus brazos.

La sangre caliente me atravesó mientras ella se apretaba contra mí. Yo también quería ese futuro, pero todo esto nunca había sido sobre lo que yo quería.

Ahuequé su mejilla y pasé la yema del pulgar por sus labios carnosos. «No puedo pensar con claridad cuando estás cerca». Me incliné y cubrí su boca con la mía. Tal vez si deseábamos lo suficiente, podríamos hacer que esto funcionara. Su lengua se arremolinó contra la mía y despertó cada uno de mis sentidos. Los mismos que pasé el último mes arrullando con whisky.

Ella se apartó primero. «Podemos irnos ahora. El jet privado de Cole nos espera en el aeropuerto. Nos ocuparemos de Mickey más tarde».

«¿Cole? ¿Llamaste a Cole? Maldita sea, Emilia». Caminé de un lado a otro de la oficina. Fui una idiota por pensar que podía mantener esto bajo control.

«Es tu amigo. No le conté toda la historia. No tenía por qué hacerlo. Cuando le dije que necesitabas ayuda, apareció, sin hacer preguntas».

«Por eso estaba tan enojado cuando me fui. Había esperado que le dijera la verdad». Me froté las arrugas de la frente.

«Se ofreció a ayudarme a escapar de Vic y mamá ese día. Habría sido imposible llegar a ti entonces, cuando todo el mundo estaba en alerta máxima». Puso una mano sobre mi pecho y la cubrí con la mía. «Te amo. No me voy de este lugar sin ti».

«Levi también está aquí».

«¿Por qué?».

«Mientras él esté aquí, eres libre». Le agarré la nuca con las manos. No quería nada más que estar en el avión con Emilia, besando cada centímetro de su cuerpo. Al diablo con el resto del mundo. «Es un cabo suelto».

«Nunca fue tu problema».

«Mickey lo convirtió en mi problema. Está vivo porque…».

«Porque no puedes ir por ahí matando a tiros a la gente. También me enseñaste eso», me tomó la mano. «¿Dónde está? Tal vez podamos llegar a un acuerdo con él. Su vida por la mía».

«Ya lo intentamos, ¿recuerdas? Sin el apoyo del cártel, no puede enfrentarse a Mickey. Y tú y yo sabemos que, si vuelve con su jefe para pedirle ayuda, tendrá que decirles que tú y tu madre

no están muertas. ¿Cómo nos va a ayudar eso?».

«Podría mentir sobre nosotras. Lo ha estado haciendo todo este tiempo».

Negué con la cabeza. «Es un cobarde. Si llega el momento decisivo, se elegirá a sí mismo y les dirá lo que necesiten oír para salvarse. Y tú lo sabes».

«Lo sé». Bajó la mirada.

Estábamos de nuevo en el punto de partida. «Puede que haya un millón de maneras de resolver esto, pero solo una en la que puedas volver a casa sin problemas. Vete».

«No». Alargó la barbilla de esa manera tan típica de Emilia, determinada y definitiva.

«Sí». Me alcé sobre ella. «Si tengo que llevarte de vuelta al aeropuerto yo mismo, lo haré. Lo digo en serio».

«No me alejes». Sus ojos se llenaron de lágrimas y mi corazón se partió en dos.

«No desperdicies tu vida por mi culpa». Avancé hacia ella y se mantuvo firme. *Lo siento, Emilia*. La agarré de las rodillas y la cargué sobre mi hombro.

«¿Estás bromeando?». Tomó puñados de mi camisa.

«Te lo advertí». Abrí la puerta con llave y la azoté de golpe. Entrecerré los ojos por costumbre, esperando que la luz brillante de la entrada principal me golpeara en la cara como siempre lo hacía a esta hora del día. En cambio, solo las luces halógenas en lo alto iluminaban el edificio. Mi pulso se aceleró. Cada latido explotaba como sirenas fuertes en mi cabeza. Dejé que Emilia se deslizara por mi frente, pero cuando intentó alejarse de mí, la abracé fuerte.

«Quédate cerca».

Mia se acercó a mi lado. «Te llamé, pero supongo que ustedes dos estaban ocupados allí».

Saqué mi teléfono del bolsillo de mis pantalones deportivos y llamé a casa. Ella había llamado diez veces en los últimos diez minutos. También había enviado un mensaje de texto: “Está aquí”.

La puerta de entrada lateral se abrió con un crujido y Mickey entró. Las arrugas alrededor de su boca se profundizaron mientras fruncía los labios. Me inmovilizó con una mirada oscura antes de que sus ojos se dirigieran a la parte trasera del gimnasio y luego a Emilia.

«Así que esta es la famosa Emilia Prado. Finalmente nos conocemos en persona».

«Sí, finalmente», dijo Emilia en su mejor tono de voz de Pequeña Señorita Correcta.

«Tienes muchas agallas para aparecer aquí. Puedo ver por qué Dom tiene esta obsesión por ti».

Me mordí el interior del labio y agarré la cintura de Emilia con más fuerza. Mickey sabía que Emilia era mucho más que una obsesión. «Se estaba yendo».

Mickey me hizo un gesto con el dedo y me ofreció una sonrisa escalofriante. Se me erizaron los pelos de la nuca cuando volvió su atención hacia Emilia. «Sí, lo vi. Estabas haciendo todo lo posible por llevarla de vuelta al jet privado de tu amigo. Lo agradezco, pero tengo una mejor idea».

CAPÍTULO 29

Sí, el arma estaba cargada

EMILIA

Mickey me miró con ojos fríos y codiciosos. Para él, yo no era la novia de Dom ni su obsesión. Yo era lo que se interponía en el camino de lo que él quería. Por la forma en que su boca se torcía en una sonrisa burlona cada pocos segundos, solo podía asumir que su idea tenía algo que ver con deshacerse de mí para siempre. Mickey me asustaba muchísimo, pero todo lo que podíamos hacer en este punto era dejar que su juego siguiera su curso. Mis músculos se tensaron y apreté los dedos de Dom entre los míos. Me besó la sien y dio un paso adelante.

«Déjala ir. Sabes muy bien que, si algo le sucede, quemaré este lugar hasta los cimientos».

Mickey levantó la mano. «Lo sé. Eres mi hijo. A pesar de todo lo que has hecho, quiero que seas feliz. Estoy aquí para hacerles un favor a ambos. Deja de asumir que mis intenciones no son honorables».

«No pedimos ningún favor». Me quedé de pie junto a Dom, que me lanzó una mirada que decía que me quedara detrás de él, como si eso pudiera evitar que Mickey hiciera que sus hombres me acribillaran a balazos. ¿No se había dado cuenta de que estábamos rodeados? Que nuestra única salida era su oficina, que era, muy apropiadamente, un callejón sin salida.

Cinco hombres estaban firmes junto a las puertas de acero, dos junto a la entrada lateral, otros dos detrás de nosotros. Y eso no incluía al grupo que custodiaba a Mickey. Todos ellos con dedos espasmódicos flotando sobre sus armas desenfundadas. Ni siquiera estábamos armados. ¿Qué esperaban?

«Eso es porque no sabes lo que puedo hacer por ti», Mickey sonrió.

«Tengo una buena idea».

«¿Siempre habla tanto?». Se volvió hacia Dom.

«Sí», respondí por Dom. «Continúa».

Mickey se rió entre dientes. «Consíganle un arma a ella».

Sin mirar a su jefe, ni un destello de miedo en sus ojos por darle a una mujer loca un arma cargada, uno de los guardias de Mickey, vestido con traje negro, se acercó a mí y me entregó su arma. Como si hubiera hombres que me ofrecieran armas todo el tiempo, la tomé y le hice mis comprobaciones habituales. Sí, el arma estaba cargada.

Envolví mis dedos alrededor del mango, apuntando al piso de concreto. Se escucharon clics en todo el almacén. *Corre.* Todo mi cuerpo me gritaba que corriera, pero no podía moverme. Cuando encontré la mirada de Mickey, todas las armas apuntaban a mi cabeza. «Lo entiendo. No dispares al jefe».

«Inteligente y bonita». Mickey señaló con la barbilla a Dom. Toda esta exhibición era para beneficio de Dom. Cada movimiento que hacía Mickey era para sacarlo de quicio, pero Dom

estaba acostumbrado a estos juegos mentales. Su rostro permaneció impasible. Si no supiera cuánto me amaba, pensaría que Dom estaba aburrido. Mi mano tembló y apreté el metal entre mis dedos con más fuerza. Las palabras de Dom inundaron mi mente. "¿Y ya lo has decidido? ¿Es eso lo que me estás diciendo? Emilia, matando a una persona, con el tiempo, te matará a ti".

Hubo un momento en el que quise matar a una persona de la peor manera posible. Me convencí de que era una cuestión de supervivencia, que se lo merecía y que yo tenía derecho a ello.

La noche en que Dom me mostró sus cicatrices, me contó cómo Mickey le había hecho matar a su amigo. Esa noche, presionó por la vida de Levi. No para salvarlo a él, sino para salvarme a mí. Y eso era con lo que Mickey contaba esta noche. Que Dom hiciera lo que le pedía para salvarme.

«Suficiente. El suspenso me está matando, como se dice», Mickey se burló de su propio mal chiste. «Tráiganlo».

Una vez más, uno de sus guardias entró en acción. ¿No preguntó a quién ni cómo? Yo tampoco pregunté porque sabía exactamente a quién tenía que matar hoy. Vaya favor. El guardia caminó a lo largo del gimnasio en el extremo opuesto y regresó con Levi.

Mi estómago se revolvió, duro como una piedra. El hombre que disparó a mi papá y nos dejó a mamá y a mí por muertas hace más de diez años estaba de pie frente a mí. Independientemente de sus razones, seguía siendo el hombre que mató a papá. Había perdido peso desde la última vez que lo vi. Los cortes en sus muñecas de las anchas ataduras de cables que las unían no sangraban, pero todavía estaban frescos.

«Hola, prima», dijo con voz ronca. «Me preguntaba cuándo aparecerías».

La adrenalina me invadió cuando las imágenes del cuerpo ensangrentado de papá aparecieron ante mí. Tragué saliva y las reemplacé con una nueva escena. Levi pagando por lo que le hizo a mi familia. La cálida mano de Dom se posó en mi espalda baja. Su alta figura se alzaba sobre mí, protegiéndome de Mickey.

«Dame el arma, Emilia», susurró en mi oído.

Negué con la cabeza. Este era mi problema. Mi lucha. No necesitaba que Dom me salvara. No quería que lo hiciera.

«Mi hijo necesita un arma». Mickey dio un paso adelante, con la mirada fija en Dom, las manos sobre los labios como si estuviera rezando.

Como sucedía cada vez que Mickey hablaba, sus órdenes eran seguidas ciegamente. Con el rabillo del ojo, un arma se materializó frente a Dom. Sin dudarlo, Dom agarró la empuñadura y apuntó el arma a la cabeza de Levi. Entonces vi una nueva escena en mi cabeza. Izzy llorando sobre la tumba vacía de su padre. Como yo lo había hecho incontables veces en los últimos diez años. Levi no era perfecto y, a su manera desquiciada, había tratado de ayudarnos a mamá y a mí.

«No depende de nosotros decidirlo». Di un paso adelante y me enfrenté a Dom mientras el aliento caliente de Levi rozaba mi nuca.

Dom bajó el arma, pero no aflojó el agarre. «Lo sé, pero esto no terminará para ti hasta que Levi se haya ido».

«¿Estás seguro? Matar a Levi no terminará esto con él». Señalé con el dedo a Mickey. Él arqueó ambas cejas. ¿Qué pensaba? ¿Que dejaría que Dom hiciera esto por mí? «Si haces esto, comenzará algo nuevo para ti. Y él lo sabe. Es por eso que Levi está aquí. Es por eso que Vic me dejó ir». Me encontré con la mirada de Vic en la parte de atrás. En el momento en que entró detrás de Levi, me di cuenta de que me había dejado escapar de la cabaña en Sedona. Estaba aquí

porque él me quería aquí.

Dom miró por encima del hombro y maldijo cuando vio el rostro arrugado de Vic entre los otros guardias. «¿La dejaste ir sabiendo que vendría directamente aquí?».

«Estoy cansado de correr, Dom», dijo Vic inexpresivo.

«Hijo de puta, confié en ti».

«Y me gané esa confianza. Te advertí que la dejaras en paz». Vic me señaló.

«¿Cómo crees que supe que Emilia era la clave?», preguntó Mickey. «Nunca fue difícil vigilarte, saber cada uno de tus movimientos. Había cosas que solo Vic podía saber. Como los sentimientos que has tenido por ella desde el día que la conociste».

«Vic». El blanco de los ojos de Dom se puso rojo por las lágrimas contenidas.

«Estoy aquí para asegurarme de que esto con Mickey termine esta noche. Le prometí a tu mamá que cuidaría de ti. Esta es mi promesa de cumplirla».

Mis rodillas se debilitaron. Quería gritar. Quería llorar. Intenté ayudar a Dom y lo empeoré todo. No podía perderlo en este mundo que él no quería. Retrocedí arrastrando los pies y choqué con el cuerpo de Levi. En un borrón de brazos, rostros que se arremolinaban fuera de foco y un estruendo de gatillos haciendo clic a nuestro alrededor, Levi me puso una llave de cabeza, me arrancó el arma de la mano y apuntó a Dom.

«No les dispares». La amenaza en el tono de Dom hizo que un par de guardias bajaran sus armas. «Levi, hay otra manera de salir de esto. Déjala ir». Dom avanzó con paso decidido, con los brazos levantados frente a él.

«Diles que bajen sus armas». La respiración errática de Levi se deslizó por mi cabello y envió un escalofrío aterrador por mi columna vertebral. Su agarre se apretó alrededor de mi garganta y estallaron manchas blancas frente a mí. Mis pies se arrastraron por el suelo mientras retrocedía hacia la entrada lateral.

«Mickey, llama a tus hombres».

Parpadeé lentamente hacia las caras frente a mí para concentrarme. Con el rostro pálido, Dom merodeaba detrás de Levi, con las manos todavía levantadas mientras nos acercábamos a la salida. Vic tenía su arma apuntando en algún lugar sobre mi cabeza. Al resto de los hombres no les importaba si me disparaban en el proceso o no.

«Retírate». Mickey miró a Vic con enojo.

Que Levi tomara el control de la situación no había sido parte del plan de Mickey. ¿Había sido parte del plan de Vic? Independientemente de cómo Levi se las arreglara para liberarse, Mickey ya no tenía el control. Frunció los labios y todas las arrugas de su rostro se abultaron. Su mirada se precipitó por la habitación mientras calculaba su siguiente paso.

Podía dispararnos a Levi y a mí y terminar con este estúpido juego, pero Dom había sido claro. Si algo me pasaba, se aseguraría de que todo por lo que Mickey había trabajado toda su vida se convirtiera en cenizas. Todo lo que Mickey valoraba dependía de su equipo.

¿Qué nos quedaba? ¿Levi se iría y pasaría el resto de su vida escondido del equipo de Mickey? ¿O volvería corriendo al cártel para pedir ayuda? Para eso, tendría que decirles la verdad: que mamá y yo todavía estábamos vivas. Conocía a Levi lo suficiente como para saber que se elegiría a sí mismo por encima de mi familia cualquier día de la semana.

Después de diez años, si volvía al cártel para explicar que nunca terminó la tarea que le habían asignado, ¿tendrían algún tipo de indulgencia con él? ¿O enviarían a alguien más para que se encargara de los cabos sueltos? Incluso si no lo mataban a él ni a su familia, Levi tendría que saber que la vida de privilegios que alguna vez disfrutó debido a su alta posición social llegaría a su fin.

«¿Qué estás haciendo, Levi? Piensa en Jess y los niños». Estaba tratando de llegar a un acuerdo. ¿Qué podría ofrecerle para que me liberara?

«¿Quieres que lo mate por ti? ¿Me perdonarías entonces? ¿Eso nos pondría a mano?», Levi susurró en mi oído.

«No, no es así». Mi voz tembló cuando me di cuenta de lo que esto era para Levi. Todavía estaba tratando de salir victorioso. Busqué las palabras adecuadas para que se rindiera. «Esa es una misión suicida. Nos matarán a los dos... Yo ya te perdoné».

Un cielo gris nos recibió fuera del almacén. Levi tiró de mí para hacerme seguir su paso. Dom extendió su mano cuando cruzó el umbral para seguir el ritmo de Levi y de mí, mientras que el equipo de Mickey salió del edificio y lo siguió de cerca, listo para hacer un movimiento.

Se me secó la boca mientras imaginaba diferentes escenarios en mi cabeza. Si peleaba con Levi, sin duda empezaría a disparar. Dom tendría que intervenir y matar a Levi, que era exactamente lo que Mickey quería. ¿Y si Levi terminaba matando a Dom? Mickey nunca nos dejaría salir de aquí con vida.

«No merezco tu perdón». Miró con enojo a Mickey, que parecía estar listo para disparar también.

«No, no lo haces, pero necesitaba dejar ir toda esa ira». No reconocí el tono estridente en mi propia voz. Levi estaba loco.

«Hay un auto que puedes tomar. El chofer de Emilia puede llevarte de regreso al aeropuerto. Puedes volar a donde quieras. No te seguiremos». Dom se quedó tan quieto que no podía decir si estaba respirando. Levi relajó su agarre sobre mí y miró a Dom. «Súbete al maldito auto, Levi, y nunca regreses».

Levi presionó sus labios en mi sien. «¿Qué posibilidades crees que hay de que Jess le ponga mi nombre a nuestro hijo?».

«¿Qué?». Encontré la mirada de Dom. Si escuchó la pregunta de Levi, no lo demostró. Sacudió la cabeza una vez. Una súplica silenciosa para que no me hiciera la heroína. Quería que Levi se fuera solo, pero ¿eso funcionaba alguna vez? Levi haría todo lo posible para asegurar su supervivencia. ¿No fue por eso que vino a nuestra casa esa noche y disparó a toda mi familia, incluso cuando no había sido su plan inicial? Cuando todo se fue al infierno para él, se eligió a sí mismo y la vida que quería con Jess. Su mejor oportunidad era irse de aquí conmigo y usarme como seguro.

«Respóndeme».

«Bien. Yo diría que bien». Odiaba tener razón. Jess y yo no habíamos hablado sobre nombres para el bebé. Pero ella era del tipo que quiere llamar a su hijo como el padre del bebé. Incluso si Levi no merecía el honor.

«Prométeme que cuidarás de mi familia».

«Sube al auto, Levi».

«Prométemelo». Apretó su brazo alrededor de mi cuello.

«Lo prometo. Ellos también son mi familia. Haría cualquier cosa para protegerlos». Las lágrimas corrieron por mis mejillas.

«Te creo». Se rió. La risa de un hombre enloquecido. «Lo siento. Por todo. Realmente lo siento». Exhaló lentamente. «Dile a mis hijos que los amo».

«Levi...». Su brazo se movió de mi cuello a mi estómago tan rápido que me dejó sin aliento. El segundo golpe llegó cuando me empujó sobre el capó del sedán negro con una mano mientras disparaba directamente frente a él. La banda de Mickey respondió de la misma manera antes de que cayera al asfalto. Traté de encontrar mi equilibrio, pero un par de manos agarraron mis

hombros y me arrastraron hacia el otro lado, lejos de la lluvia de balas que caían sobre Levi.

El humo y los gritos se amortiguaron mientras mi mente intentaba ordenar lo que había sucedido. ¿Se trataba de Jess y los niños? Debió haber hecho los cálculos cuando Mickey enfrentó a Dom y a mí para ver quién mataría a Levi primero. Debió haber sabido que no saldría vivo de este lugar. Me froté la sien palpitante y me acurruqué contra la rueda trasera, con la mejilla presionada contra la llanta sucia. Levi ya no era mi problema ni mi monstruo debajo de la cama.

Después de lo que parecieron horas, los disparos cesaron. El hedor a metal quemado se me pegaba a la garganta y el humo me picaba los ojos. *Dom.* Quería levantarme y encontrarlo, pero mis piernas no se movían.

«¿Es él?».

Tyler se sentó en cuclillas junto a mí con una pistola en las manos. No le disparó a la banda de Mickey, simplemente se mantuvo firme junto a mí mientras exploraba el área de la manera en que solo alguien con experiencia lo haría.

«No conozco muchos asistentes de vuelo o conductores personales que puedan manejar una situación de rehenes».

«Creo que es obvio que no soy ninguna de esas cosas».

Arqueó ambas cejas.

«Pido disculpas por no ser sincero. Mi hermano me pidió que mantuviera un perfil bajo. Tenía razón al asumir que tú y Dom necesitarían refuerzos».

Debería haber sabido que el amigo de Dom no me dejaría volar sola a través del país.

«No me extraña que fuera tan comprensivo cuando le dije que no quería que él ni Valentina vinieran conmigo».

Mi voz sonaba muy lejana, amortiguada por el zumbido en mis oídos. Mi mente se aferró a los pocos detalles que tenían sentido.

«Oye. Quédate conmigo». Me agarró de los hombros y me giró la cara para que lo mirara. «¿Puedes decirme tu nombre?».

Asentí.

«Oye. ¿Sabes dónde estás?».

«¿Qué importa dónde estoy? ¿Dónde está Dom?».

«Lo tomaré como un sí». Tyler estiró el cuello para mirar por encima del maletero del coche. Se presionó los nudillos contra la nariz y sacudió la cabeza. «Señorita Prado. No mires».

Observó mi rostro y luego el resto de mi cuerpo. «Creo que tienes una conmoción cerebral. Golpeaste el asfalto muy fuerte. Vamos. Tenemos que irnos antes de que alguien recuerde que todavía estás aquí».

«No, no podemos irnos. Me siento bien. Necesitamos encontrar a Dom. Por favor». Me dolía cada centímetro del cuerpo.

«No quería decirlo, pero tu cabeza está sangrando. Prometo que después de que consigas ayuda, volveré y encontraré a Dom para ti».

Parpadeé varias veces, pero las manchas blancas que cubrían todo a mi alrededor me dificultaban la concentración. Unos brazos me levantaron y me colocaron en el asiento trasero del coche de alquiler. El cuero negro frío se sentía húmedo y pegajoso contra el costado de mi cara. Sus labios se movieron, pero las palabras eran un revoltijo de ecos que no pude distinguir. Cerré los ojos para detener el agudo zumbido en mi cabeza. Todo lo que quería hacer era dormir.

CAPÍTULO 30

Los traidores nunca ganan

DOM

¿Qué demonios? Apunté con mi arma a Levi cuando él empujó a Emilia fuera del camino y disparó a Mickey. Vic usó su propia pistola para golpearme en el hombro. El golpe inesperado me hizo caer de rodillas y dejé caer mi arma.

«¿Qué demonios, Vic?». ¿Por qué demonios estaba ayudando a Levi? El hijo de puta había tomado a Emilia como rehén.

«Abajo». Me apartó de la línea de visión de Levi. «Deja que esos dos terminen con esto de una vez por todas».

«¿Qué pasa con Emilia?». Miré hacia arriba, pero ella ya no estaba.

Se escucharon algunos disparos más y luego el silencio cayó a nuestro alrededor como una manta oscura. Mi corazón golpeó contra mi pecho mientras mi cabeza se levantó de golpe hacia Levi. Rodé sobre mi costado y acuné mi hombro cuando palpitó en protesta.

A seis metros de distancia, Levi yacía en un charco de su propia sangre. Muerte por escuadrón de fuego. Qué horrible manera de morir. ¿Por qué lo hizo? Con Emilia como rehén, podría haber ido a cualquier parte. ¿O era solo eso? ¿Se dio cuenta de que había tomado un camino equivocado cuando se asoció con Mickey y no tenía a dónde ir? Me puse de pie y corrí hacia el sedán negro de Emilia.

Por favor, que esté bien. Por favor, que esté bien.

En el asiento trasero del lado del conductor, encontré a Tyler tratando de despertar a Emilia. «Se golpeó la cabeza muy fuerte». Salió del auto cuando me vio. «La habría llevado al hospital, pero la rueda delantera recibió un disparo».

«Gracias. Yo me encargo». Asentí.

Su aliento cálido rozó mi frente cuando presioné mi oído contra su pecho. Ella estaba viva. No podía ni siquiera imaginar lo que todo esto le había hecho. Ahuecando sus mejillas, giré su cabeza hacia un lado y luego hacia el otro. Tenía un corte feo en la sien, pero el resto de ella estaba completo. La abracé fuerte hasta que gimió contra mi cuello.

«No puedo respirar contigo encima de mí», murmuró contra mi cuello.

«Joder, Emilia. Nunca he estado tan asustado en mi vida». Dejé que mis piernas salieran del coche y la ayudé a sentarse. «¿Estás bien? ¿Recuerdas dónde estás?».

«¿Por qué la gente sigue preguntándome eso? Estoy bien». Se tocó la sien sangrante con la palma de la mano e hizo una mueca de dolor.

«Te llevaré al hospital». Pasé los dedos por los moretones de su brazo.

«No necesito un hospital. Estoy bien». Se secó las lágrimas de las mejillas. «Esto fue como un déjà vu. Como la noche en que le dispararon a papá». Cerró los ojos con fuerza y dejó caer la

cara entre las manos. «¿Me desmayé?».

«Creo que sí. Lamento mucho que hayas tenido que pasar por esto otra vez».

«No puedes culparte de esto». Me miró.

Las palabras de Vic se arremolinaban en mi cabeza. Me volví hacia él. Estaba allí, con las cejas fruncidas en una V profunda. «Hijo de puta. ¿Tú organizaste esto?».

«Vi una oportunidad y la aproveché. Mickey jodió a Levi. Si Levi no hubiera muerto aquí esta noche, el cártel lo habría atrapado tan pronto como aterrizara en Phoenix. Era un hombre muerto deambulando. Al menos de esta manera, su muerte contará para algo.

«Pusiste la vida de Emilia en peligro. La usaste». Siempre había apreciado la actitud tranquila de Vic, pero ahora mismo no quería nada más que golpearlo para quitarle esa calma. Mi interior se retorció al pensar que esto podría haber terminado tan diferente para Emilia.

«Lo siento, señorita Prado, no había otra manera».

«Cortaste las ataduras de cables que ataban las muñecas de Levi, ¿no?», preguntó, mirándolo con los ojos entrecerrados, tratando de hacer que todos los eventos que sucedieron encajaran en una caja perfecta en su cabeza. Estaba seguro como el infierno de que quería entender qué había sucedido exactamente.

Vic asintió. «Los traidores nunca ganan. Me aseguré de que lo entendiera».

Las lágrimas mancharon el rostro de Emilia mientras entrelazaba sus dedos con los míos. «Izzy se sentirá destrozada. ¿Cómo se lo voy a decir?».

«Ya lo solucionaremos». Besé la parte superior de su cabeza. ¿Qué más podía decir? ¿Cómo justificaba todo esto? Mickey había ido demasiado lejos con su sed insana de control y sus juegos mentales perversos. Ni siquiera Vic podía poner excusas para sus acciones.

«Te dije que te llevaría hasta el límite». Vic hizo una mueca. «Él ya no estaba bien. ¿Sabes? Se perdió hace un tiempo».

Miré a Vic con enojo. No se equivocaba con respecto a Mickey. Emilia dejó caer los pies al suelo y se empujó fuera del auto. ¿En qué estaba pensando? ¿Por fin entendía el tipo de mundo en el que vivía? ¿Que estar conmigo nunca podría ser algo bueno?

«¿Mickey está…?».

Negué con la cabeza porque no sabía si se había ido o solo estaba herido. Las paredes de mi estómago se sentían como piedras. Levi solo tenía una oportunidad para matar a Mickey. Si no hacía el trabajo, Mickey iría por Vic. ¿Enviaría todo al carajo y también iría por Emilia? Le dejé claro que ella estaba fuera de los límites, pero era como Vic había dicho, Mickey ya no estaba bien.

Caminé con dificultad hacia la multitud cerca de la entrada del almacén. Los hombres de Mickey estaban de pie a su alrededor con caras confusas y pálidas. Cuando llegué a su círculo, se hicieron a un lado para dejarme pasar. Me arrodillé a su lado y parpadeé para contener las lágrimas. Incluso si se lo merecía, verlo así dolía. Mickey yacía en el asfalto, con los ojos cerrados, la boca abierta, con un solo disparo en el pecho.

La sangre, oscura y espesa, cubría una gran zona a nuestro alrededor. Un sabor a cobre mezclado con combustible cubría la parte posterior de mi garganta. Tragué saliva para que el sabor desapareciera y mi estómago se agitó. Respirando por la boca, me concentré en Mickey. Aparte del agujero en su pecho, parecía tranquilo. Me pellizqué la nariz y dejé que el dolor se extendiera por mis venas. Mickey se había ido.

Me sequé los ojos en el hombro donde descansaba la mano de Emilia. Ella había venido hasta Jersey por mí. Durante un tiempo, Mickey me había convencido de que esta era la vida que estaba destinada a vivir. Realmente creía que sería feliz aquí porque esta vida de mafioso era

todo lo que conocía. Eso podría haber sido cierto para él, pero yo tenía una opción. Donde Mickey solo tenía a su equipo, yo tenía a Emilia. Tenía una razón para elegir algo diferente para mí. Mickey tuvo que elegir a la única familia que conocía: su banda.

Cuando miré hacia arriba, todos los hombres de Mickey estaban firmes frente a mí en un semicírculo. Me miraron, esperando que dijera algo y arreglara este maldito desastre.

Big Tommy habló primero. «¿Qué hacemos con el cuerpo, jefe?». Señaló al otro lado del estacionamiento, donde estaba la forma contorsionada de Levi, tirado en un bache medio lleno de agua de lluvia, solo.

¿Jefe? ¿Ese era yo ahora? ¿El nuevo jefe? Se equivocaban por completo. Nunca quise esto. ¿No tenían a alguien más que se hiciera cargo?

«Vayan a casa». Tomé la mano de Emilia y caminé de regreso al almacén.

Detrás de mí, Vic hablaba rápido por teléfono, como siempre lo hacía cuando daba instrucciones. Sus hombres tendrían que venir esta noche y limpiar porque este desastre era más grande que todos nosotros.

Cuando llegamos a mi oficina, Mia se puso de pie de un salto y corrió hacia mí. Chocó contra mí y me abrazó fuerte. «Maldita sea. ¿En qué estabas pensando al ir tras ese lunático?».

«Pensaba que tenía a Emilia y que necesitaba salvarla». Aparté sus brazos de mi cuello. «¿Estás bien?».

«Sí. Lo siento. Estaba muy preocupada. Pensé que tú...». Se frotó los brazos con las manos y se alejó de mí.

«Estamos bien. El problema de Levi fue con Mickey».

«¿Qué?». Se dio la vuelta para mirarme. «¿Está bien el tío Mickey?».

«No. Lo siento».

Sus ojos se llenaron de lágrimas contenidas. «Le dije que estaba exagerando con este negocio de armas. Si te metes con el toro...». Mia se cubrió la boca y tragó saliva. Cuando recuperó la compostura, preguntó. «¿Y ahora qué? ¿Te quedarás?».

Emilia dejó escapar un profundo suspiro. «Sí. ¿Y ahora qué?».

Hasta ahora, no me había permitido pensar en eso, hacer planes fuera de Jersey. No había nada que me impidiera subirme al avión de Cole de regreso a Phoenix. Hasta donde sabía el cártel, la familia de Emilia había sido asesinada hace diez años, y la única persona que sabía que estaba viva estaba muerta. Era libre de irse a casa.

«Todo ha cambiado». Rodeé a Emilia con mi brazo.

«Puedes decirlo otra vez», Vic empujó la puerta de la oficina y entró. «Quiero decir, ahora que Mickey está fuera, puedes dirigir este lugar como creas conveniente. La banda está a bordo».

«Déjame ser claro». Encontré la mirada de Emilia y luego volví mi atención a Vic. «No me quedaré. Si fuera por mí, estaría en el avión de Cole esta noche».

«Depende de ti, Dom. Tu familia está aquí. Tú y Emilia pueden quedarse. Ella estará a salvo. Ahora estamos en casa». Vic miró a Mia con una mirada en sus ojos que decía *Díselo. Haz que se quede*.

Todo este tiempo, había asumido que Vic había venido conmigo porque había terminado con todo este asunto de la mafia. En realidad, había sido exactamente como siempre había dicho. No estaba de acuerdo con la forma en que Mickey dirigía la banda, con todos sus juegos de poder y su necesidad de ser el más grande, el lobo feroz.

«Esos tipos de ahí afuera te necesitan».

«Tiene razón, Dom». Mia se apoyó en el borde del escritorio, con la mirada fija en Emilia. «Podríais hacer un hogar aquí. Los dos».

«No», Emilia soltó mi mano. «Hasta que Mickey persiguió a Dom y lo obligó a volver aquí, Dom había hecho un hogar para sí mismo. No puedes dejarle esto ahora. Esto no es lo que él quiere».

«No, no es lo que yo quiero, pero no puedo dejarlos colgados, Emilia». Un grupo entero de personas dependía de mí ahora. Sus medios de vida estaban en juego. Me necesitaban.

«¿Lo dices en serio?». La boca de Emilia se aflojó mientras las lágrimas se acumulaban en sus ojos. «Primero fue tu padre, ahora es Vic, Mia, el grupo. Admítelo, Dom. Quieres esta vida».

«Sabes que no».

«Mickey te hizo un número, ¿no?». Emilia dio un paso hacia la puerta. Su mirada gélida me hirió profundamente. Cuando alcancé su mano, la apartó de un manotazo. «No. Me voy. El avión de Cole tiene previsto salir esta noche y yo pienso viajar en él. Decídete». Antes de que sus palabras se hubieran asimilado, salió por la puerta y la cerró de golpe.

Mia me bloqueó cuando intenté perseguir a Emilia. «Dale algo de espacio. Todos necesitamos algo de tiempo para pensar. Lo que pasó hoy con el tío Mickey es difícil de procesar. Tenemos mucho trabajo que hacer».

Ella tenía razón. Por un lado, teníamos que averiguar cómo encubrir la muerte de Levi. Si el cártel se enteraba de que había sido secuestrado por nuestra banda, por principios, vendrían por nosotros. Teníamos que asegurarnos de que entendieran que esta era una pérdida equitativa. Una de ellos, por nuestro jefe.

¿Emilia no lo veía? Necesitaba un poco de tiempo. Aunque tenía que admitirlo, la idea de hacer una vida con ella aquí me atraía ahora que Mickey se había ido. Antes de que se volviera contra mí, tratando de convertirme en uno más de su banda, aquí había sido feliz.

Caminé alrededor de mi escritorio y me dejé caer en la silla. Me froté las sienes para que la habitación dejara de dar vueltas. Teníamos trabajo que hacer. Tanto Mia como Vic me miraron desde el otro lado de la mesa y sonrieron. Reconocieron la expresión de mi rostro.

«Limpieza, cártel y el nuevo jefe. Eso es lo que hay que hacer. Y en ese orden».

Primero los negocios y luego el placer. Tenía que encargarme de este desastre que Mickey dejó atrás antes de poder ofrecerle a Emilia una vida digna de ella.

«Ya comencé con la limpieza. Mis hombres embolsaron los… eh, los cuerpos y están de camino al crematorio. Conocemos a un tipo allí que puede ayudar», comentó Vic.

«La familia de Emilia querría quedarse con las cenizas de Levi. Por Izzy. Es lo menos que podemos hacer». Saqué de mi mente las mejillas manchadas de lágrimas de Emilia. ¿Cómo se lo diría a Izzy? Un problema a la vez. «¿Qué pasa con el cártel? ¿Cómo le damos la vuelta a esta historia para que no persigan a nuestra banda?».

Vic se frotó la nuca. «Bueno, Levi dejó que Mickey se involucrara en una nueva aventura comercial, sin pasar por su propia gente».

Asentí. «Un traidor. Podríamos jugar con ese ángulo. Podríamos decir que fue por el gran jefe y que tuvimos que responder de la misma manera».

«¿Eso funcionaría?», preguntó Mia. «Técnicamente, el tío Mickey es el que los jodió al ir directamente a la fuente y dejarlos fuera del trato».

«¿Sabías sobre esto?». Miré a Mia con enojo. ¿Cuánto sabía ella sobre el negocio de Mickey?».

«He estado siguiendo al tío Mickey durante años». Ella me miró a los ojos. «He estado llevando un registro de todo. Una vez, incluso confió en mí para que le hiciera un trabajo».

«Pensé que querías ser asistente de vuelo». Me recliné en mi silla y vi a Mia bajo una nueva luz.

«El tío Mickey era de la vieja escuela. Si le hubiera dicho que quería dirigir el negocio familiar, me habría dicho que tenía que buscarme un buen hombre y tener algunos hijos. Un trabajo de azafata era algo que podía aceptar. Me daba una excusa para ir a lugares con él». Me mostró un encogimiento de hombros.

«¿Qué más sabes?».

«Sé que el cártel no sabe que Levi no estaba involucrado en el plan de Mickey para sacarlos del trato. Si lo ven como un traidor, entonces no les importará que el trato que negoció por su cuenta le haya explotado en la cara».

«Parece que eso podría funcionar. ¿Todavía tenemos gente en Phoenix?». Debería haber sabido que Mickey no desperdiciaría un viaje a Arizona. Así era Mickey, siempre buscando el próximo trabajo, la ventaja, la forma de ganar otro millón, incluso si eso significaba estafar a la gente en el proceso. Esta noche, eso lo mató.

«Me encargaré de eso yo mismo», Vic escribió algo en su teléfono. «Hice contactos mientras estaba allí. Lo prometo. Esto no volverá a Jersey ni a Emilia».

«Gracias. ¿Así es como conseguiste que Levi aceptara esta misión suicida? Le hiciste ver que esa era su única opción».

«Sí, lo hizo por su familia. Le prometí que todo esto no los afectaría y que su hija tendría un lugar donde visitarlo».

Coloqué las palmas de mis manos sobre mis ojos y apreté con fuerza para detener las lágrimas. Esta noche podría haber sido muy diferente si Vic no hubiera interferido. Si Levi no se hubiera visto obligado a hacer, si no lo correcto, al menos lo decente para su familia. Gracias a él, Emilia y su familia estaban libres del cártel.

Fui un idiota por siquiera considerar que ella podría querer quedarse aquí conmigo. Se merecía mucho más.

«¿Qué pasará con nuestro equipo?», preguntó Vic. «Te necesitan. Esto es todo lo que saben hacer».

Miré a Mia. Se había colado en el círculo de confianza de Mickey porque quería hacerse cargo de la banda. Eso requería mucha inteligencia y mucho valor.

«¿Seguirían a Mia?».

Mia levantó la cabeza de golpe. «Lo harán si me apoyas».

«¿Es eso realmente lo que quieres? ¿Esta vida?».

«Sí». Un rubor subió a sus mejillas. Sus ojos brillaban, muy abiertos por la emoción.

«¿Estás segura de que no estarías mejor con un buen marido y un puñado de niños?», bromeé.

«No seas imbécil. Niños. Eso no es para mí. Nunca». Dibujó una forma en el escritorio con su dedo índice. «Puedo hacer el trabajo».

«Hecho. Hablaremos con los chicos. Solo prométeme que te quedarás en la zona gris».

[Nota de la Trad.: *La zona gris es el límite entre lo legal y lo ilegal]*

«No sé qué tipo de empresaria crees que soy. Nunca haría nada ilegal». Juntó sus manos en el pecho, ocultando su sonrisa detrás de los labios fruncidos.

Me reí y miré a Vic a los ojos. «¿Te quedarías?».

«Sí. Es bueno estar en casa. Y alguien tiene que mantener al hijo de Big Joey fuera de problemas». Le dirigió a Mia una sonrisa de oreja a oreja antes de mirarme con más seriedad. «¿Estás seguro de que no te quedarás?».

Siempre estaría agradecido a Mickey por salvarme. Había estado ahí para mí cuando más lo necesitaba, cuando murió mi padre y no tenía un hogar al que ir. Me dio una familia y un lugar al

que pertenecer. Siempre le estaría en deuda por eso. Ahora era el momento de seguir adelante y encontrar mi propio camino.

«Tienes un nuevo jefe. No me necesitas. Emilia tiene razón. Este lugar no ha sido mi hogar durante mucho tiempo».

«No puedes culparme por intentarlo».

Sacudí la cabeza, me aparté del escritorio y me puse de pie. «No puedo pensar en nada más que necesite atención esta noche. Creo que hemos terminado aquí».

«¿Adónde vas?», preguntó Mia.

«Primero, me voy a dar una ducha». Me rasqué los pelos de la mejilla. «Y luego, voy a recuperar a Emilia».

CAPÍTULO 31

En realidad, estamos buscando el amanecer

EMILIA

El botones tocó el lector de tarjetas de mi habitación y me hizo pasar. «Lo siento. El servicio de habitaciones ya se ha realizado, pero le traigo esto». Dejó mi bolso de mano en el portaequipajes del armario y corrió a la cama para colocar dos trozos de chocolate sobre las almohadas. «Su amigo está al final del pasillo. Una vez más, lamento que no hayamos podido encontrarles las habitaciones contiguas».

«No te preocupes. Gracias». Ya estaba harta de que los hombres intentaran protegerme. Entré tranquilamente al baño. Por mucho que odiara que el despegue del avión hubiera sido eliminado de la lista de autorizaciones para el mantenimiento que tuvieran que hacer, me alegré de tener la oportunidad de quitarme esta ropa sucia y asearme.

«Le agradará haber elegido la habitación de categoría superior. Hay una botella de vino de cortesía, un sofá extra grande». Señaló el sofá modular beige en la sala de estar con forma de semicírculo, frente a una pantalla plana de cincuenta y dos pulgadas. A estas horas y sin reservación, una suite junior era todo lo que quedaba en el hotel. «Y, por supuesto, una cama tamaño King». La sonrisa en su rostro me indicó que había terminado con su discurso. Saqué unos billetes de mi bolso y se los ofrecí. Él tomó el dinero y salió.

No me importaba el sofá extra grande. Todo lo que quería era un baño y esa botella de vino tinto con mi nombre. Moviéndome por la habitación en automático, preparé un baño caliente, me lavé los dientes y me serví un poco de vino. Me quité la ropa y me metí en el agua caliente y jabonosa. El reloj dio la medianoche mientras me sumergía para lavarme el cuerpo de las últimas horas. Jesús, me alegraba que este día hubiera terminado.

Las lágrimas rodaban por mis mejillas mientras lavaba la última evidencia de todo lo que sucedió desde que salí de la cabaña esta mañana. *Levi se había ido.* Me senté en la bañera y tomé un trago de mi copa de vino. Había venido a Jersey con la esperanza de hacer cambiar de opinión a Dom y, en cambio, hice que Levi muriera. Casi hago que me maten.

Izzy, lo siento mucho.

Presioné mi frente contra el borde de la bañera y lloré. Lloré por Izzy, por Dom y por todas las cosas que podríamos haber tenido juntos. ¿Por qué Dom decidió quedarse? Esta vida no era para él. Mickey se había ido y eso significaba que Dom era libre. ¿O se quedaba por culpa? ¿Se sentía responsable de que Levi le disparara a Mickey? Después de todo, Levi terminó en el almacén por la relación de Dom conmigo. No, me pasé los dedos por el cabello mojado. Mickey hizo eso. Su obsesión con Dom lo llevó a este punto. Mickey se hizo esto a sí mismo. ¿Cómo es que Dom no lo vio?

Un ardor lento se arremolinó en mi estómago. Dom no se merecía esto. Presioné mis labios

contra la copa de vino, pero ya estaba vacía. Salí de la bañera, agarré la bata de baño de detrás de la puerta y volví a la habitación para buscar la botella.

El siguiente sorbo me calentó hasta la médula. Dejé la bebida en la mesita de noche y me senté en el borde de la cama. Lo último de mis energías se agotó cuando la comprensión de que estaba completamente sola se instaló en mi estómago como una tonelada de ladrillos.

Por la mañana, regresaría a Sedona y haría un nuevo plan con mamá y Jess. Todavía tenía un trabajo en Phoenix. Podría concentrarme en eso. Podríamos comprar una casa nueva y comenzar de nuevo. Mi pecho se apretó. Odiaba hacer planes sin Dom, pero tenía que hacerlo. Con el tiempo, lo superaría. Olvidaría su cara de ángel y todas las cosas que me hacía sentir. Con el tiempo, podría conocer a alguien. Las lágrimas volvieron a escocerme los ojos y me acurruqué en la cama. ¿Cómo podría superar a alguien como Dom? Nadie podría reemplazarlo.

Un golpe en la puerta me hizo reaccionar de golpe. ¿Cuánto tiempo había estado durmiendo? La adrenalina bombeaba con fuerza a través de mí por despertarme tan repentinamente. Un puño golpeó la puerta nuevamente y me obligué a respirar profundamente para calmarme. Caminé de puntillas y miré por la mirilla.

Oh, mierda.

Mi corazón se aceleró de nuevo cuando vi a Dom del otro lado.

Miré mi bata y me di la vuelta buscando mi ropa. Busqué en mi bolso y arrojé un cambio de ropa sobre la cama. Entonces recordé que no tenía maquillaje. Corrí hacia el espejo. Dios, ¿siempre tenía las mejillas tan rosadas cuando Dom estaba cerca?

«Emilia, sé que estás ahí. Abre. Tenemos que hablar».

Maldita sea. ¿Maquillaje o ropa? Cogí mi crema hidratante con color. Otro golpe.

«Emilia, tengo una llave. No me hagas usarla».

Aventé el tubo en mi bolso. «¿Estás bromeando? ¿Cómo conseguiste una llave?».

«¿Cómo crees?».

Sin duda le quitó los pantalones a la chica que trabajaba en el mostrador de recepción. Caminé de vuelta a la puerta y entrecerré los ojos para mirar por la pequeña abertura. Dom estaba allí mirando fijamente a la puerta. Tocó de nuevo y yo salté hacia atrás. Bien. Giré el pestillo y abrí la puerta.

«Eso es espeluznante».

«Conozco a la chica que atiende en el mostrador. Le dije que estábamos de luna de miel y que me había quedado afuera».

¿Luna de miel? Una corriente de calor me recorrió el cuerpo cuando sonrió.

Estaba bien afeitado y, por alguna razón, había decidido usar uno de sus trajes. El azul rey, el que lo hacía parecer un modelo de portada de GQ. Si él estaba aquí para explicarme por qué tenía que quedarse, esta belleza que tenía no ayudaba.

Podría manejar esta conversación mucho mejor si usara ropa real y algo de maquillaje. Pasé mis dedos por mi cabello para apartarlo de mi cara, esperando que no notara que mis mejillas habían pasado de rosa a rojo intenso.

Su boca se aflojó mientras me miraba. «Eres buena para mi ego». Cerró la puerta.

«¿Qué?». Crucé mis brazos sobre mis pezones tensos. «Deja la puerta abierta».

«¿Por qué? ¿Quieres que tus vecinos escuchen todo?».

«No parecía importarte cuando estabas a punto de derribar la puerta. Dijiste que la querías abierta. Déjala abierta». Regresé a la copa de vino que había dejado en la mesita de noche. El valor líquido parecía una buena idea. «¿De qué querías hablar?».

«De nosotros».

«Dejaste en claro que no había un ‘nosotros’. Las cosas cambiaron. Aparentemente, simplemente no cambiaron lo suficiente para ti. ¿Es eso correcto?».

«Lo siento, Emilia. Mi cabeza era un montón de disparos y piezas de rompecabezas. Necesitaba un minuto para procesarlo todo».

Me tragué las lágrimas. «Sigues alejándome. Vine hasta aquí para verte y desde el momento en que entré al almacén, todo lo que has intentado hacer es enviarme lejos. Simplemente vete. No puedo hacer esto ahora. Estoy cansada». Y todo lo que quiero hacer es llorar y dormir.

«Lo resolví con Mia y Vic. Quiero que haya un ‘nosotros’».

El nombre de Mia no era lo correcto para decirme en este momento. Toda la ira que había sentido desde que me dejó en Arizona se derrumbó sobre mí y arremetí. «No quiero esto. Cometí un error al venir aquí. Fui una idiota al pensar que te habías sometido a Mickey porque me amabas. Lo hiciste por él. Por ti. Vete». Señalé la puerta abierta. «Ahora». Me giré para alejarme de él.

Quería estar sola esta noche, pero verlo dejarme otra vez me dolió demasiado. Exhaló y se alejó de mí. Mi cuerpo se sacudió cuando la puerta se cerró de golpe. El silencio llenó cada rincón y me dejó sin aliento. Me tapé la boca mientras el entumecimiento se extendía por mi cuerpo.

«El día que te dejé esperándome en Sedona para ir a casa con Mickey...». La voz de Dom me congeló en el lugar. Me quedé atrapada entre la cama y su imponente cuerpo detrás de mí, con el corazón acelerado. Se aclaró la garganta. «Ese día, un gran peso se enterró en el centro de mi pecho. Un espacio vacío donde enterré todos mis sentimientos por ti. Algunas noches, el dolor aplastante era tan fuerte que bloqueaba todo el oxígeno de mis pulmones y me despertaba en pánico».

Pasó una mano cálida alrededor de mi cintura y me giró hacia él. «Lamento lo de antes. Todo esto ha sido surrealista. Que le dispararan a Mickey. Nunca lo vi venir. Créeme cuando te digo que quiero estar contigo y pasar el resto de mi vida haciendo planes contigo. Si quieres irte ahora, estoy listo».

Eso lo entendí. Mi cabeza todavía daba vueltas por todo lo que había pasado desde que Mickey apareció en el almacén. Había vivido con la amenaza que era Levi acechando en las sombras durante tanto tiempo que ahora que se había ido, no podía quitarme la sensación de que todo era una mentira. Que me perdí algo y que él todavía estaba vivo, esperándome. Traté de recordar lo que vi cuando salí del estacionamiento, pero no podía recordar si había visto a Levi tirado allí o no.

«¿De verdad está muerto?».

Dom asintió. «Ambos cuerpos serán incinerados esta noche».

Jadeé y mis rodillas se debilitaron. Dom me abrazó. «Se acabó. Sé cómo te sientes, pero realmente se acabó».

«Izzy estará desconsolada».

«Créeme. Aprenderá a lidiar con esto y te tendrá a ti y a tu familia para ayudarla a superarlo».

«Lamento que hayas quedado atrapado en medio de este lío». Me aparté de Dom.

«En primer lugar, no tuviste nada que ver con que Mickey usara a Levi para llegar a ti, para llegar a mí. Y, en segundo lugar, quise ayudar. Quería que fueras feliz. Habría matado por ti. Habría matado a Levi si hubiera sabido sin la menor duda que deshacerme de él haría que el problema desapareciera. Sabía que, con el tiempo, te habrías arrepentido de matar a tu propia familia. Se merecía lo que le pasó, pero al final del día, seguía siendo el padre de tu sobrina».

«Me pidió que los cuidara».

«Estoy segura de que pensó que lo hizo todo por su familia».

«¿No lo crees?».

Enterraba mi cara en el hueco de su cuello y hombro.

«Creo que pensó que lo hizo por ellos, pero solo se sacrificó porque no tenía salida. Traicionó al cártel de la misma manera que te traicionó a ti y a tu familia. Excepto que esta vez, conoció al lobo feroz».

«¿Qué quieres decir?».

«Estaba haciendo negocios con Mickey. Mickey lo jodió. Levi no podía volver a casa».

La última pieza del rompecabezas encajó para mí. Después de todos estos años, Levi nunca entendió realmente lo que le había hecho a nuestra familia. ¿Por qué se disculpó? ¿Para que yo cuidara de Jess y los niños? Entonces realmente no entendía el significado de familia.

«Emilia, te amo muchísimo».

«Yo también te amo». Acaricié la mejilla de Dom, dejando que mis dedos se deslizaran por su fuerte mandíbula. Él ladeó la cabeza y besó el interior de mi muñeca. Y así, el pasado, mi ira y todos los días que había pasado sin él se desvanecieron de mi mente.

«Desearía que pudiéramos irnos ahora, pero cancelaron mi vuelo».

«Lo sé». Me dedicó una sonrisa.

Golpeé su pecho. «¿Tú lo hiciste? ¿Cómo?».

«Sigues preguntándome eso. Yo dirijo esta ciudad, ¿recuerdas? O… solía hacerlo».

Apretó su agarre y me atrajo hacia él. El calor se extendió entre mis piernas cuando su mirada bajó a mi bata de baño.

«Podemos estar en el aire en una hora». Pasó su lengua caliente por el punto blando detrás de mi oreja. «O podemos estar en el aire en tres horas».

Me derretí en él. «Tres horas». Suspiré.

«Eres tan hermosa. ¿Sabes cuánto te deseo?».

Besó mi cuello mientras jalaba el lazo de la bata de baño. Me quitó la toalla de los hombros y la dejó caer al suelo. Su mirada, oscura por el deseo, se detuvo en mi rostro y luego bajó a mi pecho y al resto de mi cuerpo desnudo. Mi piel ardía. Necesitaba su toque. Extendió la mano y amasó mi pecho. Lento al principio, como si tuviera miedo de que desapareciera.

«Fui un idiota al pensar que podía renunciar a ti».

Con un gemido, capturó mi dolorido pico entre sus labios y chupó con fuerza.

«Nos extrañé».

Cuando me dejó caer sobre el colchón, enganché una pierna alrededor de sus caderas.

«Extraño la suite».

Tomé su cabello húmedo. Cuando bajó su cuerpo sobre el mío, la sedosa lana de su saco se frotó contra mi piel desnuda y envió una oleada de calor a mi centro. Arqueé mi cuerpo hacia él y rocé el cuero de su cinturón en mi montículo. La piel de gallina se extendió desde mi centro hasta mi pecho.

Continuó con su dulce tortura, su boca húmeda en mi cuello, la tela cálida contra mis pechos y la sensación suave y fresca de su hebilla en mi vientre mientras amasaba mi trasero. Ahuequé su rostro y lo besé, hundiendo mi lengua más allá de sus labios. Él respondió con la misma intensidad, manteniendo mi ritmo. Su cuerpo se sentía tan bien, tan fuerte.

Mi pulso latía caliente en mis oídos con todo el deseo que había reprimido en el último mes. Dom estaba aquí y me deseaba. Quería un futuro conmigo. Después de todo lo que habíamos pasado, la vida nos ofrecía un nuevo comienzo, un nuevo mundo sin monstruos debajo de la

cama.

«Quiero verte». Empujé su pecho y luego retiré sus botones. Me dirigió una de sus medias sonrisas y mis rodillas se debilitaron. «Quítatelo todo».

Hizo lo que le pedí, empezando por sus zapatos y calcetines. Su saco y camisa fueron a continuación. Busqué las alas de ángel tatuadas en su torso y tracé cada plano de músculo duro cubierto por piel suave y febril.

«Extrañaba tus manos». Me agarró los dedos y me besó las yemas.

«Estás más grande», me reí.

«Los entrenamientos intensos son el único remedio para las bolas azules. *Dios*, Emilia. Pensaba en ti todos los días». Enterró las manos en mi pelo y se inclinó para capturar mi boca de nuevo.

Le desabroché el cinturón y él se quitó rápidamente los pantalones mientras sacaba un condón del bolsillo delantero de sus pantalones. En dos segundos, levantó mis caderas para encontrar su erección y entró en mí. Una necesidad cruda e insatisfecha se apoderó de mí. Pasé las manos por sus hombros musculosos y su estómago. Me trabajó en esa posición hasta que dije su nombre.

Exhaló el aire y soltó mis caderas. Un pequeño movimiento en mi vientre me hizo extender la mano hacia él para evitar que se fuera de nuevo. Pero no lo hizo. En cambio, cubrió mi cuerpo con el suyo, abriendo mis piernas para que sus caderas encajaran perfectamente. Con una mano, agarró mis dos muñecas sobre mi cabeza y ahuecó mi pecho con la otra. Su intensa mirada azul se clavó en la mía antes de sumergirse en mí, más duro y más profundo. El surco entre sus cejas hablaba del peligro que habíamos enfrentado hace unas horas, del amor del que siempre se había sentido indigno y de la vida que quería conmigo. Mis ojos ardían de lágrimas. Quería que me hiciera olvidar ese día y todos los días que pasamos separados. Sus labios se movieron hacia mi cuello, donde mordisqueó un camino hasta mi hombro. Me arqueé debajo de él para que me mirara. Habíamos terminado de ocultar nuestros sentimientos. Nos habíamos ganado esta vida juntos. Liberé una de mis manos y ahuequé su mejilla, moviéndolo para que me mirara. Sus rasgos se relajaron bajo mi toque y dejó escapar un gemido. Se balanceó hacia adelante y hacia atrás, acunándome, abrazándome fuerte. La forma en que me llenó ondulaba por mi cuerpo en oleadas calientes. Este era mi Dom. Él entendió que habíamos estado muy cerca de perder nuestra segunda oportunidad. La que nos dieron cuando nos volvimos a encontrar en el bar. Envolví mis brazos alrededor de su cuello. Casi había perdido al único hombre que había amado.

Las lágrimas corrían por mis sienes mientras mis caderas se encontraban con las suyas, siguiendo el nuevo ritmo que él nos había marcado. No tan crudo como antes, pero igual de intenso. Con un gemido, capturó mi boca en un beso profundo. Me besó con fuerza hasta que el calor que se acumulaba en mi interior cedió y se extendió hasta mi ombligo. Grité y dejé que el clímax se apoderara de mí. Se hundió más profundamente en mí y ambos caímos juntos.

«Joder, Emilia», jadeó en busca de aire en mi oído.

«No puedo respirar», empujé su pecho.

Se rió y se dio la vuelta sobre su espalda, llevándome con él. Me senté sobre su vientre, tratando de recuperar el aliento.

«Definitivamente quiero hacer eso otra vez», se pasó una mano por el cabello sudoroso.

«Yo también», apreté mis piernas alrededor de su torso, y su pene se movió dentro de mí. «Pero creo que es hora de ir a casa».

«Me gusta el sonido de eso», frunció el ceño y metió la mano debajo de su espalda para sacar un trozo de papel de aluminio dorado. «¿Qué diablos?».

Me reí, acercando mis piernas para bajarme de él. «El calor de tu cuerpo derritió mi chocolate», me acomodé sobre las lujosas almohadas, desdoblé el envoltorio, saqué la mezcla ablandada y me la metí en la boca.

«Pensé que querías ir a casa». Dom agarró mis nalgas y se sentó. Me besó hasta que se agotó la dulzura en mi boca. Deslizó una mano hasta mi cadera, estiró su cuerpo desnudo sobre la cama y apoyó su mejilla en mi muslo. Como imanes, mis dedos encontraron su suave cabello mientras jugaba con los valles musculosos de su espalda. Podría quedarme así para siempre.

«Vámonos antes de que me despierte y me dé cuenta de que todo esto fue un sueño», murmuró Dom contra mi piel, enviando una oleada de calor por mi pierna.

«Todavía no».

Horas después, Dom llamó a la compañía de gestión de aeronaves y en cuarenta y cinco minutos, estábamos abrochando nuestros cinturones de seguridad y corriendo por la pista del aeropuerto. Cuando alcanzamos la altitud de planeo, la azafata preparó una mesa para dos completa, con varias botellas de vino Valpolicella.

«Le pedí al chef que preparara una comida italiana para nosotros. Parecía que te gustó la última vez». Rozó mis labios con los suyos.

«Este avión es excesivo. No necesitamos tanto espacio».

«Lo haremos por lo que he planeado. Hay un dormitorio privado en la parte de atrás». Con un guiño, se desabrochó el cinturón de seguridad y me agarró la mano. Hice lo mismo cuando me acompañó hasta el sofá que había al otro lado del pasillo de nuestra comida.

Miré por la ventana y entrecerré los ojos para ver las nubes brillantes que se alejaban de nuestro camino y cubrían un cielo rosa y naranja. Las últimas veinticuatro horas habían sido unas de las más locas de mi vida. Después de todo lo que pasó con papá, eso era decir algo. Había renunciado a esa paz y serenidad.

«¿Y cabalgaron hacia el atardecer y vivieron felices para siempre?», pregunté.

«En realidad, estamos buscando el amanecer». Dom me rodeó con sus brazos y me atrajo hacia él para que mi espalda descansara sobre su pecho y su cálido aliento acariciara mi nuca.

«¿Un nuevo día? Me gusta eso». Me acurruqué más cerca de él. «Eso es todo lo que quiero. Un nuevo día, una nueva vida contigo».

CAPÍTULO 32

La segunda vez

EMILIA

Meses después…

«¿Qué pasa con todo este alboroto?». Entré a la habitación a grandes zancadas, abrochándome la chaqueta. Dom estaba de pie junto a la encimera de la cocina, luciendo particularmente hermoso con su traje ajustado de botonadura sencilla. El hombre podía lucir un traje.

«Buenos días, dormilona». Me encontró a mitad de camino y me besó. Un toque al principio, y luego un beso largo y profundo que hizo que mis rodillas se convirtieran en gelatina.

Suspiré y lo aparté de mí. «Está bien. Para con eso. Necesito concentrarme. Es un gran día».

«Lo sé. Primer día como socio estrella. Las horas apestan, pero te va a encantar». Regresó a su puesto de trabajo donde había varias rebanadas de pan de trigo esparcidas junto a un frasco volcado de mermelada de manzana. «Para celebrar, te voy a preparar un almuerzo casero».

«¿En una lonchera de dinosaurio?», oculté una sonrisa detrás de mis dedos.

«Cole la dejó aquí la semana pasada. Pensé que podrías usarla».

«Bueno, ¿qué hay para el almuerzo?». Miré mi reloj. Tenía unos buenos diez minutos antes de tener que irme a la corte.

«No soy muy buena cocinera, así que son solo tres sándwiches de mantequilla de maní y zanahorias».

«Son muchos sándwiches. Gracias». Le di un beso en la mejilla y agarré el almuerzo que me ofreció.

«También hay café». Abrió un armario y luego lo cerró cuando vio solo platos. Dos gabinetes más allá, cerca de la máquina de café expreso, encontró los termos.

Llevábamos en nuestra nueva casa tres semanas, y todavía no podía acostumbrarme a la idea de que esta vida con Dom era real. Finalmente teníamos un hogar propio, sin habitaciones de pánico ni salidas de emergencia secretas. Teníamos amigos que nos visitaban y dejaban las cosas de sus hijos atrás.

El teléfono de Dom se iluminó con un mensaje de texto. «Ese es mi transporte». Me puso un termo de café en la mano y colgó la correa de mi maletín sobre mi hombro. «Vamos, te llevo».

En el camino a la oficina, Dom se sentó en su lado del asiento trasero y cambió a su modo de abogado, lo que para mí era otro nivel de excitación por él. Revolvió papeles mientras garabateaba notas en su bloc de notas. Había dicho que era bueno en ser un criminal, pero se equivocaba en eso. Siempre estuvo destinado a ser esto, un hombre decente. Así como siempre estuvimos destinados a estar aquí, juntos.

Cuando el auto se detuvo frente a mi oficina, Dom se inclinó y besó mi sien. «Oh, oye, ¿qué

vas a hacer dentro de cuatro semanas?».

«No hay planes. ¿Por qué?».

«Cole y Valentina se casarán y, aparentemente, participaremos en la boda».

Me reí. «Nunca he estado en una boda antes. Suena divertido».

Apartó un mechón de cabello de mi mejilla. «Míranos, haciendo planes».

«Sí». Me fundí con él como siempre lo hacía cuando me miraba como si fuera la mujer más hermosa que había visto en su vida.

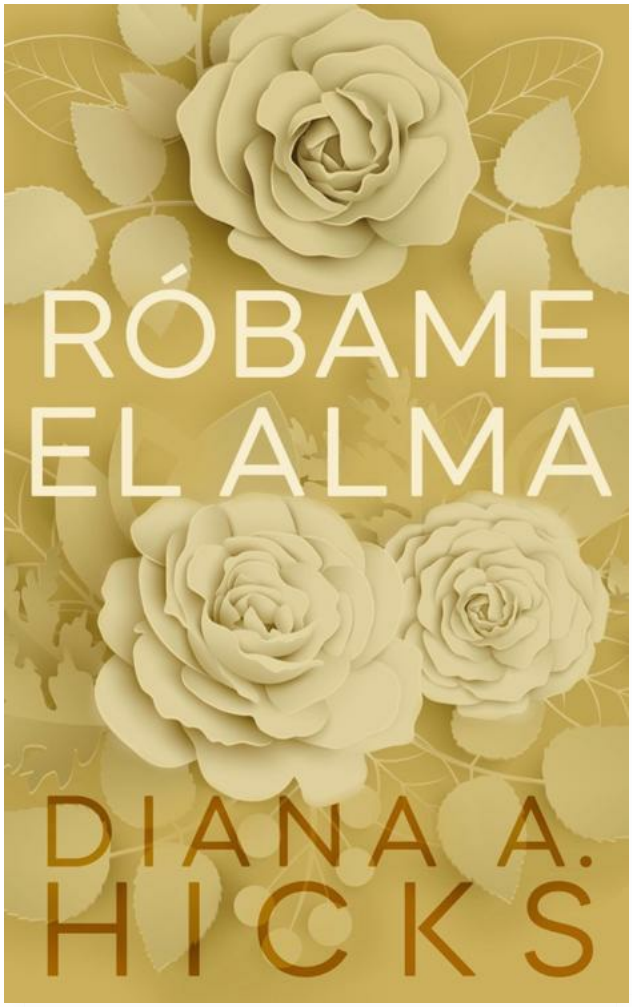
«Estoy tan enamorado de ti», susurró Dom.

«Yo también te amo».

La intensidad de su mirada me recordó lo cerca que habíamos estado de dejar que nuestros miedos nos arrebataran un futuro juntos. Nunca pensé que el perdón fuera algo de lo que yo fuera capaz, o que pudiera traernos tanta satisfacción. Nunca consideré nada de eso hasta que conocí a Dom. La segunda vez.

Muchas gracias por leer *Ardiendo de amor por ti*. Espero que hayas disfrutado de la intensa historia de amor de Dom y Emilia. Si te gustó, considera dejar un comentario para decirme que te gustaría leer más libros como este.

¿Ya conociste a Derek Cole?



Derek es el amigo multimillonario de Dom que está a punto de casarse. Si no has leído la historia de amor de Derek y Valentina, puedes conseguirla aquí:
Róbame el Alma

Descubre qué sucede cuando una graduada universitaria conoce a un multimillonario sexy en esta historia de amor inspirada en La Cenicienta.